

CORNELIA FUNKE
RECKLESS



CARNE DE PIEDRA

de

Érase una vez, tras el espejo, un mundo lleno de magia y peligros... y dos hermanos. Uno de ellos tendrá que atravesar el espejo para salvar al otro.

El joven Jacob Reckless ha descubierto el mundo mágico que se oculta tras el espejo del despacho de su padre. Años después comete un grave error: Will, su hermano pequeño, lo sigue a ese mundo, en el que los cuentos más oscuros son realidad y donde un maleficio convierte la carne humana en piedra. Cuando Will cae víctima de este hechizo, Jacob se ve obligado a encontrar el remedio que salve la vida de su hermano... Pero nuestro héroe tendrá que enfrentarse además a muchas otras aventuras que no esperaba.



Cornelia Funke

Carne de piedra

Reckless-1

ePub r1.0
fenikz 23.04.15

Título original: *Reckless. Steinernes Fleisch*

Cornelia Funke, 2010

Traducción: María Falcón Quintana

Ilustraciones: Cornelia Funke

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2



www.epublibre.org

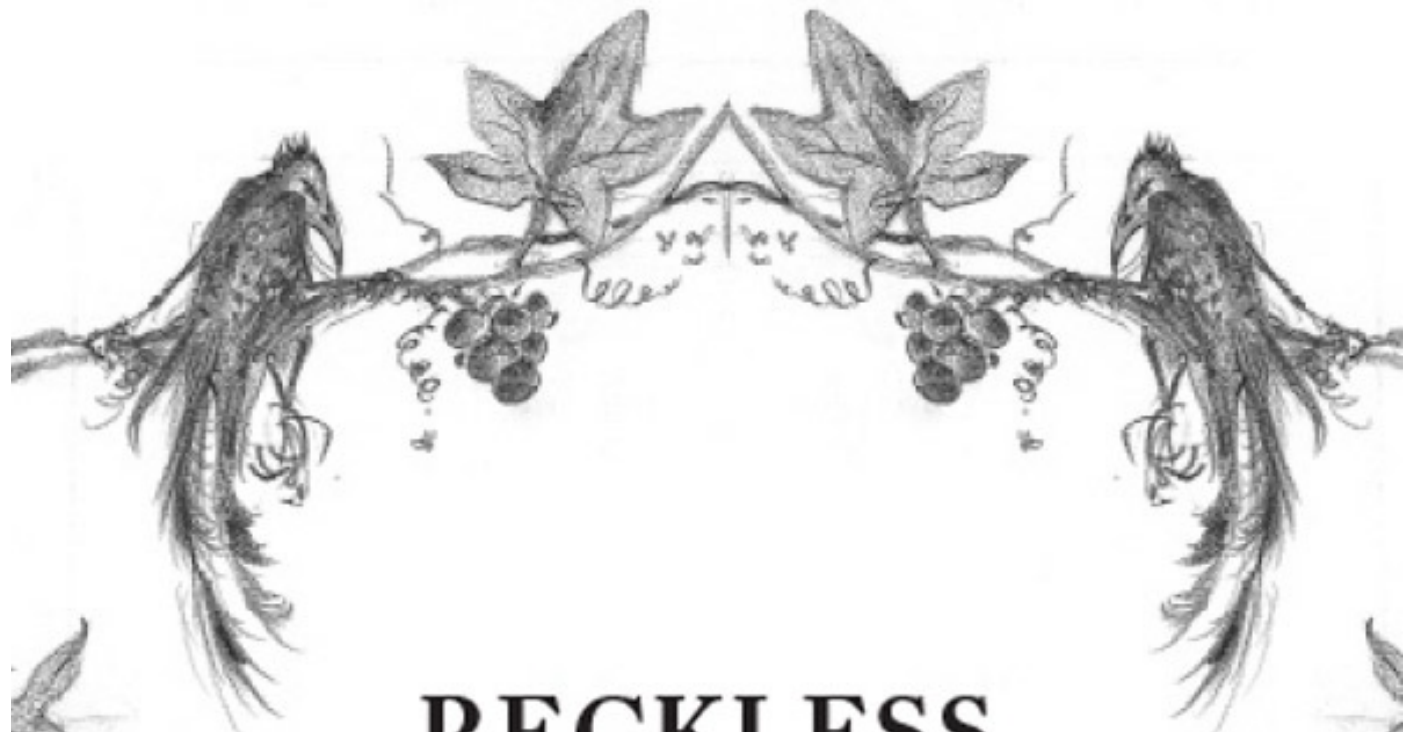
II

ANIVERSARIO



Edición Conmemorativa

se



RECKLESS
Carne de piedra

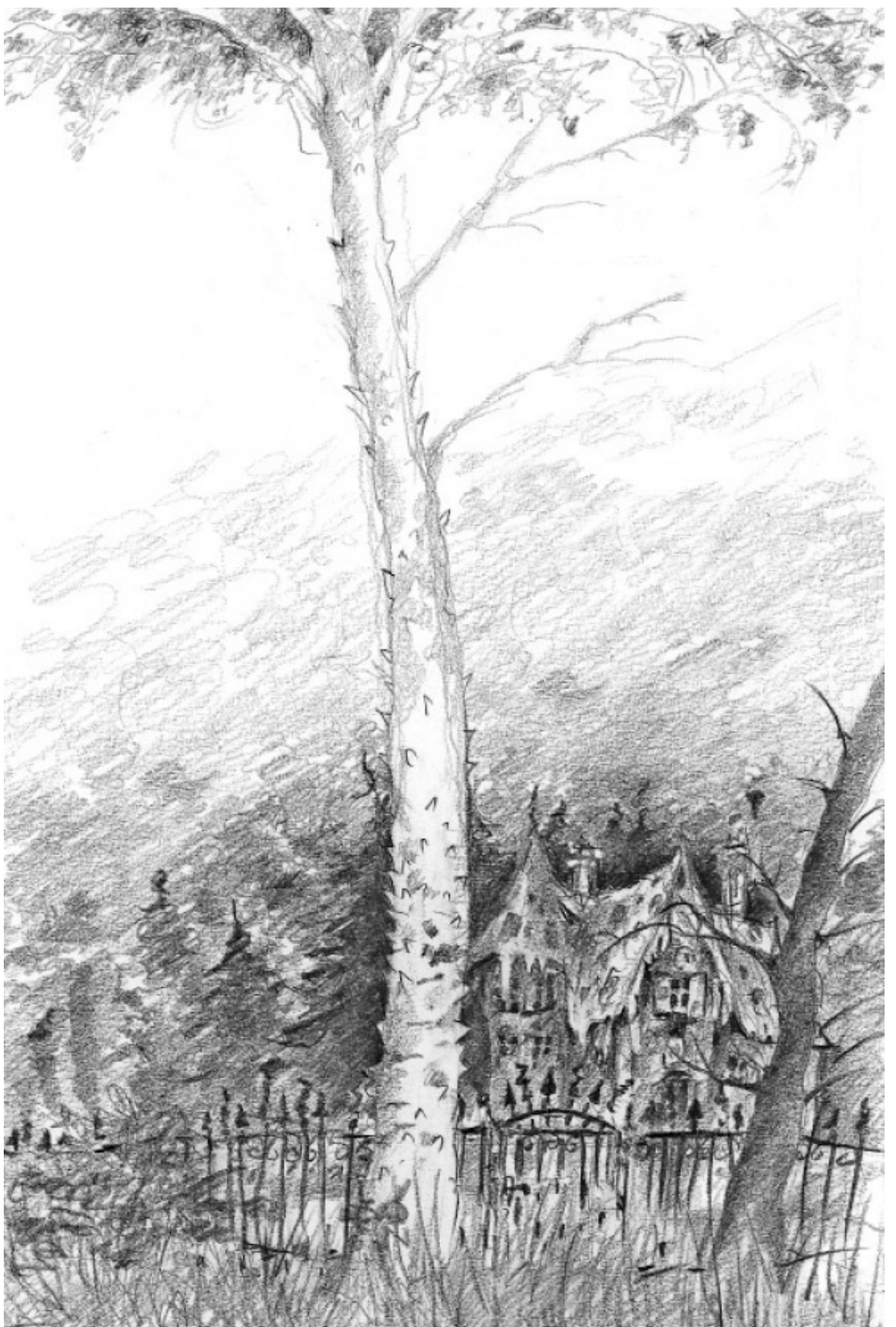


**PARA LIONEL, que encontró
la puerta a esta historia
y que a menudo sabía de ella
más que yo.**

**Amigo y buscador de ideas,
irreemplazable a este
y al otro lado del espejo.**

**Y PARA OLIVER, que le confeccionó
continuamente trajes ingleses
a esta historia para que
el británico y la alemana
pudieran narrarla juntos.**







J
Érase una vez



La noche respiraba en la casa como un oscuro animal. El tictac de un reloj. El crujido de la tarima al salir de la habitación..., todo se ahogaba en su silencio. Pero Jacob amaba la noche. Sentía su oscuridad como una promesa sobre la piel. Como un abrigo tejido de libertad y peligro.

Fuera, las deslumbrantes luces de la ciudad hacían palidecer las estrellas; y la amplia vivienda se ahogaba con la tristeza de su madre. Ella no se despertó cuando entró en su habitación y abrió el cajón de la mesilla. La llave estaba justo al lado de las pastillas para dormir. El frío metal se adaptó a la mano de Jacob cuando este salió de nuevo al oscuro pasillo.

En la habitación de su hermano, como de costumbre, seguía encendida la luz. —Will tenía miedo a la oscuridad—, y Jacob comprobó que dormía profundamente antes de abrir el despacho de su padre. Su madre no lo había pisado desde su desaparición, aunque no era la primera vez que Jacob se colaba en él buscando las respuestas que ella no quería darle.

Era como si John Reckless hubiera estado sentado por última vez a su escritorio tan solo una hora antes y no un año atrás. De la silla colgaba la chaqueta de punto que acostumbraba llevar, y una bolsita de té usada se resecaba sobre un plato junto al calendario, que indicaba las semanas de un año anterior.

¡Vuelve!, escribió Jacob con el dedo en las ventanas empañadas, en el escritorio polvoriento y en los cristales de la vitrina donde seguían guardadas las viejas pistolas que su padre había coleccionado.

Pero la habitación estaba en silencio y vacía. Él tenía doce años y ya no tenía padre. Jacob dio una patada a los cajones que había registrado en vano durante tantas noches, tiró libros y revistas de las estanterías con una rabia muda y derribó las maquetas de aviones que colgaban sobre el escritorio, avergonzado por el orgullo que había sentido cuando le dejaron pintar una de ellas con laca de color rojo.

¡Vuelve!, quería gritar por las calles que, siete pisos más abajo, abrían veredas de luces entre los bloques de edificios, y en las mil ventanas que estampaban cuadrados luminosos en la noche.

Una hoja de papel se cayó de un libro sobre reactores y Jacob la recogió solo porque creyó reconocer en ella la letra de su padre. Sin embargo, rápidamente se percató del error. Símbolos y ecuaciones, el boceto de un pavo real, un sol, dos lunas. Nada de aquello tenía sentido. Salvo una frase que encontró al dorso de la hoja:

*El espejo solo se abre
para el que no se ve a sí mismo.*

Jacob se volvió, y su propio reflejo le devolvió su mirada.

El espejo. Aún recordaba el día en que su padre lo había colgado. Como un ojo reluciente, pendía entre las estanterías de libros. Un abismo de cristal en el que, deformado, se reflejaba todo lo que John Reckless había dejado atrás: su escritorio, las viejas pistolas, sus libros... y su hijo mayor.

El cristal era tan irregular que uno apenas se reconocía en él, y era más oscuro que el de otros

espejos, pero los rosales trepadores que serpenteaban sobre el marco de plata eran tan reales que parecían estar a punto de marchitarse en un instante.

*El espejo solo se abre
para el que no se ve a sí mismo.*

Jacob cerró los ojos.

Se volvió de espaldas al espejo.

Detrás del marco buscó a tientas algún cerrojo o pestillo.

Nada.

Clavó una y otra vez los ojos en su propio reflejo.

Pasó un buen rato antes de que comprendiera.

Su mano no era lo suficientemente grande como para cubrir la imagen deformada de su rostro, pero el cristal se adaptó a sus dedos como si los hubiera estado esperando, y de pronto, el cuarto que vio a sus espaldas en el espejo ya no era la habitación de su padre.

Se dio la vuelta.

A través de dos ventanas estrechas, la luz de la luna caía sobre los muros grises y sus pies descalzos pisaban una tarima cubierta de cáscaras de bellota y huesos roídos de pájaro. El cuarto era más grande que el despacho de su padre, y Jacob vio sobre él telarañas que colgaban como una gasa de las vigas del techo.

¿Dónde estaba? La luz de la luna le pintó manchas en la piel cuando se acercó a una de las ventanas. En la rugosa moldura se habían quedado pegadas las plumas ensangrentadas de un pájaro, y mucho más abajo, contempló muros quemados y colinas oscuras en las que unas luces perdidas titilaban. Estaba en una torre.

El mar de casas y las calles iluminadas habían desaparecido. Todo lo que conocía se había esfumado, y entre las estrellas había dos lunas, de las cuales la pequeña, de color rojo, parecía una moneda oxidada.

Al volverse hacia el espejo descubrió el miedo en su propio rostro, una sensación que le había atraído siempre. Lo tentaba hacia lugares oscuros, a través de puertas prohibidas y lejos de sí mismo. Incluso la nostalgia por su padre se ahogaba en él.

En los muros grises no había ninguna puerta, únicamente una trampilla en el suelo. Al abrirla, Jacob observó los restos de una escalera quemada que desaparecía en la oscuridad, y por un instante creyó ver debajo de él a un hombrecillo encaramándose a las piedras. Pero un ruido lo hizo volverse.

Sobre él cayeron telarañas y algo saltó a su nuca emitiendo un gruñido áspero. Sonaba como un animal, pero el rostro desfigurado que enseñaba los dientes intentando morderle el cuello estaba tan pálido y arrugado como el de un viejo. Era mucho más pequeño que Jacob y flaco como un saltamontes. Su ropa parecía hecha de telarañas, el cabello gris le llegaba hasta la cintura, y cuando Jacob lo agarró por el fino cuello, los dientes amarillos se enterraron profundamente en su

mano. Lanzando un grito, sacudió de sus hombros al agresor y se fue, tambaleándose, hacia el espejo. El zancudo saltarín volvió a levantarse y lo embistió mientras se relamía la sangre de Jacob, pero antes de que lo pudiera alcanzar, Jacob apretó la mano sana contra su rostro asustado. La enjuta figura desapareció, al igual que los muros grises, y a sus espaldas volvió a ver el escritorio de su padre.

—¿Jacob?

La voz de su hermano apenas se distinguía entre los latidos de su corazón. Jacob respiró con dificultad y se apartó del espejo.

—Jake, ¿estás ahí dentro?

Se cubrió la mano mordida con la manga y abrió la puerta.

Los ojos de Will, fuera de sus órbitas, reflejaban miedo. Había vuelto a tener malos sueños. El hermano pequeño. Seguía a Jacob como un cachorrillo y él protegía a Will en el patio del colegio y en el parque. Y a veces le perdonaba, incluso, que su madre lo quisiera más.

—Mamá dice que no debemos entrar en este cuarto.

—¿Desde cuándo hago lo que dice mamá? Si te chivas no volveré a llevarte al parque.

Jacob creyó sentir el cristal del espejo, frío como el hielo, en la nuca. Will fisgoneó discretamente, pero bajó la cabeza cuando Jacob cerró la puerta tras de sí. Si Jacob era imprudente, Will era cauto; si él, colérico, Will, tierno; si él era infatigable, Will era tranquilo. Al darle la mano a Jacob, Will advirtió la sangre en sus dedos y lo miró interrogante. Sin decir nada, Jacob lo llevó de vuelta a su habitación.

Lo que el espejo le había mostrado le pertenecía a él. Solo a él.



2

Doce años después



Aunque el sol ya había descendido sobre los muros de la ruina, Will seguía durmiendo, agotado por los dolores que lo sacudían desde hacía días.

Jacob se incorporó y tapó a Will con su abrigo.

Un error, Jacob, después de tantos años de precaución.

Tantos años en los que había hecho del otro mundo el suyo propio. Tantos años en los que el extraño mundo se había convertido en su hogar... Se habían quedado atrás. Ya con quince, desapareció durante semanas tras el espejo. Con dieciséis, dejó de contar los meses, y sin embargo siguió guardando su secreto. Hasta que un buen día las prisas le jugaron una mala pasada. *Basta ya, Jacob. Ya no hay nada que hacer.*

Las heridas del cuello de su hermano habían sanado, pero en el antebrazo izquierdo ya asomaba la piedra. Las venas, de un color verde pálido, descendían hasta la mano y relucían en la piel de Will como mármol pulido.

Un simple error.

Jacob se apoyó sobre una de las columnas tiznadas y alzó la mirada hacia la torre donde estaba el espejo. No lo había atravesado nunca sin asegurarse de que Will y su madre dormían. Pero desde la muerte de ella, al otro lado no existía sino una habitación vacía más y no había podido esperar a presionar de nuevo la mano sobre el oscuro cristal e irse lejos. Muy lejos. *Impaciencia, Jacob. Llámalo por su nombre. Una de tus características más peculiares.*

Aún recordaba el momento en el que el rostro de Will apareció en el espejo detrás de él, desfigurado por el cristal oscuro. *¿Adónde vas, Jacob?* Un vuelo nocturno a Boston, un viaje a Europa..., le había dado muchas excusas a lo largo de los años. Jacob era un mentiroso tan ocurrente como lo había sido su padre. Pero esta vez su mano había presionado ya el frío cristal y, por supuesto, Will lo siguió.

El hermano pequeño.

—Ya huele como ellos.

Zorro se apartó de las sombras que proyectaban los muros derruidos. Su pelaje era de un color tan rojo que parecía pintado por el otoño, y en las patas traseras aún se apreciaban las cicatrices que le había dejado la trampa. Cinco años habían transcurrido desde que Jacob la liberara, y desde entonces la zorra no se había apartado de su lado. Custodiaba su sueño, lo prevenía de peligros que los mermados sentidos humanos no percibían y le daba consejos que era mejor seguir.

Un error.

Jacob atravesó el arco del portal, de cuyas bisagras torcidas seguían colgando los restos carbonizados de la puerta del castillo. En la escalera que había delante, un duende recogía bellotas de los escalones rotos. Echó a correr precipitadamente cuando la sombra de Jacob lo alcanzó. La ruina estaba plagada de ellos: tenían la nariz respingona y los ojos rojos, y andaban enfundados en pantalones y camisas que habían confeccionado con ropas humanas robadas.

—¡Mándalo de vuelta! ¿No hemos venido a eso?

La impaciencia en la voz de Zorro era evidente.

Pero Jacob sacudió la cabeza:

—No tendríamos que haberlo traído aquí. En el otro lado no hay nada que pueda ayudarlo.

Jacob había hablado a Zorro del mundo del que provenía, aunque en el fondo ella no quería ni

oír hablar de él. Le bastaba con lo que sabía: que era el lugar en el que Jacob desaparecía con demasiada frecuencia y del que regresaba con recuerdos que lo perseguían como sombras.

—¿Y? ¿Qué crees que será de él aquí?

Zorro no lo dijo, pero Jacob sabía lo que estaba pensando. En ese mundo los hombres asesinaban a sus propios hijos tan pronto les descubrían la piedra en la piel.

Su mirada cayó sobre los tejados rojos que, al pie de la colina del castillo, se desvanecían en el crepúsculo. En Schwanstein resplandecían las primeras luces. De lejos, la ciudad semejaba una de esas imágenes que se estampan en las latas de galletas, a pesar de que desde hacía unos años las vías del ferrocarril recorrían las colinas a su espalda y el humo gris de las chimeneas de las fábricas ascendía hasta el cielo crepuscular. El mundo al otro lado del espejo deseaba hacerse mayor. Pero la carne de piedra que le crecía a su hermano no la habían sembrado los telares mecánicos ni otros progresos modernos, sino la vieja magia, que hacía estragos en sus colinas y bosques.

Un cuervo de oro aterrizó sobre las baldosas resquebrajadas. Jacob lo espantó antes de que le pudiera graznar a Will una de sus tenebrosas maldiciones.

Su hermano gimió en sueños. La piel humana oponía resistencia a la piedra y Jacob sentía el dolor como si fuera suyo. Solo por amor a su hermano había regresado una y otra vez al otro mundo, aun cuando sus visitas se hubieran ido espaciando año tras año, mientras su madre lloraba y lo amenazaba con avisar a la asistencia social sin sospechar adónde iba; pero Will, rodeándole el cuello con sus brazos, le preguntaba qué le había traído. Zapatos de duendes, un gorro de pulgarcito, un botón de elfo de cristal, un trozo de piel escamada de un señor de las aguas... Will guardaba los pequeños regalos de Jacob debajo de la cama, y pronto dio por hecho que las historias que Jacob le contaba eran cuentos inventados solo para él.

Ahora sabía que todas eran reales.

Jacob le cubrió con el abrigo el brazo deformado. En el cielo ya podían verse las dos lunas.

—Cuida de él, Zorro —dijo levantándose—. Regresaré pronto.

—¿Adónde vas? ¡Jacob! —La zorra le cerró el paso—. ¡Nadie puede ayudarlo!

—Ya veremos —respondió apartándola—. Ocúpate de que Will no suba a la torre.

Ella le siguió con la mirada cuando descendió la escalera. Las únicas huellas de botas que había en los escalones cubiertos de moho eran las suyas. Ni un alma subía hasta allí. La ruina se consideraba maldita y Jacob había escuchado docenas de historias sobre su hundimiento. Pero después de todos esos años aún seguía sin saber quién había dejado el espejo en la torre. Y tampoco había descubierto dónde había desaparecido su padre.

Un pulgarcito le saltó al cuello de la camisa. Jacob logró atraparlo antes de que le arrancara el medallón que llevaba colgado del cuello. Cualquiera otro día habría perseguido en el acto al ladronzuelo. Los pulgarcitos atesoraban riquezas en los árboles huecos en los que vivían. Pero ya había perdido demasiado tiempo.

Un error, Jacob.

Conseguiría enmendarlo. Pero las palabras de Zorro no lo abandonaron mientras descendía la inclinada cuesta.

Nadie puede ayudarlo.

Si Zorro estaba en lo cierto, pronto se quedaría sin hermano. En este y el otro mundo.
Un error.



3

Los Goyls



El campo sobre el que Hentzau cabalgaba con sus soldados seguía oliendo a sangre. La lluvia había inundado las trincheras de lodo, y detrás de los muros, que las dos partes habían levantado para su defensa, el suelo estaba cubierto de fusiles sin dueño y yelmos impactados. Kami'en había hecho quemar los cuerpos de caballos y humanos antes de que comenzaran a descomponerse, pero los goyl caídos aún yacían donde habían muerto. En pocos días ya no se diferenciarían de las piedras que se alzaban sobre la tierra pisoteada, y las cabezas de aquellos que habían luchado en primera línea, como era costumbre entre los goyl, habían sido llevadas a la fortaleza principal.

Una batalla más. Hentzau estaba harto de ellas, pero, con suerte, aquella sería la última por un tiempo. La emperatriz estaba por fin preparada para negociar, y el propio Kami'en deseaba la paz. Hentzau apretó su mano sobre el rostro cuando el viento arrastró las cenizas desde las colinas donde habían quemado los cuerpos. Seis años sobre la tierra, seis años sin la piedra protectora entre él y el sol. Los ojos le dolían a causa de tanta luz; y el aire, cada vez más frío, volvía su piel áspera como una creta. La piel de Hentzau parecía un jaspe de color marrón. No era el mejor color que un goyl podía lucir. Era el primer goyl jaspe que había ascendido al rango militar más elevado, si bien los goyl tampoco habían tenido nunca un rey antes de Kami'en; y a Hentzau le gustaba su piel. El jaspe proporcionaba un camuflaje considerablemente mejor que el ónix o la piedra de luna.

Kami'en se había alojado cerca del campo de batalla, en el pabellón de caza de un general imperial que, como la mayoría de sus oficiales, había caído. Los centinelas que custodiaban la puerta destruida ejecutaron un saludo militar cuando Hentzau se les acercó montado a caballo. El perro de presa del rey. Así le llamaban. Su sombra jaspe. Hentzau servía a Kami'en desde que habían luchado juntos contra los otros cabecillas. Habían tardado dos años en matarlos a todos, y los goyl, en tener un rey por primera vez.

El camino que conducía de la puerta al pabellón estaba bordeado de estatuas de mármol blanco, y mientras Hentzau cabalgaba de largo junto a ellas se burló, no por vez primera, de que los humanos inmortalizasen a sus dioses y héroes con imágenes de piedra y en cambio detestaran a los goyl por su piel. Los propios pieles blandas tenían que admitirlo. La piedra era lo único que permanecía.

Las ventanas del pabellón estaban tapiadas, como todas las de los edificios que los goyl ocupaban, pero Hentzau únicamente sintió la agradable oscuridad que había bajo tierra en la escalera que llevaba a la despensa. Solo unas pocas lámparas de gas iluminaban las bóvedas que, en lugar de provisiones y trofeos de caza polvorientos, alojaban ahora al estado mayor general del rey de los goyl.

Kami'en. Su nombre no significaba otra cosa que «piedra» en su lengua. Su padre había capitaneado una de las ciudades más profundas, pero los padres no tenían demasiada importancia entre ellos. Las madres los criaban, y con nueve años, un goyl se hacía mayor y dependía de sí mismo. La mayoría exploraba luego el mundo de abajo en busca de cuevas por descubrir, hasta que el calor se volvía insoportable incluso para la piel de piedra. Sin embargo, a Kami'en tan solo le había interesado el mundo de arriba. Había vivido durante largo tiempo en una de las ciudades cueva, que habían construido sobre la superficie porque las ciudades que había más abajo estaban demasiado abarrotadas, y allí había sobrevivido a dos ataques humanos. Desde ese momento había

comenzado a estudiar las armas y las estrategias de guerra de los humanos, y había entrado a hurtadillas en sus ciudades y campamentos militares. Con diecinueve años había conquistado su primera ciudad.

Cuando los guardias le hicieron a Hentzau señas para que entrara, Kami'en estaba frente al mapa que mostraba sus conquistas y las posiciones de sus enemigos. Las figuras, que personificaban sus tropas, las había mandado hacer después de su primera victoria. Soldados, artilleros, tiradores de precisión, figuras de jinetes para la caballería. Los goyl eran de cornalina, los imperiales de plata, los Lorena llevaban oro, los ejércitos del este, cobre, y las tropas de Albión marchaban en marfil. La mirada de Kami'en caía sobre ellas como si buscara un camino para derrotar a todos a la vez. Como siempre que se quitaba el uniforme, vestía de negro, y su piel roja parecía, más que nunca, estar hecha de fuego. Nunca antes la cornalina había sido el color de piel de un cabecilla. Entre los goyl, el ónix era el color de los príncipes.

Su amada, como siempre, vestía de verde, con capas de terciopelo color esmeralda que la envolvían como los pétalos de una flor. Incluso la mujer goyl más hermosa palidecía a su lado, como un guijarro junto a una piedra de luna pulida, y Hentzau prohibía continuamente a sus soldados mirarla. No en vano existían muchas historias sobre hadas que, con una mirada, convertían a los hombres en cardos o en peces que se agitaban desvalidos. Su belleza era veneno de araña. El agua las había alumbrado a ella y a sus hermanas, y Hentzau la temía tanto como a los mares, que erosionaban las piedras del mundo.

El hada no le lanzó más que una mirada rápida cuando entró. El Hada Oscura. Sus propias hermanas la habían rechazado. Se decía que podía leer los pensamientos, pero Hentzau no lo creía. Lo habría matado hacía tiempo por todo lo que pensaba de ella.

Le volvió la espalda e inclinó la cabeza ante el rey.

—Me habéis hecho llamar.

Kami'en cogió una de las figuras de plata y la sopesó en la mano.

—Tienes que encontrarme a alguien. Un humano al que le crece carne de piedra.

Hentzau lanzó una mirada fugaz al hada.

—¿Y dónde lo voy a buscar? —respondió—. Ahora hay miles.

Los goyl humanos. En otro tiempo, Hentzau había utilizado sus propias zarpas para matar, pero la magia de las hadas les sembraba ahora carne de piedra. Como todas las hadas, no podía alumbrar hijos, de modo que le dio hijos a Kami'en haciendo que cada zarpazo de sus soldados convirtiera en goyl a uno de sus enemigos. Nadie luchaba con menos compasión contra sus antiguos iguales que un goyl humano, pero Hentzau los detestaba tanto como al hada, cuya magia los había creado.

En la boca de Kami'en se había enmascarado una sonrisa. No. El hada no podía leer los pensamientos de Hentzau, pero su rey sí.

—No te preocupes. El que me tienes que encontrar se diferencia fácilmente de los demás.

Kami'en volvió a colocar la figura de plata en el mapa.

—La piel que le crece es de jade.

Los guardias intercambiaron una mirada fugaz, pero Hentzau solo hizo una mueca de incredulidad. Los hombres de lava que hervían la sangre de la tierra, el pájaro sin ojos que lo veía

todo... y el goyl de piel de jade que convertía en invencible al rey al que servía... Historias para niños, para llenar de imágenes la oscuridad que imperaba bajo tierra.

—¿Qué explorador os lo ha contado?

Hentzau se pasó la mano sobre la piel dolorosa. El frío pronto la resquebrajaría más que a un cristal astillado.

—Haced que lo fusilen. El goyl de jade es solo un cuento. ¿Desde cuándo confundís las leyendas con la realidad?

Los guardias bajaron nerviosos las cabezas. A cualquier otro goyl estas palabras le habrían costado la vida, pero Kami'en solo se encogió de hombros.

—¡Encuétralo! —dijo—. Ella ha soñado con él.

Ella. El hada pasó la mano sobre el terciopelo de su vestido. Seis dedos en cada mano. Cada cual para una magia distinta. Hentzau sintió despertar la ira en él, la ira que todos anidaban en su carne de piedra, como el calor en el seno de la tierra. Moriría por su rey de ser necesario, pero tener que buscar a causa de los ensueños de su amada era distinto.

—¡No necesitáis ningún goyl de jade para ser invencible!

Kami'en lo examinó como a un extraño.

Su majestad. Cada vez más a menudo, Hentzau se sorprendía a sí mismo evitando llamarlo por su nombre.

—Encuétralo —repitió Kami'en—. Ella dice que es importante y hasta ahora siempre ha tenido razón.

El hada dio un paso hacia él y Hentzau se imaginó estrangulándole el pálido cuello. Pero ni siquiera eso lo consolaba. Ella era inmortal y algún día lo vería morir. A él y al rey. Y a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Todos eran su juguete, su juguete mortal de piedra. Pero Kami'en la amaba más que a sus otras dos mujeres goyl, que le habían dado tres hijas y un hijo.

¡Porque lo ha hechizado!, susurró una voz en el interior de Hentzau. Sin embargo, inclinó la cabeza y apoyó el puño en el corazón.

—Lo que ordenéis.

—Lo he visto en el Bosque Negro.

Incluso su voz sonaba como el agua.

—¡Mide cien kilómetros cuadrados!

El hada sonrió, y Hentzau sintió que el odio y el temor le ahogaban el corazón.

Sin decir nada más, ella se quitó las horquillas de perlas con las que se recogía el cabello como una mujer humana y metió la mano en él. Negras polillas salieron revoloteando entre sus dedos, las manchas pálidas de sus alas parecían calaveras. Los guardias abrieron precipitadamente las puertas cuando el enjambre se les aproximó, y los soldados de Hentzau, que aguardaban fuera en el oscuro pasillo, también retrocedieron cuando las polillas pasaron volando junto a ellos. Todos sabían que sus picaduras penetraban incluso la piel de goyl.

El hada se volvió a colocar las horquillas en el cabello.

—Una vez que lo encuentren —dijo sin mirar a Hentzau—, irán a ti. Y tú me lo traerás de inmediato.

Sus hombres la miraban fijamente a través de la puerta abierta, pero agacharon con

brusquedad la cabeza cuando Hentzau se volvió.

El hada.

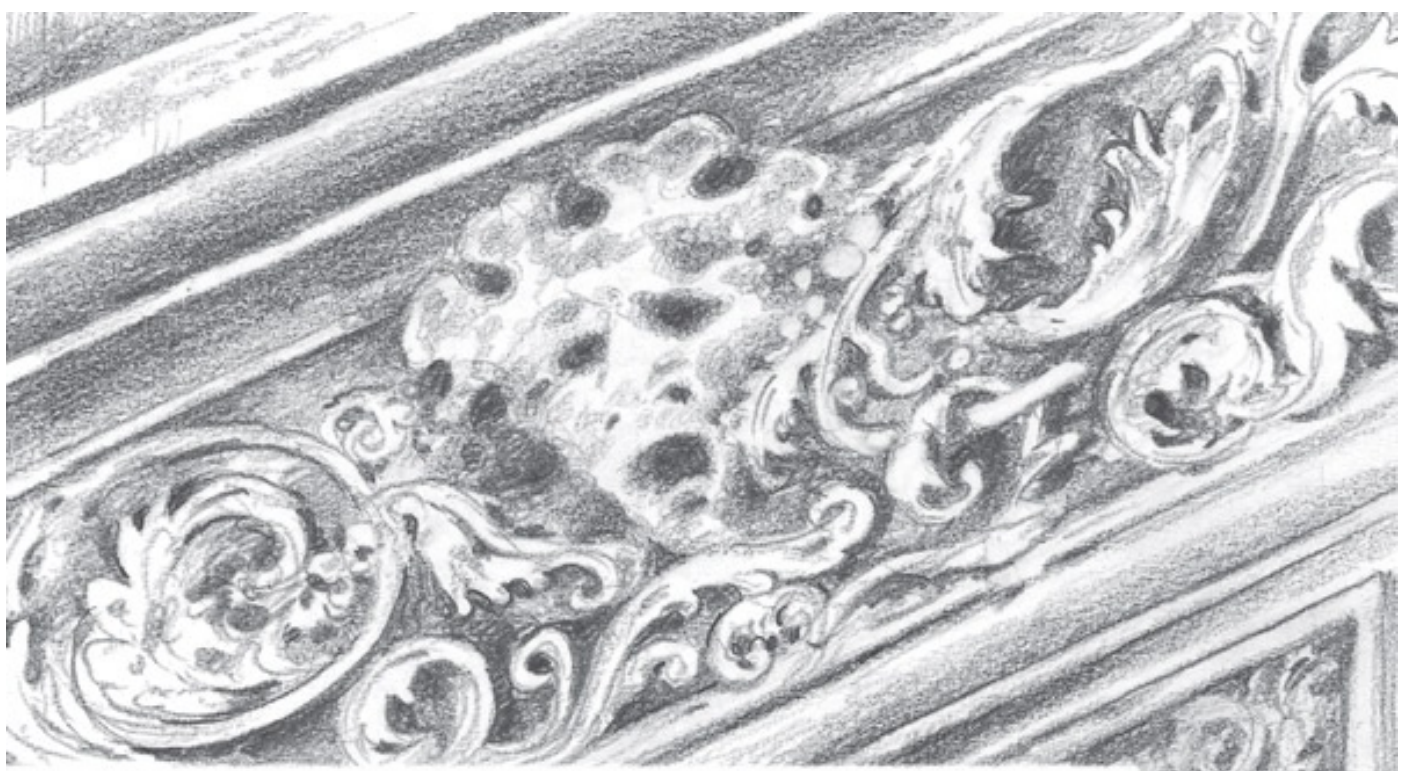
Malditas fueran ella y la noche en que había aparecido de pronto entre sus tiendas de campaña. La tercera batalla, la tercera victoria. Y ella se había dirigido a la tienda del rey como si los gemidos de los heridos y la luna blanca que se posaba sobre los muertos la hubieran alumbrado. Hentzau le había cerrado el paso, pero ella simplemente lo había atravesado como el agua a una piedra porosa, como si él también formara ya parte de los muertos, y le había robado el corazón al rey para llenar su propio pecho sin corazón.

El propio Hentzau debía admitir que las mejores armas no causaban ni la mitad del miedo que su maleficio, que transformaba la carne blanda de sus enemigos en piedra. Pero estaba convencido de que habrían ganado la guerra sin ella y de que la victoria habría sabido mucho mejor.

—Encontraré al goyl de jade sin vuestras polillas —dijo—. Si realmente no es más que un sueño.

Ella le respondió con una sonrisa. Esta lo siguió hasta arriba, hasta la luz del día, que le nublaba los ojos y le agrietaba la piel.

Maldita fuera.



4

Al otro lado



La voz de Will había sonado tan distinta... Clara apenas la había reconocido. Tantas semanas sin dar señales de vida y después aquel extraño al teléfono, que no decía realmente por qué llamaba.

Las calles parecían más congestionadas que nunca y el camino infinitamente largo, hasta que por fin se encontró delante del viejo edificio de apartamentos en el que él y su hermano habían crecido. Rostros de piedra miraban fijamente desde la fachada gris. Desfiguradas expresiones erosionadas por los gases de los tubos de escape. Clara los miró de forma mecánica cuando el portero le sostuvo la puerta. Aún llevaba puesta la bata de color verde pálido del hospital debajo del abrigo. No tuvo tiempo de cambiarse, simplemente había salido corriendo.

Will.

Había sonado tan perdido... Como alguien que se ahogaba. O alguien que se despedía.

Clara cerró la reja del viejo ascensor detrás de ella. También llevaba la bata cuando se encontró con Will la primera vez, delante de la habitación donde había estado su madre ingresada. Clara trabajaba con frecuencia los fines de semana en el hospital, y no solo porque necesitara el dinero. Los libros especializados y las universidades hacían olvidar a menudo que la carne y la sangre eran cosas reales.

Séptimo piso.

La placa de cobre con el nombre junto a la puerta estaba tan empañada que, en un acto reflejo, Clara le pasó el brazo por encima.

RECKLESS

Will solía reírse de lo poco que el significado de su apellido encajaba con él...

Detrás de la puerta de la vivienda se amontonaba el correo sin abrir, pero la luz del pasillo estaba encendida.

—¿Will?

Abrió la puerta de su habitación.

Nada.

En la cocina tampoco estaba.

Nadie parecía haber pasado por la casa desde hacía semanas. Pero Will había dicho que llamaba desde allí. ¿Dónde estaba?

Clara pasó de largo junto a la habitación vacía de su madre y la de su hermano, al que nunca había visto la cara. *Jacob está de viaje.*

Jacob estaba siempre de viaje. A veces no estaba segura de si existía realmente.

Se detuvo.

La puerta del despacho de su padre estaba abierta. Will nunca entraba en él. Ignoraba todo lo relacionado con su padre.

Clara entró titubeando. Estanterías de libros, una vitrina, un escritorio. Las maquetas de aviones que colgaban sobre ellos apilaban polvo en las alas como si de nieve sucia se tratara. La habitación entera estaba llena de polvo y tan fría que podía ver su propio aliento.

Entre las estanterías de libros pendía un espejo.

Clara se acercó a él y acarició las rosas plateadas que cubrían el marco. No había visto nunca

algo tan hermoso. Su cristal era muy oscuro: parecía que la noche se hubiera derramado en él. Estaba empañado y, allí donde se reflejaba el rostro de Clara, se veía la huella de una mano.



5

Schwanstein



La luz de los faroles inundaba las calles de Schwanstein como leche derramada. Luz de gas, ruedas de coches de caballos que rodaban sobre el accidentado adoquinado, mujeres con faldas largas, los dobladillos mojados por la lluvia. El húmedo aire otoñal olía a humo y la ceniza del carbón ennegrecía la colada, que colgaba entre los frontones puntiagudos. Ahora había una estación de tren justo enfrente de la parada de la diligencia y una oficina de telégrafos. Un fotógrafo immortalizaba sombreros tiesos y faldas de volantes sobre planchas de plata, y las bicicletas estaban apoyadas en los muros de las casas, en donde había letreros que advertían de señores de las aguas y cuervos de oro. En ningún otro lugar imitaba de forma tan fervorosa el mundo del espejo el otro lado como en Schwanstein, y, por supuesto, Jacob se había preguntado a menudo cuántas cosas del otro mundo habían atravesado el espejo que pendía en el despacho de su padre. En el museo de la ciudad existían algunos objetos que recordaban sospechosamente al otro mundo. Una brújula y una cámara le resultaban incluso tan familiares a Jacob que los consideraba propiedad de su padre, aunque nadie le había podido decir dónde había desaparecido el extraño que los había dejado atrás.

Las campanas de la ciudad anunciaban el atardecer cuando Jacob descendió la calle que conducía a la plaza del mercado. Una enana vendía castañas asadas delante de una panadería. El dulce aroma se mezclaba con el olor a bostas de caballo, que yacían por todas partes sobre el adoquinado de la calle. La idea del motor de combustión aún no había atravesado el espejo, y el monumento que se erigía en la plaza del mercado era la estatua de un príncipe montado a caballo que había matado gigantes a golpes en las colinas vecinas. Era un antepasado de la actual emperatriz, Therese von Austrien, cuya familia no había cazado solo gigantes sino también dragones, con tal éxito que desde hacía mucho tiempo ambas especies se tenían por extinguidas en su reino.

El repartidor de periódicos, que pregonaba a gritos en el atardecer las últimas noticias junto al monumento, no había llegado a ver probablemente más que una pisada de gigante o los vestigios del fuego de los dragones en los muros de la ciudad.

Una batalla decisiva, grandes pérdidas... El general caído... Negociaciones secretas con los goyl...

El mundo del espejo estaba en guerra, y esta no estaba siendo ganada por los humanos. Habían pasado cuatro días desde que Will y él cayeran en manos de uno de sus pelotones de asalto, pero Jacob aún podía recordarlos saliendo del bosque: tres soldados y un oficial, los rostros de piedra humedecidos por la lluvia. Ojos de oro y zarpas negras desgarrando el cuello de su hermano... Goyl.

Cuida de tu hermano, Jacob.

Dejó tres monedas de cobre en la mano sucia del chico. El duende que estaba sentado sobre su hombro los miraba con absoluta desconfianza. Muchos duendes se unían a los humanos y dejaban que estos los alimentaran y vistieran, lo cual no cambiaba en nada su continuo mal humor.

—¿Dónde están los goyl? —preguntó Jacob cogiendo un periódico.

—A menos de cinco millas de aquí —dijo el chico señalando hacia el sureste—. Con viento favorable se oían los disparos. Pero desde ayer no se oye nada.

Parecía casi decepcionado. A su edad, incluso la guerra sonaba a aventura.

Los soldados imperiales, que salían de la taberna próxima a la iglesia, seguramente lo sabrían mejor. EL OGR0. Jacob había sido testigo del acontecimiento que había dado nombre a la taberna y que le había costado el brazo derecho a su dueño. Albert Chanute estaba detrás de la barra con gesto gruñón cuando Jacob entró en el oscuro tugurio. Chanute era un hombre tan corpulento que solían decirle que tenía sangre de troll en las venas —ni mucho menos un piropo en el mundo del espejo—; y hasta que el ogro le cortó el brazo a hachazos, Albert Chanute había sido el mejor cazador de tesoros de toda Austrien, y Jacob había sido su aprendiz durante muchos años. Chanute le había enseñado cómo lograr gloria y riqueza detrás del espejo, y Jacob le había recompensado evitando que el ogro le cortara también la cabeza.

Las paredes de la taberna estaban cubiertas de recuerdos de los días gloriosos de Chanute: la cabeza de un lobo pardo, la puerta del horno de una casita de galleta, una ¡Estaca, fuera del saco! que saltaba de la pared cuando un huésped no se comportaba como era debido, y, directamente sobre la barra, colgado de las cadenas con las que había atado a su víctima, un brazo del ogro que había acabado con los días de cazador de tesoros de Chanute. La piel azulada aún brillaba como la de un lagarto.

—¡Vaya! Jacob Reckless —la boca gruñona de Chanute se transformó incluso en una sonrisa—. Creía que estabas en Lorena buscando un reloj de arena.

Chanute había sido una leyenda como cazador de tesoros, pero entretanto Jacob se había ganado una reputación en la región cuando menos igual de buena, y los tres hombres que estaban sentados a una de las mesas mugrientas alzaron curiosos las cabezas.

—¡Deshazte de la clientela! —le murmuró Jacob a Chanute por encima de la barra—. Tengo que hablar contigo.

Después subió al cuarto, el único lugar desde hacía años al que llamaba hogar en este y el otro mundo.

Una ¡Mesita, ponte!, un zapato de cristal, la bola de oro de una princesa... Jacob había encontrado bastantes cosas en este mundo y se las había vendido por mucho dinero a príncipes y comerciantes ricos. Pero era el cofre que había tras la puerta de aquel modesto cuarto el que escondía los tesoros que había guardado para él. Habían sido su defensa y talismán en muchos apuros, pero Jacob jamás había pensado que un día los necesitaría para salvar a su propio hermano.

El pañuelo, lo primero que sacó del cofre, estaba hecho de simple lino. Pero cuando se frotaba entre los dedos producía de forma infalible uno o dos táleros de oro. Jacob lo había recibido hacía años de una bruja a cambio de un beso que le había dejado una quemadura en los labios durante semanas. Los otros objetos, que guardó en su mochila, tenían el mismo aspecto insignificante: una lata de rapé de plata, una llave de latón, un plato de estaño y un frasco de cristal verde. Pero cada uno de ellos le había salvado la vida al menos una vez.

La taberna estaba vacía cuando Jacob descendió la escalera. Chanute estaba sentado a una de las mesas y empujó un vaso de vino hacia él tan pronto como se sentó a su lado.

—¿Entonces? ¿En qué problema te has metido ahora?

Chanute miró con ansia el vino, él mismo no tenía más que un vaso de agua delante. En otro tiempo se había emborrachado con tanta frecuencia que Jacob le había escondido las botellas, a

pesar de que Chanute le había dado una paliza por ello en cada ocasión. El viejo cazador de tesoros le había pegado con frecuencia —también estando sobrio—, hasta que Jacob le apuntó un día con su propia pistola. Incluso en la cueva del ogro Chanute había estado borracho. Probablemente habría conservado el brazo de haber estado sobrio; después dejó de beber. El cazador de tesoros había sido un miserable padre suplente y Jacob andaba siempre con cuidado con él, pero si alguien sabía cómo salvar a Will, ese era Albert Chanute.

—¿Qué harías para eliminar la carne de piedra de un amigo?

Chanute se atragantó con el agua y lo examinó para asegurarse de que no hablaba de sí mismo.

—No tengo amigos —refunfuñó—. Y tú tampoco. Hay que confiar en ellos y eso no se nos da bien a ninguno de los dos. ¿De quién se trata?

Pero Jacob se limitó a menear la cabeza.

—Ya. ¡A Jacob Reckless le encantan los secretos! ¿Cómo he podido olvidarlo?

La voz de Chanute sonaba amarga. A pesar de todo, lo consideraba el hijo que nunca había tenido.

—¿Cuándo cogieron a ese amigo?

—Hace cuatro días.

Los goyl los habían atacado cerca de un pueblo en el que Jacob buscaba el reloj de arena. Había subestimado lo lejos que sus pelotones de asalto habían penetrado en el territorio imperial, y Will había sufrido tantos dolores después del ataque que habían tardado días en volver. Volver ¿adónde? Ya no había vuelta atrás, pero Jacob no había tenido valor para decírselo a Will.

Chanute se pasó la mano por el cabello áspero y gris.

—¿Cuatro días? Olvídalo. Entonces ya es casi uno de ellos. ¿Recuerdas la época en que la emperatriz los coleccionaba de todos los colores y aquel campesino nos quiso endosar un muerto, al que le había cubierto la piel de piedra de luna con el hollín de un farol, como si fuera de ónix?

Sí, Jacob lo recordaba. Los rostros de piedra. Así se los denominaba entonces, y a los niños les narraban historias sobre ellos para que tuvieran miedo de la noche. Mientras él vagaba sin rumbo con Chanute, ellos comenzaron a vivir también en las cuevas que había sobre la tierra, y todos los pueblos organizaron cacerías de goyl. Pero ahora tenían un rey, y este había convertido a los cazados en cazadores.

Junto a la puerta trasera se oyó un crujido y Chanute sacó el cuchillo. Lo lanzó tan deprisa que clavó a la rata en mitad del brinco en la pared.

—Este mundo se ha echado a perder —refunfuñó echando hacia atrás la silla—. Las ratas crecen como perros. La calle apesta como una cueva de troll a causa de las fábricas y los goyl solo están a unas millas de aquí.

Recogió la rata muerta y la lanzó sobre la mesa.

—No hay nada que ayude contra la carne de piedra. Pero si me hubiera pasado a mí, cabalgaría hacia la casa de una bruja y buscaría en su jardín un arbusto con bayas de color negro —dijo Chanute limpiando el cuchillo sanguinolento en su manga—. Por supuesto, tiene que tratarse del jardín de una devoraniños.

—Creía que se habían mudado a Lorena desde que la emperatriz y las otras brujas las empezaron a perseguir.

—Pero sus casas siguen ahí. Los arbustos crecen allí donde han enterrado los huesos de sus víctimas. Las bayas son el antídoto más fuerte que conozco contra los maleficios.

Bayas de bruja. Jacob examinó la puerta del horno que colgaba de la pared.

—La bruja que había en el Bosque Negro era una devoraniños, ¿verdad?

—Una de las peores. Una vez entré en su casa buscando una de esas peinetas que te convierten en corneja al ponértela en el cabello.

—Lo sé. Me mandaste ir delante.

—¿En serio?

Chanute, avergonzado, se frotó la carnosa nariz. Había hecho creer a Jacob que la bruja había abandonado la casa.

—Me echaste aguardiente en las heridas.

Aún se apreciaban las marcas de los dedos de la bruja en el cuello de Jacob. Las quemaduras habían tardado semanas en sanar.

Jacob se echó la mochila a los hombros.

—Necesito un caballo de carga, provisiones, dos fusiles y munición.

Pero Chanute no parecía haberlo escuchado. Contemplaba sus trofeos.

—Buenos tiempos aquellos —murmuró—. La emperatriz me recibió tres veces en persona. ¿Cuántas veces lo conseguiste tú?

Jacob cerró la mano alrededor del pañuelo que tenía en el bolsillo hasta notar dos táleros de oro entre los dedos.

—Dos veces —dijo lanzando los táleros sobre la mesa.

En verdad había obtenido seis audiencias imperiales, pero aquella mentira hacía muy feliz a Chanute.

—¡Guárdate ese oro! —refunfuñó—. No quiero tu dinero.

Después le tendió su cuchillo a Jacob.

—Toma —dijo—. No hay nada que esta hoja no pueda cortar. Presiento que la necesitarás más que yo.



6

Tonto enamorado



Will se había marchado. Jacob se percató de ello nada más cruzar con el caballo de carga la puerta destruida de la ruina, que estaba tan abandonada como si su hermano no lo hubiera seguido nunca a través del espejo, como si todo marchara bien y aquel mundo únicamente le perteneciera a él, solo a él. Por un momento se sorprendió al sentirse casi aliviado. *Déjalo marchar, Jacob*. ¿Por qué no olvidar que tenía un hermano?

—Ha dicho que regresará.

Zorro estaba entre las columnas. La noche ennegrecía su pelaje.

—He intentado detenerlo, pero es tan terco como tú.

Otro error, Jacob. Habría tenido que llevarse a Will a Schwanstein en vez de ocultarlo en la ruina. Will deseaba regresar a casa. Simplemente a casa. Pero tendría que llevarse la piedra consigo.

Jacob dejó el caballo junto a los otros dos, que pastaban detrás de la ruina, y se dirigió a la torre. Su larga sombra escribió una sola palabra en las baldosas: *Volver*.

Una amenaza para ti, Jacob, una promesa para Will.

La hiedra trepaba tan próxima a las piedras tiznadas que sus zarzillos siempre verdes formaban una densa cortina delante del hueco de la puerta. La torre era la única parte del castillo que había sobrevivido casi ilesa al fuego. En el interior pululaban los murciélagos, y la escalera de cuerda, que Jacob había colocado años atrás, despedía destellos de plata en la oscuridad. Los elfos dejaban siempre en ella su polvo como si no quisieran que olvidara que, años atrás, había descendido de otro mundo.

Zorro lo miró con gesto de preocupación cuando Jacob echó mano de la cuerda.

—Partiremos tan pronto haya regresado con Will —dijo.

—¿Partir? ¿Adónde?

Pero Jacob ya había comenzado a trepar por la balanceante escalera.

La habitación de la torre estaba iluminada por la luz de ambas lunas y su hermano estaba de pie junto al espejo. No estaba solo.

La chica se soltó de sus brazos en cuanto oyó a Jacob detrás. Era más hermosa que en las fotos que Will le había mostrado. *Tonto enamorado*.

—¿Qué hace ella aquí? —Jacob sintió su propio enfado como una escarcha sobre la piel—. ¿Has perdido el juicio?

Se limpió el polvo de elfo de las manos. Si uno no se andaba con cuidado, actuaba como un somnífero.

—Clara —dijo Will cogiéndola de la mano—. Este es mi hermano, Jacob.

Pronunció su nombre como si tuviera perlas en la lengua. Will siempre se había tomado el amor demasiado en serio.

—¿Qué más tiene que pasar para que comprendas qué clase de lugar es este? —le reprendió Jacob—. Mándala de vuelta. De inmediato.

Ella tenía miedo, pero se esforzó por disimularlo. Miedo del lugar que no podía existir, de la luna roja que había fuera en el cielo... *y de ti, Jacob*. Parecía sorprendida de que realmente existiera. El hermano mayor de Will. Irreal como el recinto en el que se encontraba.

Ella cogió la mano deformada de Will y se la pasó sobre la frente.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz entrecortada—. ¡Nunca he visto una erupción así!

Por supuesto. Una estudiante de medicina... ¡Mírala, Jacob! Está tan enferma de amor como tu hermano. Tan enamorada que incluso ha seguido a Will a otro mundo.

Por encima de ellos se oyó un crujido y un rostro enjuto se asomó desde las vigas. El zancudo saltarín, que había mordido a Jacob en su primer viaje al otro lado del espejo, se negaba a ser expulsado de la torre después de tantos años, pero su feo rostro desapareció precipitadamente entre las telarañas cuando Jacob sacó la pistola. Durante un tiempo había utilizado los viejos revólveres de la colección de su padre, aunque finalmente había encargado a un armero de Nueva York equipar una de las anticuadas carcasas con la vida interior de una pistola moderna.

Clara contempló atónita el cañón brillante.

—Mándala de vuelta, Will. —Jacob guardó el arma en el cinturón—. No volveré a repetírtelo.

Entretanto, a Will le habían sucedido cosas que le causaban más miedo aún que su hermano mayor, pero finalmente se volvió y le apartó a Clara el cabello rubio de la frente.

—Tiene razón —oyó Jacob susurrar a Will—. Iré detrás de ti muy pronto. Sanará, ya lo verás. Mi hermano encontrará el modo.

Jacob nunca había comprendido de dónde procedía esa gran confianza. Nada lo había conseguido estremecer, ni siquiera durante todos aquellos años en los que Will apenas lo había llegado a ver.

—Venga, vamos.

Jacob se dio la vuelta y se dirigió hacia la trampilla.

—Regresa, Clara. Por favor —oyó decir a Will.

Pero Jacob ya había alcanzado el pie de la escalera de cuerda cuando su hermano, por fin, lo siguió. Will trepaba de una forma tan indecisa que parecía no querer llegar nunca abajo. Después se quedó allí de pie contemplando el polvo de los elfos en sus manos. Un sueño profundo y fascinante. No sería el peor de los regalos. Pero Will se limpió el polvo de los dedos como Jacob le había enseñado y se palpó el cuello. Las primeras vetas de color verde pálido ya asomaban allí también.

—Tú no necesitas a nadie, ¿verdad, Jake? —En su voz se percibía cierta envidia—. Siempre fuiste así.

Jacob apartó la hiedra a un lado.

—Si la necesitas tanto —dijo él—, deberías dejarla en un lugar seguro.

—¡Solo quería llamarla! Hacía semanas que no sabía nada de mí. No imaginé que me seguiría.

—¿Ah, no? ¿Y qué esperabas entonces?

Will no respondió.

• • •

Zorro aguardaba junto a los caballos. Y no le gustó nada que Jacob hubiera llevado de vuelta a Will. *Nadie puede ayudarlo.* Su mirada seguía diciéndolo.

Ya veremos, Zorro.

Los caballos estaban inquietos. Will intentó calmarlos acariciándoles los ollares. Su tierno

hermano. En otro tiempo Will había llevado a su casa a todos los perros vagabundos y había derramado lágrimas por las ratas envenenadas del parque. Pero aquello que le crecía en la carne era todo menos tierno.

—¿Adónde cabalgamos?

Alzó la mirada hacia la torre.

Jacob le dio uno de los fusiles, que colgaban de la silla del caballo de carga.

—Al Bosque Negro.

Zorro levantó la cabeza.

Sí, lo sé, Zorro. Un lugar poco agradable.

Su yegua le dio un empujón en la espalda con el hocico. Jacob había pagado a Chanute las ganancias de un año por ella, aunque bien valía todos los táleros del mundo. Le estaba ajustando con firmeza la cincha de la silla cuando Zorro emitió un gruñido de advertencia a su lado.

Pasos. Se ralentizaron. Y se detuvieron.

Jacob se dio la vuelta.

—Me da igual qué tipo de lugar sea este... —Clara apareció a través de las columnas tiznadas—. No regresaré. Will me necesita. Y quiero saber qué ha sucedido.

Zorro la miró como a un animal extraño. Las mujeres de su mundo llevaban vestidos largos y se recogían el cabello o se lo trenzaban como las hijas de los campesinos. Esta usaba pantalones y su cabello era casi tan corto como el de un muchacho.

El aullido de un lobo atravesó la oscuridad y Will tiró enérgicamente de Clara. Habló con ella seriamente, pero ella se limitó a cogerle del brazo y a seguir con sus dedos las venas de piedra en su piel.

Ya no eres el único que cuida de Will, Jacob. Clara lo miró, y por un instante su rostro le recordó al de su madre. ¿Por qué no le había hablado nunca del espejo? ¿Y si el mundo del otro lado hubiera logrado borrarle un poco la tristeza de su rostro?

Demasiado tarde, Jacob. Demasiado tarde.

Zorro seguía sin apartar la vista de la chica. A veces Jacob se olvidaba de que ella lo era también.

Un segundo lobo aulló. La mayoría eran pacíficos, pero a veces alguno pardo se mezclaba entre ellos, y a estos les gustaba devorar carne humana.

Preocupado, Will prestó atención a los sonidos de la noche. Después volvió a tratar de persuadir a Clara.

Zorro alzó el hocico.

—Deberíamos partir —susurró a Jacob.

—No hasta que Will la mande de vuelta.

Zorro lo miró. Ojos de ámbar.

—Que venga con nosotros.

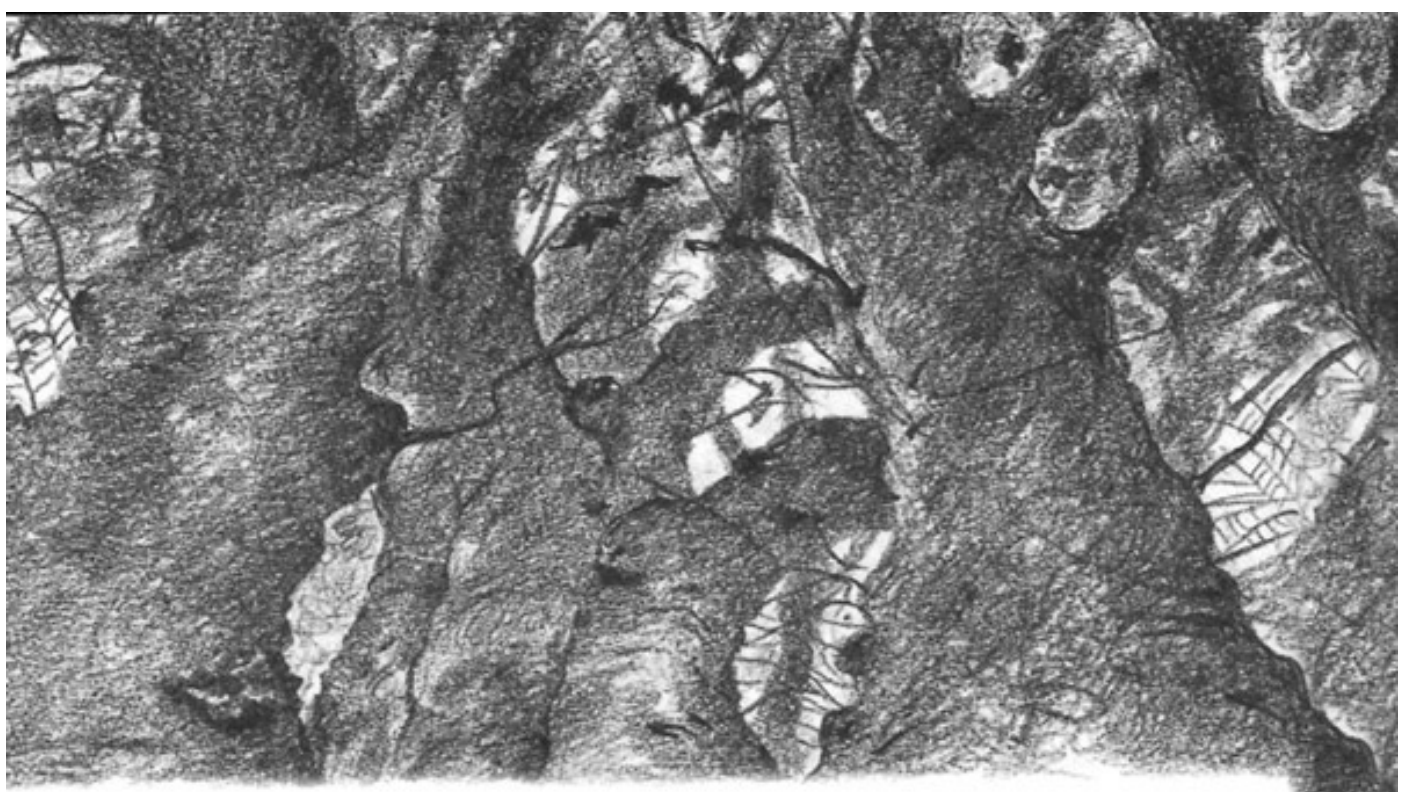
—¡No!

Solo los retrasaría. Y Zorro sabía tan bien como él que a su hermano se le acababa el tiempo. Aun cuando Jacob no se lo hubiera explicado todavía a Will.

Zorro se dio la vuelta.

—¡Que venga con nosotros! —volvió a decir—. Tu hermano la necesitará. Y tú también.
¿Acaso ya no te fías de mi olfato?

Después desapareció en la noche como si estuviera harta de esperarlo.



7

La casa de la bruja



Una espesura de raíces, espinas y hojas. Árboles gigantes y jóvenes estirándose hacia la escasa luz que atravesaba el tupido manto vegetal. Enjambres de fuegos fatuos sobre charcos putrefactos.

Claros en los que los hongos matamoscas extendían sus círculos venenosos. Jacob había estado en el Bosque Negro por última vez hacía cuatro meses, en busca de un cisne humano que llevaba una camisa de ortigas sobre las plumas. Sin embargo, después de tres días había abandonado la búsqueda ante la incapacidad de respirar bajo los oscuros árboles.

No alcanzaron la linde del bosque hasta mediodía porque Will sufrió de nuevo dolores. Entretanto, la piedra le crecía en todo el cuello, pero Clara actuaba como si no la viera. El amor ciego, y Clara parecía querer demostrar el dicho. No se separaba de Will, y lo rodeaba con el brazo cuando la piedra volvía a crecerle y él se retorció de dolor en la silla de montar. Pero cuando no se sentía observada, Jacob podía advertir el miedo en su rostro. A su pregunta de qué sabía sobre la piedra, Jacob le había contado la misma mentira que a su hermano: que lo único que le cambiaba a Will era la piel y que resultaría sencillo sanarlo en aquel mundo. No había sido difícil convencerlos. Ambos deseaban creer cualquier mentira piadosa que les contara.

Clara montaba mejor de lo esperado. De camino, Jacob le había comprado un vestido en un mercado, pero ella se lo hizo cambiar por ropa de hombre después de haber intentado en vano subir a su caballo con la amplia falda. Una chica vestida de hombre y la piedra en la piel de Will... Jacob se alegró cuando dejaron atrás pueblos y calles y cabalgaron debajo de los árboles, aunque sabía lo que allí los aguardaba. Mordedores de corteza, criaturas hongo, tramperos, hombres corneja..., el Bosque Negro estaba habitado por muchas criaturas desagradables, aun cuando la emperatriz hubiese intentado durante años barrer el terror del lugar. A pesar de sus peligros, existía un comercio activo con los cuernos, dientes y pieles de sus habitantes. Jacob no se había ganado nunca la vida de aquel modo, pero muchos vivían bien de él: quince táleros de plata por una criatura hongo (dos táleros extra si escupía veneno matamoscas), treinta por un mordedor de corteza (no mucho, teniendo en cuenta que el cazador podía fácilmente acabar muerto mientras intentaba atrapar uno) y cuarenta por un hombre corneja (cuyo único interés eran los ojos).

Muchos árboles perdían ya su follaje, pero el manto de hojas seguía siendo tan espeso que, debajo, el día parecía un crepúsculo otoñal. Pronto tuvieron que guiar a los caballos, pues estos se enredaban cada vez con más frecuencia en los densos matorrales, y Jacob aconsejó a Will y a Clara que no tocaran los árboles. Sin embargo, las perlas brillantes que un mordedor de corteza había hecho brotar como cebo sobre una encina hicieron que Clara olvidara la advertencia. Jacob logró quitarle el pequeño y repugnante sujeto de la muñeca justo antes de que este consiguiera reptar por su manga.

—Esto de aquí —dijo acercándole tanto el mordedor de cortezas a los ojos que Clara pudo ver los afilados dientes sobre los labios con costras— es uno de los motivos por los que no debéis tocar los árboles. Su primer mordisco te mareará, el segundo te paralizará, pero aún seguirás plenamente consciente cuando toda su estirpe chupe tu sangre hasta la saciedad. Créeme, no es una forma agradable de morir.

¿Ves como tenías que haberla enviado de vuelta?

Will leyó el reproche en el rostro de Jacob mientras tiraba enérgicamente de Clara. Pero a

partir de ese momento se volvió cauta y fue ella quien tiró de Will a tiempo cuando vio extenderse la red de un trampero, mojada de rocío, delante de ellos en el camino, y quien espantó a los cuervos de oro que pretendían graznarles maldiciones en los oídos.

De todos modos. Ella no formaba parte de aquel lugar. Mucho menos aún que su hermano. Zorro se volvió hacia él.

Basta ya, le advirtieron sus ojos. *Ella está aquí y te lo diré otra vez: él la necesitará.*

Zorro. La sombra peluda de Jacob. Los fuegos fatuos, cuyos enjambres colgaban por todas partes entre los árboles, habían desorientado a menudo incluso a Jacob con su zumbido seductor, pero la zorra los espantó de su pelaje como a las moscas molestas y siguió avanzando sin turbarse.

Después de tres horas, el primer árbol de brujas apareció entre las encinas y los fresnos, y Jacob estaba previniendo a Clara y a Will contra las ramas que sentían fascinación por clavarse en los ojos humanos cuando, de pronto, Zorro se detuvo.

El leve ruido apenas se distinguía entre los zumbidos de los fuegos fatuos. Sonaba como el chischás de unas tijeras; no parecía amenazante. Will y Clara ni siquiera lo percibieron. Pero la piel de la zorra se erizó y Jacob apoyó la mano en el sable. Solo conocía un habitante de aquel bosque que hiciera un ruido semejante, y era el único al que en ningún caso quería encontrarse.

—Apresurémonos —le susurró a Zorro—. ¿Cuánto falta para llegar a la casa?

Chischás. El ruido se aproximaba.

—Podemos vernos en un aprieto —susurró Zorro.

El chasquido enmudeció, pero el repentino silencio sonaba igual de amenazante. Ningún pájaro cantaba. Los propios fuegos fatuos habían desaparecido. Zorro lanzó una mirada de preocupación entre los árboles antes de escabullirse tan aprisa que los caballos, enredados en los espesos matorrales, apenas podían seguirla.

El bosque se oscurecía y Jacob sacó de su alforja la linterna que se había traído del otro mundo. Tenían que sortear árboles de brujas cada vez con más frecuencia. Los espinos negros reemplazaron a los fresnos y a las encinas. Los abetos asfixiaban la escasa luz entre sus agujas de color verde oscuro y los caballos se espantaron nada más ver la casa, que emergió de entre los árboles.

Cuando, años atrás, Jacob había acompañado a Chanute hasta allí, las tablas de ripia del tejado despedían unos destellos tan rojos entre los árboles que parecía que las brujas las hubieran pintado con zumo de cereza. Ahora estaban cubiertas de musgo y la pintura de las ventanas se desconchaba, pero en los muros y en el tejado puntiagudo aún seguían pegados algunos pasteles. De los canalones y alféizares colgaban carámbanos de azúcar glaseado, y toda la casa olía a canela y a miel, como correspondía a una buena trampa para niños. Las brujas habían intentado varias veces expulsar a las devoraniños de su estirpe, y finalmente les habían declarado la guerra dos años atrás. La bruja que había infestado el Bosque Negro vivía ahora supuestamente como un sapo verrugoso en una charca fangosa.

En la verja de forja que rodeaba la casa seguían adheridas algunas perlas de azúcar de colores. La yegua de Jacob tembló al cruzar la puerta. La verja de una casita de galleta dejaba entrar a cualquiera, pero no permitía que saliera nadie. Chanute se había cuidado de dejar bien abierta la puerta durante su visita, pero Jacob estaba más preocupado por lo que les seguía que por la casa

abandonada. Nada más cerrar la puerta detrás de Clara, el chasquido volvió a oírse claramente y esta vez de una forma casi colérica. Al menos no se aproximaba más, y Zorro lanzó una mirada de alivio a Jacob. Era como habían esperado: su perseguidor no había sido un amigo de la bruja.

—¿Y qué hacemos si nos aguarda? —susurró Zorro.

Sí, ¿entonces qué, Jacob? Le daba igual. Al menos mientras el arbusto que Chanute le había descrito siguiera creciendo detrás de la casa.

Will había conducido a los caballos hasta el pozo y descolgó el cubo oxidado para abrevarlos. Examinó la casita de galleta como una planta venenosa. Clara, sin embargo, pasó los dedos sobre el baño de azúcar como si no creyera lo que estaba viendo.

Crunch, crunch, crunch. ¿Quién roe, roe? ¿Quién mi casita me come?

¿Qué versión del cuento había escuchado Clara?

Entonces cogió a Hänsel con su mano seca, lo llevó a un pequeño establo y lo encerró tras una puerta enrejada. Él gritó lo que quiso y pudo, pero no le sirvió de nada.

—Cuida de que no coma pastel —le dijo Jacob a Zorro.

Y fue en busca de las bayas.

Detrás de la casa crecían unas ortigas tan altas que parecían montar guardia alrededor del jardín de la bruja. Quemaban la piel de Jacob, pero este se abrió paso entre sus hojas venenosas hasta que, entre la cicuta y la belladona, encontró lo que andaba buscando: un arbusto poco vistoso con hojas pinnadas. Jacob se estaba llenando la mano con sus bayas negras cuando oyó pasos detrás de él.

Clara apareció entre los bancales abandonados.

—Acónito. Plantas de sombra. Hojas de cicuta —dijo mirándolo con gesto interrogante—. Todas son plantas venenosas.

Como estudiante de medicina, obviamente había aprendido algunas cosas provechosas. Will le había explicado una docena de veces cómo se había encontrado con ella en el hospital, en la unidad en la que habían tratado a su madre. *Cuando tú no estabas allí, Jacob.*

Se levantó. En el bosque volvió a oírse el chasquido.

—A veces hay que tomar veneno para curarse —dijo—. A ti no necesito explicártelo. Aunque probablemente no hayas estudiado nada sobre estas bayas.

Se acercó a ella y le llenó las manos de brillantes frutos negros.

—Will tiene que comerse al menos una docena de ellas. Deberían surtir efecto antes de que amanezca. Convéncelo para que se acueste dentro de la casa. Hace días que no pega ojo.

Los goyl necesitaban poco sueño. Una de las muchas ventajas que tenían frente a las personas.

Clara miró las bayas. Tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero no las formuló. ¿Qué le había contado Will sobre él? *Sí, tengo un hermano. Pero hace tiempo que me parece un extraño.*

Clara se dio la vuelta y aguzó el oído en dirección al bosque. Esta vez también había oído el chasquido.

—¿Qué ha sido? —preguntó.

—Le llaman el sastre. No se atreve a cruzar la verja de la bruja, pero no podemos volver a salir

hasta que se haya marchado. Trataré de ahuyentarlo.

Jacob sacó del bolsillo la llave que había cogido del cofre en la taberna de Chanute.

—La verja no os dejará salir, pero esta llave abre cualquier puerta. La lanzaré por encima tan pronto como salga, solo por si no regreso. Zorro os llevará de vuelta a la ruina. Pero no abras la cerradura hasta que sea de día.

Will seguía de pie junto al pozo. Cuando se dirigió hacia Clara, tropezó debido al cansancio.

—No dejes que duerma en la habitación del horno —le susurró Jacob a Clara—. El aire de allí produce sueños desapacibles. Y ocúpate de que no me siga.

Will se comió las bayas sin dudar. La magia que todo lo sana. Ya desde niño creía más fácilmente en ese tipo de milagros que Jacob. Su agotamiento se reflejaba en su rostro, y sin rechistar dejó que Clara lo arrastrara hasta la casita de galleta. El sol se estaba poniendo detrás de los árboles y la luna roja colgaba de las cimas como una huella dactilar ensangrentada. Cuando el sol la relevara, la piedra en la piel de su hermano no sería más que un mal sueño. En el caso de que las bayas surtieran efecto.

En el caso.

Jacob se acercó a la verja y miró hacia el bosque.

Chischás.

Su perseguidor seguía allí.

Zorro miró con inquietud a Jacob cuando este se acercó a la yegua y sacó el cuchillo de Chanute de la alforja. Las balas no servían de nada contra el que aguardaba allí fuera. Al parecer, incluso fortalecían al sastre.

Mil sombras cubrieron el bosque y Jacob creyó ver una figura oscura de pie entre los árboles. *Al menos te ayudará a matar el tiempo hasta que salga el sol, Jacob.* Se metió el cuchillo en el cinturón y sacó la linterna de la mochila. Zorro lo siguió cuando se acercó a la verja.

—No puedes salir. Está oscureciendo.

—¿Y?

—¡Quizá se marche antes de que llegue el nuevo día!

—¿Por qué iba a hacerlo?

La puerta enrejada se abrió en cuanto Jacob metió la llave en la cerradura oxidada.

Con toda seguridad, las manos de muchos niños la habrían sacudido antes en vano.

—Quédate aquí, Zorro —dijo.

Pero ella se deslizó rápidamente junto a él sin decir nada y Jacob cerró la puerta a sus espaldas.



8
Clara



La primera habitación era el cuarto con el horno, pero Clara siguió tirando de Will cuando este miró a través de la puerta. El estrecho pasillo olía a pastel y a almendras dulces, y en la siguiente sala un chal, bordado con pájaros negros, colgaba de un sillón apolillado.

La cama estaba en la última habitación. Apenas era lo suficiente grande para ambos y las mantas estaban agujereadas por las polillas, pero Will se durmió antes de que Jacob cerrara la puerta enrejada detrás de sí. La piedra le dibujaba vetas en el cuello como lo habían hecho fuera las sombras del bosque. Clara pasó los dedos con precaución sobre aquel verdor mate. Tan frío y terso. Tan hermoso y terrible al mismo tiempo.

¿Qué pasaría si las bayas no surtían efecto? El hermano de Will sabía la respuesta, y esta lo asustaba aun cuando él se cuidara mucho de ocultarlo.

Jacob. Will le había hablado de él a Clara, pero solo le había mostrado una fotografía en la que ambos eran niños. La mirada de Jacob ya entonces era completamente distinta a la de su hermano. En ella no había nada de la suavidad de Will. Nada de su calma.

Clara se soltó del abrazo de Will y lo tapó con la manta de la bruja. Una polilla, negra como la huella de la noche, se había posado sobre su hombro. Echó a volar cuando Clara se inclinó sobre Will para besarlo. Él no se despertó. Ella lo dejó solo y salió afuera.

La casa cubierta de pastel, la luna roja sobre los árboles..., lo que veía le parecía tan irreal que se sentía sonámbula. Todo lo que conocía había desaparecido. Todo lo que recordaba parecía perdido. Will era lo único familiar, pero lo extraño ya le estaba creciendo en la piel.

La zorra no estaba allí. Por supuesto. Se había ido con Jacob.

La llave yacía directamente junto a la puerta, tal y como él le había prometido. Clara la recogió y acarició el metal cincelado. Las voces de los fuegos fatuos llenaban el aire como el zumbido de las abejas. Un cuervo graznó en los árboles. Pero Clara estaba pendiente de otro sonido: el agudo chischás que había ensombrecido el rostro de Jacob y que lo había llevado de vuelta al bosque. ¿Quién era aquel que aguardaba allí fuera convirtiendo incluso en un refugio seguro la casa de una devoraniños?

Chischás. Allí estaba otra vez. Como el rechinar de unos dientes metálicos. Clara se apartó de la verja. Largas sombras se cernieron sobre la casa y sintió el mismo miedo que había experimentado de niña cuando se quedaba sola en casa y oía pasos en el rellano.

Habría tenido que contarle a Will lo que su hermano se proponía. Jamás la perdonaría si Jacob no regresaba.

Regresaría.

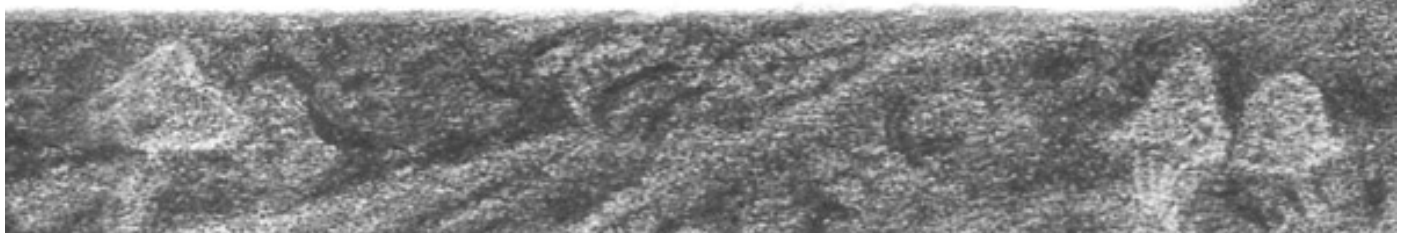
Tenía que regresar.

Jamás encontrarían el camino de regreso a casa sin él.



9

El sastre



¿Los seguía? Jacob caminaba despacio para que el cazador, que habían atraído, pudiera seguirlos. Pero no oía más que sus propios pasos, las ramas podridas quebrándose debajo de sus botas, el crujir de las hojas. ¿Dónde estaba? Temía ya que su perseguidor hubiera olvidado el miedo a la bruja y se hubiera deslizado, a sus espaldas, a través de la puerta cuando a su izquierda, de nuevo, llegó el chasquido del bosque. Por lo visto era cierto lo que se contaba: al sastre le gustaba jugar al gato y al ratón con sus víctimas antes de emprender su sangriento oficio.

Nadie podía decir quién o qué era exactamente. Las historias sobre el sastre eran casi tan antiguas como el Bosque Negro. Pero todos sabían una cosa: se había ganado su nombre confeccionando trajes con piel humana.

Chischás, clic clac. Entre los árboles se abrió un claro y Zorro lanzó a Jacob una mirada de advertencia cuando, desde las ramas de una encina, una bandada de cornejas emprendió el vuelo. El clic clac se volvió tan fuerte que los graznidos apenas se distinguían y el haz de luz de la linterna se topó con la silueta de un hombre debajo de la encina.

Al sastre no le gustaba aquel dedo de luz tanteador. Emitió un gruñido y lo intentó aplastar como si se tratara de un insecto molesto. Pero Jacob dejó que la luz continuara tanteando el rostro barbudo y sucio, la ropa horripilante, que a simple vista parecía una piel de animal curtida de forma chapucera, y las toscas manos que realizaban el trabajo sangriento. Los dedos de la izquierda acababan en anchas cuchillas, cada una tan larga como un puñal. Los de la derecha eran igual de largos y de letales, aunque finos y puntiagudos como gigantescas agujas de coser. En ambas manos faltaba un dedo —era evidente que otras víctimas habían intentado defender su piel—, pero el sastre no parecía echarlos en falta. Sus uñas asesinas surcaron el aire como si cortara un patrón con las sombras de los árboles y tomara medidas para los trajes que cosería con la piel de Jacob.

Zorro mostró los colmillos y, gruñendo, retrocedió junto a Jacob. Este lo espantó para que se colocara detrás de él, empuñando el sable en la mano izquierda y el cuchillo de Chanute en la derecha.

Su oponente se movía con torpeza, como un oso, pero sus manos cortaban y pinchaban los matorrales de cardos con alarmante entusiasmo. Su mirada era inexpresiva, como la de un muerto, pero el rostro barbudo había devenido una máscara sedienta de sangre y enseñaba los dientes amarillos como queriendo despellejar con ellos a Jacob.

Primero esgrimió las anchas cuchillas contra él. Jacob las detuvo con el sable a la vez que atacaba la mano de agujas con el cuchillo. Había luchado contra media docena de soldados borrachos, centinelas de castillos encantados, salteadores de caminos e incluso una manada de lobos adiestrados, pero aquello era peor. Los tajos y las cuchilladas del sastre eran tan crueles que Jacob creía encontrarse atrapado en una trilladora.

Su adversario no era especialmente alto y Jacob era más ágil que él. Sin embargo, pronto sintió los primeros cortes en hombros y brazos. *Vamos, Jacob. Mira su ropa. ¿Quieres acabar así?* Le cortó uno de los dedos aguja con el cuchillo, aprovechó el grito de rabia para tomar aliento... y levantó el sable bruscamente, justo antes de que las cuchillas le abrieran la cara. Dos de las agujas le rasguñaron la mejilla como garras de gato. Otra casi le penetra el brazo. Jacob retrocedió entre los árboles, desviando las cuchillas hacia la corteza en vez de hacia su piel. Las

largas agujas se clavaron profundamente en la madera en lugar de en su carne. Pero el sastre se liberaba una y otra vez, y no parecía cansarse, en tanto que a Jacob ya le pesaban los brazos.

Le cortó otro dedo más cuando una de las cuchillas se dirigía hacia la corteza del árbol, justo a su lado. El sastre aulló como un lobo y lo atacó con más rabia aún. Sus heridas no manaban sangre.

¡Acabarás como un par de pantalones! Jacob respiraba con dificultad. El corazón le latía deprisa. Tropezó con una raíz y, antes de que pudiera levantarse, el sastre le enterró una de sus agujas en el hombro. El dolor lo postró de rodillas, y aún sin encontrar el aire suficiente para gritarle a Zorro que regresara, esta se abalanzó sobre el sastre y le clavó profundamente los dientes en la pierna. Le había salvado el pellejo a Jacob en numerosas ocasiones, pero nunca en un sentido tan literal. El sastre intentó librarse de ella. Se había olvidado de Jacob, y cuando, enfurecido, tomó impulso para clavarle a Zorro las cuchillas en el vientre peludo, Jacob le cortó el antebrazo con el cuchillo de Chanute.

El grito del sastre resonó a través del oscuro bosque. Miró fijamente el muñón inservible y la mano armada de cuchillas que yacía delante de él sobre el musgo. Después se volvió jadeando hacia Jacob. La mano que le quedaba se dirigió a él con ímpetu letal. Tres agujas de acero, puñales mortales. Jacob ya creía sentir el metal en los intestinos, pero antes de que le penetraran la carne clavó profundamente la hoja del cuchillo en el pecho del sastre.

El sastre gruñó, se tambaleó y presionó los dedos contra aquella camisa atroz. A continuación sus rodillas cedieron.

Jacob tropezó con el árbol más cercano respirando con dificultad mientras el sastre se revolcaba en el musgo húmedo. Un último estertor y se hizo el silencio. Pero Jacob no soltó el cuchillo a pesar de que los ojos vidriosos de aquel rostro sucio miraban, vacíos, fijamente hacia el cielo. No estaba seguro de que existiese algo parecido a la muerte para el sastre.

Zorro temblaba como si unos perros la hubiesen perseguido. Jacob se arrodilló junto a ella y clavó la mirada en el cuerpo inmóvil. No sabía cuánto tiempo había estado allí agachado. Su piel le ardía como si se hubiera revolcado sobre trozos de cristal. Su hombro estaba entumecido por el dolor y, delante de sus ojos, las cuchillas seguían ejecutando su danza letal.

—¡Jacob! —La voz de Zorro parecía llegar de la lejanía—. Levántate. ¡En la casa estaremos más seguros!

Casi no podía ponerse de pie.

El sastre seguía sin moverse.

El trayecto de vuelta a la casa de la bruja le pareció muy largo, y cuando por fin esta apareció entre los árboles, Jacob vio a Clara aguardando de pie detrás de la verja.

—¡Oh, Dios santo! —se limitó a susurrar cuando vio la sangre en su camisa.

Fue al pozo en busca de agua y le limpió los cortes. Jacob se estremeció cuando los dedos de Clara le palparon el hombro.

—La herida es profunda —dijo Clara mientras Zorro, preocupada, se sentaba junto a ella—. Sería preferible que sangrara con más fuerza.

—En mi alforja hay yodo y vendas —respondió Jacob, agradecido de que estuviera acostumbrada a ver heridas—. ¿Qué pasa con Will? ¿Está durmiendo?

—Sí.

Y la piedra seguía allí. No necesitó decirlo.

Jacob pudo ver en su expresión que deseaba saber lo que había pasado en el bosque, pero aquello era lo último que él quería recordar.

Clara sacó el yodo de la alforja y vertió unas gotas sobre la herida, pero su gesto continuaba siendo de preocupación.

—¿En qué te revuelcas cuando te hieres, Zorro? —preguntó.

La zorra señaló unas hierbas que había en el jardín de la bruja. Despidieron un olor agrídulce cuando Clara las deshojó y las colocó sobre la piel cortada.

—Como una bruja nata —dijo Jacob—. Creía que Will te había encontrado en un hospital.

Ella esbozó una sonrisa. La hacía parecer muy joven.

—En nuestro mundo, las brujas trabajan en hospitales. ¿Lo has olvidado?

Clara se fijó en las cicatrices que Jacob tenía en la espalda cuando le cubrió el hombro vendado con la camisa.

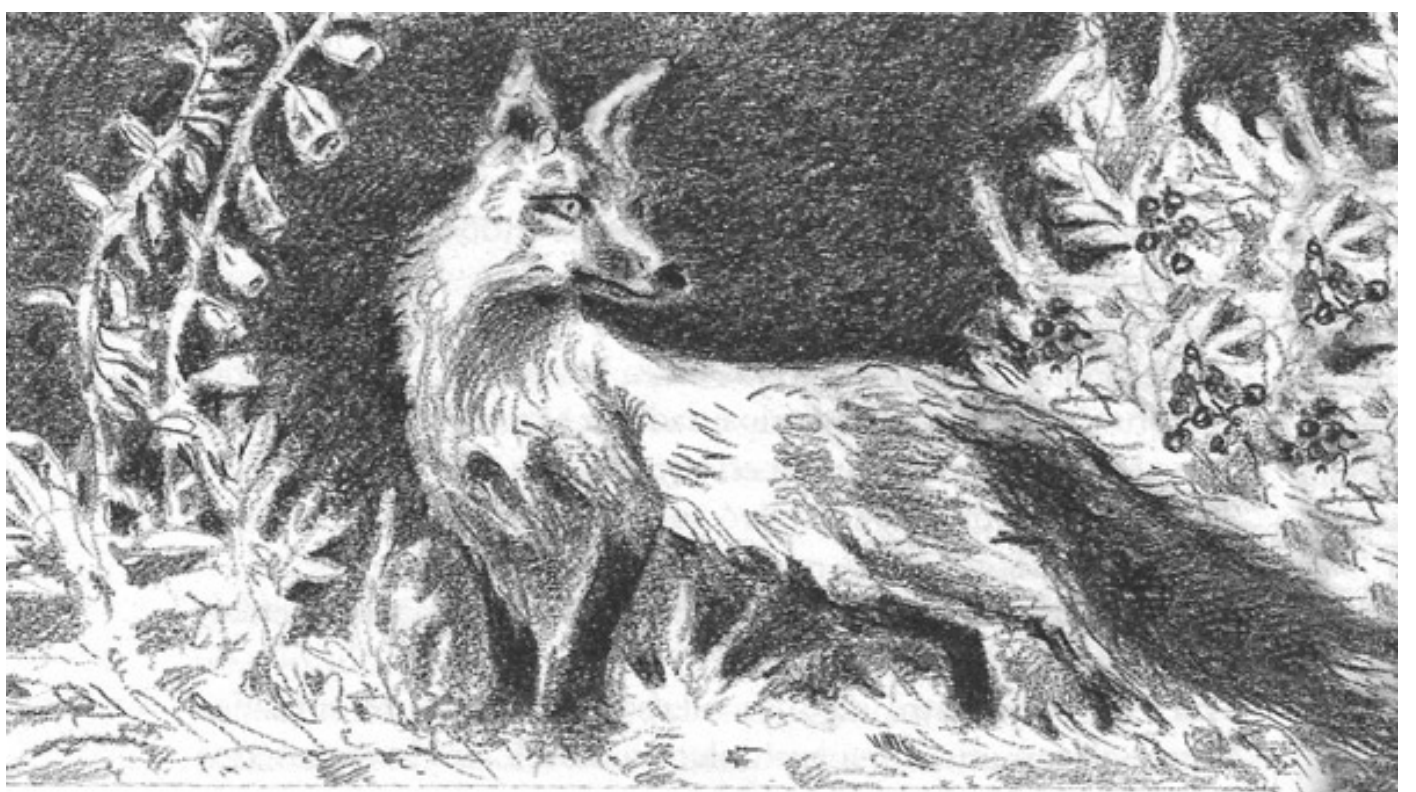
—¿Cómo te las hiciste? —preguntó—. ¡Deben de haber sido heridas terribles!

Zorro lanzó a Jacob una mirada de complicidad, pero este se limitó a encogerse de hombros mientras se abotonaba la camisa.

—Sobreviví.

Clara lo miraba pensativa.

—Gracias —respondió—. Por lo que sea que hayas hecho allá fuera. Estoy tan contenta de que hayas regresado...



10
Pelaje y piel



Jacob sabía demasiado sobre casitas de galleta como para poder dormir tranquilo bajo el tejado de azúcar glaseado. Sacó el plato de estaño de la alforja, se sentó con él delante del pozo y le sacó brillo con la manga hasta que se llenó de pan y queso. Si bien no era un menú de cinco platos como el que servía la ¡Mesita, ponte! que había encontrado para la emperatriz, el plato cabía fácilmente en una alforja.

La luna roja bañaba de óxido la noche y aún faltaban horas para que amaneciera, pero Jacob no se atrevía a comprobar si la piedra había desaparecido de la piel de Will. Zorro se sentó junto a él y se lamió el pelo. El sastre le había dado una patada y también había recibido algunos cortes, pero se encontraba bien. La piel humana era mucho más vulnerable que el pelo de un animal. O que la piel de un goyl.

—Tú también deberías echarte a dormir —dijo ella.

—No puedo dormir.

Le dolía el hombro y creía sentir cómo la magia negra de la bruja se medía en la casa con el maleficio del Hada Oscura.

—¿Qué harás si las bayas surten efecto? ¿Llevarás de vuelta a Will y a la chica?

Zorro se esforzó por sonar indiferente, pero Jacob pudo intuir la pregunta implícita en sus palabras. No importaba cuántas veces le dijera a Zorro lo que le gustaba su mundo, temía siempre que un día subiera a lo alto de la torre y no regresara jamás.

—Sí, claro —respondió—. Y vivieron felices hasta el fin de sus días.

—¿Y nosotros?

Zorro se apretó contra él cuando el frío aire nocturno le hizo sentir escalofríos.

—El invierno se aproxima. Podríamos ir al sur, hacia Grenada o Lombardien, y buscar el reloj de arena allí.

El reloj de arena que detenía el tiempo. Hacía tan solo unas semanas no pensaba en otra cosa. El espejo que hablaba. El zapato de cristal. La rueca que hilaba oro... En aquel mundo siempre había algo o alguien a quien buscar. Y la mayoría de las veces eso le ayudaba a olvidar que había buscado en vano al único que realmente había deseado encontrar.

Jacob cogió un pedazo de pan del plato y se lo tendió a Zorro.

—¿Cuándo fue la última vez que te transformaste? —preguntó cuando ella atrapó el pan con avidez.

Ella hizo ademán de marcharse, pero él la sujetó con firmeza.

—¡Zorro!

Intentó morderle la mano, pero finalmente la sombra de Zorro, que la luz de la luna dibujaba junto al pozo, se incorporó, y la niña que había ahora arrodillada junto a Jacob lo empujó con manos fuertes.

Zorro. Su cabello era tan rojo como la piel de zorro, que prefería a la piel humana. Le caía tan largo y tupido sobre la espalda que casi parecía seguir llevando puesto su pelaje. Incluso el vestido, que le cubría la pecosa piel, brillaba a la luz de la luna como la piel de zorro, y su tejido parecía estar confeccionado con el mismo cabello de seda.

En los últimos meses se había hecho mayor, casi tan deprisa como un cachorro se convierte en zorra. Pero Jacob seguía viendo en ella a la niña de diez años que, en lugar de la zorra, había

sollozado arrodillada junto a él una noche, al pie de la torre, por haber permanecido más tiempo del prometido en su mundo de origen. Zorro había acompañado a Jacob durante casi un año sin que este hubiera visto nunca su figura humana, y era Jacob quien le recordaba que, si permanecía con el pelaje puesto demasiado tiempo, podía perder su figura humana. A pesar de ello sabía que, de tener que elegir, Zorro habría escogido siempre el pelaje. Con siete años, Zorro había salvado a una zorra herida de los palos de sus dos hermanos mayores, y al día siguiente se había encontrado la piel de zorro sobre su cama. La zorra le había regalado su figura, que desde entonces ella consideraba su auténtico yo, y su mayor temor era que alguien pudiera robarle su piel de zorro.

Jacob se apoyó en el pozo y cerró los ojos. *Todo irá bien, Jacob.* Pero la noche parecía interminable. Sintió cómo Zorro apoyaba la cabeza sobre su hombro y finalmente se durmió junto a la niña que rechazaba la piel por la que su hermano Will tenía que luchar. Durmió intranquilo y sus propios sueños se convirtieron en piedra: Chanute, el repartidor de periódicos del mercado, su madre, su padre, todos se convertían en estatuas que se erigían junto al sastre muerto.

• • •

—¡Jacob! ¡Despierta!

Zorro volvía a llevar puesto su pelaje. Los primeros rayos de sol se colaban a través de los abetos y el hombro le dolía tanto que apenas era capaz de ponerse en pie. *Todo irá bien, Jacob. Chanute conoce este mundo como nadie. ¿Recuerdas aún cuando te libró de la maldición de la bruja? Estabas medio muerto. ¿Y la mordedura del zancudo saltarán? ¿O su receta contra el veneno de los señores de las aguas?*

Se encaminó a la casita de galleta, su corazón latía más deprisa a cada paso.

El dulce olor del interior no le dejaba casi respirar. Quizá fuera ese el motivo por el que Will y Clara dormían tan profundamente. Ella había rodeado a Will con el brazo y la cara de su hermano estaba relajada, como si estuviera descansando en la cama de un príncipe y no en la de una devoraniños. Pero la piedra seguía veteando la mejilla izquierda, como si esta se hubiera derramado sobre la piel de Will, y en la mano izquierda las uñas de los dedos eran casi tan negras como las garras que le habían sembrado la carne de piedra en el cuello.

Qué fuerte podía latir el corazón. Hasta asfixiar a uno.

Todo irá bien.

Jacob seguía allí de pie con la mirada clavada en la piedra cuando su hermano se despertó. Sus ojos lo delataron. Will se palpó el cuello y siguió la piedra con los dedos en dirección a la mejilla.

¡Piensa, Jacob! Pero su sentido común se ahogó en el miedo que vislumbraba en el rostro de su hermano.

Dejaron dormir a Clara y Will lo siguió afuera como un sonámbulo atrapado en una pesadilla. Zorro retrocedió ante él y le lanzó una mirada a Jacob que solo podía significar una cosa.

Estaba perdido.

Y así era como parecía estar Will allí de pie. Perdido. Se pasó la mano sobre el rostro desfigurado, y por primera vez, Jacob no pudo reconocer en él la confianza que siempre había embargado a su hermano, sino todos los reproches que él mismo se hacía. *Si hubieras prestado*

más atención, Jacob. Si no hubieras ido tan lejos hacia el este. Si hubieras...

Will se acercó a la ventana, detrás de la cual estaba el horno, y clavó la mirada en la imagen que los cristales oscuros reflejaban. Jacob, sin embargo, observó las telarañas que colgaban, negras de hollín, del tejado de azúcar blanco. Le recordaban otras redes, igual de oscuras, hiladas para atrapar la noche en ellas.

¡Qué estúpido había sido! ¿Qué estaba haciendo en la casa de una bruja? Se trataba del maleficio de un hada. *¡De un hada!*

Zorro lo miró con inquietud.

—¡No! —aulló.

A veces era capaz de leerle el pensamiento a Jacob.

—¡Ella podrá ayudarlo! Al fin y al cabo es su hermana.

—¡No puedes regresar junto a ella! Jamás.

Will se dio la vuelta.

—¿Regresar junto a quién?

Jacob no le respondió. Sujetó el medallón que llevaba debajo de la camisa. Sus dedos aún recordaban cómo habían arrancado el pétalo que guardaba en su interior. De la misma forma que su corazón recordaba de qué debía protegerlo el pétalo.

—Ve a despertar a Clara —le dijo a Will—. Nos marchamos. Todo irá bien.

Era un camino largo, de cuatro días, quizá más, y debían ser más veloces que la piedra.

Zorro seguía mirándolo.

No, Jacob. ¡No!, imploraban sus ojos.

Por supuesto, se acordaba de todo igual o mejor que él.

Temor. Ira. Tiempo perdido... «*Deben de haber sido heridas terribles*».

Pero era la única forma si quería seguir conservando a su hermano.



II
Hentzau



Al goyl humano que Hentzau encontró en la parada de la diligencia abandonada le crecía una piel de malaquita. El color verde oscuro ya le veteaba medio rostro. Hentzau lo dejó marchar como a todos los que habían ido encontrando, recomendándole buscar refugio en el campamento goyl más próximo antes de que sus congéneres lo mataran a golpes. Pero aún no se apreciaba el oro en sus ojos, tan solo el vestigio de que su piel no había sido siempre de malaquita. El goyl humano salió corriendo de allí como si existiera otro lugar al que poder regresar, y Hentzau se estremeció al pensar que el hada podría sembrarle un día carne humana en su piel de jaspe.

Malaquita, hematites, jaspe..., él y sus soldados habían hallado incluso el color de la piel del rey, pero naturalmente no la piedra que buscaban.

Jade.

Las viejas lo llevaban colgado del cuello como un amuleto y se arrodillaban a escondidas delante de ídolos que habían sido tallados con él. Las madres se lo cosían a sus hijos en la ropa para que la piedra los hiciera valientes y los protegiera. Pero nunca había existido un goyl con piel de jade.

¿Durante cuánto tiempo ordenaría el Hada Oscura que lo buscaran? ¿Durante cuánto tiempo tendría que hacer el ridículo delante de sus soldados, del rey y de sí mismo? ¿Y si el hada solo se había inventado el sueño para separarlo de Kami'en? Y él se había marchado, fiel y obediente como un perro.

Hentzau observó la calle abandonada que desaparecía entre los árboles. Sus soldados estaban nerviosos. Los goyl evitaban el Bosque Negro al igual que los humanos. El hada también lo sabía. Se trataba de un juego. Sí, eso era. Tan solo un juego, y estaba harto de jugar a ser su perro.

La polilla se posó sobre su pecho cuando estaba a punto de dar la orden de subir a los caballos. Se clavó fuertemente debajo de su uniforme gris, allí donde latía el corazón de Hentzau, y vio al goyl humano con la misma claridad con que el hada lo había visto en su sueño. El jade trazaba su piel humana como una promesa. No podía ser.

Pero entonces las profundidades dieron a luz un rey y, en un tiempo de muchos peligros, apareció un goyl de jade, alumbrado por el cristal y la plata, y lo hizo invencible.

Cuentos de nodrizas. Nada le había gustado más en su niñez, porque le conferían al mundo un sentido y un final feliz. Un mundo dividido en arriba y abajo, y gobernado por dioses de carne blanda. Pero Hentzau les había cortado su blanda carne y había aprendido que no eran dioses..., al igual que había aprendido que el mundo no tenía sentido y que nada terminaba bien.

Pero allí estaba él. Hentzau lo podía ver claramente, como si pudiera alargar la mano y tocar la piedra de color verde mate, que ya le veteaba la mejilla.

El goyl de jade. Nacido del maleficio del hada.

¿Lo había planeado así ella? ¿Había sembrado toda aquella carne de piedra para recolectarlo a él?

¿Y a ti qué te importa, Hentzau? ¡Encuéntralo!

La polilla desplegó nuevamente las alas y Hentzau vio campos en los que hacía unos meses él mismo había luchado. Campos que limitaban con el linde oriental del bosque. Estaba buscando en el lugar erróneo.

Hentzau reprimió una maldición y mató a la polilla.

Sus soldados lo miraron sorprendidos cuando dio la orden de volver a cabalgar hacia el este, pero se sintieron aliviados de que no los hiciera adentrarse más en el bosque. Hentzau se sacudió las alas aplastadas del uniforme y subió al caballo. Nadie había visto a la polilla y todos atestiguarían que había encontrado al goyl de jade sin ayuda del hada. Del mismo modo que Hentzau afirmaba ante todos que había sido Kami'en quien había ganado la guerra y no el maleficio de su inmortal amada.

Jade.

Ella había soñado la realidad.

O había convertido un sueño en realidad.



12
Sus congéneres



Era más de mediodía cuando por fin abandonaron el bosque. Nubes oscuras colgaban sobre los campos y prados, remiendos de color amarillo, verde y ocre, que se extendían hasta el horizonte. Los matorrales de saúco estaban cargados de bayas negras, y entre las flores silvestres que crecían al borde de la carretera había enjambres de elfos con las alas mojadas por la lluvia. Pero muchas de las granjas junto a las que pasaron cabalgando estaban abandonadas y, en los campos, los cañones se oxidaban entre los trigales sin recolectar.

Jacob agradecía que tanto casas como carreteras siguieran abandonadas, pues a Will se le notaba con demasiada claridad lo que anidaba en su carne. Llovía desde que habían salido del bosque, y la piedra verde brillaba en el rostro de su hermano como un esmalte en la obra de algún tenebroso alfarero.

Jacob aún no le había dicho a Will adónde los llevaba, y se alegraba de que él tampoco preguntara. Bastaba con que Zorro supiera que su destino era el único lugar en aquel mundo adonde había jurado no volver jamás.

Pronto empezó a llover con tal fuerza que incluso a Zorro el pelaje dejó de brindarle protección. A Jacob le dolía el hombro como si el sastre le hubiera incrustado de nuevo sus agujas. Pero cada vez que miraba el rostro de Will, apartaba a un lado cualquier pensamiento. El tiempo se agotaba.

Quizá fuera el dolor lo que le volvió imprudente. Jacob apenas reparó en la granja abandonada que había al borde de la carretera y Zorro los olfateó cuando ya era demasiado tarde. Ocho hombres, harapientos pero armados. Emergieron tan de repente de uno de los ruinosos establos que sus fusiles los apuntaron antes de que Jacob pudiera sacar la pistola. Dos de ellos llevaban el capote del uniforme imperial y un tercero la chaqueta gris de los goyl. Saqueadores y desertores. El legado de la guerra. Uno llevaba colgando del cinturón los trofeos con los que a los soldados de la emperatriz también les gustaba adornarse: los dedos de sus enemigos de piel de piedra, en todos los colores posibles.

Por un instante, Jacob confió en que no reparasen en la piedra, pues Will se había puesto la capucha sobre la cabeza para que la lluvia no lo mojara. Sin embargo, uno de ellos, escuálido como una comadreja consumida, reparó en la mano deformada cuando Will refrenó el caballo, y, de un tirón, le quitó la capucha de la cabeza.

Clara intentó colocarse delante de él para protegerlo, pero el de la chaqueta de los goyl la empujó y Will se transformó en un extraño. Era la primera vez que Jacob veía el rostro de su hermano desfigurado por el ansia de atacar a alguien. Will trató de zafarse, pero la comadreja le golpeó en la cara, y cuando la mano de Jacob se acercó al revólver, el cabecilla le colocó la boca del fusil sobre el pecho.

Era un tipo corpulento con solo tres dedos en la mano izquierda. Su chaqueta raída estaba cubierta de piedras semipreciosas que los oficiales de los goyl prendían en el cuello de sus camisas para indicar el rango. En los campos de batalla había muchos botines que rapiñar cuando los vivos dejaban a los muertos atrás.

—¿Por qué no le has disparado aún? —preguntó mientras registraba los bolsillos de Jacob—. ¿No lo has oído? Desde que han negociado con ellos ya no hay recompensas para sus congéneres.

Sacó el pañuelo de Jacob pero, por suerte, lo volvió a meter a trompicones antes de que un

tálero de oro le cayera en la mano callosa. Detrás de ellos, Zorro se deslizó rápidamente hacia el granero, y Jacob advirtió que Clara lo miraba buscando ayuda, pero ¿qué pensaba? ¿Que acaso podía competir con ocho hombres?

El tresdedos vació el contenido de su monedero en la mano y gruñó decepcionado al encontrar únicamente unas monedas de cobre. Pero los otros seguían clavando la mirada en Will. Lo matarían. Solo por diversión. Y se colgarían los dedos de su hermano del cinturón. *¡Haz algo, Jacob! Pero ¿qué? Habla. Gana tiempo. Hasta que se produzca un milagro.*

—¡Lo llevo a alguien que le devolverá su piel!

La lluvia recorría su cara y la comadreja le puso la boca del fusil en el costado a Will.

¡Sigue hablando, Jacob!

—¡Es mi hermano! Dejados marchar y regresaré en una semana con un saco repleto de oro.

—Seguro —dijo el tresdedos inclinando la cabeza hacia los demás—. Llevadlos detrás del granero y pégale a este un tiro en la cabeza. Me gusta su ropa.

Jacob repelió a los dos que lo agarraron, pero un tercero le colocó el cuchillo en el cuello. Iba vestido de campesino. No habían sido siempre ladrones.

—¿De qué hablas? —le susurró a Jacob—. No hay nada que le pueda devolver su piel... ¡Yo disparé a mi propio hijo cuando le creció piedra de luna en la frente!

Jacob apenas podía respirar debido a la fuerza con que la cuchilla presionaba su garganta.

—¡Es el maleficio del Hada Oscura! —dijo con voz ronca—. Por eso lo llevo a ver a su hermana. Ella lo romperá.

De qué forma lo miraron todos. El hada. Una simple palabra. Cuatro letras que contenían toda la magia y todo el horror de aquel mundo.

La presión del cuchillo cedió, pero el rostro del hombre seguía desfigurado por la rabia y un dolor desamparado. Jacob estuvo tentado de preguntarle qué edad había tenido su hijo.

—Nadie va a ver a las hadas así como así —el chico que balbució esas palabras tenía a lo sumo quince años—. ¡Son ellas las que van en tu busca!

—Yo conozco un camino.

Habla, Jacob.

—¡Ya estuve allí una vez!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que no estás muerto...? —El cuchillo le rajaba la piel—. ¿O loco de remate, como los que regresan y se ahogan en la primera charca?

Jacob sentía la mirada de Will. ¿Qué pensaba? ¿Que su hermano mayor estaba contando cuentos como antaño, cuando eran niños y Will no podía dormir?

—Ella lo ayudará —dijo Jacob nuevamente de forma ronca a causa de la presión del cuchillo.

Pero antes nos mataréis a golpes. Y eso no te devolverá a tu hijo con vida.

La comadreja presionó la boca del fusil contra la mejilla deformada de Will.

—¡A las hadas! ¿No te das cuenta de que te está tomando el pelo, Stanis? Déjanos pegarles un tiro de una vez.

Empujó a Will hacia el granero y otros dos agarraron a Clara. *Ahora, Jacob. No tienes nada que perder.* Pero el tresdedos se volvió de repente y su mirada se clavó en los establos, en dirección sur. Bufidos de caballos atravesaron la lluvia.

Jinetes.

Recorrían los campos en barbecho montados en caballos del mismo color gris que sus uniformes, y el rostro de Will delató quiénes eran antes de que la comadreja se lo gritara a los demás.

—¡Goyl!

El campesino apuntó a Will con su fusil como si él los hubiera llamado, pero Jacob le disparó antes de que pudiera apretar el gatillo. Tres de los goyl empuñaron sus sables a galope tendido. Seguían prefiriendo luchar con ellos, a pesar de que ganaban las batallas con sus fusiles. Atónita, Clara clavó la mirada en los rostros de piedra... y miró a Jacob. *Sí, se convertirá en eso. ¿Lo sigues amando?*

Los saqueadores se pusieron a cubierto detrás de un carro volcado. Habían olvidado a sus prisioneros..., y Jacob empujó a Will y a Clara para que montaran en los caballos.

—¡Zorro! —gritó mientras capturaba a la yegua.

¿Dónde estaba?

Dos goyl se cayeron de los caballos y los otros se atrincheraron tras el granero. El tresdedos era un buen tirador.

Clara ya estaba subida al caballo, pero Will seguía allí de pie con la mirada clavada en los goyl.

—¡Sube al caballo, Will! —le gritó Jacob mientras él mismo saltaba sobre la yegua.

Pero su hermano no se inmutó.

Jacob quiso empujar el caballo hacia Will, pero en ese mismo instante Zorro salió del granero. Cojeaba, y Jacob vio cómo la comadreja alzaba el fusil. Mató al hombre de un disparo pero, al tirar de las riendas de la yegua e inclinarse hacia un lado para coger a Zorro, la culata de un fusil le golpeó el hombro herido. El muchacho. Estaba allí, agarrando el fusil vacío por el cañón, y lo volvió a levantar como si, con él, pudiese matar a golpes su propio miedo.

El dolor hizo que a Jacob se le nublara la vista. Logró sacar la pistola, pero los goyl se le adelantaron. Salieron desplegados por detrás del granero y una de sus balas alcanzó al muchacho en la espalda.

Jacob cogió a Zorro y la subió a la silla de montar. Will también se había subido al caballo, aunque su mirada seguía clavada en los goyl.

—¡Will! —le gritó Jacob—. ¡Cabalga, maldita sea!

Su hermano no lo miró ni una sola vez. Parecía haberse olvidado de él y de Clara.

—¡Will! —le gritó ella desesperada, con la mirada puesta en los hombres que luchaban.

Pero Will solo volvió en sí cuando Jacob cogió sus riendas.

—¡Cabalga! —volvió a gritarle—. Cabalga y no mires atrás.

Y su hermano giró por fin el caballo.



13
*Sobre la
utilización de
las hijas*



Había sido derrotada. Therese von Austrien estaba de pie junto a la ventana y su mirada caía sobre los centinelas de palacio. Patrullaban delante de la puerta como si nada hubiera pasado. La ciudad entera se extendía a sus pies como si nada hubiera pasado. Pero había perdido una guerra. Por vez primera. Y cada noche soñaba que se ahogaba en agua sanguinolenta que se transformaba en la piel de piedra color rojo mate de su enemigo.

Sus ministros y generales le explicaban, desde hacía media hora, por qué había perdido. Todos estaban allí, en la sala de audiencias, adornados con las condecoraciones que ella les había concedido, tratando de culparla. «Los fusiles de los goyl son mejores. Tienen trenes más rápidos». Pero el rey de piel de cornalina había ganado aquella guerra porque sabía más de estrategia que todos ellos juntos. Y porque tenía una amada que, por primera vez en trescientos años, había puesto la magia de las hadas al servicio de un rey.

Un carruaje se detuvo ante la puerta y tres goyl descendieron de él. Se comportaban de una forma tan civilizada... Ni siquiera llevaban uniforme. Qué satisfacción le habría producido ordenar a los centinelas que los arrastraran hasta el patio y los mataran a golpes, como su abuelo había hecho con ellos. Pero aquellos eran otros tiempos. Ahora eran los goyl los que asesinaban. Se sentarían con sus consejeros a la mesa, sorberían té en tazas de plata y negociarían las condiciones de la capitulación.

Los centinelas abrieron la puerta y la emperatriz volvió la espalda a la ventana cuando los goyl cruzaron la plaza que había ante la entrada del palacio.

Todos seguían hablando, y sus inútiles generales ostentando sus condecoraciones, mientras sus antepasados los miraban fijamente desde las paredes tapizadas de seda dorada. Justo al lado de la puerta colgaba el retrato de su padre, enjuto y erguido como una cigüeña, permanentemente en guerra con su hermano, el rey de Lorena, al igual que ella lo estaba desde hacía años con su primo. Junto a él pendía la imagen de su abuelo, que, al igual que el goyl, había tenido una aventura amorosa con un hada, y que, desesperado de nostalgia por ella, se había ahogado finalmente en el estanque imperial de los nenúfares. Se había hecho retratar sobre un unicornio, para lo cual su caballo preferido había posado con un cuerno de narval en la frente. Estaba ridículo, y a Therese le gustaba mucho más el otro retrato. Mostraba a su bisabuelo y a su hermano mayor, que había sido desheredado por haberse tomado la alquimia demasiado en serio. El pintor había reflejado sus ojos ciegos de una forma tan realista que su padre se había escandalizado por ello, pero de niña, Therese había colocado a menudo una silla debajo del cuadro para poder ver de cerca la piel cicatrizada alrededor de los ojos muertos. Al parecer un experimento lo había cegado mientras intentaba convertir en oro su propio corazón, y sin embargo era el único de sus antepasados que sonreía... Por ello, desde niña, siempre creyó que había logrado llevar a cabo el experimento y que en su pecho latía efectivamente un corazón de oro.

Hombres. Todos ellos. Locos o sanos, pero siempre hombres.

Desde hacía siglos, el trono de Austrien había sido ocupado únicamente por hombres, y aquello solo había cambiado porque su padre había engendrado cuatro hijas y ningún varón.

Ella tampoco tenía un hijo. Tan solo una hija. Pero nunca intentó convertirla en moneda de cambio, como su padre había hecho con sus hermanas más jóvenes. Una para el rey encorvado en su tenebroso castillo de Lorena, otra para su primo de Albión, el cazador obsesivo; y la más joven,

vendida a algún príncipe del este que ya había enterrado a dos esposas.

No. Ella había querido sentar en el trono a su hija. Ver su retrato en esa pared, enmarcado en oro, entre todos aquellos hombres. Amalie von Austrien, hija de Therese, que soñaba con que algún día la llamaran la Grande. Pero no había otra salida, de lo contrario ambas se habrían ahogado en el agua sanguinolenta. Ella misma. Su hija. Su pueblo. Su trono. Aquella ciudad y todo el país, junto con los estúpidos que seguían discutiendo el motivo por el cual no habían logrado ganar la guerra. El padre de Therese los habría hecho ejecutar, pero ¿y después? Los siguientes no serían mejores. Y su sangre no le devolvería los soldados que había perdido, las provincias, que ahora pertenecían a los goyl, o su orgullo, que en los últimos meses se había hundido en el fango de cuatro campos de batalla.

—¡Basta!

Solo una palabra y se hizo el silencio en la sala en la que ya su bisabuelo había firmado sentencias de muerte. Poder. Embriagador. Como el buen vino.

De qué modo bajaron las vanidosas cabezas. *Míralos bien, Therese. ¿No sería una satisfacción decapitarlos?*

La emperatriz se ajustó correctamente la diadema de cristal de elfo que ya había llevado su bisabuela y le hizo señas a un enano para que se acercara al escritorio. Eran los únicos enanos del país que seguían conservando la barba. Sirvientes, guardaespaldas, confidentes. Al servicio de su familia desde hacía generaciones y vestidos con el mismo uniforme que se usaba doscientos años atrás. Cuellos de camisa con picos de terciopelo negro y unos ridículos pantalones anchos; de muy mal gusto y pasados de moda, pero sobre la tradición se podía discutir con los enanos tan poco como con un sacerdote sobre religión.

—Escribe —ordenó.

El enano trepó a la silla. Tuvo que arrodillarse sobre el cojín oro pálido. Auberon. Su favorito y el más listo de todos ellos. La mano con la que sujetó la pluma era tan pequeña como la de un niño, pero aquellas manos rompían cadenas de hierro con la misma facilidad con la que sus cocineros cascaban un huevo.

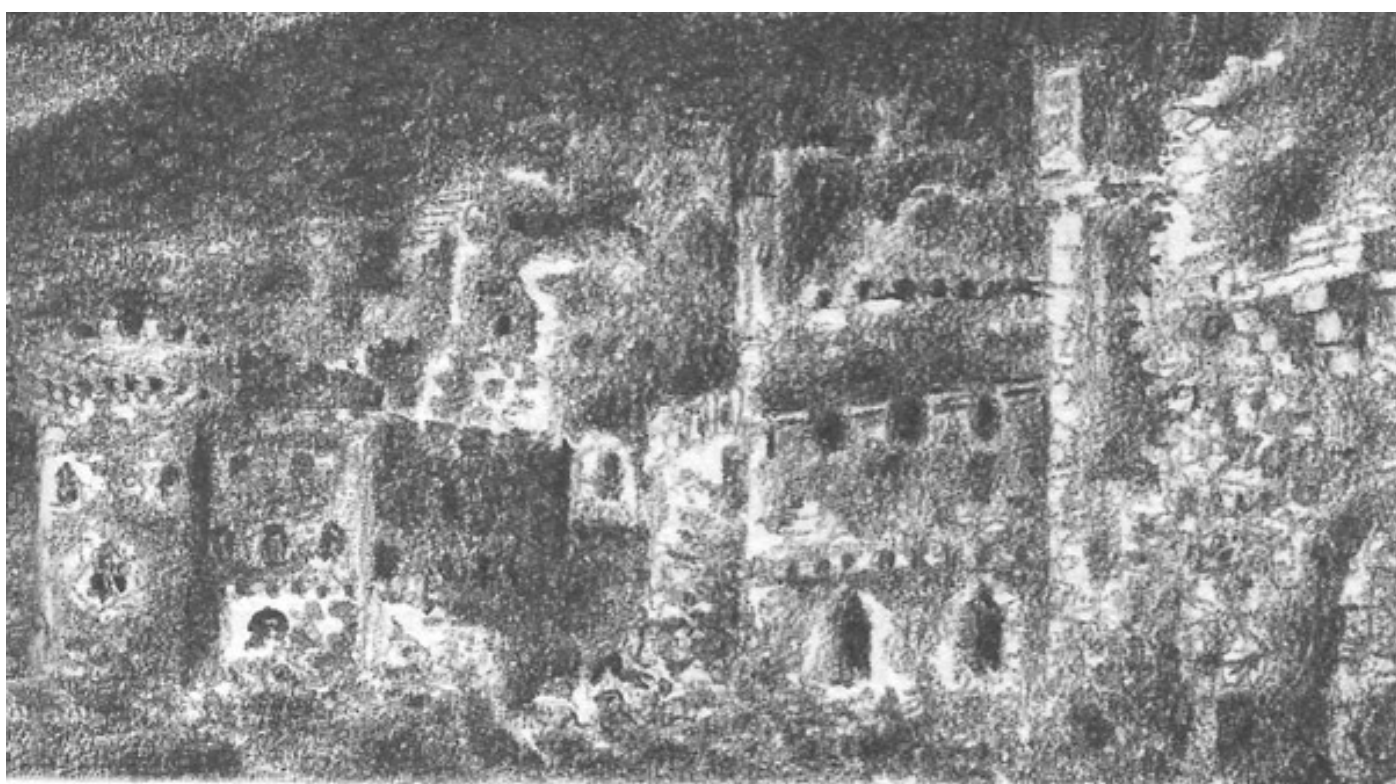
—Nos, Therese von Austrien —sus antepasados miraban con desaprobación, pero ¿qué sabían ellos de reyes que el seno de la tierra había alumbrado y de hadas que transformaban la piel humana en piedra para que igualara a la piel de su amado?—, por la presente ofrecemos a Kami'en, rey de los goyl, la mano de nuestra hija Amalie en matrimonio para poner fin a esta guerra y alcanzar la paz entre nuestras grandes naciones.

El silencio reventó. Como si sus palabras hubieran hecho saltar en pedazos el tejado de vidrio bajo el que todos estaban sentados. Pero el goyl, y no ella, había empezado la lucha, y ahora tenía que entregar a su hija.

Therese volvió a todos la espalda y las irritadas voces enmudecieron. Solo el frufú de su vestido la siguió mientras se encaminaba a las altas puertas. No parecían haber sido hechas para personas sino para gigantes, que gracias a los esfuerzos de su bisabuelo se habían extinguido hacía sesenta años.

El poder. Como el vino, cuando se tiene. Como el veneno, cuando se pierde. Ya podía sentir cómo empezaba a devorarla.

Estaba perdida.



14
*El palacio
de espinos*



—¡Pero no se despierta!

La voz sonaba preocupada. Y familiar. Zorro.

—No te preocupes. Solo está durmiendo.

También conocía aquella voz. Clara.

Despierta, Jacob. Unos dedos le rozaron el hombro caliente. Abrió los ojos y vio en lo alto la luna de plata dirigiéndose a una nube, como queriendo ocultarse de su gemela roja. Iluminaba el oscuro patio de un palacio. Las altas ventanas reflejaban las estrellas en sus cristales, pero en ninguna se veía luz. Sobre las puertas o debajo de los arcos cubiertos de mala hierba, no ardía ningún farolillo. Ningún sirviente recorría apresuradamente el patio, y sobre el pavimento, las hojas húmedas formaban una pila tan alta como si nadie las hubiera barrido en años.

—Por fin. Creía que no despertarías nunca.

Jacob gimió cuando Zorro le golpeó el hombro con el hocico.

—¡Cuidado, Zorro!

Clara lo ayudó a incorporarse. Le había vendado el hombro nuevamente, pero le dolía más que nunca. Los saqueadores, los goyl... El dolor devolvió todo a su memoria, pero Jacob no conseguía recordar cuándo había perdido la consciencia.

Clara se levantó.

—La herida no tiene buen aspecto. ¡Lástima no tener un par de pastillas de nuestro mundo!

—Todo irá bien.

Zorro le metió preocupada la cabeza bajo su brazo.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Jacob.

—En el único refugio que pude encontrar. El palacio está abandonado. Al menos por los vivos...

Zorro separó de una patada las capas podridas de follaje. Un zapato asomó.

Jacob volvió la cabeza. En muchos puntos las hojas estaban apiladas en montones tan sospechosamente elevados que parecían cubrir cuerpos estirados.

¿Dónde estaban?

Jacob buscó apoyo en un muro para incorporarse, pero enseguida apartó las manos soltando una maldición. Las piedras estaban cubiertas de setos de espinos. Estaban por todas partes, como si le hubiera crecido una piel espinosa al palacio entero.

—Rosas —murmuró recogiendo uno de los escaramujos que crecían junto a los setos entrelazados—. ¡Llevo años buscando este palacio! La cama de Rosaespina, la Bella Durmiente. La emperatriz pagaría una fortuna por ella.

Clara miró incrédula el silencioso patio.

—Por lo visto todo el que duerme en esa cama encuentra el amor verdadero. Pero aparentemente el príncipe nunca llegó hasta aquí... —dijo Jacob examinando las oscuras ventanas.

O quizá murió como un pájaro atravesado por los setos de espinos. De entre las rosas sobresalía una mano momificada. Jacob la cubrió con hojas antes de que Clara reparara en ella.

Un ratón cruzó rápidamente el patio y Zorro lo persiguió a toda velocidad, pero, tras un salto, se detuvo y emitió un gemido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Clara.

La zorra se lamió el costado.

—El tresdedos me dio una patada.

—Déjame ver.

Clara se inclinó hacia ella y palpó con cuidado el sedoso pelaje.

—¡Quítate la piel, Zorro! —dijo Jacob—. Conoce mejor a los humanos que a los animales.

Zorro dudó, pero al final obedeció y Clara clavó su mirada en la niña que, de repente, apareció ante ella..., ataviada con un vestido que la propia luna roja parecía haber hilado sobre su cuerpo.

¿Qué mundo es este?, se leía en su rostro cuando volvió la cabeza hacia Jacob. *Si el pelaje de un animal puede convertirse en piel humana o la piel en piedra, ¿qué queda pues?* Temor. Desconcierto. Y encantamiento. Todo eso se reflejaba en su mirada, y cuando se acercó a Zorro se frotó sus propios brazos como si también sintiera el pelaje en su piel.

—¿Dónde está Will? —preguntó Jacob.

Clara señaló la torre que había junto a la puerta de la entrada.

—Lleva más de una hora allá arriba. No ha dicho una palabra desde que los vio.

Los dos sabían de quién hablaba.

• • •

Las rosas no crecían en ninguna parte de forma tan densa como junto a los redondos muros de la torre. Sus pétalos eran de un rojo tan oscuro que la noche casi los teñía de negro, y su dulce y denso aroma flotaba en el aire frío como si no percibieran el otoño.

Jacob sospechaba ya lo que encontraría bajo el tejado de la torre antes de ascender por la estrecha escalera de caracol. Los setos se clavaban en su ropa y continuamente tenía que liberar sus botas de los espinosos lazos hasta que finalmente llegó al cuarto en el que, casi doscientos años atrás, un hada había entregado su regalo de cumpleaños.

La rueca estaba junto a la estrecha cama, que nunca había estado destinada a una princesa. El cuerpo que seguía durmiendo sobre ella estaba cubierto de pétalos de rosa. El maleficio del hada lo había conservado sin envejecer durante todos esos años, pero la piel parecía de pergamino y se había amarilleado, como el vestido que la princesa llevaba puesto desde hacía dos siglos. Las perlas que lo adornaban conservaban su brillante blancura, pero el encaje que lo bordeaba se había vuelto entretanto de un color tan ocre como los pétalos que cubrían la seda.

Will estaba de pie junto a la única ventana, como si el príncipe efectivamente hubiera llegado. Los pasos de Jacob lo hicieron volverse. La piedra le teñía también la frente, y el azul de sus ojos se ahogaba en oro. Los saqueadores les habían robado lo más preciado que tenían: tiempo.

—Ningún «Y vivieron felices y comieron perdices» —dijo Will lanzando una mirada a la princesa—. Y esto de aquí también ha sido obra del maleficio de un hada —comentó apoyándose en el muro sin revocar—: ¿Estás mejor?

—Sí —contestó Jacob—. ¿Qué te pasa?

Will no respondió de inmediato. Y cuando finalmente lo hizo, su voz sonó tan indiferente y fría como su nueva piel.

—Es como si mi rostro estuviera hecho de piedra pulida. La noche es más clara cada día y pude oírte mucho antes de que alcanzaras la escalera. Ahora ya no lo siento solo en la piel — guardó silencio y se frotó las sienes—. Está también dentro de mí.

Will se acercó a la cama y miró fijamente el cuerpo momificado.

—Había olvidado todo. A ti. A Clara. A mí mismo. Solo quería cabalgar hacia ellos.

Jacob buscó palabras pero no encontró ninguna.

—¿Es esto lo que pasará? Dime la verdad —dijo Will mirándolo a los ojos—. No solo tendré el mismo aspecto que ellos. Me volveré como ellos, ¿verdad?

Jacob tenía las mentiras en la punta de la lengua: «Pero qué disparate, Will, todo irá bien», pero no pudo pronunciarlas. La mirada de su hermano no se lo permitió.

—¿Quieres saber cómo son? —preguntó Will recogiendo un pétalo de rosa del pajizo cabello de la princesa—. Son airados. Su cólera arde en su interior como una llama. Pero también son la piedra. La sienten en la tierra y la oyen respirar bajo sus pies.

Observó las uñas negras de su mano.

—Son oscuridad —dijo en voz baja—. Y calor. Y la luna roja es su sol.

Jacob se estremeció al oír la piedra en su voz.

Di algo, Jacob. Cualquier cosa. Reinaba tanto silencio en aquel oscuro cuarto...

—No te volverás como ellos —dijo—. Yo lo evitaré.

—¿Cómo?

Allí estaba otra vez, esa mirada que de pronto era mayor que él.

—¿Es cierto lo que les has contado a los saqueadores? ¿Vas a llevarme hasta esa otra hada?

—Sí.

—¿Es tan peligrosa como la que hizo esto? —preguntó Will acariciando el rostro apergaminado de la princesa—. Mira por la ventana. De los espinos cuelgan muertos. ¿Crees que quiero que acabes así por mi culpa?

Pero la mirada de Will contradecía sus palabras. *Ayúdame, Jacob,* decía. *Ayúdame.*

Jacob lo apartó del cadáver.

—El hada a la que te llevaré es distinta —dijo.

¿Es así, Jacob?, susurraba su interior, pero no hizo caso. Depositó todas sus esperanzas en su propia voz, e intentó expresar la confianza que su hermano deseaba escuchar.

—¡Ella nos ayudará, Will! Te lo prometo.

Seguía funcionando. La esperanza se sembraba en el rostro de Will con la misma facilidad que la ira. Hermanos. El mayor y el menor. Igual que siempre.



15
Carne blanda



El tresdedos con cara de carnicero fue el primero en hablar. Los humanos acostumbraban nombrar cabecillas a los hombres erróneos. Hentzau vislumbró su cobardía de una forma tan clara como el azul acuoso de sus ojos. En cualquier caso, les contó algunas cosas interesantes que la polilla no había llegado a mostrarle a Hentzau.

El goyl de jade no estaba solo. Una chica lo acompañaba, y lo más importante: al parecer tenía un hermano al que se le había metido en la cabeza librarle del jade. Si el tresdedos decía la verdad, pretendía llevar al goyl de jade al Hada Roja. No era ninguna estupidez. Al igual que las otras hadas, detestaba a su oscura hermana. Pero Hentzau estaba convencido de que no podría romper su maleficio. El Hada Oscura era mucho más poderosa que todas ellas.

Ningún goyl había visto jamás la isla en la que vivían, y mucho menos la había pisado. El Hada Oscura guardaba los secretos de sus hermanas, aun cuando estas la habían expulsado, y cualquiera sabía que solo se podía llegar hasta ellas si ellas así lo deseaban.

—¿Cómo piensa encontrarla?

—¡No lo ha dicho! —balbució el tresdedos.

Hentzau le hizo una seña con la cabeza a la única mujer soldado que lo acompañaba. Golpear la carne humana no le proporcionaba placer alguno. Podía matarlos, pero evitaba tocarlos. Nesser, en cambio, no tenía ningún problema en hacerlo.

Le dio una patada al tresdedos en mitad de la cara, pero Hentzau le lanzó una mirada de advertencia. Los humanos habían asesinado a su hermana y se le iba la mano fácilmente. Por un instante, Nesser replicó con una mirada terca, después agachó la cabeza. Tenían todos adherido el odio como una sustancia mucosa sobre la piel.

—¡No lo ha dicho! —balbució el tresdedos—. Lo juro.

Su carne era pálida y blanda como la de un caracol. Hentzau sintió asco y se apartó. Estaba convencido de que les habían revelado todo cuanto sabían y solo por su culpa se le había escapado el goyl de jade.

—Disparadles —dijo, y salió afuera.

Los disparos sonaron extraños en medio del silencio. Como algo ajeno a este mundo. Fusiles, máquinas de vapor, trenes... A Hentzau todo aquello le seguía pareciendo artificial. Se hacía viejo, eso era todo. Los rayos del sol le habían enturbiado la vista, y oía tan mal, como consecuencia del ruido de las batallas, que Nesser tenía que alzar la voz cuando se dirigía a él. El rey actuaba como si no lo advirtiera. Sabía que Hentzau había envejecido a su servicio. Pero el Hada Oscura se ocuparía de que todos los demás lo supieran tan pronto se enterara de que se le había escapado el goyl de jade por culpa de unos saqueadores.

Hentzau lo seguía viendo ante sus ojos: el rostro mitad goyl, mitad humano, la piel veteada por su piedra más sagrada. No era el goyl de jade. No podía serlo. Era tan falso como uno de esos fetiches de madera que los impostores cubrían con pan de oro para vendérselos a las viejas como si fuera oro macizo. «Mirad, el goyl de jade ha aparecido para hacer invencible al rey. Pero no hagáis un corte demasiado profundo o encontraréis carne humana». Sí, así era. Tan solo otro intento del hada por volverse imprescindible.

Hentzau clavó la mirada en la noche abierta e incluso la oscuridad se transformó en jade.

Pero ¿y si te equivocas, Hentzau? ¿Y si es el auténtico? ¿Y si el destino de tu rey depende de

él? Y le había dejado escapar.

Cuando el buscador de huellas por fin regresó, hasta los turbios ojos de Hentzau percibieron que había perdido el rastro. En otro tiempo lo habría matado en el acto, pero Hentzau había aprendido a contener la ira que existía latente en todos ellos..., aunque ni la mitad de bien que Kami'en. Tan solo contaba con lo que el tresdedos había dicho sobre el Hada Roja, lo cual significaba que tendría que tragarse su orgullo una vez más y enviar un mensajero al Hada Oscura para preguntarle el camino. Aquella perspectiva era más dolorosa que el frío aire de la noche.

—¡Me encontrarás el rastro! —le espetó al buscador de huellas—. En cuanto salga el sol. Tres caballos y un zorro. ¡Tan difícil no puede ser!

Hentzau se preguntaba en ese momento a quién debía enviar al hada cuando Nesser se le acercó titubeando. Acababa de cumplir trece años. Los goyl ya eran adultos a esa edad, pero la mayoría se incorporaba al ejército, en general, a los catorce. Nesser no era hábil con el sable ni tampoco una buena tiradora, pero con su coraje compensaba con mucho esos dos puntos flacos. A su edad se desconocía el temor, y, sin tener sangre de hada en las venas, se creía inmortal. Hentzau aún recordaba bien la sensación.

—¿Comandante?

Amaba el respeto en su voz joven. Era el mejor antídoto contra la inseguridad que le sembraba el Hada Oscura.

—¿Qué?

—Sé cómo ir al lugar donde habitan las hadas. No a la isla..., pero sí al valle desde el que se llega hasta ellas.

—¿De verdad?

Hentzau disimuló lo mucho que aquello aliviaba su corazón. Sentía debilidad por la muchacha, y por esa razón era mucho más duro con ella. La piel de Nesser asemejaba un jaspe marrón como la suya, pero, como en todas las mujeres goyl, estaba mezclada con amatista.

—Yo pertenecía a la escolta que, por deseo del rey, acompaña al Hada Oscura cuando esta sale de viaje. Formé parte del cortejo la última vez que ella fue a caballo a visitar a sus hermanas. Nos dejó a la entrada del valle, pero...

Aquello era demasiado bueno para ser verdad. No tenía que pedir ayuda y nadie se enteraría de que se le había escapado el goyl de jade. Hentzau cerró el puño. Pero conservó un rostro impassible.

—Bien —se limitó a decir en tono indiferente—. Dile al buscador de huellas que a partir de ahora serás tú quien nos guíe. ¡Pero pobre de ti como te equivoques!

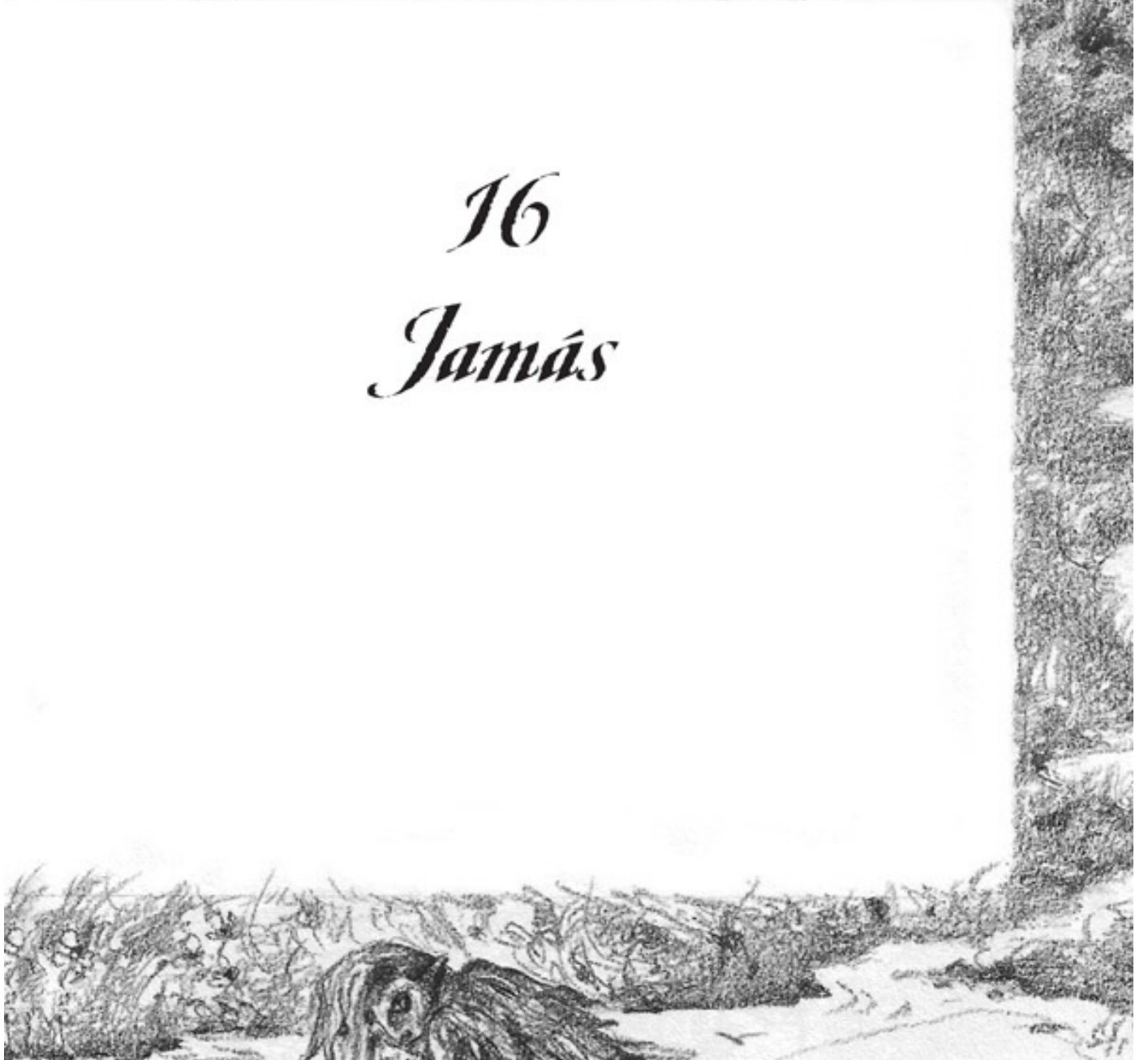
—Seguro que no, comandante.

Los ojos dorados de Nesser brillaban confiados cuando se alejó de allí precipitadamente.

Hentzau, sin embargo, miraba con fijeza los contornos indeterminados de la carretera por la que el goyl de jade se les había escapado. Uno de los saqueadores había asegurado que el hermano estaba herido, y tendrían que hacer un alto para dormir. Hentzau podía pasar días enteros sin dormir. Él los aguardaría.



16
Jamás



Aún era de noche cuando Jacob les hizo volver apartir. Habría necesitado dormir con urgencia, pero ni siquiera Zorro logró convencerlo para que descansara más tiempo, y Clara tuvo que reconocer que se alegraba de dejar atrás a todos aquellos muertos durmientes.

Era una noche clara. Un negro aterciopelado repleto de estrellas. Los árboles y las colinas eran solo siluetas, y junto a Clara estaba Will, aparentemente tan cerca. Tan familiar y, sin embargo, tan extraño.

Ella le lanzó una mirada y él sonrió cuando sus ojos se encontraron. Pero aquella no era sino la sombra de la sonrisa que ella conocía. Arrancarle una sonrisa había resultado siempre tan fácil... Will le había brindado su amor de una manera sencilla y había resultado muy fácil devolverle ese amor. Nada había resultado nunca tan fácil. Clara no deseaba perderlo. Pero el mundo que la rodeaba susurraba: *Él me pertenece*. Y ellos seguían cabalgando cada vez más y más hacia el interior..., como si tuvieran que encontrar el corazón de aquel mundo para que liberara a Will.

Déjalo marchar.

Clara deseaba gritarlo al tenebroso rostro de aquel mundo.

¡Déjalo marchar!

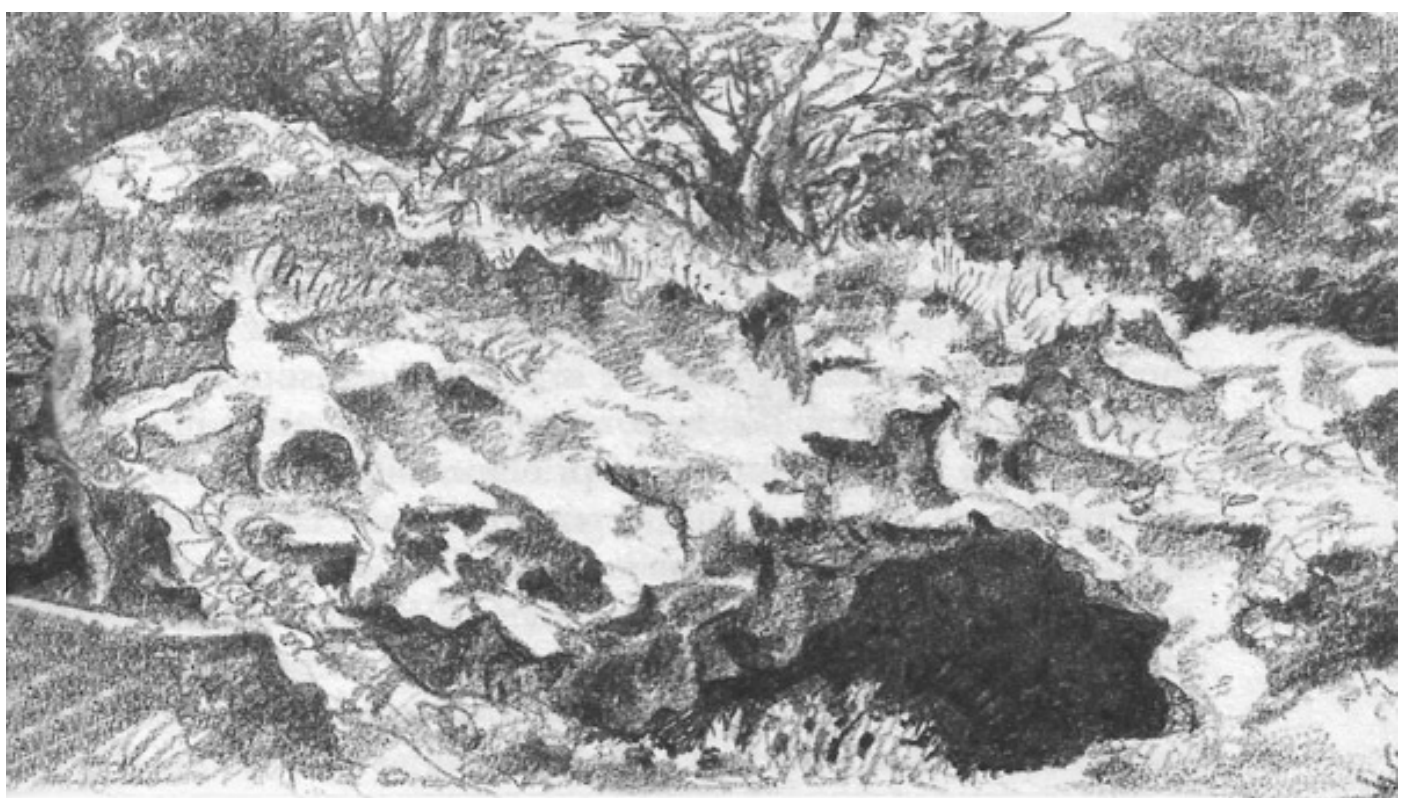
Pero el mundo detrás del espejo también la tenía presa. Clara creía sentir sus oscuros dedos en la piel.

—¿Qué buscas aquí? —le susurraba la extraña noche—. ¿Qué piel debo darte? ¿Quieres pelo de animal? ¿Quieres piedra?

—¡No! —respondió Clara susurrando—. Encontraré tu corazón y me lo devolverás.

Pero Clara sentía ya cómo le crecía la nueva piel. Tan blanda. Demasiado blanda. Y cómo los oscuros dedos agarraban su propio corazón.

Y estaba muerta de miedo.



17

*Un guía para llegar
hasta las hadas*



Era cierto lo que se decía de las hadas. Nadie llegaba hasta ellas si ellas no lo deseaban. Había ocurrido lo mismo cuando Jacob las había buscado por primera vez tres años atrás..., y ya entonces solo hubo una forma de encontrarlas.

Había que sobornar al enano adecuado.

Existían muchos enanos que se jactaban de comerciar con las hadas y que llevaban, llenos de orgullo, sus lirios en los escudos de armas familiares. La mayoría le habían contado a Jacob viejas historias genealógicas para acabar reconociendo que el último miembro de la familia que había visto a un hada había muerto hacía más de cien años. Pero finalmente uno de los enanos de la corte imperial había nombrado a Evenaugh Valiant.

Por aquel entonces, la emperatriz había ofrecido una fortuna en oro como recompensa a aquel que le trajera un lirio del lago de las hadas, pues su aroma tenía la facultad de transformar a las mujeres feas en hermosas, y el príncipe consorte había expresado su decepción ante el aspecto de su única hija. Poco después él había muerto accidentalmente en una cacería, y aseguraban las malas lenguas que el suceso había sido planeado por su esposa. Pero como la emperatriz tenía una opinión más positiva del gusto de su esposo que de él mismo, había mantenido la recompensa por el lirio, y Jacob, que ya por entonces trabajaba sin Chanute, había partido en busca de Evenaugh Valiant.

No había sido difícil encontrar al enano, y a cambio de un número considerable de táleros de oro este había conducido a Jacob al valle en el que se ocultaba la isla de las hadas. Sin embargo, no le habló de la existencia de sus centinelas..., y Jacob estuvo a punto de pagar con su vida aquella pequeña excursión. Valiant, no obstante, le vendió el lirio a la emperatriz, que convirtió a su hija Amalie en una belleza celebrada, y desde entonces era uno de los proveedores de la corte.

Jacob había imaginado muchas veces cómo saldaría sus cuentas con el enano, pero a su regreso de la isla de las hadas había olvidado su sed de venganza. El oro imperial lo había ganado con otro encargo y, finalmente, había reprimido no solo el recuerdo de Evenaugh Valiant sino también el de la isla, donde había sido tan feliz que casi llegó a olvidarse de sí mismo. *¿Y eso qué te enseña, Jacob Reckless?*, se preguntó cuando, entre setos vivos y campos, emergieron las primeras casas de enanos. *Que la venganza no suele ser una buena idea.* Sin embargo, su corazón latió algo más deprisa cuando pensó en el reencuentro con el enano.

Entretanto, ni siquiera la capucha era ya capaz de ocultar la piedra en el rostro de Will, y Jacob decidió que Zorro cuidara de él y de Clara mientras él continuaba cabalgando hacia Terpevas, lo que en la lengua de sus habitantes no significaba más que «ciudad de enanos». En un pequeño bosque, Zorro encontró una cueva que los pastores usaban como refugio, y Will siguió a Jacob a su interior como si estuviera impaciente por escapar de la luz del día. En su rostro, solo su mejilla derecha seguía cubierta de piel humana, y a Jacob le costaba mirarlo cada vez más. Lo peor eran los ojos. Ambos se ahogaban en oro, y Jacob debía luchar, cada vez con más fuerza, contra el temor de haber perdido ya la carrera contra el tiempo. A veces Will apartaba la mirada como si hubiera olvidado quién era, y a Jacob le daba la impresión de que el pasado común que compartían se iba extinguiendo en los ojos de su hermano.

Clara no los había seguido al interior de la cueva. Cuando Jacob regresó con Zorro junto a los caballos, la encontró entre los árboles. Seguía llevando la ropa de hombre y parecía tan perdida

que, por un instante, la confundió con uno de los chicos huérfanos que había por todas partes en los caminos de aquel mundo buscando trabajo. La hierba otoñal que crecía entre los árboles era del mismo color que su cabello, y en ella, cada vez había menos rastro del otro mundo. El recuerdo de las calles y los edificios donde ambos habían crecido, la luz y el ruido, y la chica que había sido allí..., todo aquello había palidecido, quedaba muy lejos. El presente se convertía a toda prisa en pasado y el futuro vestía de repente extraños ropajes.

—A Will no le queda mucho tiempo.

No formuló una pregunta. Plantaba cara a las cosas, aun cuando le produjeran miedo. A Jacob le gustaba esa característica de ella.

—Necesitas un médico —le dijo cuando Jacob se subió a la yegua torciendo el gesto por el dolor.

Todas las flores, hojas y raíces que Zorro le había proporcionado no habían calmado la inflamación de su hombro y, entretanto, la herida le estaba causando fiebre.

—Tiene razón —dijo Zorro—. Ve a un enano médico. Por lo visto son mejores que los médicos personales de la emperatriz.

—Sí, si eres un enano. Su única ambición con los pacientes humanos es hacerles pagar y después llevarlos a la tumba. Los enanos no tienen muy buena opinión de nosotros —añadió al ver la mirada interrogante de Clara—, eso es válido incluso para los que sirven a la emperatriz. No hay nada que proporcione más prestigio a un enano entre sus congéneres que desplumar a un humano.

—Pero conoces a uno en quien poder confiar, ¿no es cierto? —preguntó Clara inquieta.

Zorro emitió un gruñido desdeñoso.

—¡Tonterías! ¡El enano que va a visitar es aún menos fiable que los demás! Pregúntale cómo se hizo las cicatrices de la espalda —dijo dando vueltas alrededor de Clara mientras acariciaba sus piernas como si buscara una aliada.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Y? ¿Por qué tendría que haber cambiado?

La ira en la voz de Zorro reemplazó el miedo y Clara pareció inquietarse aún más.

—¿Por qué no te llevas a Zorro contigo?

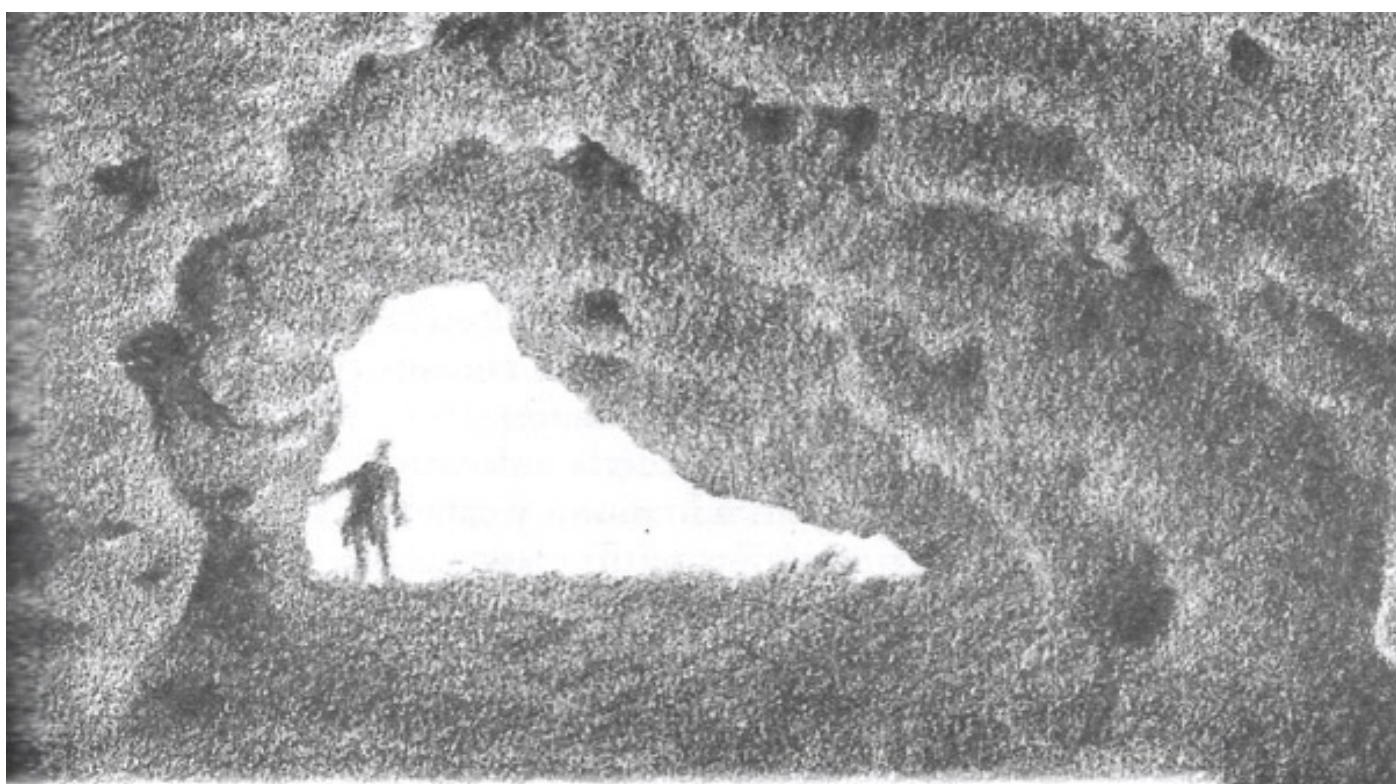
En respuesta a aquella propuesta, la zorra la rodeó acariciando sus piernas con más suavidad aún. Buscaba la compañía de Clara y adoptaba su forma humana cada vez más a menudo.

Jacob giró el caballo.

—No. Zorro se queda aquí —dijo.

Zorro agachó la cabeza sin protestar. Sabía tan bien como él que ni Will ni Clara comprendían aquel mundo lo suficientemente bien como para arreglárselas solos.

Cuando, al alcanzar la primera bifurcación del camino, Jacob volvió la cabeza, Zorro continuaba sentada junto a Clara y lo seguía con la mirada. Su hermano ni siquiera le había preguntado adónde se dirigía. Se ocultaba de la luz del día.



18

La piedra susurrante

Will oía la piedra. La oía tan claramente como su propia respiración. Los sonidos llegaban de las paredes de la cueva, del dentado suelo que tenía bajo los pies y del rocoso techo que había sobre él..., vibraciones a las que su cuerpo respondía como si estuviera hecho de ellas. Ya no tenía nombre, solo la nueva piel que lo envolvía, fría y protectora, la nueva fuerza en sus músculos y el dolor en los ojos cuando miraba el sol.

Acarició la roca con las manos y leyó la edad de la piedra en las capas. Le susurraban lo que se ocultaba debajo de la aparente superficie gris: ágata vetada, piedra de luna blanco pálido, citrino amarillo oro y ónix negro. Le mostraban imágenes: de ciudades subterráneas, de agua fosilizada, de una luz mate que se reflejaba en las ventanas de malaquita...

—¿Will?

Se volvió y la roca enmudeció.

Una mujer apareció en la entrada de la cueva. La luz del sol se aferraba a su cabello como si estuviera hecha de ella.

Clara. Su rostro le traía a la memoria otro mundo donde la piedra no había significado más que muros y calles muertas.

—¿Tienes hambre? Zorro ha atrapado un conejo y me ha enseñado a hacer fuego.

Se acercó a él y le rodeó el rostro con sus manos, unas manos tan blandas, tan pálidas comparadas con el color verde que recorría su piel... Su roce lo estremeció, pero Will intentó disimularlo. La amaba, ¿o no?

Si simplemente su piel no fuera tan blanda y pálida...

—¿Oyes algo? —preguntó.

Ella lo miró sin comprender.

—Está bien —dijo, y la besó para olvidar que en ese momento deseaba que su piel fuera de amatista.

Sus labios le evocaron recuerdos: una casa tan alta como una torre y noches que la luz artificial, y no el oro de sus ojos, iluminaba...

—Te amo, Will.

Ella susurró aquellas palabras como intentando desterrar la piedra con ellas. Pero la roca susurraba con más fuerza y Will quería olvidar el nombre por el que lo había llamado.

Yo también te amo, quiso decir. Sabía que lo había dicho muchas veces, pero ya no estaba seguro de lo que eso significaba, ni de si podía sentirlo con un corazón de piedra.

—Todo irá bien —susurró ella acariciándole la cara, como queriendo palpar su antigua carne debajo de la nueva piel—. Jacob volverá pronto.

Jacob. Otro nombre más impregnado en dolor, y recordó con cuánta frecuencia lo había pronunciado sin respuesta. Habitaciones vacías. Días vacíos.

Jacob. Clara. Will.

Deseaba olvidarlos todos.

Apartó las manos blandas.

—No —dijo—. No me toques.

Cuántas emociones expresó la mirada de ella. Dolor. Amor. Reproche. Él ya había visto todo eso en otro rostro. El de su madre. Demasiado dolor. Demasiado amor. Ya no deseaba nada de

todo aquello. Ya solo quería la piedra, fría y firme. Tan distinta a toda la blandura, la ternura, la vulnerabilidad y la lacrimosa carne.

Will le volvió la espalda.

—Márchate —dijo—. Márchate de una vez.

Y de nuevo escuchó con atención a la roca. Dejó que esta dibujara imágenes, y convirtiera en piedra lo que aún había de blando en él.



19
Valiant

IMBVMTC

Terpevas era la ciudad más grande de los enanos y, si se daba crédito a sus archivos, tenía más de mil doscientos años de antigüedad. Pero los carteles publicitarios que colgaban de los muros de la ciudad, que elogiaban la cerveza, las lentes y las patentes de colchones, mostraban claramente al visitante que nadie se tomaba los tiempos modernos tan en serio como los enanos. Eran gruñones, tradicionales e ingeniosos, y sus puestos de venta se encontraban en cualquier rincón del mundo del espejo, aunque a la mayoría de sus clientes no les llegaban a la altura de la cintura. Por último, su reputación como espías era incomparable.

El tránsito ante las puertas de Terpevas era casi tan intenso como al otro lado del espejo. Pero aquí el ruido provenía de los carros, los carruajes y los jinetes sobre el empedrado gris. La clientela venía de todas partes y la guerra solo había acrecentado el negocio. Comercian desde hacía tiempo con los goyl, y el rey de piedra los había nombrado sus proveedores principales. Evenaugh Valiant, el enano que Jacob confiaba en encontrar en Terpevas, comerciaba desde hacía años con los goyl fiel a su lema: estar siempre del lado del ganador.

¡Confiemos simplemente en que ese maldito pequeño bastardo siga con vida!, pensó Jacob mientras conducía a la yegua junto a los carruajes y los coches de un solo caballo, en dirección a la puerta meridional de la ciudad. A fin de cuentas, era muy posible que algún cliente estafado hubiera matado a palos a Valiant durante aquel tiempo.

Habrían hecho falta al menos tres enanos, subidos uno encima del otro, para poder mirar a los ojos a los centinelas que había junto a la puerta. Para guardar las puertas de la ciudad únicamente contrataban a centinelas que podían demostrar que descendían de los gigantes extinguidos. Los gigantones, como se les llamaba, eran muy apreciados como mercenarios y guardianes, aunque tenían reputación de no ser especialmente astutos. Los enanos les pagaban tan bien que incluso aceptaban embutirse en los anticuados uniformes que usaba el ejército de sus superiores. Ni siquiera la caballería imperial llevaba ya yelmos decorados con plumas de cisnes pero a los enanos les gustaba decorar los tiempos modernos con los uniformes del pasado.

Jacob se colocó detrás de dos goyl al pasar de largo junto a los gigantones cabalgando. Uno tenía la piel de piedra de luna, el otro de ónix. No vestían de forma distinta a los dueños de fábricas humanos, detrás de cuyos carruajes los gigantones agitaban la mano al cruzar la puerta, pero debajo de sus levitas se perfilaban las empuñaduras de sus pistolas. Las anchas solapas estaban recamadas de jade y piedra de luna, y las oscuras gafas con las que protegían sus sensibles ojos estaban hechas de un ónix tan fino como ningún cantero humano habría sido capaz de lograr.

Los dos goyl ignoraban el horror que su aspecto despertaba en los visitantes humanos de la ciudad de los enanos. Sus rostros lo decían claramente: ahora este mundo les pertenecía. Su rey los había recogido como a una fruta madura y todos aquellos a los que habían cazado como animales hacía escasos años enterraban ahora a sus soldados en fosas comunes e imploraban la paz.

El goyl de piel de ónix se quitó las gafas y miró a su alrededor. Su mirada anegada en oro se parecía tanto a la de Will que Jacob tiró de las riendas de la yegua y lo miró fijamente hasta que los improperios de una enana, a cuyos hijos diminutos Jacob bloqueaba el camino, lo hicieron volver en sí.

Ciudad de enanos, mundo encogido.

Jacob entregó la yegua en uno de los establos de alquiler que había detrás de los muros. Las calles principales de Terpevas eran tan anchas como los callejones humanos; además, la ciudad no podía ocultar que sus habitantes eran apenas más grandes que niños de seis años, y algunas callejuelas eran tan estrechas que Jacob difícilmente podía atravesarlas incluso a pie. Las ciudades del mundo del espejo crecían como hongos y Terpevas no era una excepción. El humo de los incontables hornos de carbón ennegrecía ventanas y muros, y el hedor, que flotaba en el frío aire otoñal, no procedía del follaje marchito, aun cuando la canalización de los enanos fuera mejor que la de la emperatriz. Con cada año que Jacob pasaba en él, el mundo detrás del espejo parecía esforzarse aún más por emular a su hermano del otro lado.

Jacob apenas podía descifrar las señales de las calles porque solo dominaba en parte el alfabeto de los enanos, y pronto se extravió con desesperación. Cuando se golpeó por tercera vez la cabeza con el mismo letrero de una peluquería, detuvo a un mensajero y le preguntó por la casa de Evenaugh Valiant, importador y exportador de rarezas de todo género. El chico apenas le llegaba a las rodillas, si bien alzó la mirada con amabilidad cuando Jacob dejó dos táleros de cobre en su diminuta mano. El chiquillo salió disparado a tal velocidad que Jacob tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguirlo por los callejones abarrotados de gente, pero finalmente se detuvo delante de la entrada de la casa que Jacob había cruzado, haciendo esfuerzos, tres años atrás.

El nombre de Valiant estaba escrito en letras doradas sobre el cristal esmerilado, y al igual que entonces, Jacob tuvo que agachar la cabeza para pasar a través del hueco de la puerta. La antesala de Evenaugh Valiant era tan alta que los humanos podían permanecer erguidos en ella. Las paredes estaban decoradas con las fotos de sus clientes más importantes. Durante aquel tiempo, detrás del espejo habían pasado de pintar retratos a fotografiarse, y nada manifestaba mejor el olfato para los negocios de Valiant que el hecho de que la foto de la emperatriz colgara junto a la de un oficial goyl. Los marcos eran de plata de luna, y del techo colgaba una lámpara ornada con los pelos de cristal del espíritu de la botella, que debió de costarle al enano una fortuna. Todo evidenciaba un negocio que marchaba bien. Había incluso dos secretarios en vez de la enana gruñona que había recibido a Jacob en su última visita.

El más pequeño de los dos ni siquiera alzó la cabeza cuando Jacob se plantó delante de su escritorio, que apenas le llegaba a la rodilla, y el segundo lo observó con el típico desprecio con que los enanos se encontraban con los humanos, aun cuando tuvieran tratos con ellos.

Jacob le brindó su sonrisa más amable.

—Supongo que el señor Valiant sigue comerciando con las hadas.

—Por supuesto. Pero de momento no podemos suministrar capullos de polilla.

La voz del secretario era, como la de muchos enanos, sorprendentemente grave.

—Inténtelo de nuevo dentro de tres meses.

Y, diciendo esto, se entregó de nuevo a sus papeles. Pero su cabeza se alzó cuando Jacob montó la pistola con un suave clic.

—No he venido hasta aquí en busca de capullos de polilla. ¿Puedo pedirles que se metan en el armario?

La fuerza de los enanos era legendaria, pero aquellos dos ejemplares estaban sumamente escuálidos, y, por lo visto, Valiant no les pagaba lo suficiente como para permitir que un humano

cualquiera los matara a tiros. Se dejaron encerrar en el armario sin oponer resistencia y este parecía lo bastante robusto para garantizar que durante la conversación de Jacob con su jefe no llamaran a la policía de los enanos.

El escudo de armas, que lucía sobre la puerta del despacho de Valiant, mostraba, sobre el lirio del hada, el animal heráldico de los Valiant: un tejón sobre una montaña de táleros de oro. La puerta de la que colgaba era de palo de rosa, un material que no solo era conocido por su elevado precio sino por su capacidad de insonorización, por lo que Valiant no se había enterado de lo sucedido en su antesala.

Estaba sentado detrás de un escritorio humano, cuyas patas había mandado cortar, y con los ojos cerrados fumaba a bocanadas un puro que habría resultado enorme incluso en la boca de un gigantón. Evenaugh Valiant se había afeitado la barba, siguiendo la última moda entre los enanos. Las cejas, espesas como las de sus congéneres, estaban cuidadosamente recortadas. Y su traje hecho a medida era de terciopelo, una tela que los enanos apreciaban por encima de todas las cosas. A Jacob le habría gustado arrancarlo de su sillón de piel de lobo y lanzarlo por la ventana que había a su espalda, pero el recuerdo del rostro de Will lo detuvo.

—¡Te he dicho que no me molestes, Banster!

El enano suspiró sin abrir los ojos.

—¿Otra vez el cliente que se queja del señor de las aguas disecado?

Estaba más gordo. Y más viejo. Su cabello rizado de color rojo ya había encanecido, demasiado pronto para un enano. La mayoría llegaba a los cien años, y Valiant solo acababa de cumplir los sesenta..., si no mentía también en lo referente a la edad.

—No, no he venido por ese motivo —dijo Jacob apuntando a su cabeza rizada con la pistola—. Pero hace tres años pagué por algo que nunca recibí.

Valiant estuvo a punto de atragantarse con su cigarro. Miró a Jacob tan mudo de asombro como alguien mira a un huésped al que se ha dejado a cargo de una estampida de unicornios.

—¡Jacob Reckless! —gritó.

—Vaya, recuerdas mi nombre.

El enano dejó caer el puro y metió la mano debajo del escritorio, pero volvió a sacar los dedos cortos lanzando un grito cuando Jacob le rajó con el sable la manga hecha a medida.

—¡Ten cuidado con lo que haces! —dijo Jacob—. No necesitas los dos brazos para llevarme hasta las hadas. Tampoco necesitas las orejas y la nariz. Las manos detrás de la cabeza. ¡Ya!

Valiant obedeció. Su boca se torció formando una sonrisa demasiado amplia.

—¡Jacob! —susurró—. ¿Pero qué significa esto? Naturalmente sabía que no habías muerto. Al fin y al cabo, todos han oído tu historia. Jacob Reckless, el feliz mortal que fue prisionero del Hada Roja durante un año. Cualquier criatura masculina de este país, enano, humano o goyl, se moriría de envidia con solo imaginarlo. Y reconócelo: ¿a quién se lo debes? ¡A Evenaugh Valiant! Si te hubiera advertido de sus unicornios, con seguridad te habrían convertido en un cardo o en un pez cualquiera, como a otros visitantes no invitados. ¡Pero ni siquiera el Hada Roja es capaz de resistirse a un hombre que yace desamparado en su propia sangre!

La insolencia de aquella argumentación sorprendió al propio Jacob.

—¡Cuéntame! —murmuró Valiant sin el menor asomo de culpabilidad por encima del

escritorio demasiado grande—. ¿Cómo era? ¿Y cómo conseguiste escapar de ella?

En respuesta, Jacob agarró al enano por el cuello de la camisa hecha a medida y lo arrastró desde detrás del escritorio.

—Esta es mi oferta: no te mataré si me llevas de nuevo al valle. Pero esta vez me dirás cómo debo pasar entre los unicornios.

—¿Qué? —Valiant intentó zafarse, pero la pistola le hizo rápidamente cambiar de opinión—. ¡Es un viaje a caballo de al menos dos días! —dijo poniendo el grito en el cielo—: ¡No puedo marcharme y abandonar todo esto sin más!

Jacob le respondió empujándolo rudamente hasta la puerta.

En la antesala, los dos secretarios susurraban en el interior del armario. Valiant lanzó una mirada de reproche en su dirección y cogió su sombrero del perchero que había junto a la puerta.

—Mis precios han subido enormemente en los últimos tres años —dijo.

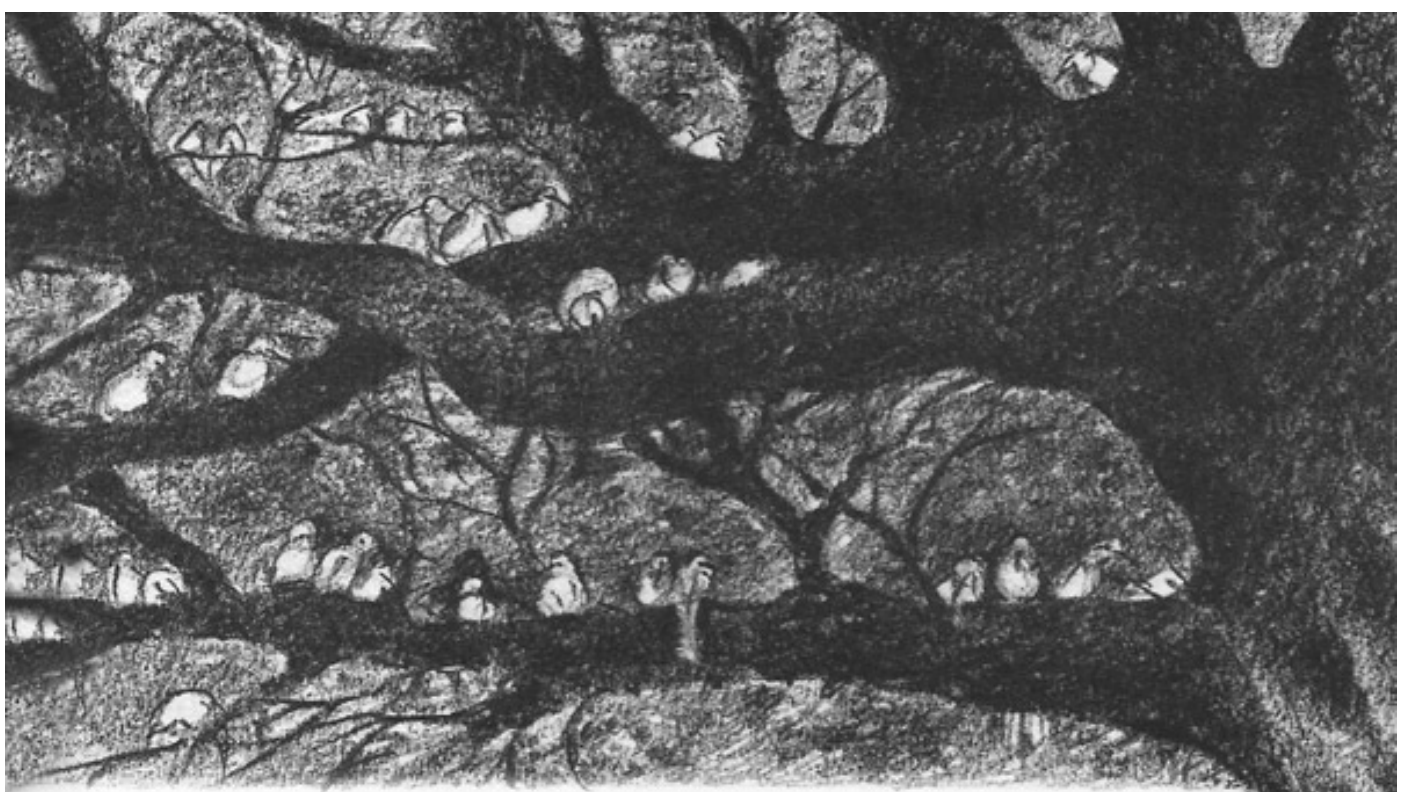
—Te dejaré con vida —le respondió Jacob—. Eso es más de lo que mereces.

Valiant le brindó una sonrisa compasiva mientras se colocaba el sombrero delante de la puerta acristalada de la entrada. Al igual que muchos enanos, sentía pasión por los cilindros que añadían unos palmos a su estatura.

—Pareces desesperado por regresar a tu antigua amada —ronroneó—. Y el precio sube con la desesperación del cliente.

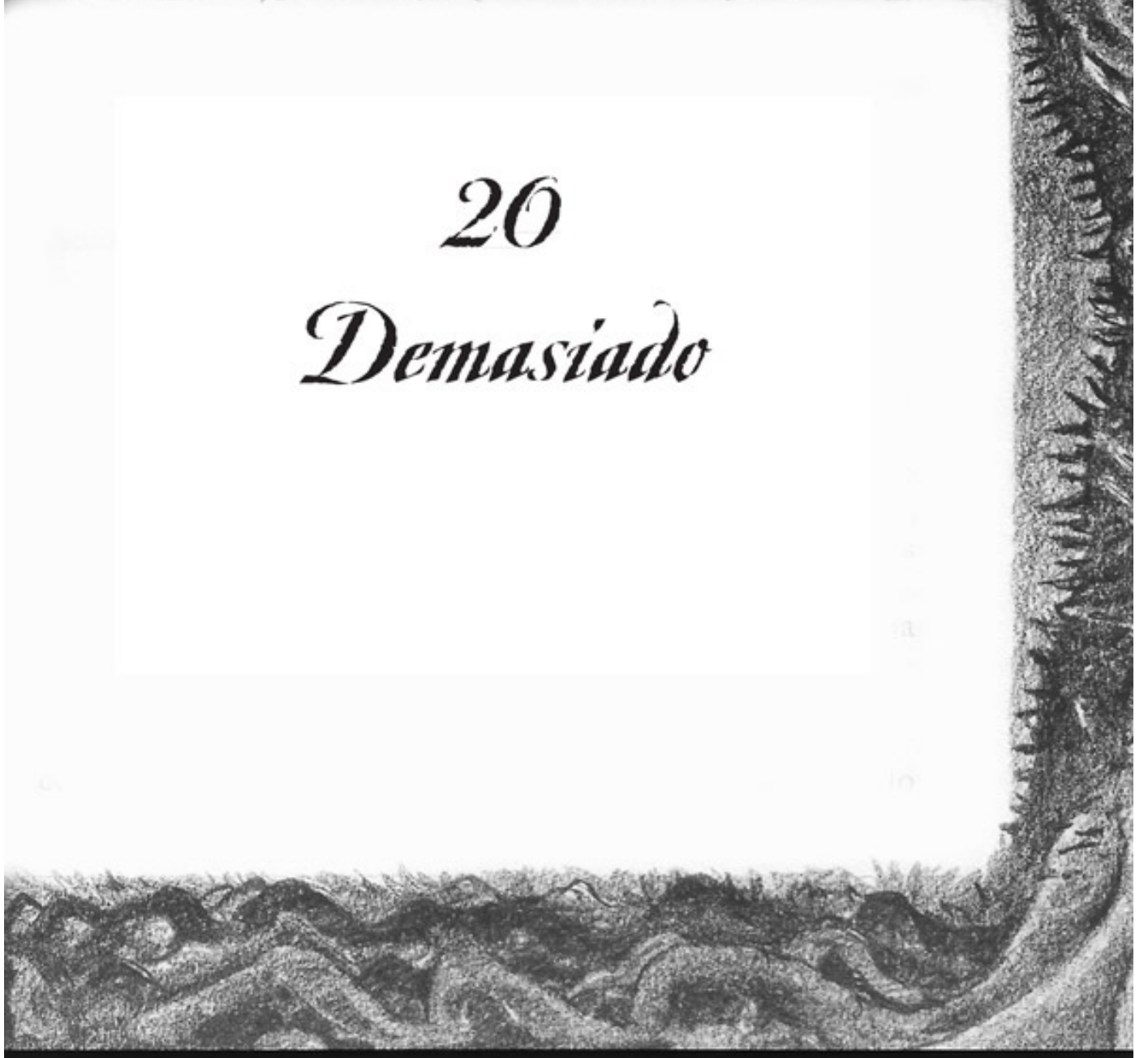
En respuesta, Jacob le colocó la boca de la pistola sobre el sombrero.

—Créeme —dijo—. Este cliente está lo suficientemente desesperado como para dispararte en cualquier momento.



20

Demasiado



Zorro olfateó: aversión dorada, repugnancia pétreo, amor congelado. La entrada de la cueva exhalaba todo aquello, y el pelo se le erizó cuando encontró las huellas de Clara delante, en la hierba. Más que caminar, había avanzado dando traspiés, y las huellas conducían a los árboles que crecían detrás de la cueva. Zorro había oído cómo Jacob la había prevenido contra ellos, pero ella había salido corriendo hacia allí como si su amenazante sombra fuera precisamente lo que buscaba.

Su olor era el mismo que Zorro sentía cuando se quitaba la piel. El de una chica. El de una mujer. Tan vulnerable... Fuerte y débil al mismo tiempo. Un corazón que no conocía caparazón. El olor le hablaba de todo lo que Zorro temía y de todo aquello de lo que su pelaje la protegía. Los pasos precipitados de Clara lo escribían sobre la oscura tierra, y Zorro no necesitaba preguntar a su hocico por qué Clara corría tan deprisa. Ella misma había intentado huir del dolor.

Los arbustos de avellanos y los manzanos salvajes eran inofensivos, pero entre ellos, del fondo de la espesura, sobresalían troncos cuyas cortezas eran tan espinosas como la envoltura de una castaña. Árboles pájaro. Debajo de ellos, la luz del sol se disolvía en un tenebroso marrón y Clara había tropezado directamente con las garras de madera de uno de ellos.

Gritó el nombre de Jacob, pero él estaba muy lejos. El árbol había enlazado sus raíces alrededor de sus tobillos y brazos, y en su cuerpo aterrizaron sus plumados sirvientes; su plumaje era tan blanco como la nieve virgen, pájaros de picos afilados y ojos como bayas rojas.

Zorro se abalanzó sobre ellos enseñando los dientes, sorda por sus gritos enfurecidos, y atrapó a un pájaro antes de que este pudiera salvarse subiendo a las ramas protectoras. Entre sus mandíbulas sintió latir deprisa su corazón, pero no lo mordió, simplemente lo agarró con fuerza, con mucha fuerza, hasta que el árbol soltó a Clara con un gemido colérico.

Las raíces se destrabaron de sus temblorosos miembros como serpientes y, cuando Clara se puso en pie dando tumbos, volvieron a deslizarse bajo las hojas de color marrón otoñal, donde aguardarían a la siguiente víctima. Los otros pájaros, de un color blanco fantasmal entre el follaje amarillento, maldijeron a Zorro desde lo alto de las ramas, pero ella no soltó su botín hasta que Clara llegó tambaleándose a su lado. Su rostro estaba tan blanco como las plumas que tenía pegadas a la ropa, y Zorro no solo olía el miedo a la muerte que su cuerpo seguía exhalando, también el dolor en su corazón como una herida reciente.

Apenas intercambiaron palabras en el camino de regreso a la cueva. Clara se detuvo en algún momento como si no pudiera seguir caminando, pero finalmente continuó. Cuando alcanzaron la cueva, observó la oscura entrada como si esperara ver a Will allí, pero entonces se sentó junto a los caballos sobre la hierba y le volvió la espalda. A excepción de unos rasguños en el cuello y en los tobillos, estaba ilesa, pero Zorro notó que se sentía avergonzada de su corazón dolorido y de haber salido corriendo.

Zorro no quería que se marchara. Cambió su silueta y la rodeó con los brazos, y Clara apoyó su cara en el vestido de pelo que semejava la piel de la zorra.

—Will ya no me ama, Zorro.

—Ya no ama a nadie —le respondió Zorro susurrando—, porque se está olvidando de quién es.

Nadie mejor que ella sabía cómo se sentía. Otra piel, otro yo. Pero el pelaje de la zorra era blando y cálido. Y la piedra era tan dura y fría...

Clara miró en dirección a la cueva. Zorro le quitó una pluma del cabello.
—¡Por favor, quédate! —le susurró—. Jacob le ayudará. Ya lo verás.
¡Ojalá estuviese ya de vuelta!



21

*El guardián de
su hermano*

Cuando Jacob entró cabalgando en la cueva, Zorro le salió al encuentro, pero a Will y a Clara no los veía por ningún lado.

—Vaya. ¿La zorra sarnosa sigue corriendo detrás de ti? —se mofó Valiant cuando Jacob lo bajó del caballo.

Lo había atado con una cadena de plata, el único material que los enanos no rompían como si fuese hilo.

A Jacob no le habría sorprendido que Zorro hubiera mordido a Valiant en respuesta a su comentario, pero ella no parecía ver al enano. Algo había sucedido. Su pelo estaba erizado y en la espalda tenía algunas plumas de color blanco.

—Tienes que hablar con tu hermano —dijo mientras Jacob ataba a Valiant al árbol más próximo.

—¿Qué ha pasado?

Jacob lanzó una mirada de preocupación hacia la cueva donde Will se ocultaba, pero Zorro señaló los caballos. Clara estaba allí, durmiendo a la sombra de un haya. Su camisa estaba desgarrada y Jacob vio sangre en su cuello.

—Han discutido —dijo Zorro—. ¡Ya no sabe lo que hace!

La piedra es más rápida que tú, Jacob.

•••

Jacob encontró a Will en el rincón más oscuro de la cueva. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la roca.

Los papeles se han intercambiado, Jacob. Él había sido siempre el que, después de haber hecho de las suyas, se sentaba en la oscuridad: en su habitación, en el cuarto de la colada, en el despacho de su padre. «Jacob, ¿dónde estás? ¿Qué disparate has hecho esta vez?». Siempre Jacob, no Will. Nunca Will.

Los ojos de su hermano brillaban en la oscuridad como el oro de las monedas.

—¿Qué le has dicho a Clara?

Will miró sus dedos y cerró el puño.

—Ya no lo recuerdo.

—¡No me vengas con esas!

Will no había sido nunca un buen mentiroso.

—¡Tú eras el que quería traerla! ¿O es que ya no te acuerdas?

Basta ya, Jacob. Pero le dolía el hombro y estaba harto de cuidar de su hermano.

—¡Lucha contra ello! —le gritó enfadado a Will—. ¡No puedes contar con que siempre lo haga todo por ti!

Will se levantó despacio. Sus movimientos se habían vuelto más vigorosos y la época en que apenas le llegaba a la altura del hombro a Jacob había quedado atrás hacía mucho tiempo.

—¿Contar contigo? —preguntó él—. No lo hago desde que tenía cinco años. Por desgracia, nuestra madre necesitó algo más de tiempo. Tuve que escuchar su llanto por las noches durante años.

Hermanos.

Era como si estuvieran de nuevo en el apartamento. En el ancho pasillo con todas las habitaciones vacías y la oscura mancha sobre el papel pintado, donde había estado colgada la foto de su padre.

—¿Desde cuándo tiene sentido contar con alguien que no está nunca?

La voz de Will esparcía las astillas despreocupadamente, pero eran afiladas.

—Te pareces mucho a él. Y no solo en el aspecto —dijo observando a Jacob como si estuviera comparando su rostro con el de su padre—. No te preocupes, lucho contra ello. Al fin y al cabo se trata de mi piel, no de la tuya. Y sigo aquí, ¿no es cierto? Hago lo que me dices. Cabalgo detrás de ti. Me trago el miedo.

La voz de Valiant llegó hasta ellos. Intentaba persuadir a Zorro de que lo liberara de la cadena de plata.

Will señaló hacia fuera con un gesto de la cabeza.

—¿Es ese el guía del que nos has hablado?

—Sí.

Jacob se esforzó por mirar a aquel extraño con el aspecto de su hermano.

Will caminó hacia la entrada de la cueva y se cubrió los ojos con la mano cuando la luz del día se posó en su rostro.

—Siento mucho lo que le he dicho a Clara —dijo—. Hablaré con ella.

Después salió afuera. Y Jacob permaneció en la oscuridad sintiendo las astillas... como si Will hubiera roto en pedazos el espejo.



22
Sueños



Era de noche, pero el Hada Oscura no dormía. La noche era demasiado bella para pasarla durmiendo, aunque seguía viendo al goyl humano. Ahora soñaba con él, no importaba si estaba despierta o dormida. Su maleficio había transformado una gran parte de su piel en jade. Jade. Verde como la vida misma. Abundancia pétreo. Un corazón de piedra sembrado por la «sin corazón». Aún sería más hermoso cuando el jade le reemplazara toda la piel humana y deviniera aquello que el color de su piel prometía. El futuro, decidido en el pasado. Todas esas cosas que estaban ocultas en los pliegues del tiempo. Solo los sueños sabían de ellas y ellos le desvelaban más que cualquier goyl o cualquier humano, quizá porque el tiempo no significaba nada cuando se era inmortal.

Habría debido quedarse en el castillo con las ventanas tapiadas y haber aguardado allí las noticias de Hentzau. Pero Kami'en deseaba regresar a las montañas en las que había nacido, a su fortaleza bajo tierra. Anhelaba la profundidad como ella el cielo nocturno y los lirios blancos que florecían en el agua..., aunque intentaba siempre convencerse a sí misma de que el amor bastaba para saciar el alma.

Lo único que veía en la ventana del tren era su propio reflejo: una pálida aparición en el cristal, detrás de la cual el mundo pasaba de largo demasiado deprisa. Kami'en sabía que se sentía igual de incómoda en los trenes que bajo tierra. Por ello había ordenado decorar las paredes de su vagón con imágenes: pétalos de rubí y hojas de malaquita, un cielo de lapislázuli, colinas de jade y la brillante superficie de un lago de piedra de luna. Aquello era amor, ¿o no?

Las imágenes de las piedras eran hermosas, hermosísimas, y cuando ya no soportaba mirar colinas y campos pasando deprisa, como si estuvieran disolviéndose en la fábrica del tiempo, pasaba los dedos sobre los pétalos de piedra. Pero el ruido del tren le producía dolor en los oídos y el metal que la rodeaba le erizaba su carne de hada.

Sí. Él la amaba. Pero iba a casarse con el rostro de muñeca, la princesa humana de ojos brillantes y gran belleza, debida únicamente a los lirios de las hadas. Amalie. Su propio nombre sonaba tan insulso como su rostro. Con qué gusto la habría matado. Un peine envenenado, un vestido que penetrara en su carne mientras girara dentro de él ante su espejo dorado. Cómo gritaría y se rasgaría la piel, mucho más blanda que la de su prometido.

El hada apoyó la frente sobre el frío cristal. No comprendía de dónde provenían los celos. Al fin y al cabo no era la primera vez que Kami'en tomaba otra esposa. Ningún goyl amaba solo una vez. Nadie amaba solo una vez... Y un hada menos aún.

El Hada Oscura conocía todas las historias sobre sus iguales: que cuando una de ellas amaba, se volvía loca, y que no tenían corazón, como tampoco padre o madre. Eso al menos era cierto. Presionó su mano entre los pechos. No tenía corazón. Entonces, ¿de dónde procedía el amor que sentía?

Fuera, las estrellas nadaban como pétalos en el agua oscura de un río. Los goyl temían el agua, a pesar de que esta había creado sus cuevas y el sonido de sus gotas era tan habitual en sus ciudades como el ruido del viento sobre la tierra. Le tenían tanto miedo que el mar había limitado las conquistas de Kami'en y lo había hecho soñar con volar. Pero ella no podía darle alas, como tampoco podía darle hijos. Había nacido del agua, que él tanto temía, y todas las palabras a las que ellos concedían tanta importancia —hermana, hermano, hija, hijo no significaban nada para ella.

El rostro de muñeca tampoco podría darle hijos..., salvo que él deseara engendrar uno de esos monstruos tullidos soldado que algunas mujeres humanas habían alumbrado. «¿Cuántas veces más he de decírtelo? No siento nada por ella, pero necesito esta paz». Él mismo se creía sus propias palabras, pero ella lo conocía mejor. Él deseaba la paz, pero aún más se le antojaba la piel humana y convertir en su esposa a una de ellos. Mientras tanto, la curiosidad que él sentía por todo lo humano la inquietaba tanto como su propio pueblo.

¿De dónde venía el amor? ¿De qué estaba hecho? ¿De piedra como él? ¿De agua como ella?

Cuando ella había ido en su busca solo se había tratado de un juego. Un juego con el juguete que sus sueños le habían mostrado. El goyl que rompía el mundo en pedazos y que, como ella, despreciaba las reglas. Las hadas habían dejado de jugar con el mundo. La última que lo había hecho tenía piel de corteza. Sin embargo, ella había enviado a sus polillas en busca de Kami'en. La tienda donde lo encontró por vez primera olía a sangre y muerte, algo que no comprendía, y ella lo había considerado todo como un juego. Le había prometido el mundo. Su carne en la carne de sus enemigos. Pero se dio cuenta demasiado tarde de lo que él sembraba en ella. Amor. El peor de todos los venenos.

—Deberías llevar más a menudo vestidos humanos.

Ojos de oro. Labios de fuego. No parecía cansado, a pesar de no haber dormido en muchos días.

El vestido del hada crujió cuando ella se volvió hacia él.

Las mujeres humanas se vestían como las flores, capas de pétalos alrededor de un centro mortal, pudrible. Había mandado confeccionar el vestido a semejanza de uno de los cuadros que había colgados en el castillo del general muerto. Kami'en lo había contemplado con frecuencia tan ensimismado como si mostrara el mundo que buscaba. La tela habría alcanzado para diez vestidos, pero ella amaba el frufú de la seda y su fría tersura sobre la piel.

—¿No hay noticias de Hentzau?

Como si ella no supiera la respuesta. Pero ¿por qué sus polillas tampoco habían encontrado al que buscaban? Ella podía verlo con toda claridad, como si solo tuviera que tender la mano para sentir su piel de jade bajo sus dedos.

—Hentzau lo encontrará. Si es que existe.

Kami'en se colocó detrás de ella. Dudaba de lo que ella veía en sus sueños pero no de su sombra de jaspe.

Hentzau. Otro más al que mataría con gusto. Pero Kami'en no le perdonaría su muerte, aún menos que la de su futura prometida. Él había matado a sus propios hermanos, como los goyl solían hacer, pero Hentzau era algo más que un hermano. Quizá algo más que ella.

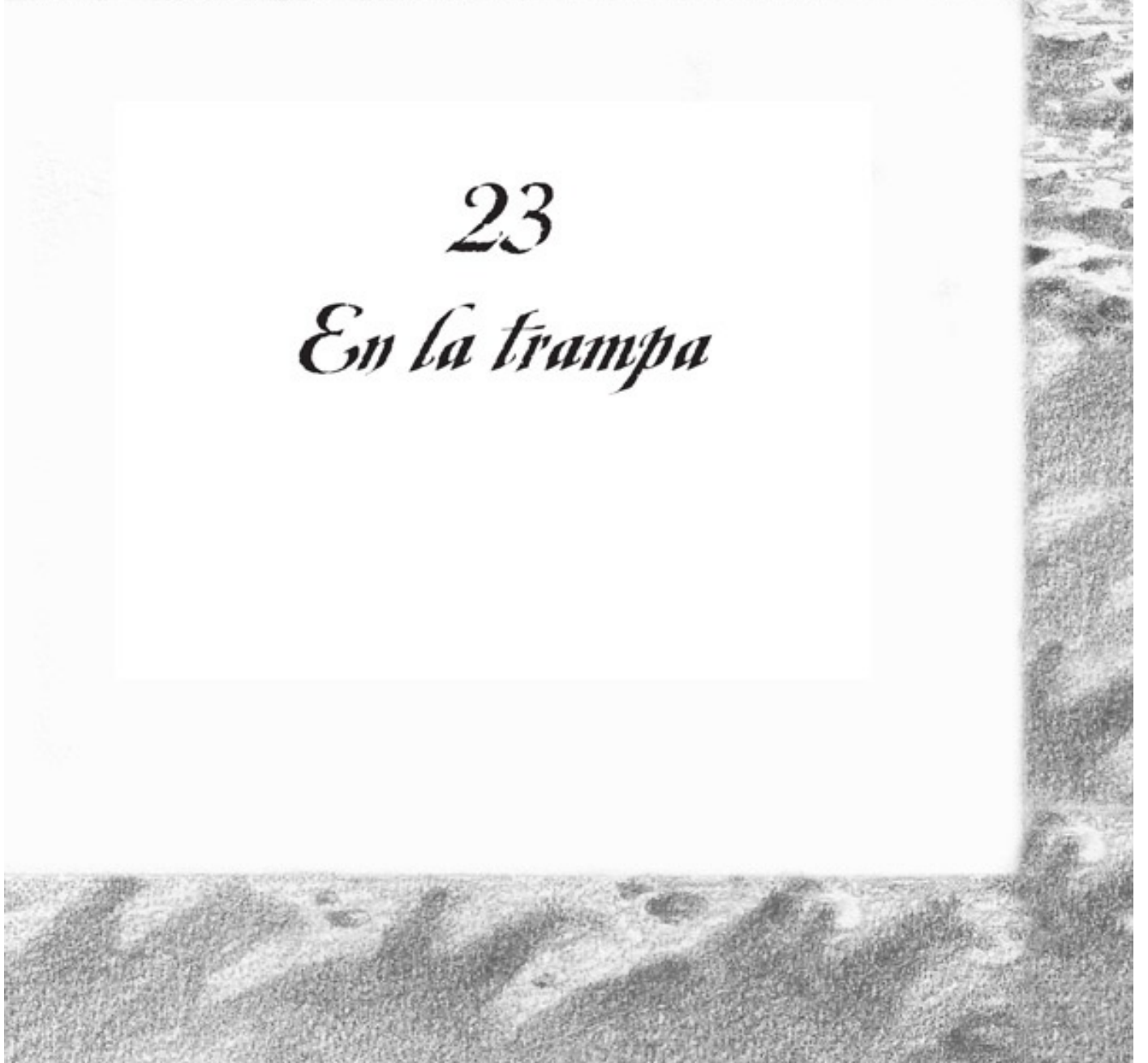
En la ventana del tren, sus reflejos se fundieron en uno. Su respiración continuaba acelerándose cuando estaba al lado de Kami'en. ¿De dónde viene el amor?

—Olvida al goyl de jade. Olvida tus sueños —le susurró él soltándole el cabello—. Te regalaré otros sueños nuevos. Dime solo cuáles.

No le había contado a Kami'en que también a él lo había encontrado en sus sueños. No le habría gustado. Ni los humanos ni los goyl vivían el tiempo suficiente para comprender que el ayer había nacido del mañana, al igual que el mañana había nacido del ayer.



23
En la trampa



Cuando alcanzaron el barranco a través del cual había llegado una vez al valle de las hadas, Jacob sintió que cabalgaba hacia su propio pasado. Tres años eran mucho tiempo, pero nada parecía haber cambiado: el arroyo fluía en el fondo del barranco, los abetos se agarraban fuertemente a las pendientes, el silencio entre las rocas... Únicamente su hombro le recordaba que habían pasado muchas cosas desde entonces. Le dolía como si el sastre estuviera cosiéndose un traje con su piel.

Valiant estaba sentado delante de él en el caballo y se volvía para mirarlo continuamente.

—¡Oh, realmente tienes mal aspecto, Reckless! —comentó por enésima vez con manifiesto regocijo—. Y la pobre chica está mirándote otra vez. Con seguridad teme que te caigas del caballo antes de que su amado recupere su piel. Pero no te preocupes. Cuando hayas muerto y tu hermano se haya convertido en goyl, yo la consolaré. Siento una particular debilidad por las mujeres humanas.

Esa era la tónica desde que habían partido, pero Jacob se sentía demasiado aturdido por la fiebre como para responder. Incluso las palabras que Will había pronunciado en la cueva habían dejado de infligirle dolor, y, entretanto, ansiaba el aire sanador de las hadas no solo para su hermano sino también para sí mismo.

Ya falta poco, Jacob. Solo tienes que cruzar el barranco y llegarás a su valle.

Clara cabalgaba justo detrás de él. De vez en cuando, Will lo hacía a su lado como queriendo olvidar lo que había sucedido en la cueva. En el rostro de la chica luchaban el amor y el miedo. Pero ella seguía adelante.

Como él. Y Will.

Y el enano aún podía engañarlos a todos.

El sol ya había descendido y entre las rocas crecían las sombras. El espumoso arroyo junto al que cabalgaban era tan oscuro como si este arrastrara la noche hacia el barranco, y no habían avanzado mucho cuando, de repente, Will tiró de las riendas de su caballo.

—¿Qué sucede? —preguntó Valiant alarmado.

—Los goyl están cerca —no había asomo de duda en la voz de Will—. Muy cerca.

—¿Los goyl? —Valiant lanzó a Jacob una mirada perversa—. Estupendo. Me llevo muy bien con ellos.

Jacob le tapó la boca con la mano. Dejó que la yegua siguiera a rienda suelta y aguzó el oído, pero el murmullo del arroyo ahogaba cualquier otro sonido.

—Haced como si los caballos estuvieran abrevando —les susurró a los demás.

—Yo también los huelo —murmuró Zorro—. Van por delante de nosotros.

—Pero ¿por qué se esconden? —preguntó Will, estremeciéndose como un animal que ha percibido el olor de su manada.

Valiant lo miró como si lo viera por primera vez y se volvió hacia Jacob de una forma tan brusca que a punto estuvo de caerse del caballo.

—¡Perro astuto! —le espetó a Jacob—. ¿De qué color es la piedra que tiene en su piel? Verde, ¿no es cierto?

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¡No me tomes por tonto! Es jade. Los goyl han ofrecido un kilo de piedra de luna roja por él. Tu hermano..., ¡no me hagas reír! —El enano le guiñó un ojo en un gesto de

complicidad—. Lo encontraste como al zapato de cristal y a la ¡Mesita, ponte! Pero ¿por qué demonios lo llevas a las hadas?

Jade.

Jacob clavó la mirada en la piel verde pálido de Will. Claro que había oído las historias. El rey goyl y su escolta invencible. Chanute había fantaseado una vez con encontrarlo y venderlo a la emperatriz. Pero ¿creían en serio que su hermano era el goyl de jade?

Al final del barranco ya se divisaba el valle cubierto de niebla. Tan cerca...

—¡Llévemolo a una de sus fortalezas y compartamos la recompensa! —le susurró Valiant a Jacob—. ¡Si lo atrapan aquí, en el barranco, no nos darán nada por él!

Jacob lo ignoró. Observó cómo temblaba su hermano.

—¿Conoces otro camino hacia el valle? —le preguntó al enano.

—Por supuesto —respondió Valiant en tono malicioso—. Si piensas que tu llamado hermano tiene tiempo para rodeos... ¡Por no hablar de tu estado!

Will se volvió, inquieto, como un animal enjaulado.

Clara acercó su caballo al de Jacob.

—¡Llévadlo lejos de aquí! —les susurró—. Por favor.

Pero ¿y después?

Unos metros más allá, un grupo de pinos crecía delante de las rocas. La oscuridad era tan densa bajo sus ramas que, incluso a esa distancia tan corta, Jacob no podía ver lo que había debajo.

Se inclinó hacia Will y lo agarró del brazo.

—Sígueme hacia los pinos de ahí enfrente —murmuró—. ¡Y apéate del caballo cuando yo lo haga!

Era el momento de jugar al escondite. Al escondite y a los disfraces.

Will dudó, pero finalmente empuñó las riendas y lo siguió cabalgando. Las sombras bajo los pinos eran negras como el hollín. Una oscuridad que, con suerte, los ocultaría incluso de los ojos de los goyl.

—¿Recuerdas cómo nos pegábamos de niños? —le dijo Jacob a Will antes de saltar de la silla delante de los árboles.

—Siempre me dejabas ganar.

—Eso mismo haremos ahora.

Zorro corrió al lado de Jacob:

—¿Qué estás tramando?

—No importa lo que pase —le susurró Jacob—. No quiero que te muevas del lado de Will. Prométemelo. Si no lo haces, moriremos todos.

Will descendió del caballo.

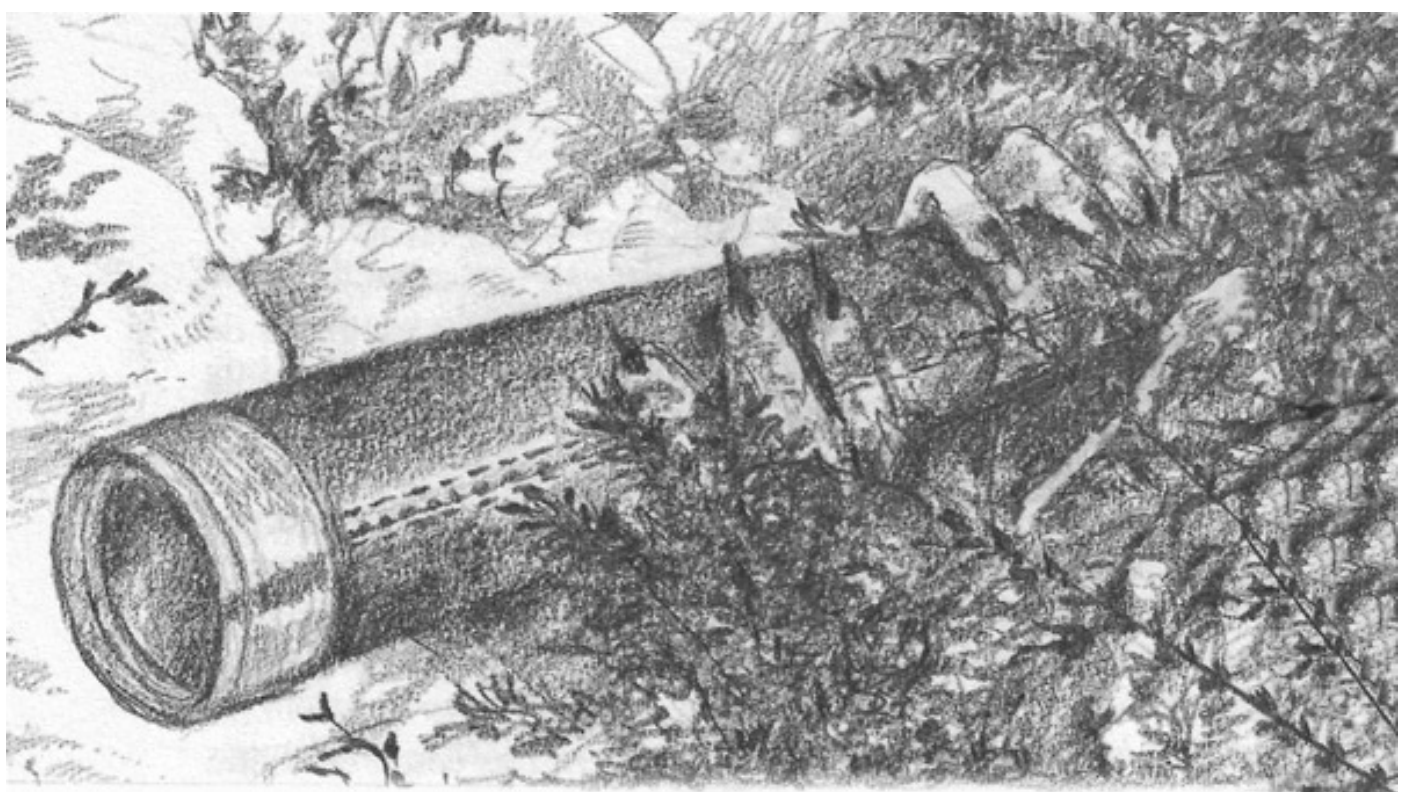
—Quiero que te defiendas, Will. Intenta que parezca real —murmuró Jacob—. Tenemos que acabar debajo de esos árboles.

Después, sin previo aviso, le asestó un puñetazo a su hermano en la cara.

De inmediato, el oro llameó en los ojos de Will.

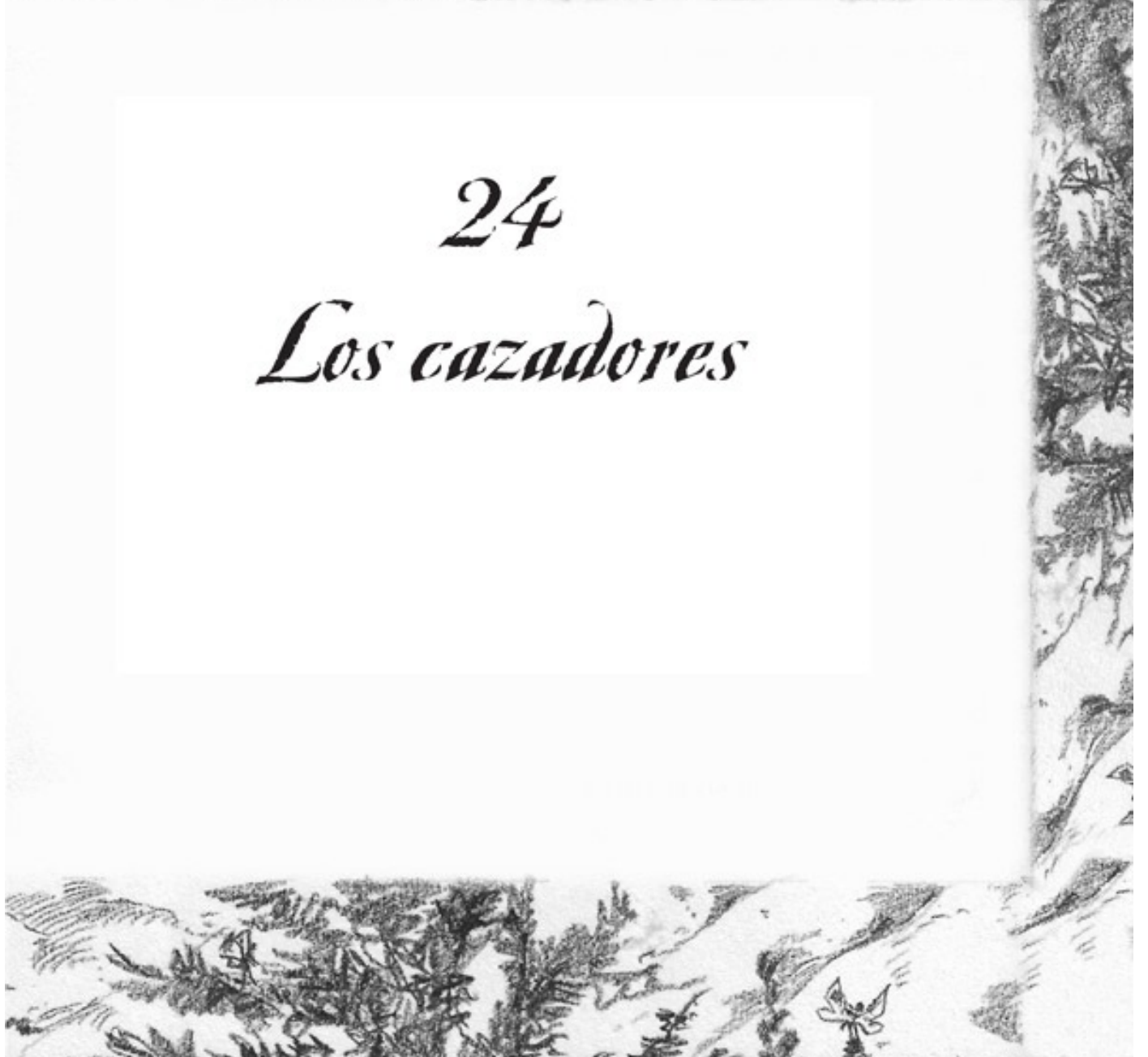
Este contraatacó con tal fuerza que Jacob cayó de rodillas. Piel de piedra, y una ira que no había visto jamás en el rostro de su hermano.

Quizá no fuera un plan tan bueno, Jacob.



24

Los cazadores



Hentzau había alcanzado el barranco al alba. La presencia de los unicornios, que pastaban en el valle nublado, indicaba que Nesser los había conducido hasta el lugar correcto. Pero el sol había descendido entretanto, y Hentzau empezaba a preguntarse si al goyl de jade lo habría matado a tiros su hermano cuando Nesser señaló la entrada del barranco.

Los acompañaba una chica y un zorro, como había asegurado el tresdedos, y habían capturado a un enano. No eran tontos. Ni siquiera Nesser sabía cómo pasar entre los unicornios, pero Hentzau había oído el rumor de que algunos enanos conocían el secreto. Comoquiera que fuera, no ambicionaba ser el primer goyl en ver la isla embrujada de las hadas. Antes prefería cruzar a caballo una docena de bosques negros o dormir con las serpientes ciegas que vivían bajo tierra. No. Atraparía al goyl de jade antes de que este lograra ocultarse tras los unicornios.

—¡Comandante, se están pegando!

El tono de Nesser expresaba sorpresa.

¿Qué había esperado? La ira se presentaba con la piel de piedra del mismo modo que el oro en los ojos. ¿Y contra quién se dirigía en primer lugar? Por supuesto, contra el hermano. *¡Sí, mátalo!*, pensaba Hentzau mientras observaba al goyl de jade a través de su catalejo. *Quizá lo hayas deseado con frecuencia, pero él siempre fue el mayor, siempre el más fuerte. Ya lo verás: la ira de los goyl lo equilibra todo.*

El mayor no luchaba mal, pero no tenía ninguna posibilidad.

Entonces sucedió. Cayó de rodillas. La chica corrió hacia el goyl de jade y tiró de él, pero este se zafó, y cuando su hermano intentaba volverse a poner en pie le dio una patada tan fuerte en el pecho que aterrizó tambaleándose debajo de los pinos. Las oscuras ramas se tragaron a ambos, y Hentzau estaba a punto de ordenar cabalgar tras ellos cuando el goyl de jade volvió a emerger de entre los árboles.

Ya temía la luz del sol, y ocultaba su rostro bajo la capucha mientras se dirigía a su caballo. Sus piernas le temblaban debido a la lucha, pero pronto se percataría de que su nueva carne sanaba mucho más aprisa que la antigua.

—¡Subamos al caballo! —murmuró Hentzau a Nesser—. Capturemos una leyenda...



25
El cebo



Rocas. Arbustos. ¿Dónde podían estar escondidos? ¿Cómo pretendes saberlo, Jacob? No eres un goyl. Quizá le habrías tenido que preguntar a tu hermano.

Ocultó su rostro debajo de la capucha y obligó al caballo a ir despacio. ¿Cómo habían adivinado que cruzarían el barranco? *Ahora no, Jacob.*

No sabía qué le dolía más, si el hombro o el rostro. La carne humana era espantosamente blanda cuando la alcanzaban unos nudillos de jade. Por unos instantes había creído realmente que Will iba a matarlo..., y aún no podía discernir qué porcentaje de la ira que había sentido en los golpes procedía del goyl o de su hermano.

Condujo el caballo de Will a través del espumoso arroyo. El agua le salpicaba la piel enfebrecida. Los golpes de casco resonaban a través del barranco, y Jacob se estaba preguntando si Will no habría olfateado únicamente su propia carne de piedra cuando, a su izquierda, algo se movió entre las rocas.

Ahora. Dejó que el caballo corriera a rienda suelta. Se trataba de un caballo castrado color marrón, no tan rápido como su yegua, aunque perseverante, y Jacob era un jinete muy bueno.

Por supuesto, intentaron cortarle el paso. Pero, tal y como había esperado, sus caballos tenían miedo de los guijarros, y el marrón los adelantó y galopó hacia el valle cubierto de niebla. Los recuerdos asaltaron a Jacob como si lo hubieran estado aguardando entre las montañas. Felicidad y amor, miedo y muerte.

Los unicornios levantaron las cabezas. Naturalmente no eran de color blanco. ¿Por qué las cosas en el mundo del que procedía se pintaban siempre de color blanco? Su pelaje era marrón grisáceo, con manchas de un amarillo desvaído, como el sol otoñal que lucía sobre ellos en medio de la niebla. Lo observaban, pero hasta ese momento ninguno parecía preparado para atacar.

Jacob se volvió hacia sus perseguidores.

Eran cinco. Al oficial lo reconoció de inmediato. Era el mismo que había dirigido a los goyl hasta el granero. Su frente marrón jaspe estaba astillada, como si alguien hubiera intentado despedazarla, y uno de sus ojos dorados era tan turbio como la leche. Así pues, efectivamente lo estaban siguiendo.

Jacob se inclinó sobre el pescuezo de su caballo. Los cascos del animal castrado se hundían profundamente en la hierba fresca, pero por suerte aquello no lo ralentizó.

Cabalga, Jacob. Aléjalos antes de que tu hermano tal vez se una a ellos.

Los goyl se acercaron pero no dispararon. Por supuesto que no. Si realmente creían que Will era el goyl de jade, lo querrían con vida.

Uno de los unicornios relinchó. *¡Quedaos donde estáis!*

Una mirada por encima del hombro. Los goyl se habían dispersado. Intentaban cercarlo. La herida le dolía tanto que Jacob perdió todo de vista; por un momento, creyó retroceder en el tiempo y volvió a verse tendido sobre la hierba con la espalda perforada.

Más rápido. Tenía que ser más rápido. Pero el caballo castrado respiraba con dificultad y los goyl habían dejado de montar hacía tiempo los caballos medio ciegos que criaban bajo tierra. Uno de ellos incluso se le acercó de forma amenazante. Era el oficial. Jacob desvió su rostro, pero la capucha se le resbaló precisamente cuando intentaba agarrarla.

La sorpresa en el rostro de jaspe se transformó en ira, la misma ira que Jacob había

contemplado en el rostro de su hermano.

El juego había terminado.

¿Dónde estaba Will? Jacob lo miró de forma desesperada.

El oficial goyl miró en la misma dirección.

Su hermano galopaba, detrás del enano, hacia los unicornios. Will montaba el caballo de Clara y le había cedido a ella la yegua. La hierba a los pies de la muchacha se agitaba como si el viento la acariciara. Zorro. Casi tan veloz sobre sus patas como los caballos.

Jacob sacó su pistola, pero la mano izquierda apenas le obedecía, y con la derecha era un tirador considerablemente peor. No obstante, disparó a dos goyl desde la silla cuando se acercaban a Will. El ojo lechoso le apuntó con su rostro de jaspe rígido a causa del odio. La ira le hizo olvidar a qué hermano debía cazar, pero su caballo tropezó en la alta hierba y la bala erró el blanco.

Más deprisa, Jacob. Apenas podía mantenerse en la silla, pero Will casi había alcanzado los unicornios y Jacob rezó para que el enano les hubiera dicho la verdad esa vez. *¡Cabalga!*, pensó desesperado cuando de pronto Will redujo la velocidad. Su hermano tiró de las riendas del caballo, y Jacob supo que no lo hacía porque estuviera preocupado por él. Will se volvió en la silla y clavó la mirada en los goyl del mismo modo en que lo había hecho en la granja abandonada.

El del ojo lechoso había vuelto a recordar, entretanto, a quién debía cazar. Jacob lo apuntó, pero su disparo apenas lo rozó. *Maldita mano derecha.*

Y Will dio la vuelta al caballo.

Jacob gritó su nombre.

Uno de los goyl estaba a punto de alcanzar a Will. Era una mujer. Amatista sobre jaspe oscuro. Sacó su sable cuando Clara condujo su caballo hasta situarse delante de Will en actitud protectora, pero la bala de Jacob fue más rápida. El ojo lechoso lanzó un grito ronco cuando la goyl cayó y espoleó su caballo aún con más fuerza hacia Will. *Solo un par de metros más.* El enano, espantado, miraba fijamente al goyl. Clara agarró entonces las riendas de Will, y el caballo, que había montado tan a menudo, la obedeció cuando tiró de él en dirección a los unicornios.

La manada había observado la persecución de una forma tan indiferente como los humanos un enjambre de gorriones peleándose. Jacob contuvo la respiración cuando Clara se le acercó cabalgando, pero esta vez el enano había dicho la verdad. Los unicornios dejaron pasar a Clara y a su hermano.

Solo atacaron cuando los goyl se les acercaron.

El valle se inundó de relinchos agudos, golpes de cascos, cuerpos encabritados. Jacob oyó disparos. *Olvídate de los goyl, Jacob. ¡Sigue a tu hermano!*

Los latidos del corazón se le salían por la garganta cuando se dirigió cabalgando hacia la manada inquieta. Creía sentir de nuevo los cuernos de los unicornios clavándose en su espalda, su propia sangre caliente corriéndole por la piel. *Esta vez no, Jacob. Haz lo que el enano ha dicho: «Es muy fácil. Cerrad los ojos y mantenedlos cerrados, de lo contrario sus cuernos os atravesarán como fruta caída».*

Un cuerno rozó su muslo. Sintió el resoplar de ollares en su oreja; el aire frío olía a caballo y a ciervo al mismo tiempo. *Mantén los ojos cerrados, Jacob.* El mar de cuerpos desgredados parecía

no tener fin. Su brazo izquierdo estaba como muerto, y se agarró con el derecho al cuello del caballo. Pero de pronto, en lugar de ollares resoplando, oyó el entrechocar del viento con miles de hojas, el chapoteo del agua y el crujir de los juncos.

Jacob abrió los ojos y fue como en aquel entonces.

Todo había desaparecido. Los goyl, los unicornios, el valle nublado. En su lugar, el cielo del atardecer se reflejaba en un lago. Sobre el agua flotaban los lirios que lo habían conducido hasta allí tres años atrás. Las hojas de los sauces que había en la orilla eran de un color tan verde que parecían haberse caído en ese mismo instante de las ramas, y en la lejanía, sobre las olas, flotaba la isla de la que nadie regresaba. *Salvo tú, Jacob.*

El aire cálido acarició su piel y el dolor de su hombro disminuyó al compás de la marea que se retiraba de la orilla bordeada de juncos.

Se dejó caer del extenuado caballo. Clara y Zorro corrieron hacia él. Solo Will estaba junto a la orilla del lago con la mirada perdida en la isla. Parecía ileso, pero cuando se volvió hacia Jacob sus ojos eran de fuego y el jade estaba moteado de tan solo unos últimos restos de piel humana.

—Aquí estamos pues. ¿Satisfecho?

Valiant estaba entre los sauces despegándose los pelos de unicornio de las mangas.

—¿Quién te ha quitado las cadenas? —preguntó Jacob intentando atrapar al enano, pero Valiant se apartó a un lado con agilidad.

—Afortunadamente, los corazones de las mujeres son mucho más compasivos que la piedra que late en tu pecho —ronroneó mientras Clara le devolvía avergonzada la mirada a Jacob—. ¿Y? ¿Por qué te enfadas? ¡Ya estamos en paz! Aunque los unicornios me han pisoteado el sombrero.

El enano se pasó la mano por el cabello descubierto quejándose.

—¡Al menos deberías pagarme los daños!

—¿En paz? ¿Quieres ver las cicatrices de mi espalda?

Jacob se palpó el hombro. Parecía intacto, como si no hubiera luchado nunca contra el sastre.

—Desaparece de mi vista —le dijo al enano— antes de que acabe disparándote.

—¿Ah, sí? —respondió Valiant lanzando una mirada burlona a la isla que se desdibujaba en el crepúsculo—. Estoy seguro de que tu nombre acabará antes que el mío en una lápida. ¡Señora! —dijo volviéndose hacia Clara—: Deberíais venir conmigo. Esto no puede acabar bien. ¿Habéis oído hablar alguna vez de Blancanieves, la chica humana que vivió con varios hermanos enanitos antes de entablar relación con un antepasado de la emperatriz? Acabó siendo muy desgraciada y finalmente escapó de él. ¡Con un enanito!

—¿En serio?

Clara daba la impresión de no haber escuchado lo que el enano le había contado.

Se acercó a la orilla del lago cubierto de flores como si lo hubiera olvidado todo, incluso a Will, que no estaba más que a unos pasos de ella. Entre los sauces crecían campanillas de un azul tan oscuro como el cielo crepuscular, y cuando Clara cogió una de ellas, la flor produjo un leve tintineo. Aquello le borró todo el miedo y la tristeza del rostro. Valiant soltó un gemido exasperante.

—¡Magia de hadas! —murmuró en tono despectivo—. Creo que mejor me despido.

—¡Aguarda! —dijo Jacob—. En la orilla había siempre un bote. ¿Dónde está?

Pero cuando se volvió, el enano ya había desaparecido entre los árboles... y Will miraba fijamente su reflejo en las olas. Jacob lanzó una piedra al agua oscura, pero la imagen de su hermano regresó rápidamente, distorsionada y si cabe más amenazadora.

—En el barranco casi te mato a golpes —dijo Will.

Ahora, su voz sonaba tan ronca que apenas se diferenciaba de la de un goyl.

—¡Mírame! No importa lo que esperas encontrar aquí, es demasiado tarde para mí. Reconócelo de una vez.

Clara los miró. La magia de las hadas se le adhería a la piel como si fuera polen. Solo Will parecía inmune. *¿Dónde está tu hermano, Jacob? ¿Dónde lo has dejado?* El susurro de las hojas evocaba la voz de su madre.

Will se apartó de Jacob como si tuviera miedo de volver a pegarle.

—Déjame ir con ellos.

El sol se hundía detrás de los árboles. Su luz se derramaba como oro fundido sobre las olas, y los lirios de las hadas abrieron sus capullos dándole la bienvenida a la noche.

Jacob sacó a Will del agua.

—Espérame aquí, en la orilla —dijo—. No te muevas. Regresaré pronto, lo prometo.

La zorra se apretó contra sus piernas y, con el pelo erizado, observó la isla que había enfrente.

—¿A qué esperas, Zorro? —preguntó Jacob—. Busca el bote.



26

El hada roja



Zorro encontró el bote. Y esta vez no le pidió a Jacob que la llevara consigo. Sin embargo, cuando subió a él, le mordió la mano con tal fuerza que la sangre le corrió por los dedos.

—¡Para que no me olvides! —le espetó.

Sus ojos rebosaban temor a perderlo de nuevo, al igual que tres años atrás.

Las hadas habían ahuyentado a Zorro después de haber encontrado a Jacob medio muerto en su bosque, y en el intento de seguirlo hasta la isla, casi se ahoga. A pesar de todo, lo había esperado durante un año entero mientras él la olvidaba: a ella y a todo lo demás. Ahora volvía a estar sentada allí, con su pelaje ennegrecido por la noche que se aproximaba, incluso cuando Jacob ya había remado un buen trecho adentrándose en el lago. Clara también estaba de pie entre los sauces, e incluso Will lo seguía ahora con la mirada.

Es demasiado tarde para mí. Las propias olas, que batían contra el estrecho bote, parecían repetírselo a su hermano. Pero ¿quién podía romper el maleficio del Hada Oscura mejor que su hermana? Jacob agarró el medallón. Había recogido el pétalo que había en su interior el día en que abandonó a Miranda. Lo volvió invisible ante ella, como si no solo hubiera desechado su amor sino también el cuerpo que la había amado. Un pétalo, nada más. Ella misma le había revelado que podía ocultarse de aquella forma. Cuando las hadas estaban enamoradas, revelaban todos sus secretos mientras dormían. Solo había que formularles la pregunta correcta.

Afortunadamente, el pétalo también lo volvía invisible delante de las otras hadas. Cuando escondió el bote entre los juncos de la orilla de la isla, vio a cuatro de ellas de pie en el agua. Sus cabellos largos flotaban sobre las olas como si la misma noche los hubiera hilado, pero Miranda no se encontraba allí. Una de ellas miró en su dirección, y Jacob dio gracias por la alfombra de flores, que volvía sus pisadas casi tan silenciosas como las de Zorro. Las había visto convertir a hombres en cardos o peces. Las flores eran de color azul como la campanilla que Clara había recogido, y ni siquiera el medallón podía proteger a Jacob de los recuerdos que el aroma evocaba. *¡Cuidado, Jacob!* Presionó los dedos sobre la huella ensangrentada que los dientes de Zorro habían dejado en el dorso de su mano.

Pronto divisó la primera de las redes que las polillas de las hadas tejían entre los árboles. Carpas, delicadas como la piel de una libélula, en las que incluso de día reinaba tanta oscuridad como si la noche hubiera caído presa en ellas. Las hadas solo dormían allí cuando el sol estaba en el cielo, pero Jacob no conocía un lugar mejor donde poder esperar a Miranda.

El Hada Roja. La primera vez que oyó hablar de ella la llamaron por ese nombre. Un soldado borracho le había hablado de un amigo que el hada había seducido hasta arrastrarlo a su isla, y que, tras su regreso, había sentido tanta añoranza de ella que se había suicidado ahogándose. Todos conocían historias similares sobre las hadas, aunque solo unos pocos las habían visto en persona. Muchos consideraban su isla el reino de los muertos, pero las hadas no sabían nada sobre la muerte y el tiempo de los humanos. Miranda llamaba «hermana» al Hada Oscura solo porque había ascendido del lago el mismo día que ella. ¿Cómo iba a comprender, pues, lo que él sentía ante la piel de piedra que le crecía a su hermano?

La carpa entre los árboles, que había sido el comienzo y el fin de su mundo durante un año, se pegó a la ropa de Jacob mientras buscaba un camino entre las paredes hiladas. En el interior, sus ojos se acostumbraron lentamente a la oscuridad, y retrocedió sorprendido al ver una figura

dormida sobre la cama de musgo en la que se había tumbado tantas veces.

Estaba igual que siempre. Por supuesto. No envejecían. Su piel era más pálida que los lirios del lago, y su cabello tan oscuro como la noche, a la que amaba. De noche sus ojos eran también de color negro, pero de día se volvían azules como el cielo o verdes como el agua del lago cuando el follaje de los sauces se reflejaba en él. Era tan hermosa... Demasiado hermosa para los ojos humanos. Intacta al tiempo y a la descomposición que este producía. Pero, en algún momento, un hombre anhelaba sentir en la piel que acariciaba la misma mortalidad que sentía en su propia carne.

Jacob se sacó el medallón de debajo de la camisa y lo soltó de la cadena que colgaba de su cuello. Miranda se giró tan pronto como él lo colocó a su lado, y Jacob retrocedió un paso cuando ella susurró su nombre aún dormida. No era un buen sueño, y finalmente se sobresaltó y abrió los ojos.

Era tan hermosa... Jacob se palpó la mordedura de la mano.

—¿Desde cuándo pasas la noche durmiendo?

Por un momento ella creyó que él solo formaba parte del sueño que la había despertado. Pero entonces vio el medallón junto a ella. Lo abrió y extrajo el pétalo.

—Así fue, pues, como te ocultaste de mí.

Jacob no estaba seguro de lo que veía en su rostro. Alegría. Ira. Amor. Odio. Quizá un poco de todo ello.

—¿Quién te lo reveló?

—Tú misma.

Sus polillas zumbaron delante del rostro de Jacob cuando dio un paso hacia ella.

—Tienes que ayudarme, Miranda.

El hada se incorporó y se limpió el musgo de la piel.

—Pasaba las noches durmiendo porque me recordaban demasiado a ti. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora se ha convertido en una mala costumbre.

Sus polillas teñían la noche de rojo con las alas.

—Veo que no has venido solo —dijo mientras trituraba el pétalo de lirio entre los dedos—. Y has traído un goyl contigo.

—Es mi hermano.

Esta vez las polillas le permitieron acercarse a ella.

—Se trata del maleficio de un hada, Miranda.

—Pero has venido en busca del hada errónea.

—¡Seguro que conoces una forma de romperlo!

Ella parecía hecha de las sombras que los rodeaban, de la luz de la luna y del rocío de la noche sobre las hojas. Él había sido muy feliz cuando no existía nada más. Pero existían muchas otras cosas...

—Mi hermana ya no forma parte de nosotras —dijo Miranda volviéndole la espalda—. Nos ha traicionado por el goyl.

—¡Entonces ayúdame!

Jacob le tendió la mano, pero ella la rechazó.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Tuve que marcharme. ¡No podía quedarme aquí para siempre!

—Eso también lo dijo mi hermana. Pero las hadas no se marchan. Pertenece al lugar en el que hemos nacido. Tú lo sabías tan bien como ella.

Era tan hermosa... En la oscuridad, los recuerdos tensaron una red en la que ambos cayeron.

—Ayúdalo, Miranda. ¡Por favor!

Ella levantó la mano y pasó sus dedos sobre los labios de él.

—Bésame.

Fue como besar la noche o el viento. Sus polillas le picotearon la piel, y lo que había perdido sabía igual que ceniza en su boca. Cuando se apartó de ella, creyó ver en su mirada su propio fin.

Fuera aullaba una zorra. Zorro afirmaba siempre que podía sentir si Jacob se hallaba en peligro.

Miranda le volvió la espalda.

—Solo hay un remedio contra ese maleficio.

—¿Cuál?

—Tienes que aniquilar a mi hermana.

El corazón de Jacob se detuvo durante un latido y sintió el propio miedo adhiriéndose a su piel.

El Hada Oscura.

«*Convierte a sus enemigos en el vino que se bebe o en el hierro con el que su amado construye puentes*».

Incluso la voz de Chanute, cuando la mencionaba, sonaba más ronca a causa del miedo.

—No se la puede matar —dijo Jacob—. Como tampoco a ti.

—Para un hada existen cosas peores que la muerte.

Por un momento su belleza semejó una flor venenosa.

—¿Cuánto tiempo le queda a tu hermano?

—Dos, quizá tres días.

Varias voces atravesaron la oscuridad. Las otras hadas. Jacob no había descubierto nunca cuántas eran.

Miranda observaba la cama como si estuviera recordando la época en que la habían compartido.

—Mi hermana está con su amado en la fortaleza principal de los goyl.

Un viaje a caballo de seis días.

Muy tarde. Demasiado tarde.

Jacob no estaba seguro de lo que sentía con más intensidad, si la desesperación o el alivio.

Miranda tendió una mano. Una de sus polillas se posó delicadamente en su dedo.

—Puedes hacerlo si te concedo algo de tiempo.

La polilla desplegó las alas.

Zorro volvió a ladrar.

—Una de nosotras embrujó una vez a una princesa para que muriera al cumplir quince años. Pero detuvimos el hechizo. Con un sueño profundo.

Jacob rememoró ante sus ojos el silencioso palacio cubierto de espinos y la figura inmóvil en el cuarto de la torre.

—Pero a pesar de todo ha muerto —dijo—, porque nadie la ha despertado.

Miranda se encogió de hombros.

—Dormiré a tu hermano. Tú tendrás que ocuparte de que despierte, pero solo cuando hayas vencido el poder de mi hermana.

La polilla que Miranda tenía en la mano se limpió las alas.

—La chica que os acompaña... está con tu hermano, ¿no es cierto?

El hada deslizó el pie desnudo sobre el suelo y la luz de la luna dibujó el rostro de Clara sobre él.

—Sí —respondió Jacob..., y sintió algo que no comprendió.

—¿Lo ama?

—Sí, creo que sí.

—Bien. De lo contrario dormiré hasta la muerte.

Miranda borró la imagen de la luz de la luna.

—¿Has visto alguna vez a mi hermana?

Jacob negó con la cabeza. Había visto fotos borrosas, un retrato dibujado en un periódico..., la amada demoníaca, la bruja de las hadas que hacía crecer la piedra en la carne humana.

—Es la más hermosa de nosotras —dijo Miranda acariciando el rostro de Jacob, como queriendo recordar el amor que había sentido—. No la contemples durante mucho tiempo —añadió en voz baja—: Y no importa lo que te prometa..., tienes que hacer exactamente lo que yo te diga o tu hermano estará perdido.

Los aullidos de Zorro atravesaron nuevamente la noche. *Estoy bien, Zorro*, pensó Jacob. *Todo irá bien*. Aunque aún no sabía de qué forma.

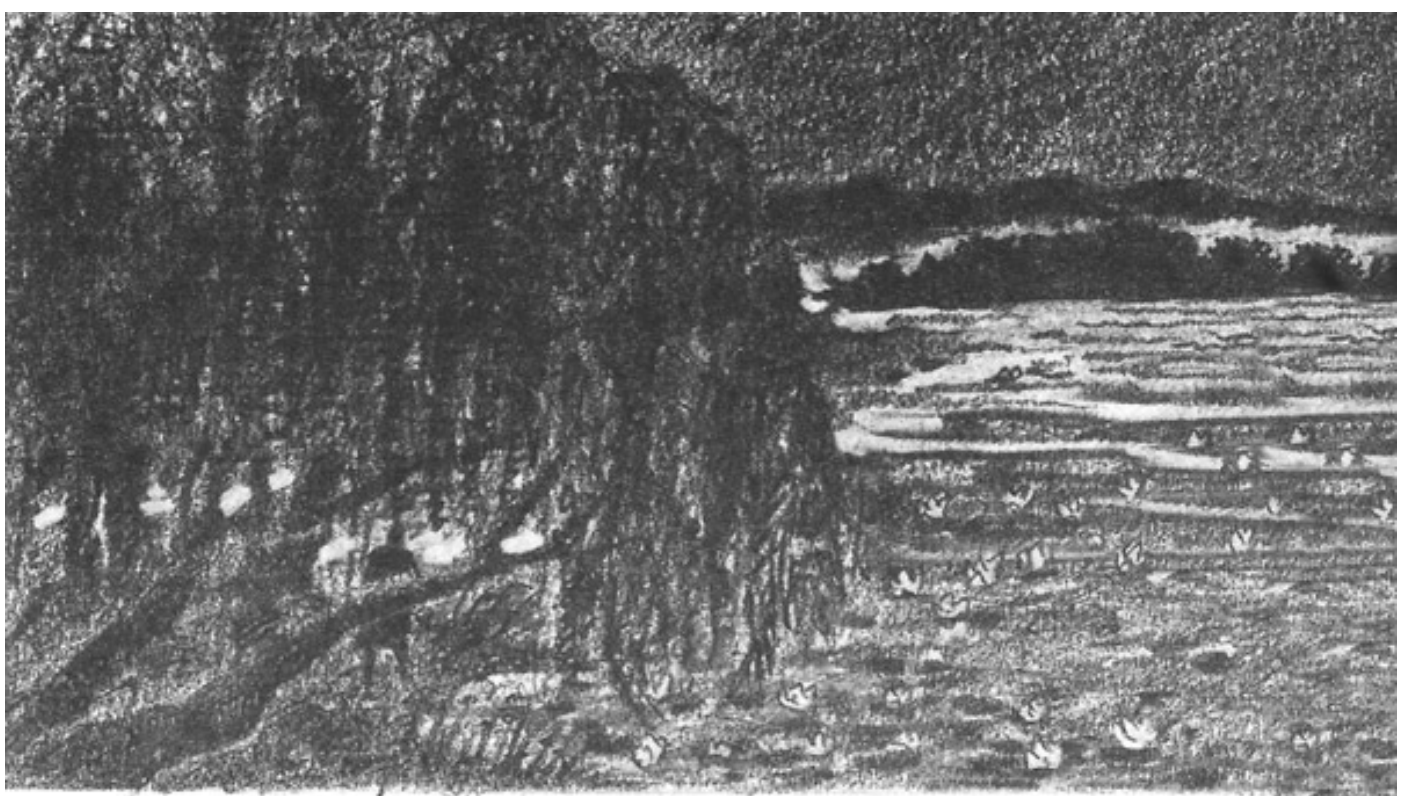
Agarró la mano de Miranda. Seis dedos más blancos que las flores que había sobre el lago. Ella dejó que él la volviera a besar.

—¿Y si te exigiera que regresaras a cambio de mi ayuda? —susurró—. ¿Lo harías?

—¿Me lo exiges? —preguntó aun temiendo la respuesta.

Ella sonrió.

—No —respondió—. Mi precio será que destruyas a mi hermana.



27

Tan Lejos



Will no había apartado ni una sola vez la mirada de la isla. A Clara le dolía ver el temor en su rostro..., el temor de sí mismo, de aquello que Jacob averiguaría en la isla, pero, por encima de todo, de que su hermano no regresara y tuviera que quedarse solo con su piel de piedra.

La había olvidado. Clara, no obstante, se dirigió hacia él. La piedra seguía sin poder ocultar por completo al ser que amaba, y estaba tan solo...

—Jacob regresará pronto, Will. Seguro.

Él no se volvió.

—Con Jacob uno nunca sabe cuándo regresará —se limitó a decir—. Créeme, sé de lo que hablo.

Los dos estaban allí: el extraño de la cueva, cuya frialdad seguía notando en la lengua como si fuera veneno, y el otro, el que había permanecido de pie ante la habitación de su madre en el pasillo del hospital y le había sonreído cada vez que pasaba a su lado. Will. Lo echaba tanto de menos.

—Regresará —dijo ella—. Lo sé. Y encontrará una forma. Te quiere, aunque le cueste demostrarlo.

Pero Will negó con la cabeza.

—No conoces a mi hermano —dijo volviéndole la espalda al lago, como si estuviera harto de su reflejo—. Jacob no ha podido nunca resignarse a que ciertas historias acaben mal. O a que las cosas y las personas se extravíen...

Apartó el rostro, como si recordara el jade. Pero Clara no lo veía. Seguía siendo el rostro que amaba, la boca que había besado tan a menudo. Incluso los ojos seguían siendo los suyos, a pesar del oro. Pero cuando ella le tendió la mano, él se estremeció, como había hecho en la cueva, y la noche volvió a convertirse en un río negro corriendo entre ellos.

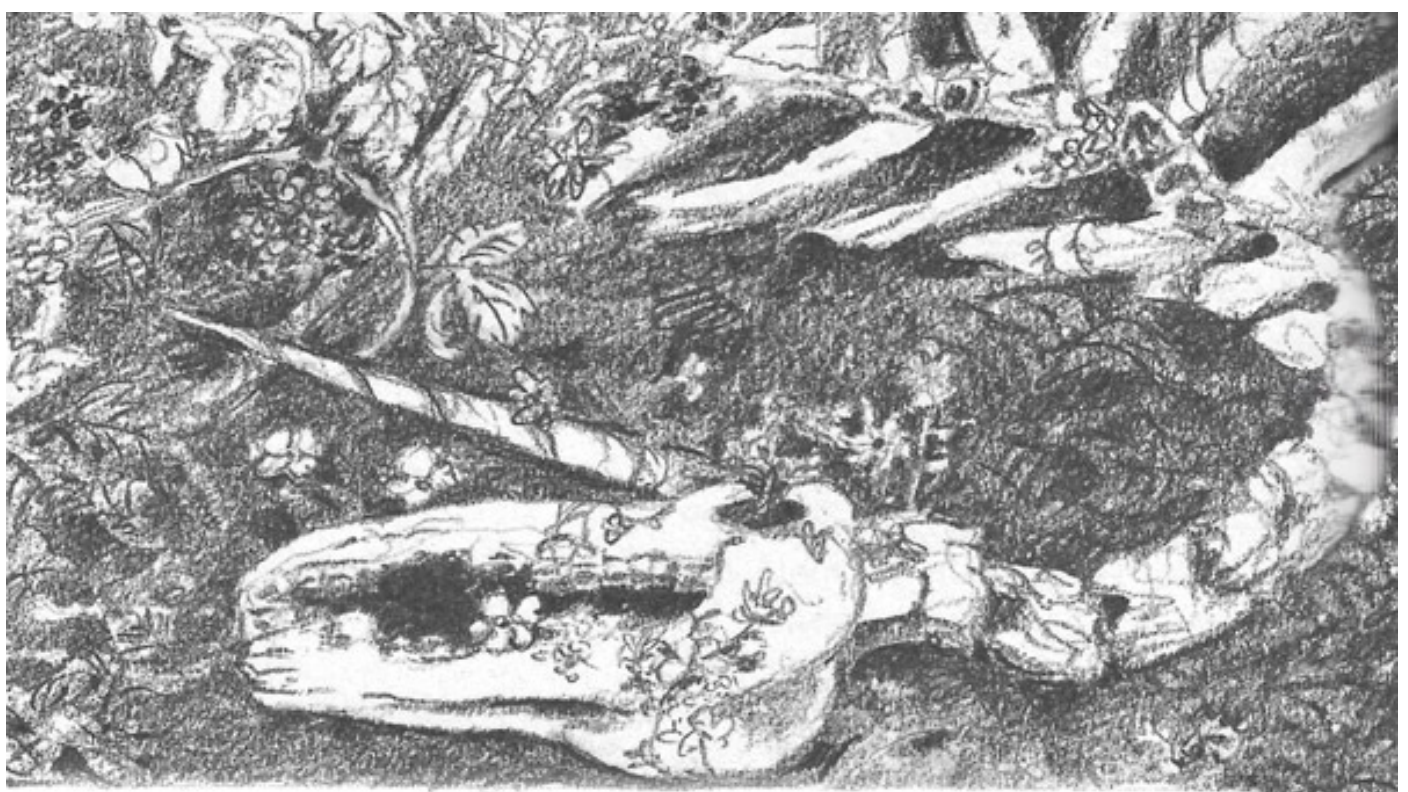
De debajo del abrigo, Will sacó la pistola que Jacob le había dado.

—Toma, cógela —dijo—. Es posible que la necesites si Jacob no regresa y mañana ya no recuerdo tu nombre. Y si tuvieras que matarlo, al otro con el rostro de piedra, piensa tan solo que él ha hecho lo mismo conmigo.

Ella intentó apartarse, pero Will la agarró con fuerza y le apretó la pistola contra la mano. Evitó rozarle la piel, pero le pasó los dedos por su cabello.

—¡Lo siento tanto! —susurró.

Después pasó de largo y desapareció bajo los sauces. Y Clara se quedó allí, de pie, con la mirada clavada en la pistola. Hasta que se acercó al lago y la lanzó al agua.



28

Simply

una rosa



Jacob se quedó allí toda la noche. A pesar de que esta sabía a ceniza. Desprendió su cabello negro de la oscuridad y buscó consuelo en su blanca piel. Autorizó a sus dedos a recordar y a su mente a olvidar. Fuera, las otras hadas reían y susurraban, y Jacob se preguntó si Miranda lo protegería en el caso de que lo descubrieran. Pero le daba igual. Esa noche, todo le daba igual. Ningún mañana. Ningún ayer. Ningún hermano ni padre. Simplemente un cabello oscuro, una piel blanca y alas de color rojo que escribían en la noche algo que él no comprendía.

Pero cuando ni siquiera la carpa podía seguir protegiéndolos del día, comenzó a dolerle la herida de la mano y todo volvió a su memoria: el miedo, la piedra, el oro en los ojos de Will..., y la esperanza de haber encontrado una forma de poner fin a todo aquello.

Miranda no le preguntó si regresaría. Antes de marcharse, solo le hizo repetir lo que le había desvelado sobre su hermana oscura. Palabra por palabra.

Hermano. Hermana.

Los lirios se estaban cerrando antes de los primeros rayos del sol y Jacob no vio ningún hada de camino al bote. Pero la espuma que flotaba en el lago anunciaba que el agua alumbraría pronto otra más.

Cuando Jacob remó hacia la otra orilla, no se veía a Will por ninguna parte, pero Clara dormía entre los sauces. Ella se asustó cuando él empujó el bote a tierra. Tras haber contemplado la belleza de las hadas, su rostro semejaba una flor silvestre en un ramo de lirios. Pero ella no parecía percatarse de su ropa sucia ni de las hojas en su cabello. Todo lo que Jacob adivinó en el rostro de Clara fue el alivio que sentía por su regreso... y el miedo por su hermano. «*Tu hermano la necesitará. Y tú también*». Zorro había vuelto a tener razón. Tenía siempre razón. Y esta vez, por fortuna, la había escuchado.

Zorro salió de debajo de las ramas de los sauces, con el pelo erizado, como si supiera exactamente por qué no había regresado antes.

—Ha sido una larga noche —dijo de mal humor—. Ya había empezado a examinar a los peces por si había uno que se te pareciera.

—He regresado, ¿no es cierto? —respondió Jacob—. Y ella lo ayudará.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué importa? Porque ella puede. Porque no se lleva bien con su hermana. ¡Me es indiferente, siempre que lo haga!

Zorro lanzó una mirada a la isla, los ojos entornados por la desconfianza. Pero Clara parecía tan aliviada que todo el cansancio de su rostro desapareció.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Pronto.

Zorro podía leer en el rostro de Jacob que había algo más, pero guardó silencio. Se olía que no le gustaría toda la verdad. Clara estaba demasiado contenta para darse cuenta de ello.

—Zorro creía que nos habías olvidado.

Will salió de entre los sauces, y, por un instante, Jacob temió haber estado demasiado tiempo en la isla. El jade se había oscurecido y se fundía con el verde de los árboles. El mundo detrás del espejo lo había convertido definitivamente en parte de él. Había sembrado su semilla en Will, como un parásito deposita sus huevos en el cuerpo de una oruga, y ahora clavaba sus ojos de oro

en Jacob, agarrando a su hermano entre los dientes. Pero él lo salvaría con la misma arma que ese mundo había utilizado contra él: con las palabras de un hada.

—Tenemos que encontrar una rosa —dijo Jacob.

—¿Una rosa? ¿Eso es todo?

El rostro de jade era impenetrable, tan familiar y tan extraño al mismo tiempo...

—Sí. No crece muy lejos de aquí.

Y entonces, hermano, dormirás y yo tendré que encontrar al Hada Oscura.

—No podrás hacerlo desaparecer así como así —objetó Will.

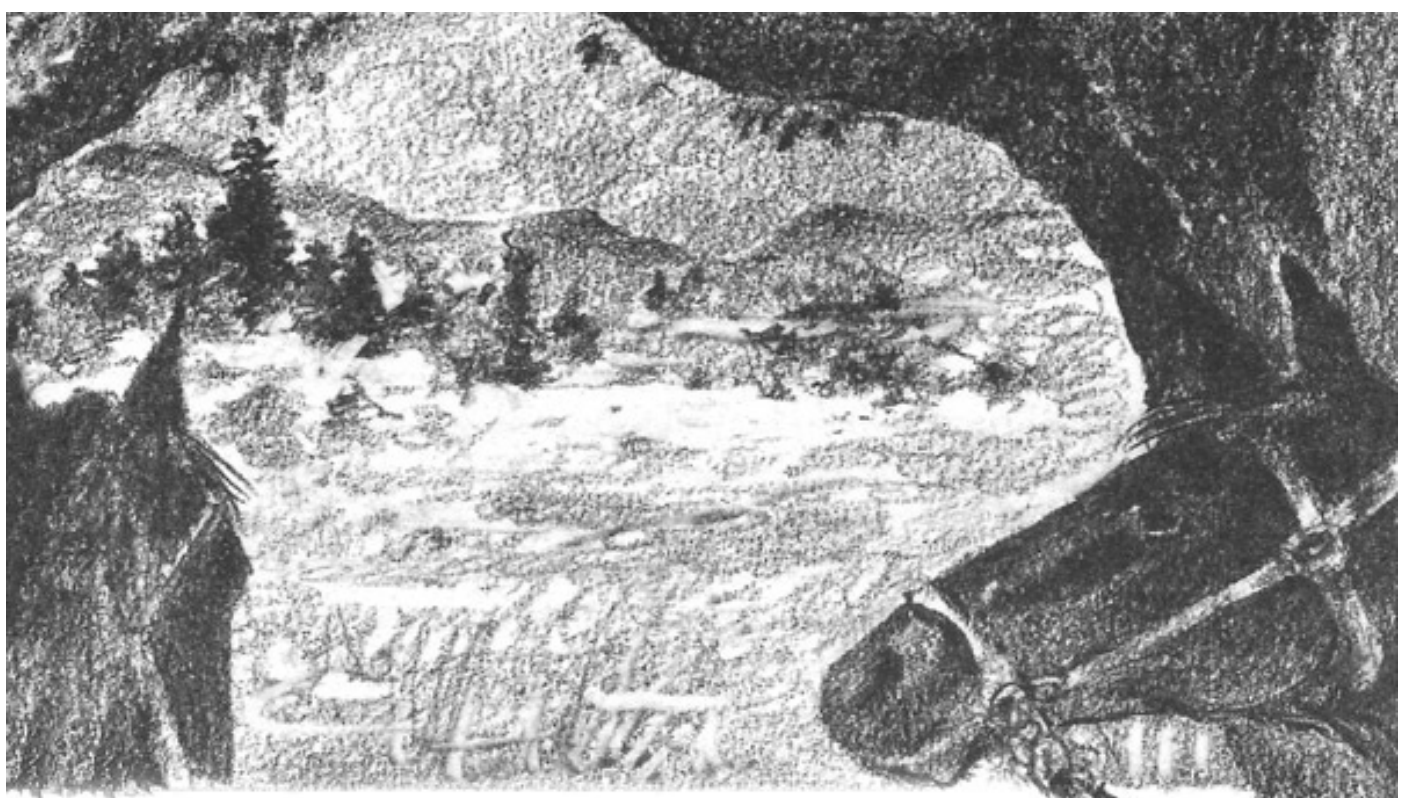
¿De qué forma lo miraba! Como si no recordara nada..., tan solo todo aquello que los había enemistado.

—¿Por qué no? —preguntó Jacob—. Sabía que podía ayudarte. Haz exactamente lo que yo te diga y todo irá bien.

Zorro no perdió de vista a Jacob.

¿Qué te propones, Jacob Reckless?, preguntaba su mirada. Tienes miedo.

¿Y qué, Zorro?, quiso responder él. Al fin y al cabo se trata de una sensación familiar.



29

En el corazón



Cabalgaron en dirección norte por la orilla del lago. El tiempo se ahogaba en el aroma de las flores y la luz, que se refractaba en el agua, y por primera vez Clara se sintió preparada para perdonar, a aquel mundo, el temor y la oscuridad. Todo.

Pero Jacob le volvió pronto la espalda al lago. Los caballos se hundieron entre zarzamoras y helechos. Sobre ellos las hojas se volvían de color amarillo. Un viento frío acariciaba las ramas, y detrás de los troncos, Clara divisó otra vez, de pronto, el valle donde pastaban los unicornios. Estaban tan lejos que apenas se vislumbraban en la niebla, que seguía suspendida entre las montañas. Pero sus muertos yacían a los pies de Clara.

Sus esqueletos estaban por todas partes, musgo y hierba entre las costillas, telarañas en las cavidades vacías de los ojos, los cuernos blancos todavía en la frente huesuda. Un cementerio de unicornios. Quizá iban hasta allí, a morir entre los árboles, porque bajo la protección de sus ramas les resultaba más fácil. O porque al morir buscaban la proximidad de las hadas. Setos de flores blancas se entrelazaban con los huesos como un último saludo de las hadas a sus sirvientes.

Jacob se apeó del caballo y se acercó a uno de los esqueletos. Una rosa roja le salía del pecho.

—Will, ven.

Jacob le hizo señas con la mano a su hermano para que se acercara.

Zorro corrió entre los árboles para espiar a los unicornios y alzó desconfiada el hocico al viento.

—Huele a goyl.

—No es de extrañar. Will está detrás de ti —dijo Jacob volviéndole la espalda al valle—.

Recoge la rosa, Will.

Su hermano estiró la mano pero la retiró. Miró sus dedos de piedra. Después se volvió hacia Clara como buscando en su rostro lo que había sido una vez.

Por favor, Will. Ella no lo dijo pero lo pensaba. Una y otra vez. *¡Haz lo que tu hermano te pide!* Y entre todas las flores y la muerte, Will la miró fijamente por un precioso instante del mismo modo en que lo había hecho en otro tiempo. *Todo irá bien.*

Clara oyó el tallo romperse cuando él arrancó la rosa. Una de las espinas se le clavó en el dedo y Will observó sorprendido la sangre de color ámbar pálido que le brotaba de la piel de jade. Dejó caer la rosa y se frotó la frente.

—¿Qué es esto? —balbució mirando a su hermano—. ¿Qué has hecho?

Clara le tendió la mano, pero Will se apartó de ella. Tropezó con uno de los esqueletos. Los huesos se deshicieron como madera podrida bajo sus botas.

—¡Will, escúchame! —gritó Jacob agarrándolo del brazo—. Tienes que dormir. ¡Necesito tiempo! Cuando despiertes, todo habrá terminado. Te lo prometo.

Pero Will le golpeó con tal fuerza que Jacob salió tambaleándose de los árboles protectores hacia el valle abierto. En la lejanía, los unicornios alzaron sus cabezas.

—¡Jacob! —aulló Zorro—. ¡Regresa a los árboles!

Jacob se volvió. Aquella imagen se quedó grabada en Clara para siempre. Jacob mirando hacia los árboles. Y después el disparo.

Un sonido tan estridente..., como madera astillándose.

La bala alcanzó el pecho de Jacob.

Zorro lanzó un grito cuando este cayó sobre la hierba amarilla. Will corrió hacia él antes de que Clara pudiera detenerlo. Se postró de rodillas junto a su hermano y gritó su nombre, pero Jacob no se movía. La sangre traspasaba su camisa directamente en la zona del corazón.

El goyl salió de la niebla como un mal sueño, el fusil aún en la mano. Cojeaba, y junto a él caminaba uno de sus soldados, la chica a la que Jacob había disparado cuando trataba de atacar a Clara con el sable. El uniforme de la chica estaba humedecido por su sangre incolora.

Zorro les salió al encuentro mostrando los colmillos, pero el goyl la apartó de una patada y Zorro se metamorfoseó como si el dolor le hubiera robado el pelaje. Se inclinó sobre la hierba sollozando y Clara la rodeó con sus brazos en actitud protectora.

Will se levantó, el rostro desfigurado por la ira. Quiso coger el fusil que Jacob había dejado caer, pero se tambaleaba como si estuviera embriagado y el goyl lo atrapó al tiempo que presionaba el arma contra su cabeza.

—Tranquilo —dijo mientras la chica apuntaba a Clara con la pistola—. Tenía una cuenta pendiente con tu hermano, pero a ti no te tocaremos un pelo.

Zorro se zafó de Clara y sacó la pistola del cinturón de Jacob, pero el goyl le pisoteó la mano. Y Will seguía allí, mirando fijamente a su hermano.

—Míralo, Nesser —dijo el goyl volviendo bruscamente el rostro de Will hacia él—. Efectivamente es jade lo que le crece.

Will intentó darle un cabezazo, pero seguía como embriagado... y el goyl rompió a reír.

—Sí, eres uno de nosotros —dijo—, aunque aún no quieras admitirlo. ¡Átate las manos! —ordenó a la chica goyl.

Después se acercó a Jacob y lo contempló como un cazador a su presa.

—Su cara me suena —dijo—. ¿Cómo se llama?

Pero Will no le respondió.

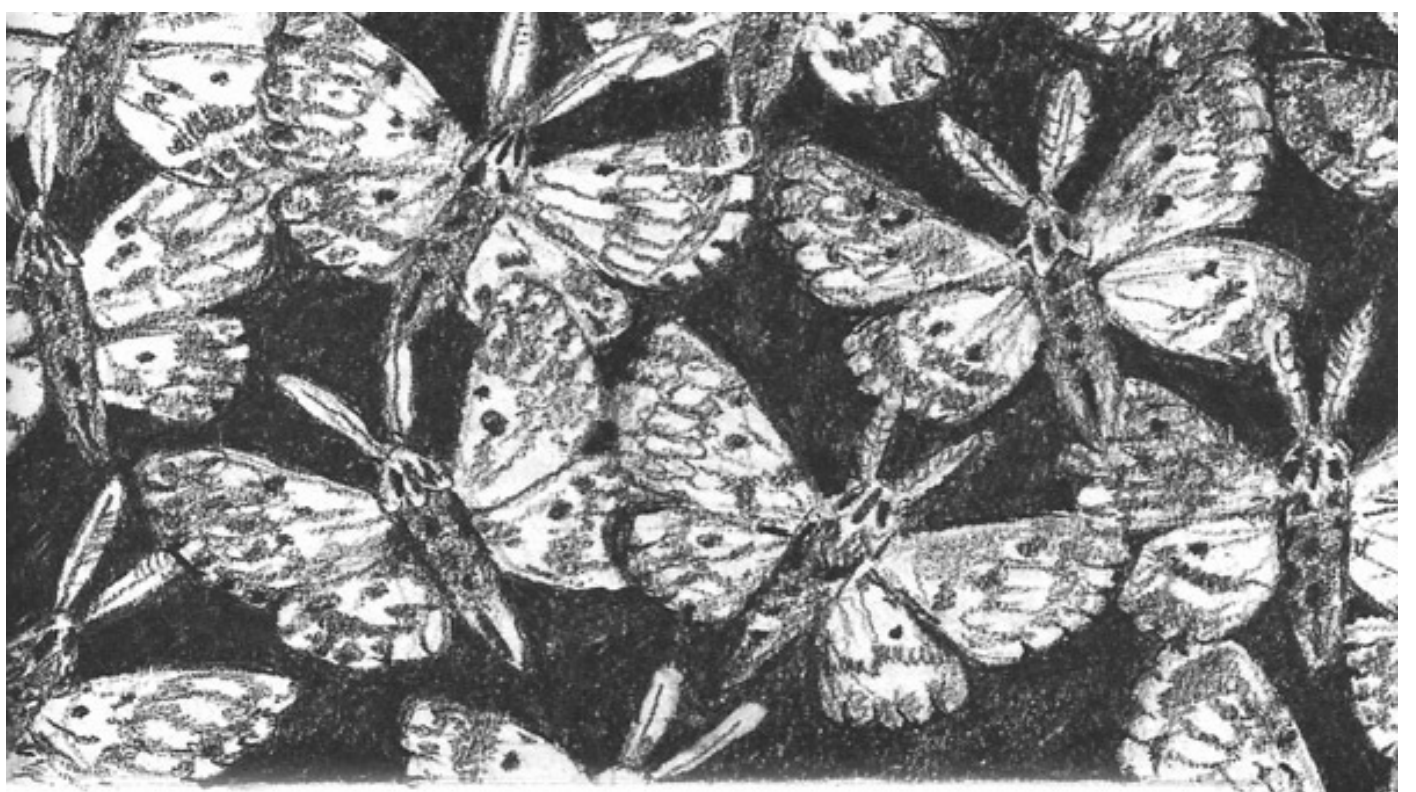
—¿Qué más da? —dijo el goyl dándose la vuelta—. Todos los piel blandas os parecís. Captura sus caballos —ordenó a la chica.

Después empujó a Will hacia la yegua de Jacob.

—¿Adónde lo lleváis? —Clara apenas reconocía su propia voz.

El goyl no se volvió.

—¡Olvidalo! —dijo por encima del hombro—. Del mismo modo que él te olvidará a ti.



30

*Una mortaja de
cuerpos rojos*



La herida de bala parecía mucho más inofensiva que las heridas que los unicornios le habían causado. Sin embargo, en aquel entonces Jacob aún respiraba y Zorro podía percibir su débil pulso.

Pero ahora no tenía.

Zorro sentía tanto dolor... Quería clavarse los dientes en su propia carne solo para dejar de sentirlo. El pelaje no quería regresar y se sentía tan desprotegida y perdida como un niño abandonado.

Clara estaba en cuclillas junto a ella en la hierba, con los brazos alrededor de las rodillas. No derramaba lágrimas. Simplemente permanecía allí como si alguien le hubiera arrancado el corazón.

Ella fue la primera en ver al enano. Valiant se les acercó dando zancadas con una expresión tan inocente como si lo hubieran sorprendido recogiendo setas, pero solo un enano había podido revelar al goyl que el cementerio de los unicornios era la única salida del reino de las hadas.

Zorro se secó las lágrimas de los ojos y buscó a tientas la pistola de Jacob en la hierba húmeda.

—¡Quieta, quieta! ¿Qué significa eso? —gritó Valiant cuando lo apuntó con ella, y se agachó rápidamente tras el arbusto más cercano—: ¿Cómo iba a saber que le dispararían de inmediato? ¡Creía que solo querían a su hermano!

Clara se puso en pie.

—Dispárale, Zorro —dijo—. Si tú no lo haces, lo haré yo.

—¡Espera! —gritó el enano—. ¡Me atraparon cuando iba de regreso al barranco! ¿Qué tendría que haber hecho, haberme dejado matar también?

—¿Y por qué estás aún aquí? —le gritó Zorro—. ¿Vienes a saquear un cadáver antes de volver a casa?

—¡Vaya insinuación! ¡Estoy aquí para rescataros! —replicó el enano con absoluta indignación—. Dos chicas completamente solas y abandonadas...

—¿Tan abandonadas que probablemente pagaríamos por tu ayuda?

El silencio que Zorro recibió por respuesta fue tan revelador que volvió a apuntarle con la pistola. Si al menos consiguiera detener las lágrimas. Lo volvían todo borroso: el valle nublado, los arbustos tras los cuales se escondía el enano... y el silencioso rostro de Jacob.

—¡Zorro!

Clara la agarró del brazo. Una polilla de color rojo se había posado en el pecho perforado de Jacob. Una segunda se posó en su frente.

Zorro dejó caer la pistola.

—¡Largo! —gritó sollozando—. ¡Y dadle el recado a vuestra señora de que nunca regresará con ella! —dijo inclinándose sobre Jacob—. ¿No te lo dije? —le susurró a él—: ¡No regreses junto a las hadas! ¡Esta vez te matará!

Otra polilla se posó sobre su cuerpo inmóvil. Cada vez llegaban más revoloteando entre los árboles. Se posaban sobre él como si fueran flores brotando de la carne perforada de Jacob.

Zorro intentó espantarlas, pero eran demasiadas y finalmente renunció, observando cómo cubrían a Jacob con sus alas como si el Hada Roja quisiera reclamarlo incluso en la muerte.

Clara se arrodilló junto a Zorro y la rodeó con sus brazos:

—Tenemos que enterrarlo.

Zorro se zafó de su abrazo y apretó su rostro contra el pecho de Jacob.

Enterrarlo.

—Yo lo haré.

El enano se había atrevido a acercarse. Recogió el fusil que Jacob había dejado caer y, como si el metal fuera tan blando como la masa de un pastel, aplastó el cañón de un golpe sin esfuerzo alguno.

—¡Qué despilfarro! —refunfuñó mientras transformaba el fusil en la hoja de una pala—. ¡Un kilo de piedra de luna roja! ¡Y ahora nadie recibirá la recompensa!

El enano cavó la tumba sin ningún esfuerzo, como si hubiera excavado muchas antes. Pero Zorro estaba allí sentada, con los brazos alrededor de Clara, observando el silencioso rostro de Jacob. Las polillas seguían cubriéndolo como una mortaja cuando el enano tiró la pala a la hierba y se limpió la tierra de los dedos.

—Perfecto, metámoslo dentro —dijo inclinándose sobre Jacob—. Pero antes comprobemos si tiene algo en los bolsillos. Por qué íbamos a dejar que sus hermosos táleros de oro se pudrieran en la tierra.

El pelo de Zorro regresó.

—¡No lo toques! —refunfuñó intentando morder los codiciosos dedos de Valiant.

Muérdelo, Zorro. Muérdelo tan fuerte como puedas. Quizá eso calme el dolor.

El enano intentó detener a Zorro con la pala, pero ella le desgarró la chaqueta y se abalanzó sobre su garganta hasta que Clara la agarró del pelo y consiguió apartarla.

—¡Zorro, déjalo! —le susurró oprimiendo su tembloroso cuerpo contra ella—. Tiene razón. Necesitaremos dinero. Y las armas de Jacob, la brújula... Todo lo que llevaba consigo.

—¿Para qué?

—Para encontrar a Will.

¿De qué estaba hablando?

Detrás de ellas, el enano soltó una risa incrédula.

—¿Will? Ya no existe ningún Will.

Pero Clara se inclinó sobre Jacob y metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Te daremos todo lo que tiene si nos ayudas a encontrar a su hermano. Él lo habría querido así.

Sacó el pañuelo del bolsillo de Jacob y dos táleros de oro cayeron sobre su pecho. Las polillas revolotearon como el follaje otoñal que arrastra el viento.

—Es curioso lo poco que se parecían —dijo Clara mientras le apartaba el oscuro cabello de la frente a Jacob—. ¿Tú tienes hermanos, Zorro?

—Tres hermanos.

Zorro se frotó la cabeza con la mano inerte de Jacob. Una última polilla ascendió desde su pecho y la hizo retroceder. Un temblor recorrió el cuerpo inmóvil. Los labios respiraron con dificultad y sus manos agarraron la corta hierba.

¡Jacob!

Zorro lo embistió con tal ímpetu que Jacob dio un fuerte suspiro.

Ninguna tumba. ¡Ninguna tierra húmeda sobre su rostro! Le mordió en la barbilla y las mejillas. Oh, quería comérselo de amor.

—¡Zorro! ¿Pero qué haces?

Jacob la sujetó con firmeza y se incorporó.

Clara se apartó de él como de un fantasma y el enano dejó caer la pala.

Pero Jacob seguía allí contemplando su camisa ensangrentada.

—¿De quién es esta sangre?

—¡Tuya! —exclamó Zorro estrechándose contra su pecho para sentir los latidos de su corazón—. ¡El goyl te ha disparado!

Él la miró incrédulo. Después se desabrochó la camisa empapada en sangre. Pero, en lugar de una herida, sobre su corazón solo se advertía la huella de color rojo pálido de una polilla.

—Estabas muerto, Jacob —dijo Clara luchando con las palabras como si su lengua tuviera que encontrar cada sílaba—. Muerto.

Jacob acarició la marca en su pecho. Aún no había vuelto del todo. Zorro se lo notó en la cara. Pero de repente miró a su alrededor buscando algo.

—¿Dónde está Will?

Se esforzó por incorporarse cuando se percató de que el enano estaba detrás de él.

Valiant le dedicó su sonrisa más amplia.

—Esa hada debe de estar loca por ti. He oído que resucitan a sus amados, pero que también lo hagan con los que huyen... —dijo meneando la cabeza y levantando el fusil deformado.

—¿Dónde está mi hermano?

Jacob dio un paso amenazante hacia el enano, pero Valiant, de un salto, se puso a salvo sobre la tumba vacía.

—¡Espacio, espacio! —gritó apuntando a Jacob de forma amenazante con el fusil—. ¿Cómo te lo voy a desvelar si antes me retuerces el pescuezo?

Clara volvió a meter el pañuelo y los dos táleros en el bolsillo de Jacob.

—Lo siento mucho. No sabía cómo encontrar a Will sin su ayuda —dijo ella ocultando el rostro en su hombro—. Creía que os había perdido a los dos.

Jacob le acarició el cabello en un gesto consolador, pero sin apartar la vista de Valiant.

—No te preocupes. Encontraremos a Will. Te lo prometo. Para ello no necesitamos al enano.

—¿Ah, no? —le espetó Valiant rompiendo el cañón deformado del fusil como si fuera una rama podrida—. Se llevan a tu hermano a la fortaleza. La última persona que entró a hurtadillas allí era un espía imperial. Lo fundieron en ámbar. Puedes encontrarlo junto a la puerta principal. Un espectáculo atroz.

Jacob recogió su pistola y se la enfundó en el cinturón.

—Pero, por supuesto, tú conoces una forma de entrar.

Valiant torció el gesto y esbozó una sonrisa tan engreída que hizo que Zorro mostrara los colmillos.

—Seguro.

Jacob examinó al enano como si fuera una serpiente venenosa.

—¿Cuánto?

Valiant enderezó el fusil roto.

—El árbol de oro que le vendiste el año pasado a la emperatriz... Me refiero al esqueje que supuestamente te dejó.

Por suerte, no reparó en la mirada que Zorro le lanzó a Jacob. El árbol crecía detrás de la ruina, entre los establos quemados, y el único oro que producía de momento era un polen maloliente. No obstante, Jacob adoptó una expresión de indignación.

—Es un precio desorbitado.

—Razonable.

Los ojos de Valiant brillaron como si ya sintiera el oro cayendo con fuerza sobre sus hombros:

—Y la zorra tendrá que llevarme hasta el árbol en caso de que no regreses de la fortaleza con vida. Quiero tu palabra de honor.

—¿Palabra de honor? —Zorro emitió un gruñido—. ¡Me extraña que tu lengua no se llene de ampollas al pronunciar esa expresión!

El enano le ofreció una sonrisa despectiva. Y Jacob le estrechó la mano.

—Dale tu palabra, Zorro —dijo—. Pase lo que pase, estoy seguro de que se habrá ganado el árbol.



31
Cristal oscuro



Sin los caballos, tardaron horas en alcanzar una carretera que ascendiera por fin desde el valle hacia la montaña, y Jacob tuvo que llevar a Valiant a sus espaldas para que no les hiciera perder más tiempo. Un campesino los llevó finalmente en su carro hasta la localidad más cercana, donde Jacob compró dos nuevos caballos y un asno para el enano. Los corceles no eran demasiado veloces pero estaban acostumbrados a las empinadas rutas de montaña, y Jacob solo se detuvo cuando la oscuridad les hacía perder el camino cada vez con más frecuencia.

Bajo un saliente rocoso, encontró un lugar que ofrecía protección del aire frío, y Valiant roncó pronto tan intensamente como si yaciera tumbado en una de las camas blandas por las que eran famosas las fondas de los enanos. Zorro se marchó rápidamente a cazar y Jacob le aconsejó a Clara echarse a dormir detrás de los caballos para que su calor la protegiera. Él encendió un fuego con la madera seca que halló entre las rocas e intentó recuperar un poco de la paz que había sentido en la isla. Seguía sorprendiéndose cada vez que pasaba la mano por la sangre seca de su camisa, pero todo lo que recordaba era la mirada acusadora de Will, después de que la rosa le hubiera pinchado, y seguidamente a Zorro, que, aliviada, le había dado un golpe con el hocico en la cara. Entremedias no había nada, únicamente un eco de dolor y oscuridad.

Y el hecho de que su hermano había desaparecido.

«Cuando despiertes, todo habrá terminado. Te lo prometo».

¿Cómo, Jacob? Incluso si el enano no lo volvía a delatar y encontraba al Hada Oscura en la fortaleza, ¿cómo iba a aproximarse lo suficiente como para tocarla o, antes de que lo matara, pronunciar aquello que su hermana le había revelado?

No pienses, Jacob. Simplemente actúa.

Ardía de impaciencia, como si la muerte solo hubiera acrecentado su inquietud. Quería despertar al enano, seguir cabalgando.

Adelante, Jacob. Siempre adelante. Como llevas haciendo desde hace años.

El viento aventó las llamas y él se abrochó el abrigo sobre la camisa ensangrentada.

—¿Jacob?

Clara estaba detrás de él. Se había echado sobre los hombros una de las mantas de los caballos y Jacob notó que su cabello había crecido.

—¿Cómo estás?

En su voz seguía apreciándose la incredulidad del hecho de que siguiera con vida.

—Bien —respondió él—. ¿Quieres tomarme el pulso para convencerte?

Tuvo que sonreír, pero la preocupación seguía en su mirada.

Un búho gritó sobre ellos. En el mundo del espejo se los consideraba las almas de las brujas muertas. Clara se arrodilló junto a él en la tierra fría y puso las manos sobre las cálidas llamas.

—¿Sigues pensando que puedes ayudar a Will?

Parecía terriblemente cansada.

—Sí —respondió él—. Pero, créeme, no quieras saber más. Solo te causaría temor.

Ella lo observó. Los ojos de Clara eran tan azules como los de su hermano antes de que estos se hubieran ahogado en oro.

—¿Por eso no le dijiste a Will para qué debía coger la rosa? —El viento sopló un par de chispas hacia su cabello—. Creo que tu hermano sabe más del miedo que tú.

Palabras. Solo eso. Pero convertían la noche en cristal oscuro y Jacob contemplaba su propio rostro en él.

—Sé por qué estás aquí. —Clara hablaba con una voz ausente, como si no hablara de él sino de sí misma—. Este mundo no te aterroriza ni la mitad que el otro. Aquí no tienes nada ni a nadie que perder, salvo a Zorro, y está claro que ella se preocupa más de ti que tú de ella. Todo lo que realmente da miedo lo has dejado detrás del espejo. Pero entonces Will te siguió y lo cambió todo.

Se volvió a incorporar y se sacudió la tierra de las rodillas.

—Sea lo que sea lo que te propones, por favor, ten cuidado. No ganas nada si mueres por Will. Pero si existiera otra manera, cualquier otra manera, de convertirle nuevamente en quien era, ¿déjame ayudarte! Aunque creas que me causará temor, tú no eres el único que no desea perderlo. ¿Por qué si no crees que sigo aquí?

Clara lo dejó solo antes de que pudiera responderle. Y Jacob deseó que se marchara lejos. Pero estaba contento de que estuviera allí. Y vio su rostro en el cristal oscuro de la noche. Sin desfigurarse. Como ella lo había pintado.



32
El río



Aún necesitaron cuatro días para alcanzar la sierra que los goyl denominaban su patria. Días fríos y noches heladas. Demasiada lluvia y ropa húmeda. Uno de los caballos perdió una herradura, y el herrero al que lo llevaron le habló a Clara de un Barbazul que, en la localidad más cercana, había comprado tres chicas, apenas mayores que ella, a sus padres y las había matado en su palacio. Clara lo escuchó impasible, pero Jacob adivinó por su expresión que, ahora, consideraba su propia historia casi igual de horrorosa.

—¿Por qué sigue aquí? —le preguntó Valiant en voz baja en algún momento, cuando a la mañana siguiente Clara apenas pudo subir al caballo a causa del cansancio—. ¿Qué hacéis los humanos con vuestras mujeres? Debería estar en una casa. Con bellos vestidos, sirvientes, pasteles, una cama blanda... Eso es lo que necesita.

—Y un enano por esposo y una cerradura de oro en la puerta, de la que tú tienes la llave —le respondió Jacob.

—¿Por qué no? —preguntó Valiant dedicándole a Clara una sonrisa arrolladora.

Las noches eran tan frías que pernoctaban en fondas. Clara compartía la cama con Zorro mientras Jacob se tendía junto al enano roncador, aunque ese no era el único motivo por el que dormía inquieto. En sus sueños, las polillas rojas lo ahogaban, y cuando despertaba del sueño empapado en sudor, seguía sintiendo el sabor de su propia sangre en la boca.

•••

La noche del cuarto día divisaron las torres que los goyl habían construido a lo largo de sus fronteras. Finas como estalagmitas, con muros fibrosos y ventanas de ónix..., pero Valiant conocía un sendero a través de las montañas que las rodeaban.

En otro tiempo los goyl no habían sido más que uno de los muchos terrores de aquella comarca, a los que se mencionaba junto a los ogros y los lobos pardos. Su peor crimen había sido siempre tener un aspecto demasiado humano. Eran los gemelos abominables. Los primos de piedra que vivían en la oscuridad. En ningún lugar los habían cazado con menos piedad que en las montañas, de donde procedían, y, ahora, los goyl pagaban con la misma moneda. En ninguna parte su dominio era menos compasivo que en su antigua patria.

Valiant evitaba las calles por las que transitaban sus tropas, pero, no obstante, se encontraban continuamente con las patrullas. El enano presentaba a Jacob y a Clara como clientes ricos que tenían la intención de construir una fábrica de cristal cerca de la fortaleza real. Jacob le había comprado a Clara una falda bordada con hilo de oro como las que las mujeres adineradas llevaban en aquella comarca, y había canjeado su propia ropa por la de un comerciante. Apenas se reconocía con el abrigo de cuello de piel y los suaves pantalones de color gris, y a Clara le resultó aún más laborioso montar con la ancha falda, pero al menos los goyl los saludaban con la mano cuando Valiant contaba su historia.

Una noche en que olía a nieve alcanzaron por fin el río que corría tras la fortaleza real. El *ferry* zarpaba de Blenheim, una localidad que los goyl habían ocupado años atrás. Casi la mitad de las casas tenían las ventanas tapiadas. Los conquistadores habían cubierto muchas calles con un toldo para protegerse de los rayos del sol, y detrás de los muros del puerto había una entrada vigilada

que indicaba que, además, Blenheim contaba también con un barrio subterráneo.

Mientras Zorro desaparecía entre las casas con el fin de capturar una de las escuálidas gallinas que picoteaban por todas partes en el adoquinado, Jacob bajó con Valiant y Clara hacia el río. El cielo crepuscular se reflejaba en el agua turbia y en la orilla contraria pudo ver una puerta cuadrada que se abría en el flanco de la montaña.

—¿Es esa la entrada a la fortaleza? —preguntó Jacob al enano.

Pero Valiant negó con la cabeza.

—No. Es solo una de las ciudades que han construido sobre tierra. La fortaleza se encuentra más allá, tierra adentro, tan profundamente abajo que en ella te olvidas de respirar.

Jacob ató a los caballos y se dirigió con Clara al embarcadero. El barquero ya estaba cerrando la cadena de su barco. Era casi tan feo como los trolls que había en el norte, que se asustaban de su propio reflejo, y su bote había conocido días mejores. El casco plano estaba reforzado con metal, y el barquero hizo una mueca esbozando una sonrisa despectiva cuando Jacob le preguntó si podía llevarlo a la otra orilla antes de que anocheciera.

—Este río no es un lugar hospitalario cuando oscurece —dijo, hablando tan alto que parecía querer que lo oyeran en la orilla contraria—. Y a partir de mañana las travesías estarán prohibidas, porque el goyl coronado abandona su madriguera para ir a su boda.

—¿Boda?

Jacob lanzó una mirada interrogante a Valiant, pero el enano se encogió de hombros.

—¿Dónde habéis estado? —ironizó el barquero—. Vuestra emperatriz ha comprado la paz de los rostros de piedra a cambio de entregarle su hija al rey. Mañana saldrán en enjambres de sus agujeros como si fueran termitas, y el goyl viajará a Vena en su tren demoníaco para llevarse con él, bajo tierra, a la más hermosa de las princesas.

—¿El hada viaja con él? —preguntó Jacob.

Valiant lanzó una mirada de curiosidad.

Pero el barquero se limitó a encogerse de hombros.

—Seguro. El goyl no va a ninguna parte sin ella. Ni siquiera a su boda con otra.

Y de nuevo el tiempo se te echa encima, Jacob.

Metió la mano en el bolsillo.

—¿Has llevado hoy a un oficial goyl a la otra orilla?

—¿Qué? —El barquero apoyó la mano en la oreja.

—A un oficial goyl. Con la piel de jaspe, casi ciego de un ojo. Llevaba un prisionero consigo.

El barquero miró hacia el centinela goyl que estaba de guardia tras los muros, pero este estaba muy lejos y les daba la espalda.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Eres uno de esos que siguen cazándolos? —El barquero seguía hablando tan alto que Jacob lanzó una mirada inquieta al centinela—. Su prisionero te podría reportar mucho dinero. Tenía un color que no he visto nunca en ninguno de ellos.

A Jacob le habría gustado abofetear su feo rostro. En su lugar, sacó un tálero de oro del pañuelo.

—Recibirás uno más en la otra orilla si nos cruzas hoy.

El barquero clavó una mirada ansiosa en el tálero, pero Valiant agarró el brazo de Jacob y lo

apartó a un lado.

—Esperemos a mañana. Está a punto de oscurecer y el río está plagado de loreleys.

—Chist —le siseó.

Loreley, la ondina inmortal hija del Rin. Jacob observó el lento fluir del agua. Su abuela le había cantado una canción con ese mismo nombre. De niño el texto le había hecho sentir escalofríos, pero las historias que se contaban acerca de las loreleys eran aún más tenebrosas.

No obstante, no tenía elección.

—¡No te preocupes! —El barquero le tendió su mano callosa—. ¡No las despertaremos!

Y cuando Jacob dejó caer el tálero de oro, el barquero rebuscó en sus bolsillos abombados y les entregó, a él y a Valiant, tapones de cera para los oídos. Por su aspecto, parecían haber taponado ya muchos oídos.

—Solo por si acaso. Nunca se sabe —dijo esbozándole a Clara una sonrisa astuta—. Vosotras no necesitáis ninguno... Las loreleys solo ponen la vista en los hombres.

Zorro apareció cuando conducían los caballos al *ferry*. Se quitó un par de plumas del pelaje antes de saltar al barco poco profundo. Los caballos estaban inquietos, pero el barquero se guardó el tálero de oro en el bolsillo y soltó amarras.

El *ferry* navegó río arriba. A sus espaldas, las casas de Blenheim se diluían en el crepúsculo, y el único ruido que se oía en el silencio del atardecer era el golpe del agua contra el casco de la embarcación. La otra orilla se acercaba lentamente y el barquero, confiado, le guiñó un ojo a Jacob. Pero los caballos seguían inquietos y Zorro aguzó el oído.

Una voz flotaba en el río.

Al principio sonó como la de un pájaro, pero después, cada vez más clara, como la de una mujer. La voz provenía de una roca que sobresalía del agua por el flanco izquierdo, de un color tan gris que parecía que el crepúsculo se hubiera vuelto de piedra. Una figura dio un salto y se deslizó en el río. Una segunda la siguió. Llegaban de todas partes.

Valiant profirió una maldición.

—¿Qué te dije? —le espetó a Jacob—. ¡Más rápido! —le gritó al barquero—: ¡Vamos!

Pero él no parecía oír al enano ni las voces, que sonaban cada vez más seductoras sobre el agua. Solo cuando Jacob le puso una mano en el hombro, se volvió.

—¡Sordo! ¡El perro astuto es casi tan sordo como un pescado! —gritó Valiant empujando con fuerza los tapones de cera en los oídos.

El barquero volvió a encogerse de hombros y se agarró con firmeza a su timón, y Jacob se preguntó, mientras se metía la cera sucia en los oídos, con cuánta frecuencia habría regresado sin pasajeros.

Los caballos se espantaron. Apenas podía controlarlos. Los últimos rayos de sol desaparecían mientras la otra orilla se acercaba de forma muy lenta, como si el agua los llevara de vuelta. Clara se acercó a Jacob y Zorro se colocó delante de él para protegerlo, aunque tenía el pelo erizado a causa del miedo. Las voces sonaban tan alto que Jacob las oía a pesar de los tapones. Lo atraían hacia el agua. Clara lo apartó de la borda, pero el canto penetraba en su piel como un dulce veneno. De las olas emergieron cabezas, los cabellos como juncos sobre el agua, y cuando Clara lo soltó por un instante para taparse los doloridos oídos con las manos, Jacob sintió que sus dedos se

deshacían de los tapones protectores y los lanzaban al agua.

Las voces cantarinas atravesaban su cerebro como un cuchillo rebosante de miel. Clara intentó de nuevo sujetarlo cuando se dirigió dando tumbos hacia la borda del *ferry*, pero Jacob la golpeó de una forma tan ruda que la hizo tropezar con el barquero.

¿Dónde estaban? Jacob se inclinó sobre el agua. Al principio solo vio su propio reflejo, pero de pronto este se fundió con otro rostro. Parecía el de una mujer, pero sin nariz, con ojos de plata y unos dientes que sobresalían de sus labios verde pálido. Otra mano lo agarró del cabello. El agua salpicaba con su oleaje el borde del *ferry*. Estaban por todas partes, tendían sus brazos hacia él, con sus cuerpos pisciformes medio fuera del agua, enseñando los dientes. Loreleys. Peor que en la canción. La realidad era siempre peor.

Zorro mordió con fuerza uno de los brazos con escamas que agarraba a Jacob, pero las otras loreleys lo arrastraron por encima de la borda. Por mucho que se resistió, perdió el equilibrio. De pronto oyó un disparo y una de las ondinas se hundió en el agua turbia con la frente perforada.

Clara empuñaba, detrás de él, la pistola que Jacob le había dado. Disparó a otra loreley que intentaba tirar al enano al agua. El barquero mató a dos con un cuchillo y el propio Jacob disparó a una que le había clavado las garras en el pelaje a Zorro. Cuando los cadáveres iban a la deriva por el río, las otras loreleys se retiraron y comenzaron a devorar a sus parientes muertas.

Al ver aquel espectáculo, Clara dejó caer la pistola. Ocultó su rostro entre las manos mientras Jacob y Valiant reunían a los caballos espantados y el barquero dirigía el bote, que se balanceaba salvajemente, hacia el embarcadero. Las loreleys les gritaban con rabia, pero sus voces ya solo sonaban como una bandada de gaviotas chillonas.

Siguieron chillando cuando condujeron los caballos hacia la orilla. El barquero se acercó a Jacob y le tendió la mano. Valiant le dio un empujón tan grande que casi se cae al río.

—¡Oh, así que oíste lo del segundo tálero! —le espetó—. ¿Qué tal si nos devuelves el primero? ¿O acaso te pagan por proporcionarles la cena a las loreleys?

—¿Qué queréis? ¡Os he traído a la otra orilla! —respondió el barquero—. El hada maldita las puso en el río. ¿Debo dejar que me arruinen el negocio? Un acuerdo es un acuerdo.

—Está bien —dijo Jacob sacando otro tálero del bolsillo. Estaban en la otra orilla, era lo importante—. ¿Hay algo más que tengamos que tener presente?

Valiant siguió el tálero con los ojos hasta que desapareció en los bolsillos sucios del barquero.

—¿Os ha hablado el enano de los dragones? Son tan rojos como el fuego que escupen, y cuando dan vueltas sobre las montañas abrasan las pendientes durante días.

—Sí, yo también he oído esa historia —dijo Valiant lanzando una mirada de complicidad a Jacob—. ¿No les contáis a vuestros hijos que aún viven gigantes en esta orilla? Habladurías y supersticiones —el enano bajó la voz—: ¿Quieres saber dónde hay realmente dragones?

El barquero se inclinó curioso hacia él.

—¡He visto uno con mis propios ojos! —le gritó Valiant en el oído sordo—. ¡En su nido de huesos, a tan solo dos millas río arriba, pero era verde y de su fea boca colgaba una pierna tan flaca como la tuya! ¡Por todos los diablos y sus cabellos dorados, me dije, no quiero vivir en Blenheim! ¿Y si un día se le ocurre a la bestia volar río abajo?

Los ojos del barquero se agrandaron hasta alcanzar el tamaño de los táleros de oro de Jacob.

—¿A dos millas? —preguntó mirando inquieto el río.

—¡Sí, quizá menos! —Valiant le dejó en la mano los sucios tapones para los oídos—. ¡Suerte en el viaje de vuelta!

—¡No está mal la historia! —le susurró Jacob cuando el enano se montó en su asno—. Pero ¿qué dirías si te contara que realmente vi una vez un dragón?

—Que eres un mentiroso —respondió Valiant en voz baja.

Detrás de ellos, las loreleys continuaban emitiendo chillidos y Jacob observó las marcas de las garras en el brazo de Clara cuando la ayudó a subir al caballo. Sin embargo, en sus ojos no había reproche alguno por haberla obligado a realizar la travesía.

—¿Qué hueles? —le preguntó Jacob a Zorro.

—A goyl —respondió ella—. Solo a goyl. Como si el aire estuviera hecho de ellos.



33

Tan cansado

Will deseaba dormir. Solo dormir y olvidar la sangre, toda la sangre en el pecho de Jacob. Había perdido el sentido del tiempo, del mismo modo que ya no sentía su propia piel o su propio corazón. Su hermano muerto. Era la única imagen que se abría camino entre sus sueños. Y las voces. Una de ellas ronca. La otra aguada. Agua fría y oscura.

—Abre los ojos —dijo ella.

Pero era incapaz.

Solo podía dormir.

Aunque eso significara ver una y otra vez toda aquella sangre.

Una mano le acarició el rostro. No era de piedra, sino blanda y fría.

—Abre los ojos, Will.

Pero solo quería abrir los ojos cuando su hermano regresara: en el otro mundo, donde la sangre del pecho de Jacob no fuera más que un sueño, como la piel de jade y el extraño que se despertaba dentro de él.

—Ha estado con vuestra hermana roja.

La voz del asesino. Will deseó abrirle con sus nuevas garras la piel de jaspe y verlo tendido en el suelo, tan inmóvil como a Jacob. Pero el sueño lo retenía prisionero, paralizándole los miembros con más eficacia que cualquier cadena.

—¿Cuándo?

Ira. Will la sintió como un puñal de hielo.

—¿Por qué no lo detuviste?

—¿Cómo? ¡No me revelasteis cómo pasar entre los unicornios!

Odio. Como fuego contra el hielo.

—Sois más poderosa que vuestra hermana. Simplemente deshaced lo que ella ha hecho.

—¡Se trata de un hechizo de espino! Nadie puede deshacerlo. He visto que una chica iba con él. ¿Dónde está?

—No tenía órdenes de traerla.

La chica. ¿Qué aspecto tenía? Will ya no lo recordaba. La sangre había borrado su rostro.

—¡Tráemela! La vida de tu rey depende de ello.

Will volvió a sentir los dedos en el rostro. Tan blandos y fríos...

—Un escudo de jade. Hecho con la carne de sus enemigos —la voz acariciaba su piel—. Mis sueños nunca mienten.



34

Agua de alondras



Durante un rato, Valiant los condujo con mucha determinación a través de la noche. Pero cuando las pendientes que los rodeaban se volvieron cada vez más escarpadas y la carretera, que habían seguido desde el río, desapareció entre cantos rodados y maleza de espinos, el enano tiró de las riendas del asno y miró a su alrededor, perplejo.

—¿Qué? —preguntó Jacob acercándose a caballo—. No me digas que te has perdido.

—¡La última vez que estuve aquí era de día! —respondió Valiant irritado—. ¿Cómo voy a encontrar una entrada oculta, si está más oscuro que el trasero de un gigante? ¡Debe de estar muy cerca!

Jacob se apeó del caballo y le entregó la linterna.

—¡Toma! —dijo—. Encuéntrala. Y a ser posible esta misma noche.

El enano movió, incrédulo, la linterna a través de la oscuridad.

—¿Qué es esto, magia de hadas?

—Algo parecido —respondió Jacob.

Valiant iluminó una pendiente que desaparecía a su izquierda entre la maleza.

—Juraría que está aquí abajo.

Zorro lo siguió con la mirada, desconfiada, cuando se acercó dando grandes zancadas.

—Ve con él —dijo Jacob—. De lo contrario volverá a perderse.

Aquella misión no provocó entusiasmo en Zorro, pero finalmente siguió deprisa al enano.

Clara bajó del caballo y lo ató al árbol más próximo. Los hilos de oro de su falda brillaban aún con más intensidad a la luz de la luna. Jacob recogió un par de hojas de roble y se las ofreció.

—Frótalas entre las manos y restriégalas sobre el bordado.

Clara obedeció, y los hilos palidecieron debajo de sus dedos como si hubiera borrado el oro de la tela azul.

—Hilos de elfos —dijo Jacob—. Son preciosos. Pero cualquier goyl te vería incluso a varios kilómetros de distancia.

Clara se pasó la mano por su llamativo cabello claro, como queriendo cambiarlo de color, al igual que su vestido.

—Tienes intención de entrar solo en la fortaleza...

—Sí, así es.

—¡Si hubieras estado solo en el río, habrías muerto! Déjame ir contigo, por favor.

Pero Jacob negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Will estaría perdido si te pasara algo. Pronto te necesitará más que a mí.

—¿Por qué?

Hacía tanto frío que su aliento flotaba en el aire como volutas de color blanco.

—Tendrás que despertarlo.

—¿Despertarlo?

Tardó un par de segundos en comprender.

—La rosa... —susurró.

Y el príncipe se inclinó sobre ella y la despertó con un beso.

Sobre ellos pendían los crecientes de ambas lunas, tan delgados en el cielo negro como si hubieran pasado hambre durante la noche.

—¿Por qué piensas que podré despertarlo? ¡Tu hermano ya no me ama!

Clara se esforzó por ocultar el dolor en su voz.

Jacob se quitó el abrigo que le había hecho pasar por un rico comerciante. Los únicos humanos que había en la fortaleza eran esclavos y seguramente no llevaban ribetes de piel en el cuello de sus abrigos.

—Pero tú lo amas —dijo él—. Eso tendrá que bastar.

Clara permaneció en silencio.

—¿Y si no es así? —preguntó finalmente—. ¿Y si eso no bastara?

Jacob no necesitó responderle. Ambos recordaban el palacio y los muertos que yacían bajo las hojas.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que Will se atrevió a preguntarte si querías salir con él? —Jacob se puso su antiguo abrigo.

El recuerdo borró el miedo del rostro de Clara.

—Dos semanas. Creía que no me lo preguntaría nunca. Y eso que nos veíamos todos los días en el hospital, cuando venía a visitar a tu madre.

—¿Dos semanas? Eso es muy rápido tratándose de Will.

Detrás de ellos se oyó un crujido y Jacob echó mano a la pistola, pero no era sino un tejón que buscaba su camino a través de los arbustos.

—¿Adónde te llevó?

—A la cafetería del hospital. Un lugar poco romántico —dijo Clara sonriendo—. Me habló de un perro atropellado que había encontrado. En la siguiente cita lo traje consigo.

Jacob se sorprendió sintiendo envidia de Will al contemplar la expresión en el rostro de Clara.

—Vamos a buscar agua —dijo soltando a los caballos.

Junto a la charca que encontraron había un carro abandonado. Las ruedas se hundían en el lodo de la orilla y una garza había construido su nido sobre la madera podrida que conformaba la superficie de carga. Los caballos sumergieron con avidez sus ollares en el agua, y el asno de Valiant se introdujo en el río hasta que el agua le cubrió las rodillas; y cuando Clara intentó beber, Jacob la detuvo.

—Señores de las aguas —dijo—. Probablemente el carro perteneciera a alguna campesina. Les encanta capturar novias humanas. Y seguramente en esta región tienen que esperar bastante para conseguir una presa.

Jacob creyó oír los suspiros del señor de las aguas cuando Clara se retiró de la charca. Eran bastante atroces, pero no devoraban a sus víctimas como hacían las loreleys. Arrastraban a las chicas al interior de las cuevas, donde podían respirar, las alimentaban y les hacían regalos. Conchas, perlas del río, las joyas de los ahogados... Durante una época, Jacob había trabajado para los desesperados padres de estas muchachas secuestradas. Había llevado de vuelta a la luz del día

a tres chicas, pobres criaturas trastornadas, que nunca regresaban del todo de las oscuras cuevas donde, rodeadas de perlas y espinas de pescado, habían tenido que soportar los repugnantes besos de un señor de las aguas enamorado durante meses. En una ocasión, los padres rehusaron pagarle porque no pudieron reconocer a su hija.

Jacob dejó que los caballos continuaran bebiendo y fue en busca del arroyo que alimentaba la charca. Pronto lo encontró, un estrecho arroyuelo que brotaba de una cercana grieta en la roca. Jacob atrapó las hojas marchitas de la superficie y Clara se llenó las manos con el agua helada. Tenía un sabor terroso y fresco, y Jacob solo vio las aves cuando él y Clara ya habían bebido. Dos alondras muertas, una junto a la otra, entre las piedras húmedas. Escupió y tiró de Clara para que se levantara.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

Su piel olía a otoño y a viento. *No, Jacob.* Pero era demasiado tarde. Clara no retrocedió cuando él la estrechó entre sus brazos. Acarició su cabello, besó su boca y sintió palpitar su corazón con la misma intensidad que el suyo. Los diminutos corazones de las alondras reventaban de frenesí, de ahí el nombre: agua de alondras. Inocente, fría y clara, pero un trago y uno estaba perdido. *Suéltala, Jacob.* Pero continuó besándola mientras Clara susurraba su nombre y no el de Will.

—¡Jacob!

Mujer y animal, por un momento Zorro pareció ser ambas cosas. Pero era la zorra la que le mordía con tanta fuerza que Jacob acabó por apartarse de Clara, aun cuando todo en él deseaba seguir abrazándola.

Clara retrocedió tambaleándose y se pasó la mano por la boca como si pudiera borrar sus besos.

—¡Pero bueno! —Valiant dirigió la linterna a los dos y le brindó a Jacob una sonrisa lasciva—. ¿Significa eso que podemos olvidarnos de tu hermano?

Zorro lo miró como si la hubiera pateado. Parecía seguir siendo ambas cosas a la vez: persona y animal, zorra y mujer. Pero era Zorro cuando se aproximó a la charca y contempló las aves muertas.

—¿Desde cuándo eres tan estúpido como para beber agua de alondras?

—Maldita sea. Estaba oscuro, Zorro.

El corazón seguía palpitándole a toda velocidad.

—¿Agua de alondras? —preguntó Clara arreglándose el pelo con manos temblorosas.

No lo miró.

—Sí, horrible. —Valiant le regaló una sonrisa exageradamente compasiva—. Una vez has bebido de ella, te abalanzas incluso sobre la chica más fea. Apenas tiene efecto en los enanos. Lástima —prosiguió lanzando una mirada maliciosa en dirección a Jacob— que fuera él y no yo...

—¿Cuánto dura el efecto? —la voz de Clara apenas se oía.

—Algunos aseguran que el efecto desaparece después de un arrebató de amor, pero hay quien dice que dura meses. Y las brujas... —Valiant sonrió a Jacob de forma alusiva—, las brujas creen incluso que el agua de alondras solo saca a la luz lo que ya existe.

—Pareces saberlo todo sobre esta agua. ¿Acaso la envasas y vendes? —le espetó Jacob al

enano.

No la mires. No lo hagas, Jacob. Pero su corazón seguía latiendo deprisa.

Valiant se encogió de hombros.

—Por desgracia el efecto no perdura y es demasiado impredecible. Una lástima. ¡Sería un negocio fantástico!

Jacob reparó en la mirada de Clara, pero ella apartó la vista tan pronto él la miró. Aún sentía la piel de ella debajo de sus dedos.

Basta ya, Jacob.

—¿Habéis encontrado la entrada? —preguntó a Zorro.

—Sí —le respondió volviéndole la espalda—. Huele a muerte.

—¡Tonterías! —Valiant negó con un gesto despectivo—. Es un túnel natural que conduce a uno de sus caminos subterráneos. La mayoría de ellos están bien vigilados estos días, pero este es bastante seguro.

—¿Bastante? —Jacob creyó sentir las cicatrices de su espalda—. ¿Y cómo lo sabes?

Ante tanta desconfianza, Valiant revolvió los ojos.

—Su rey ha prohibido la venta de ciertas piedras semipreciosas muy demandadas. Afortunadamente, algunos de sus súbditos siguen teniendo el mismo interés que yo en un comercio sano.

—Sigo diciendo que huele a muerte.

La voz de Zorro sonaba más ronca de lo habitual.

—¡También podéis intentarlo por la entrada principal! —dijo Valiant con desprecio—. Quizá Jacob Reckless se convierta en el único humano que recorra la fortaleza de los goyl sin acabar fundido en ámbar.

Clara escondió las manos tras la espalda como si así pudiera olvidar a quién habían tocado.

Jacob evitó mirarla. Cargó la pistola y buscó algunos útiles en las alforjas: el catalejo, la lata de rapé, el frasco de cristal verde y el cuchillo de Chanute. Después se llenó los bolsillos del abrigo de munición.

Zorro estaba sentada bajo los arbustos. Tan pronto como Jacob se le acercó, inclinó la cabeza como entonces, cuando la había encontrado en la trampa.

—Tened cuidado con las patrullas de los goyl —advirtió Jacob—. Lo mejor será que os escondáis entre las rocas. Si mañana por la noche no he regresado, ve con ella a la ruina.

Ella. Ni siquiera se atrevía a pronunciar su nombre.

—No quiero quedarme con ella.

—Por favor, Zorro.

—No regresarás. Esta vez no.

Enseñó los colmillos pero no le mordió. En sus mordidas siempre había habido cariño.

—Reckless —dijo el enano impaciente golpeándole la espalda con el mango del fusil—. Creía que tenías prisa.

Valiant había convertido el fusil en un arma descabellada. Existían rumores de que, en manos de los enanos, el metal podía incluso echar raíces.

Jacob se levantó.

Clara seguía junto al arroyo. Se retrajo cuando él se aproximó, pero Jacob la llevó aparte. Lejos del enano. Lejos de Zorro y su ira.

—Mírame.

Ella quiso zafarse, pero él la agarró con firmeza, si bien aquello hizo que su corazón volviera a latir apresuradamente.

—No significa nada, Clara. ¡Nada!

Los ojos de ella se habían oscurecido a causa de la vergüenza.

—Tú amas a Will, ¿me oyes? Si te olvidas de eso, no podremos ayudarlo. Nadie podrá entonces ayudarlo.

Ella asintió, pero Jacob vio en su mirada la misma locura que él seguía sintiendo. *¿Cuánto tiempo duraría?*

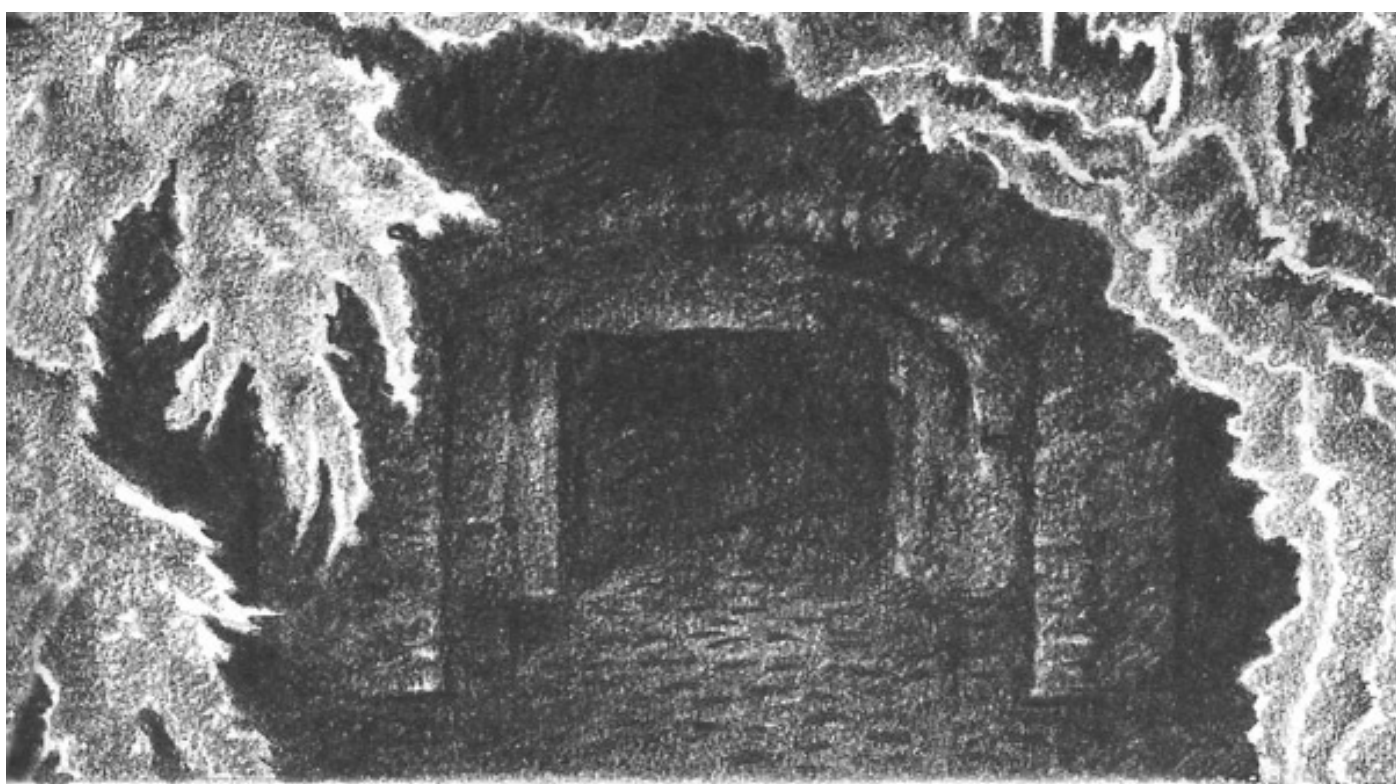
—Querías saber cuáles eran mis intenciones —dijo cogiéndole la mano—. Tengo que encontrar al Hada Oscura y obligarla a que devuelva su piel a Will.

Contempló el miedo en los ojos de Clara y, en un gesto de advertencia, apoyó su dedo en los labios de ella.

—Zorro no debe saber nada —le susurró—, de lo contrario me seguiría. Pero te lo prometo: encontraré al hada. Tú despertarás a Will. Y todo irá bien.

Deseaba abrazarla. Nunca había deseado algo con tantas ganas.

Jacob no volvió la vista cuando Valiant fue tras él en medio de la noche. Y Zorro no lo siguió.



35

*En el seno
de la tierra*



Zorro tenía razón. La cueva adonde Valiant conducía a Jacob olía a muerte, y no era necesario el fino olfato de una zorra para husmearla. Una mirada, y Jacob supo quién vivía en ella.

El suelo estaba repleto de huesos. Los ogros devorahombres vivían entre las sobras de comida, y su nombre era engañoso. También comían carne de goyl y de enano hasta la saciedad. Entre los huesos reposaban objetos que evidenciaban a sus víctimas: un reloj de pulsera, la manga desgarrada de un vestido, un zapato de niño descorazonadoramente pequeño, una libreta con sangre seca en sus páginas. Por un momento, Jacob quiso volver para advertir a Clara, pero el enano lo obligó a continuar.

—No te preocupes —le susurró Valiant—. Los goyl han acabado hace tiempo con todos los ogros de esta zona. Pero, afortunadamente, no han encontrado el túnel.

La grieta en la pared de la cueva a través de la cual Valiant desapareció era lo bastante amplia para un enano, pero Jacob tuvo que abrirse paso a la fuerza. El túnel era tan bajo que apenas pudo recorrer de pie los primeros metros, y pronto comenzó a descender de forma empinada. A Jacob le costaba respirar en el angosto pasillo, y sintió un gran alivio cuando llegaron finalmente a una de las calles subterráneas que unían las fortalezas de los goyl. Era ancha como las calles de los humanos y estaba adoquinada con piedras fosforescentes que, a la luz de la linterna, irradiaban una luz mate. En la lejanía, Jacob creyó oír máquinas y un zumbido como de avispas sobre un prado repleto de fruta caída.

—¿Qué es eso? —preguntó al enano en voz baja.

—Insectos que depuran las aguas residuales de los goyl. Sus ciudades huelen considerablemente mejor que las nuestras —dijo Valiant sacando un lápiz de la chaqueta—: ¡Agáchate! ¡Es la hora de tu marca de esclavo! P de Prussan —murmuró mientras le pintaba a Jacob la letra goyl en la frente—: Si alguien te pregunta, ese es el nombre de tu dueño. Prussan es un comerciante con el que hago negocios. Claro que sus esclavos son mucho más limpios que tú y no llevan cinturones con armas. Sería mejor que me lo dieras a mí.

—No, gracias —murmuró Jacob abotonándose el abrigo a la altura del cinturón—. Si me detienen, prefiero no tener que depender de ti.

La siguiente calle con la que se toparon era tan ancha como las avenidas de la capital imperial, pero no estaba bordeada de árboles sino de paredes de roca, y cuando Valiant las alumbró con la linterna, emergieron rostros de la oscuridad. Jacob había oído rumores acerca de que los goyl honraban a sus héroes construyendo los muros de sus fortalezas con sus cabezas. Pero sin duda la historia, como todos los cuentos, tenía un núcleo oscuro y muy real. Cientos de muertos clavaron su mirada en ellos. Miles. Uno al lado del otro, como piedras grotescas. Al morir, como sucedía con todos los goyl, los rostros permanecían inalterados, tan solo se les reemplazaba los ojos por topacios dorados.

Valiant no permaneció mucho tiempo en la avenida de los Muertos. En su lugar, eligió túneles tan estrechos como rutas de montaña que conducían constantemente hacia abajo. Cada vez con más frecuencia, Jacob veía luz al final de algunos túneles laterales. O sentía el ruido de los motores como una vibración en la piel. En varias ocasiones oyeron el sonido de cascos o de ruedas de carro, pero, por suerte, a lo largo de las calles se abrían continuamente cuevas oscuras en las que podían ocultarse entre una espesura de estalagmitas o tras cortinas de estalactitas.

El sonido del agua goteando se oía por todas partes, de forma constante e inevitable, y a su alrededor se iban revelando las maravillas que esta había formado durante milenios en la oscuridad: cascadas de piedra calcárea que espumajeaban como agua congelada de las paredes, bosques de agujas de piedra arenisca que colgaban sobre ellos de los techos, y flores de cristal que florecían en las tinieblas. En muchas cuevas apenas había rastro de los goyl, a excepción de un sendero recto que conducía a través de la espesura de piedra o un par de túneles que se abrían en forma de cuadrado en una pared rocosa. Otras mostraban fachadas de piedra y mosaicos que parecían datar de tiempos antiguos..., ruinas entre las columnas que la piedra había hecho crecer.

A Jacob le parecía que llevaban días perdidos en aquel mundo subterráneo cuando, delante de ellos, se abrió una cueva en cuyo fondo resplandecía un lago. En las paredes crecían plantas que no necesitaban sol y sobre el agua se extendía un puente infinito que no era más que un simple arco de roca reforzado con hierros. Cada pisada producía un sonido traicionero que resonaba a través de la ancha cueva, ahuyentando enjambres de murciélagos que colgaban del techo.

Habían cruzado la primera mitad del puente cuando Valiant se detuvo tan de repente que Jacob chocó contra él. El cadáver que les bloqueaba el paso no era de un goyl sino de un humano. En su frente llevaba tatuada la marca del rey y tenía mordeduras en el pecho y la garganta.

—Uno de los prisioneros de guerra que utilizan como esclavos —dijo Valiant clavando preocupado la mirada en lo alto de la cueva.

Jacob sacó la pistola.

—¿Qué le ha matado?

El enano iluminó con la linterna las estalactitas que colgaban del techo sobre ellos.

—Los centinelas —murmuró—. Los crían como perros guardianes para vigilar los túneles exteriores y las calles. Solo salen cuando huelen algo que no es un goyl. ¡Pero en esta ruta jamás he tenido problemas con ellos! ¡Aguarda!

Valiant soltó una maldición contenida cuando la luz de la linterna halló una hilera de inquietantes y enormes agujeros entre las estalactitas.

Un gorjeo resonó atravesando el silencio. Agudo como un grito de advertencia.

—¡Corre! —El enano saltó sobre el cadáver arrastrando con él a Jacob.

El aire se llenó de golpe de un aleteo de alas coriáceas. Los centinelas de los goyl salieron cual aves rapaces de entre las estalactitas: criaturas pálidas similares a los humanos, con alas que acababan en garras afiladas. Sus ojos eran blanquecinos como los de los ciegos, pero sus oídos les mostraban el camino de forma fiable. Jacob mató dos al vuelo y Valiant disparó a otro que clavaba sus garras en la espalda de Jacob, pero otros tres se lanzaban ya sobre ellos desde los agujeros. Uno de ellos intentó arrebatarse la pistola a Jacob. Él le dio un codazo en su rostro pálido y le cortó un ala con el sable. La criatura lanzó un grito tan estridente que Jacob temió que docenas de sus congéneres acudieran en masa, pero afortunadamente no todos los agujeros parecían estar habitados.

Los centinelas eran agresores torpes, pero al final del puente uno de ellos consiguió arrojar al enano al suelo. Ya enseñaba los colmillos en dirección al cuello de Valiant cuando Jacob le clavó el sable entre las alas. De cerca, su rostro parecía el de un embrión humano. El cuerpo tenía incluso algo de infantil, y Jacob se sintió mal, como si nunca antes hubiera matado.

Con los hombros y los brazos llenos de mordeduras, se pusieron a salvo en el túnel más cercano, pero ninguna de las heridas era profunda y Valiant estaba demasiado furioso como para extrañarse por el yodo que Jacob le echaba gota a gota sobre ellas.

—Confío en que ese árbol de oro dure mucho tiempo —gruñó mientras Jacob le vendaba la mano—. ¡De lo contrario ya estás en deuda conmigo!

Fuera, dos centinelas continuaban dando vueltas sobre el puente. No les seguían, pero la lucha había sido tan agotadora que Jacob se había quedado sin aliento, y las oscuras calles no parecían querer acabar. Aún extenuado, se estaba preguntando si el enano volvía a jugar sucio cuando, frente a ellos, el túnel hizo una curva y todo pareció diluirse de pronto en la luz.

—¡Y aquí está! —murmuró Valiant—. El nido de las bestias o la cueva de los leones, depende del lado en que estés.

La cueva en cuya pared rocosa se abría el túnel tenía unas medidas tan inconmensurables que Jacob no fue capaz de determinar dónde acababa. Innumerables lámparas difundían una luz tenue, perfecta para los ojos de los goyl, aunque parecían funcionar con electricidad y no con gas, e iluminaban una ciudad que daba la impresión de haber sido creada por la propia piedra. Casas, torres y palacios crecían desde el suelo de la cueva y ascendían por sus paredes como los panales de un avispero. Decenas de puentes se levantaban sobre el mar de casas como si construir con hierro en el aire fuera de lo más sencillo. Los pilares crecían como árboles entre los techos, y algunos de los puentes estaban bordeados de casas como los puentes medievales del otro mundo, callejones balanceantes bajo un cielo de piedra arenisca. Semejaban la red metálica de una araña, pero la mirada de Jacob se dirigió a lo alto, hacia el techo de la cueva, del que colgaban tres estalactitas gigantes. La más grande estaba repleta de torres de cristal, que apuntaban hacia abajo como lanzas, y sus muros brillaban como si estuvieran bañados por la luz de la luna del mundo de arriba.

—¿Es ese el palacio? —le susurró Jacob al enano—. No me extraña que no se sorprendan ante nuestras edificaciones. ¿Y cuándo han construido estos puentes?

—¡Y yo qué sé! —respondió Valiant en voz baja—. La historia de los goyl no se enseña en las escuelas de los enanos. Al parecer el palacio tiene más de setecientos años, pero su rey proyecta una versión más moderna porque lo encuentra demasiado anticuado. Las dos estalactitas que hay junto al palacio son barracones de militares y cárceles —dijo el enano sonriendo a Jacob de forma retorcida—: ¿Quieres que averigüe en cuál está tu hermano? Seguro que tus táleros de oro harán hablar a las lenguas de los goyl. Pero naturalmente eso tendrá un coste extra para mí.

Cuando Jacob le respondió entregándole dos táleros, Valiant no pudo dominarse. Se estiró y metió sus cortos dedos en el bolsillo del abrigo.

—¡Nada! —murmuró—. ¡Absolutamente nada! ¿Es el abrigo? ¡No, en el otro también funciona! ¿Te crecen entre los dedos?

—Exacto —respondió Jacob sacando la mano del enano del bolsillo antes de que atrapara el pañuelo.

—¡Encontraré la respuesta en algún momento! —gruñó el enano mientras hacía desaparecer el oro en sus bolsillos de terciopelo—. Y ahora: baja la cabeza. La mirada hundida. Eres un esclavo.

Las callejuelas, que recorrían el mar de casas a lo largo de las paredes de la cueva, eran aún

más inaccesibles para los humanos que las calles de Terpevas. Con frecuencia subían de forma tan empinada que los pies de Jacob resbalaban torpemente y tenía que buscar apoyo en el marco de una puerta o en el alféizar de una ventana. Valiant, por el contrario, se movía por ellas con agilidad, casi como un goyl. La piel de los humanos con que se cruzaban era de color gris por falta de luz solar, y a muchos les habían marcado con fuego las iniciales de su dueño en la frente. No se fijaban en Jacob, ni tampoco en los goyl que les salían al encuentro en el penumbroso laberinto de casas. El enano a su lado parecía ser suficiente explicación, y Valiant disfrutaba cargándolo con todo lo que compraba en las tiendas en las que desaparecía para hacer averiguaciones sobre el paradero de Will.

—¡Bingo! —susurró finalmente después de hacer esperar a Jacob casi media hora delante del taller de un joyero—. Noticias buenas y malas. La buena es que me he enterado de lo que queríamos saber. El ayudante del rey ha traído un prisionero a la fortaleza, alguien a quien por lo visto el Hada Oscura mandó buscar. Seguro que es nuestro amigo de jaspe, pero de momento no se ha corrido la voz de que su prisionero tenga la piel de jade.

—¿Y cuál es la noticia mala?

—Está en el palacio. En las dependencias del hada. Y ha caído en un sueño profundo del que ni siquiera ella puede despertarlo. Imagino que sabes lo que eso significa.

—Sí.

Jacob alzó la vista hacia las grandes estalactitas.

—¡Olvídalo! —le susurró el enano—. Tu hermano podría haberse esfumado igualmente en el aire. Las habitaciones del hada están en la punta. Tendrías que abrirte camino a través de todo el palacio. Ni siquiera tú estás lo suficientemente loco como para intentarlo.

Jacob observó las oscuras ventanas en la brillante fachada de piedra.

—¿Puedes conseguir una cita con el oficial con el que haces negocios?

—¿Y después qué? —Valiant sacudió la cabeza con desprecio—. A los esclavos de palacio se les pone a fuego la marca del rey en la frente. Incluso si tu amor fraternal fuera lo suficientemente grande para hacértela, ninguno de ellos está autorizado a abandonar las dependencias inferiores en la base de la estalactita.

—¿Y los puentes?

—¿Qué pasa con ellos?

Dos de ellos estaban unidos al palacio. Uno era un puente de ferrocarril que desaparecía en un túnel en la parte superior. El segundo era uno de los puentes con casas anclado, a media altura, a la estalactita. Allí donde se unía al palacio no había edificios cerca, y Jacob podía avistar sin obstáculos su puerta de ónix negro y una falange de centinelas.

—¡La expresión de tu cara no me gusta! —gruñó Valiant.

Jacob lo ignoró. Examinaba los puntales de hierro que sostenían el puente de las casas. Desde lejos parecían haber sido colocados *a posteriori*, para apoyar una vieja construcción de piedra, y estaban clavados como garras de metal en el lateral del palacio colgante.

Jacob buscó abrigo en la entrada de una casa y dirigió el catalejo hacia la estalactita.

—Las ventanas no están enrejadas —susurró.

—¿Por qué iban a estarlo? —respondió Valiant en voz baja—. Solo los pájaros y los

murciélagos se acercan a ellas. Pero por lo visto te crees uno de ellos.

Un grupo de niños pasó velozmente por el callejón. Jacob no había visto nunca un niño goyl, y por un delirante instante creyó reconocer en uno de los muchachos a su hermano. Cuando pasaron de largo, Valiant seguía con la mirada clavada en el puente.

—¡Espera! —susurró—. ¡Ahora sé lo que tramas! ¡Eso es un suicidio!

Jacob guardó el catalejo en el bolsillo del abrigo.

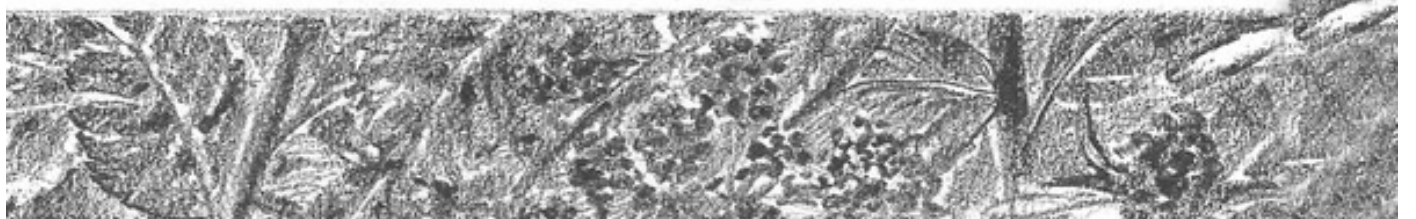
—Si quieres el árbol de oro, llévame al puente.

Encontraría a Will, aunque hubiera besado a su chica.



36

*El nombre
equivocado*



—¿Zorro?

Allí estaba. De nuevo la estaba llamando. Y Zorro imaginaba cómo el señor de las aguas arrastraba a Clara hasta la charca. Cómo los lobos le mordían la piel. O el enano la vendía en un mercado de esclavos. El Hada Roja nunca había logrado que Zorro se sintiera así. Tampoco la bruja, en cuya cabaña Jacob había desaparecido años atrás casi cada noche. Ni la doncella de la emperatriz, cuyo dulce perfume había permanecido durante semanas en la ropa de Jacob.

—¿Zorro? ¿Dónde estás?

¡Cállate!

Zorro se ocultó bajo los arbustos. Ya no sabía si tenía pelaje o piel. Ya no quería volver a tener pelaje. Deseaba tener piel y unos labios que él pudiera besar, del mismo modo que había besado los labios de Clara. No podía parar de imaginársela en sus brazos, una y otra vez.

Jacob.

¿Qué era aquello? ¿Aquella ansia que la desgarraba y le dolía como el hambre o la sed? No podía ser amor. El amor era cálido y blando como una cama de hojas. Pero aquello era oscuro como las sombras bajo un arbusto venenoso..., y hambriento.

Tan hambriento...

Debía de tener otro nombre. No podía haber una única palabra para vida y muerte, un único nombre para sol y luna.

Jacob. Su propio nombre sabía de repente de otra manera. Y Zorro sintió que el frío viento volvía a acariciar su piel humana.

—¿Zorro?

Clara estaba arrodillada ante ella sobre el musgo húmedo.

Su cabello parecía dorado. El cabello de Zorro era siempre rojo, rojo como el pelo de la zorra. Era incapaz de recordar si había sido distinto en otro tiempo.

Empujó a Clara a un lado y se levantó. Ser igual de alta que ella le hizo sentirse bien.

—Zorro.

Clara intentó agarrarla cuando pasó de largo junto a ella.

—Ni siquiera sé tu nombre. Tu verdadero nombre.

¿De verdad? ¿Qué había de verdad en ello? ¿Y qué le importaba? Ni siquiera Jacob conocía su nombre humano. *Celeste, lávate las manos. Péinate el cabello.*

—¿Y? ¿Lo sigues sintiendo?

Zorro clavó su mirada en los ojos azules de Clara. Jacob era capaz de mirar a alguien a los ojos y mentir. Era muy hábil mintiendo, pero ni siquiera él era capaz de engañar a la zorra.

Clara desvió la mirada, pero Zorro podía oler lo que sentía: miedo y vergüenza.

—¿Has bebido alguna vez agua de alondras?

—No —respondió Zorro con desprecio—. Ninguna zorra sería tan estúpida.

Aunque aquello fuera una mentira.

Clara dirigió sus ojos hacia el arroyo. Las alondras muertas continuaban una junto a la otra entre las piedras. Clara. Su nombre sonaba a cristal y a agua fresca, y Zorro la había apreciado mucho... hasta que Jacob la había besado.

Seguía sintiendo el dolor.

Haz que vuelva el pelaje, Zorro. Pero no podía. Deseaba sentir su piel, sus manos y los labios con los que se podía besar. Zorro le volvió la espalda a Clara, por miedo, su rostro humano podía traicionarla. Ni siquiera sabía cómo era. ¿Era hermosa o fea? Su madre había sido hermosa, pero a pesar de ello su padre la había maltratado. O quizá lo había hecho por eso mismo.

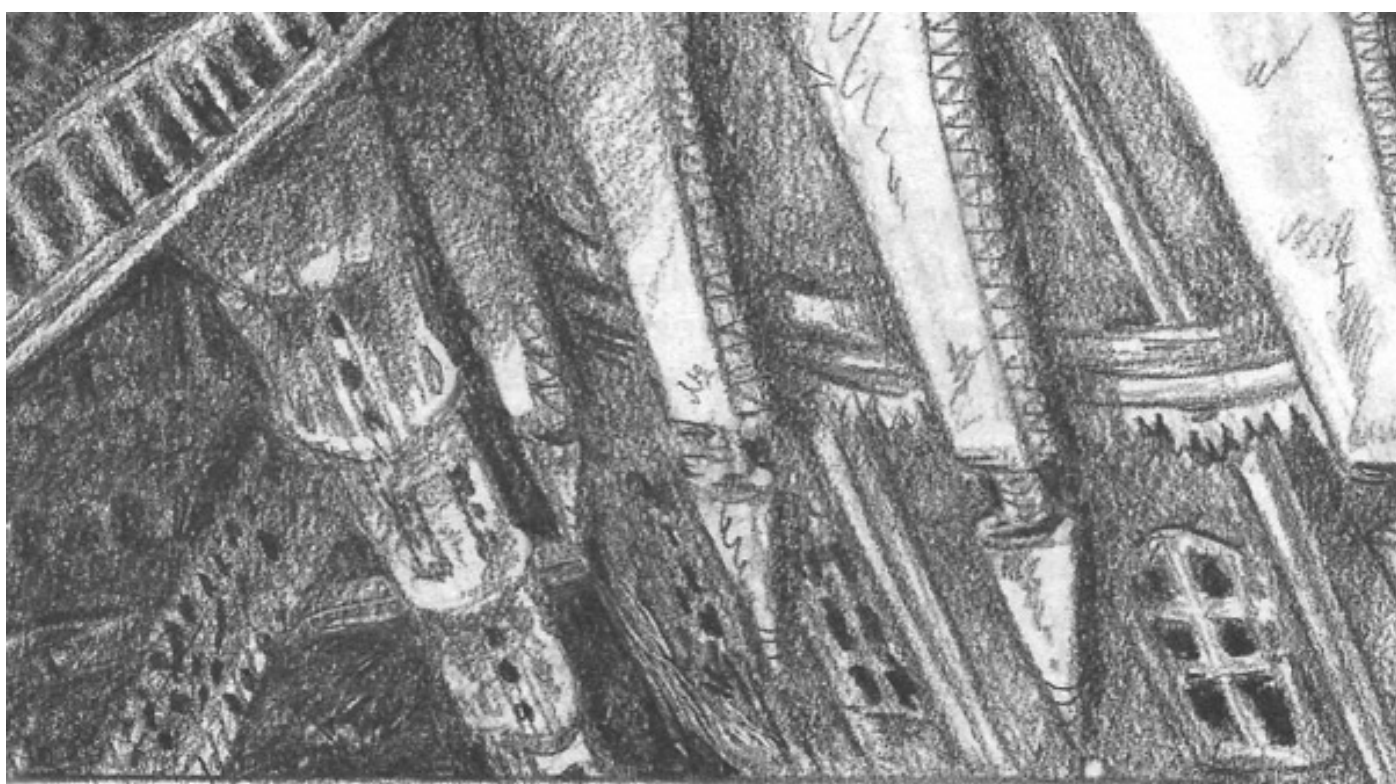
—¿Por qué prefieres ser un zorro?

La noche teñía de negro los ojos de Clara.

—¿Acaso de esa forma es más fácil comprender el mundo?

—Los zorros no intentan comprenderlo.

Clara se acarició los brazos como si siguiera sintiendo en ellos las manos de Jacob. Y Zorro intuyó que también ella deseaba un pelaje.



37

*Las ventanas
del hada oscura*



Carniceros, sastres, panaderos, joyeros. El puente que conducía al palacio colgante era una calle comercial a una altura de vértigo. En las ventanas de las tiendas, las piedras preciosas brillaban junto a la carne de lagarto o las coles de hojas negras que crecían sin sol. Pan y fruta de las provincias de la superficie reposaban junto a escarabajos secos, considerados una exquisitez entre los goyl. Pero lo único que le interesaba a Jacob era el palacio al final de los escaparates.

Colgaba del techo de la cueva como una araña de piedra arenisca. Jacob sintió vértigo cuando, entre dos tiendas, se inclinó sobre la barandilla del puente y miró hacia abajo. La base de la estalactita era una corona de cristal, con las puntas brillantes lanzadas al vacío.

—¿Cuáles son las ventanas del Hada Oscura?

—Las de malaquita.

Valiant miró a su alrededor, inquieto.

Había muchos soldados en el puente, no solo los centinelas a las puertas del palacio, también entre la multitud que paseaba junto a las tiendas. Muchas mujeres goyl llevaban vestidos recamados con piedras que hacían juego con su piel. Las piedras habían sido pulidas con tal esmero que el tejido brillaba como piel de serpiente, y Jacob se sorprendió preguntándose qué aspecto tendría Clara con un vestido así. *¿Cuánto durará el efecto?*

Las ventanas del hada parecían ojos verdes clavados en la clara piedra arenisca. Apenas unos veinte metros sobre ellas, las vigas de hierro del puente se anclaban en las paredes, pero la fachada del palacio era lisa como un espejo y, a diferencia de las otras estalactitas, no ofrecía ningún apoyo para escalar.

No importaba. Tenía que intentarlo.

Valiant murmuró a sus espaldas algo acerca de las limitaciones de la mente humana, pero Jacob sacó la lata de rapé de su bolsillo. Contenía uno de los objetos mágicos más prácticos que había encontrado nunca: un pelo de oro muy largo. El enano enmudeció cuando Jacob empezó a retorcerlo entre los dedos. Del pelo comenzaron a brotar más fibras de oro, cada una de ellas tan fina como los hilos de una araña. Pronto el hilo era tan grueso como el dedo corazón de Jacob, y más fuerte que cualquier cuerda de este o el otro mundo. Pero su firmeza no era lo único que lo hacía tan práctico. Poseía otras muchas cualidades prodigiosas. La cuerda podía alargarse tanto como fuera necesario, y se clavaba allí donde uno miraba al lanzarla.

—Un pelo de Ruiponce. ¡No está mal! —murmuró Valiant cuando Jacob cogió la cuerda y miró hacia las ventanas verdes—. ¡Pero no te ayudará con los centinelas! ¡Te verán tan claramente como si fueras un escarabajo deslizándose por su cara!

A modo de respuesta, Jacob sacó el frasco de cristal verde del bolsillo. Se lo había robado a un zancudo saltarín y estaba lleno de la baba de un caracol que volvía invisible durante unas horas. Los caracoles carnívoros, que lo producían, utilizaban su camuflaje para acercarse sigilosamente a cualquier presa que les apeteciera. Los zancudos saltarines y los pulgarcitos los criaban para ir de caza sin ser vistos. Había que frotarse la baba debajo de la nariz, un procedimiento muy poco apetitoso aunque fuera inodoro, y actuaba de inmediato. El único problema eran los efectos secundarios, que incluían horas de náuseas y, si se usaba con demasiada frecuencia, parálisis.

—Pelo de Ruiponce y baba invisible. —Jacob advirtió el tono de admiración en la voz del enano—. Debo admitir que estás muy bien equipado. De todos modos, quisiera saber dónde crece

tu árbol de oro antes de que desciendas.

Pero Jacob ya se estaba frotando la baba debajo de la nariz.

—Oh, no —dijo—. ¿Y si me has ocultado algo y los centinelas me están aguardando allá abajo? La cuerda solo soporta a uno, así que puedes quedarte aquí, pero si los centinelas dan la alarma, procura distraerlos, de lo contrario puedes olvidarte del árbol de oro.

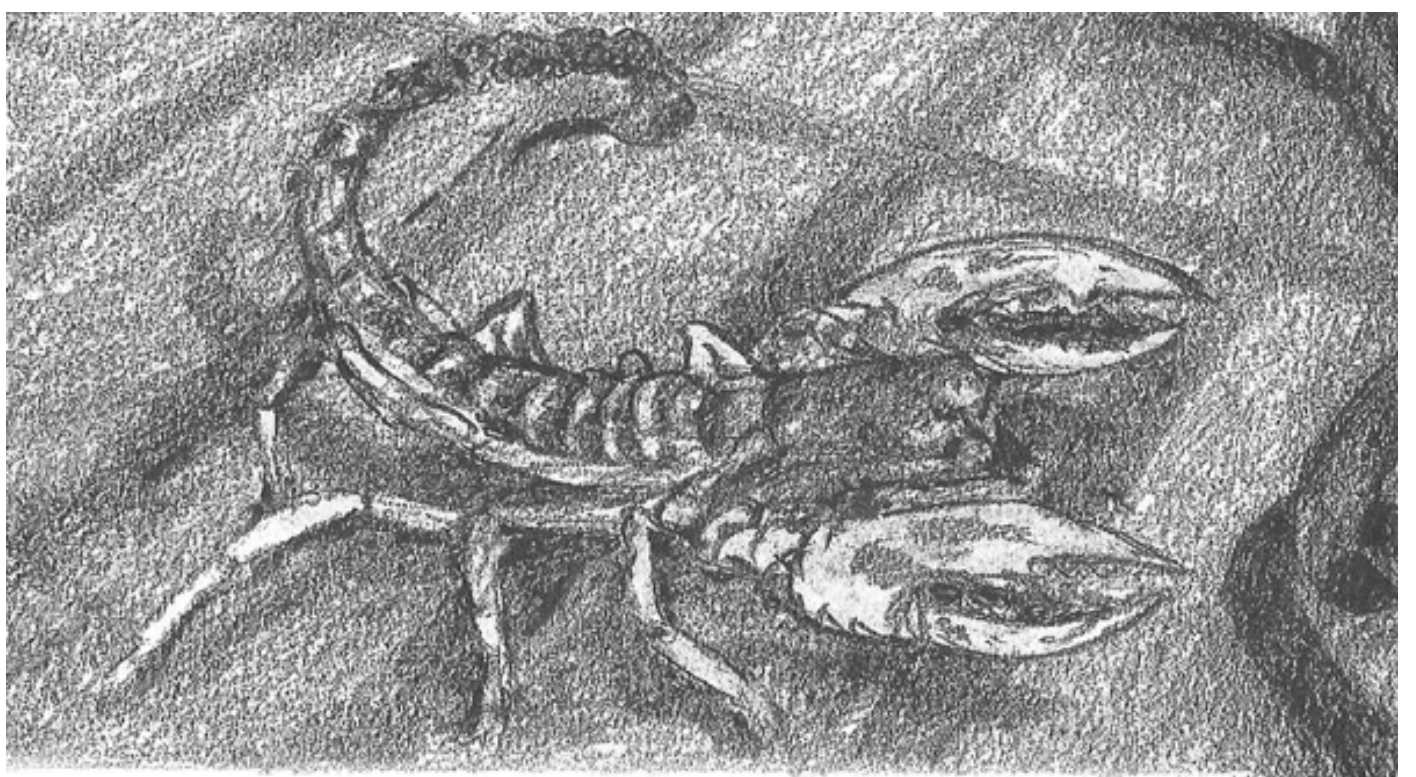
Antes de que el enano pudiera protestar, Jacob saltó por encima de la barandilla del puente. La baba hizo desaparecer su cuerpo, y cuando Jacob avanzó colgado de las manos hacia los soportes de hierro, no veía ni sus propias manos. Se agarró a uno de los puntales y lanzó la cuerda. Esta serpenteó en el aire como si nadara en el agua hasta que se fijó a una cornisa entre las ventanas de malaquita.

¿Y qué pasa si efectivamente encuentras a Will ahí dentro, Jacob? ¡Incluso si consigues romper el maleficio del Hada Oscura..., seguiré durmiendo! ¿Cómo piensas sacarlo de la fortaleza? Desconocía la respuesta. Solo sabía que tenía que intentarlo. Y que seguía sintiendo los labios de Clara en los suyos.

Resultaba fácil trepar por un cabello de Ruiponce. La cuerda se ajustaba a sus manos y Jacob intentó olvidar el abismo que había a sus pies. *Todo irá bien.* La estalactita le salió al encuentro de forma nervuda, como un músculo de piedra. Sintió la repugnancia que la baba invisible provocaba. *Solo unos metros más, Jacob. No mires hacia abajo. Olvídate de la altura.*

Se agarró a la cuerda tensa y rígida, y siguió trepando hasta que sus invisibles manos tocaron por fin el muro liso. Sus pies encontraron apoyo en la cornisa, y durante un instante tomó aire al tiempo que se apretaba contra la fría piedra. A la izquierda y a la derecha, las ventanas del hada brillaban como agua solidificada. *¿Y ahora qué, Jacob? ¿Vas a romperla?* Todos los centinelas acudirían en masa.

Sacó el cuchillo de Chanute del cinturón y colocó la hoja junto al cristal. Solo reparó en los agujeros ribeteados de piedra de luna cuando la serpiente salió disparada de uno de ellos. Piedra de luna, tan pálida como sus escamas o la piel de su señora. Se enrolló alrededor del cuello de Jacob antes de que este se percatara de lo que estaba sucediendo. Intentó clavarle el cuchillo en el vientre, pero lo estrujaba de una forma tan despiadada que sus dedos soltaron el puño del cuchillo y se clavaron desesperados en el cuerpo escamoso. Sus pies resbalaron, y quedó colgando desamparado sobre el abismo como un pájaro atrapado, con la sofocante serpiente alrededor del cuello. Dos serpientes más salieron arrastrándose de otro agujero cercano, envolviendo su pecho y sus piernas. Jacob intentó tomar aire, pero no podía respirar, y lo último que vio fue la cuerda de oro soltándose de la cornisa y desapareciendo sobre él en la oscuridad.



38

*Encontrado
y perdido*



Muros de arenisca y una puerta enrejada. Una bota de piel de lagarto que le dio una patada en las costillas. Uniformes de color gris en la niebla roja que llenaba su cabeza. Al menos las serpientes se habían marchado y podía respirar. El enano lo había vuelto a vender. Ese era el único pensamiento que traspasaba la niebla. *¿Dónde lo había hecho? ¿En una de las tiendas mientras lo esperabas como un cordero, Jacob?*

Quiso sentarse, pero tenía atadas las manos, y el cuello le dolía tanto que tenía dificultades para tragar.

—¿Quién te ha hecho regresar de la muerte? ¿Su hermana?

El goyl de jaspe salió de la oscuridad.

—No creí al hada cuando dijo que seguías vivo. A fin de cuentas fue un buen disparo —hablaba el dialecto del imperio con fuerte acento—. Fue idea suya propagar el rumor de que tu hermano estaba en su fortaleza, y has picado como una mosca. Por desgracia las serpientes no se dejan engañar por la baba invisible. Pero lo hiciste mucho mejor que los dos goyl de ónix que intentaron descender hasta las dependencias del rey. Tuvimos que raspar para limpiar sus restos de los tejados de la ciudad.

Jacob apoyó con fuerza la espalda sobre el muro y consiguió incorporarse. La celda en la que lo habían arrojado no se diferenciaba en nada de las celdas de las prisiones humanas: las mismas rejas, los mismos garabatos desesperados en las paredes.

—¿Dónde está mi hermano? —su voz era tan ronca que apenas podía oírse, y se sentía mareado por la baba.

El goyl no respondió.

—¿Dónde has dejado a la chica? —le preguntó en su lugar.

Con seguridad no hablaba de Zorro. Pero ¿qué querían de Clara? *¿Tú qué crees, Jacob? Tu hermano duerme. Y no pueden despertarlo. Buenas noticias, ¿no es cierto? Y que Valiant no hubiera delatado a Clara evidenciaba que efectivamente el enano sentía debilidad por ella.*

Hazte el tonto, Jacob.

—¿Qué chica?

La pregunta le acarreó una patada en el estómago que, al igual que las serpientes, lo dejó sin aliento. El soldado que se la dio era una mujer. Su rostro le resultaba familiar. Por supuesto. Jacob le había disparado, tirándola del caballo, en el valle de los unicornios. Le habría producido placer seguir dándole patadas, pero el goyl de jaspe la detuvo.

—Déjalo, Nesser —dijo—. De ese modo tardaremos horas.

Jacob había oído hablar de sus escorpiones.

Casi con ternura, Nesser dejó que el primero recorriera sus dedos de piedra antes de colocarlo sobre el pecho de Jacob. El escorpión era incoloro y apenas más largo que los pulgares de Jacob, pero sus pinzas brillaban con destellos plateados.

—No pueden hacer mucho en la piel de un goyl —dijo el goyl de jaspe cuando el escorpión se escurrió bajo la camisa de Jacob—, pero vuestra piel es mucho más blanda. Una vez más, ¿dónde está la chica?

El escorpión le enterró las pinzas en el pecho como si quisiera devorarlo vivo. Jacob contuvo los gritos hasta que le introdujo su aguijón en la carne. El veneno arrojó fuego dentro de su piel y

lo hizo jadear de miedo y dolor.

—¿Dónde está la chica?

La mujer goyl le colocó otros tres escorpiones sobre el pecho.

—¿Dónde está la chica?

Continuamente la misma frase, pero Will seguiría durmiendo mientras él no dijera nada. Jacob lanzó un grito de dolor hasta perder la voz y deseó tener la piel de jade. Se preguntó si el veneno, al menos, abrasaría el agua de alondras. Después perdió el conocimiento.

Cuando despertó de nuevo, no podía recordar si le había dicho a los goyl lo que querían saber. Estaba en otra celda, a través de cuyas ventanas se veía el palacio colgante. Todo su cuerpo le dolía como si se hubiera escaldado la piel, y su cinturón con el arma había desaparecido como todo lo que había llevado en los bolsillos. Por suerte le habían dejado el pañuelo. *¿Suerte, Jacob? ¿De qué te sirven unos táleros de oro?* Los soldados goyl eran famosos por su incorruptibilidad.

Logró ponerse de rodillas. Su celda solo estaba separada de la contigua por una reja, y cuando miró a través de los barrotes, sus dolores desaparecieron.

Will.

Jacob apoyó los hombros en la pared y logró levantarse. Su hermano yacía allí como si estuviera muerto, pero respiraba, y en la frente y en las mejillas aún se advertían trazas de piel humana. El Hada Roja había cumplido su promesa y había detenido el tiempo.

Fuera, en el pasillo, se escucharon unos pasos y Jacob se apartó de la reja tras la que su hermano dormía. El goyl de jaspe se acercaba por el pasillo con dos guardias. Hentzau. Ahora, Jacob sabía su nombre..., y cuando vio a quién arrastraban detrás de él quiso golpearse la cabeza contra los barrotes.

Les había dicho lo que querían saber.

Clara tenía una herida sangrienta en la frente y la mirada desorbitada a causa del miedo. *¿Dónde está Zorro?*, quiso preguntarle Jacob, pero ella no reparó en él. Solo tuvo ojos para su hermano.

Hentzau la empujó a la celda de Will. Clara dio un paso hacia él y se detuvo, como si hubiera recordado que, apenas unas horas antes, había besado al otro hermano.

—Clara.

Ella se volvió hacia él. Su rostro reflejaba muchas cosas: temor, preocupación, confusión..., vergüenza.

La muchacha se acercó a la reja y acarició las marcas rojas en el cuello de Jacob.

—¿Qué te han hecho? —le susurró.

—No es nada. ¿Dónde está Zorro?

—También la han capturado.

Ella hizo ademán de cogerle la mano, pero en ese momento los goyl se pusieron firmes frente a la celda. El propio Hentzau sacó pecho, a pesar de que claramente lo hacía a disgusto. Por supuesto, Jacob supo de inmediato quién era la mujer que se aproximaba por el pasillo.

El cabello del Hada Oscura era más claro que el de su hermana, pero Jacob no se preguntó el porqué de aquel nombre. Sintió su oscuridad como una sombra sobre la piel, aunque no fue el miedo lo que hizo que su corazón latiera más aprisa.

Ya no tienes que seguir buscándola, Jacob. ¡Viene a ti!

Clara retrocedió cuando el hada entró en la celda de Will, pero Jacob apretó con fuerza los dedos alrededor de los barrotes que lo separaban de ella. *¡Acércate más! ¡Vamos!*, pensó. Solo un roce y las tres sílabas que su hermana le había revelado... Pero la reja hacía al hada tan inalcanzable como si estuviera tendida en la cama de su amado real. Su piel parecía estar hecha de perlas y su belleza hacía palidecer incluso la de su hermana.

Miró a Clara con la antipatía que sus iguales sentían por todas las mujeres humanas.

—¿Lo amas? —le preguntó acariciando el rostro dormido de Will—. Vamos, respóndeme.

Cuando Clara se alejó del hada, su propia sombra cobró vida y le atrapó con los dedos sus tobillos.

—Respóndele, Clara —dijo Jacob.

—¡Sí! —balbució—. Sí, le amo.

Su sombra volvió a ser sombra, y el hada sonrió.

—Bien. Entonces querrás que despierte. Solo tienes que besarlo.

Clara se volvió hacia Jacob en busca de ayuda.

No, quiso decir. *¡No lo hagas!* Pero su lengua no lo obedecía. Sus labios estaban cerrados, como si el hada los hubiera sellado, y no pudo sino observar con desamparo cómo agarraba a Clara del brazo y la arrastraba suavemente junto a Will.

—¡Míralo! —dijo—. Si no lo despiertas yacerá así para siempre, ni muerto ni vivo, hasta que su alma se convierta en polvo dentro de su marchito cuerpo.

Clara quiso apartarse, pero el hada la sujetó con firmeza.

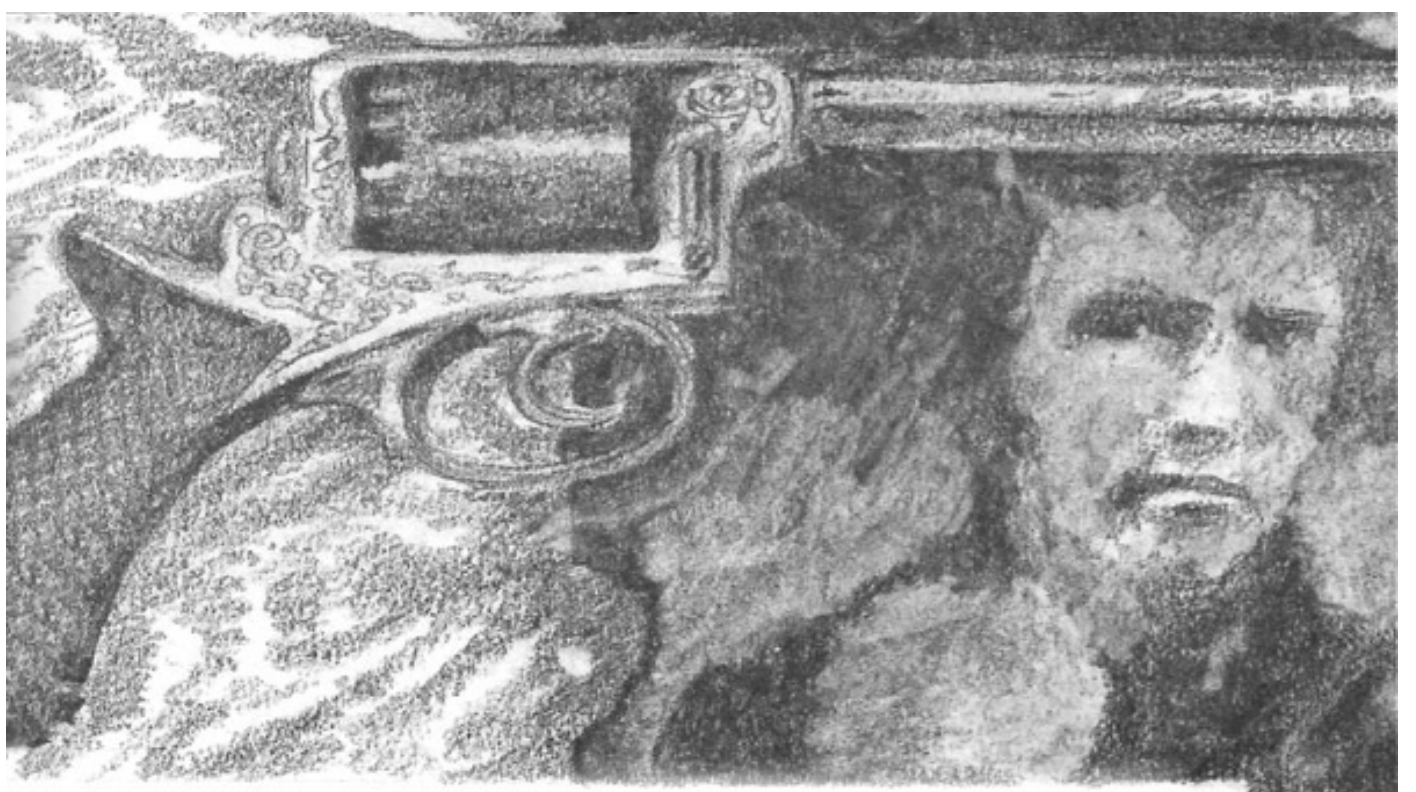
—¿Es eso amor? —la oyó Jacob susurrar—. ¿Traicionarle de ese modo únicamente porque su piel ya no es tan blanda como la tuya? Déjalo marchar.

Clara alzó una mano y acarició el rostro de piedra de Will.

El hada le soltó el brazo y se retiró con una sonrisa.

—¡Deposita todo tu amor en un beso! —le dijo—. Ya lo verás. No desaparece tan fácilmente como crees.

Y Clara cerró los ojos, como queriendo olvidar el rostro de piedra de Will, y lo besó.



39

Despierto



Por un momento, y contra su propia convicción, Jacob confió en que siguiera siendo su hermano el que se incorporaba en la celda contigua. Pero el rostro de Clara le reveló la verdad. Se apartó de Will y le lanzó a Jacob una mirada tan desesperada que por un instante se olvidó de su propio dolor.

Su hermano se había ido.

No había un solo rastro de piel humana en él, no era más que piedra que respiraba. Su cuerpo familiar estaba ahora atrapado en jade como un insecto muerto en ámbar.

Goyl.

Will no reparó en Jacob ni en Clara cuando se levantó del banco de piedra arenisca donde había estado tendido. Su mirada solo buscaba un rostro: el del hada. Jacob sintió que el dolor rompía todas las capas protectoras que había depositado alrededor de su corazón durante tantos años. Volvía a sentirse tan indefenso como de niño en el despacho vacío de su padre. Y, como entonces, no había consuelo. Solo amor. Y dolor.

—¿Will?

Clara susurró el nombre de su hermano como el de un hombre muerto. Dio un paso hacia él, pero el Hada Oscura le salió al encuentro.

—Déjalo ir —dijo.

Los guardias abrieron la puerta de la celda y el hada arrastró a Will consigo.

—Vamos —le dijo—. Es hora de despertar. Has dormido demasiado.

Clara los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en el oscuro pasillo. Después se volvió hacia Jacob. Los reproches, la desesperación y la culpa volvían sus ojos aún más oscuros que los del hada. *¿Qué he hecho?*, preguntaban. *¿Por qué no lo has evitado? ¿No habías prometido protegerlo?*

O quizá él se limitaba a leer en su expresión sus propios pensamientos.

—¿A este lo matamos? —preguntó uno de los guardias apuntando a Jacob con su fusil.

Hentzau sacó del cinturón la pistola que le habían quitado a Jacob. Abrió la recámara y la examinó como el hueso de un fruto extraño.

—Un arma interesante. ¿De dónde la has sacado?

Jacob le volvió la espalda. *Dispara*, pensó. *Ya*.

La celda, el goyl, el palacio colgante. Todo a su alrededor parecía irreal. Las hadas y los bosques encantados, la zorra que era una niña..., todo aquello no eran más que los sueños febriles de un chaval de doce años. Jacob se vio de nuevo de pie ante la puerta del despacho de su padre, y a Will intentando fisgonear entre las polvorientas maquetas de aviones, las viejas pistolas. Y el espejo.

—Date la vuelta.

La voz de Hentzau sonaba impaciente. Su ira despertaba con facilidad. Ardía enseguida bajo su piel de piedra.

No obstante, Jacob no le obedeció. El goyl soltó una carcajada.

—La misma arrogancia. Tu hermano no se le parece, por eso en un principio no entendí por qué tu cara me resultaba tan familiar. Tienes los mismos ojos, la misma boca, pero tu padre no podía disimular su miedo tan bien como tú.

Jacob se volvió.

Eres tan imbécil, Jacob Reckless.

«*Los goyl tienen los mejores ingenieros*». Cuántas veces había oído aquella frase en ese mundo —ya fuera en Schwanstein o en boca de los oficiales de la emperatriz sin haber reflexionado nunca sobre ello.

Había encontrado al padre, había perdido al hermano.

—¿Dónde está? —preguntó.

Hentzau levantó las cejas.

—Confiaba en que tú me lo dijeras. Lo atrapamos hace cinco años en Blenheim. Tenía que construir un puente allí porque los habitantes de la ciudad estaban hartos de ser devorados por las loreleys. El río ya estaba plagado de ellas entonces, aunque se cuenta que el hada las ha puesto en él. John Reckless, así se hacía llamar. Siempre llevaba una foto de sus hijos consigo. Kami'en le mandó construir una cámara fotográfica antes de que los científicos de la emperatriz la inventaran. Nos ha ayudado mucho. ¡Pero quién habría dicho que a uno de sus hijos le crecería una piel de jade algún día!

Hentzau acarició el anticuado cañón de la pistola.

—No era ni la mitad de terco que tú cuando se le formulaban preguntas, y lo que aprendimos de él nos fue de gran ayuda durante la guerra. Después escapó de nosotros. Lo busqué durante meses pero no encontré ni rastro. Y ahora, en su lugar, he encontrado a sus dos hijos.

Se volvió hacia el guardia.

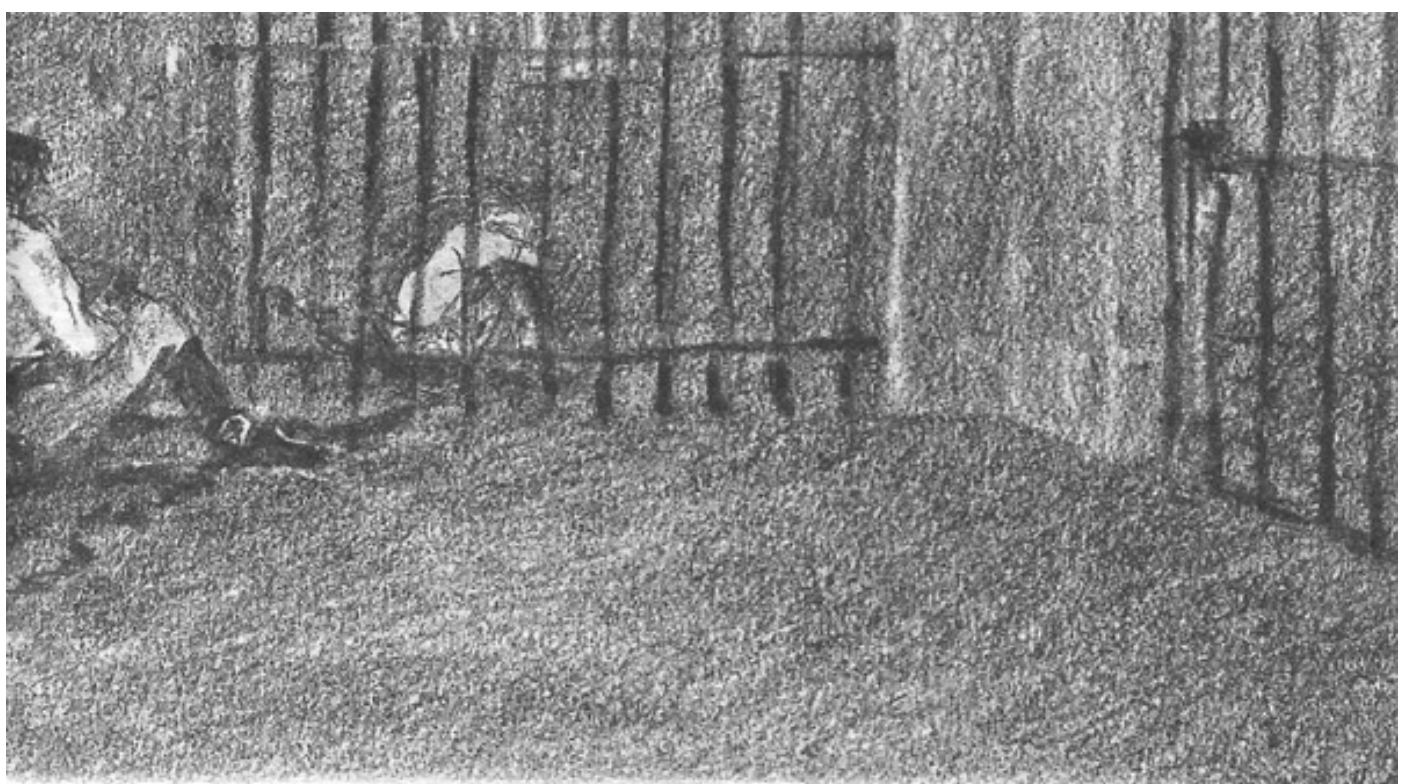
—Déjalo con vida hasta que regrese de la boda. Tengo muchas preguntas que hacerle.

—¿Y la chica?

El guardián que señalaba a Clara tenía la piel de piedra de luna.

—Déjala también con vida —respondió Hentzau—. Y a la niña zorro. Probablemente las dos le hagan hablar de forma más rápida que los escorpiones.

Los pasos de Hentzau resonaron en el pasillo, y a través de la ventana enrejada se filtraba el ruido de la ciudad subterránea. Pero Jacob estaba muy lejos, en el despacho de su padre, y pasaba sus dedos de niño sobre el marco del espejo.



40

*La fuerza de
los enanos*



En la oscuridad, Jacob oía la respiración de Clara..., y también su llanto. Los barrotes de hierro continuaban separándolos, y aún más sus pensamientos sobre Will. En la mente de Jacob, los besos que Clara le había dado se fundían con el beso que había despertado a su hermano. Y una y otra vez veía a Will abriendo los ojos y ahogándose en jade.

Casi se asfixiaba en su propia desesperación. ¿Lo había visto Miranda en sus sueños? ¿Había vislumbrado el miserable modo en que había fracasado? Clara apoyó la cabeza en la fría pared de la celda, y Jacob deseó abrazarla y secar sus lágrimas. *No es nada, Jacob. Tan solo el agua de alondras.*

Al otro lado de las ventanas enrejadas, el palacio colgante brillaba como un fruto prohibido. Probablemente Will ya estuviera allí...

Clara alzó la cabeza. Un crujido sordo llegó del exterior. Parecía que algo estuviera trepando por el muro, y un rostro barbudo se apretó contra la reja de la ventana de la celda.

La barba de Valiant estaba casi tan poblada como en los días en que la había lucido con orgullo, y sus cortos dedos separaron los barrotes de hierro sin esfuerzo.

—¡Tenéis suerte de que los goyl no suelen encerrar a los enanos! —susurró mientras se abría paso a través de los barrotes retorcidos—. La emperatriz ha ordenado bañar en plata las rejas de las celdas.

Se descolgó de la ventana con la habilidad de una comadreja y le hizo una reverencia a Clara.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó a Jacob—. Fue muy divertido contemplar cómo te pescaban las serpientes. Algo absolutamente impagable.

—¡Estoy seguro de que los goyl te han pagado muy bien por el espectáculo!

Jacob se puso en pie y echó un vistazo al pasillo, pero no se divisaba ningún guardia.

—¿Dónde me vendiste exactamente, cuando te estuve esperando durante horas frente al taller del joyero? ¿O en la tienda del sastre que provee a palacio?

Valiant se limitó a negar con la cabeza mientras abría las esposas de hierro que aprisionaban las muñecas de Clara con la misma facilidad con que había doblado los barrotes de la ventana.

—¿Habéis oído eso? —le susurró a la chica—. Simplemente no se fía de nadie. Le dije que escalar el palacio del rey como una cucaracha me parecía una estupidez. Pero ¿me escuchó? ¡No!

El enano dobló las barras que unían ambas celdas y se plantó ante Jacob.

—Imagino que también me culparás de que hayan encontrado a las chicas. Dejarlas solas en plena naturaleza no fue idea mía. Y con certeza no fue Evenaugh Valiant quien le contó a los goyl dónde estaban ella y Zorro.

Se inclinó sobre Jacob con una sonrisa de satisfacción.

—Te lanzaron los escorpiones, ¿a que sí? Admito que me habría gustado verlo.

De una de las celdas contiguas llegaron voces y Clara se refugió a los pies de la ventana, pero el pasillo seguía estando vacío.

—He visto a tu hermano —susurró Valiant a Jacob mientras le abría las esposas—, si sigues insistiendo en llamarlo así. Ahora cada centímetro de su piel es goyl, y sigue al hada como si fuera un perro faldero. Lo ha llevado consigo a la boda de su amado. La mitad de los guardias se han marchado con ellos. Por eso pude arriesgarme a subir hasta aquí.

Clara seguía sin apartar la vista del banco de piedra arenisca sobre el que Will había estado

tumbado.

—Adelante, querida señora —susurró Valiant ayudándola a subir a la ventana como si no pesara más que un niño—. Fuera hay una cuerda que casi trepará por vos, y en este edificio no hay serpientes.

—¿Qué pasa con Zorro? —preguntó Jacob.

Valiant señaló el techo.

—Está justo encima de vosotros.

La fachada de la estalactita-prisión estaba agrietada y ofrecía bastantes puntos de apoyo, pero Clara tembló al cruzar la ventana. Se agarró al antepecho mientras sus pies buscaban sostén entre las piedras. Valiant, por el contrario, se agarraba al muro como si hubiera nacido en él.

—Tranquila —le susurró mientras la agarraba del brazo—. Simplemente no miréis abajo.

El enano se había descolgado de un estrecho puente apenas más ancho que una vereda metálica. La cuerda de Ruiponce se tensó entre sus vigas y la estalactita prisión. Había una distancia de diez metros.

—¡Valiant tiene razón! —musitó Jacob rodeando con la cuerda las manos de Clara—. Mira solo hacia arriba. Y quédate bajo el puente hasta que regresemos con Zorro.

La cuerda de oro era apenas un hilo de araña en la gigantesca cueva, y Clara trepó de una forma angustiosamente lenta. Jacob la siguió con la mirada hasta que alcanzó el puente y se agarró a uno de los puntales metálicos. Los enanos y los goyl eran conocidos por su habilidad para escalar, pero Jacob ni siquiera se sentía a gusto en las pendientes montañosas, por no hablar de la fachada de una construcción que colgaba cientos de metros sobre una ciudad enemiga. Por suerte, no tuvieron que escalar mucho. Valiant tenía razón. Habían encerrado a Zorro directamente encima de ellos.

Había adoptado su forma humana, y cuando Jacob se arrodilló a su lado, ella le rodeó con sus brazos y lloró como un bebé, mientras Valiant la liberaba de las cadenas.

—¡Me dijeron que me arrancarían la piel de zorro si me transformaba! —sollozó.

No había ni rastro de su ira.

—¡Está bien! —susurró Jacob pasándole la mano sobre el cabello rojo—. Todo irá bien.

¿Seguro, Jacob? ¿Cómo?

Por supuesto, Zorro advirtió la desesperación en su rostro.

—No has encontrado a Will... —musitó.

—Sí, pero se ha ido.

En el pasillo se oyó una puerta cerrarse. Valiant amartilló el fusil, pero los guardias sacaron a rastras a otro prisionero al corredor.

Zorro trepaba tan bien como el enano, y Clara pareció muy aliviada cuando ella y Jacob alcanzaron las vigas de hierro. Valiant saltó la barandilla del puente mientras Jacob frotaba la cuerda de Ruiponce entre los dedos hasta convertirla de nuevo en un pelo de oro. Transcurrió una eternidad hasta que el enano les hizo señas para que se acercaran a él. Debajo de ellos, sobre otro puente, marchaba una tropa goyl, y un tren de mercancías resopló humo sucio en la enorme cueva al cruzar el abismo. A excepción de dos pozos, a través de los cuales se filtraba un asomo de luz diurna, no había indicios que explicaran cómo se desembarazaban los goyl de los gases de escape

que su mundo producía. *Tu padre les habrá enseñado también cómo hacerlo*, pensó Jacob mientras recorría detrás de Valiant las planchas metálicas del puente. Pero de inmediato apartó aquel pensamiento. No quería pensar en su padre. Ni siquiera en Will. Solo quería regresar a la isla y olvidar, olvidar todo de nuevo: el jade, el agua de alondras y los puentes de hierro, que parecían llevar la firma de John Reckless.

—¿Qué hay de los caballos? —preguntó Jacob al enano cuando se ocultaron en uno de los pasajes abovedados que se extendían a lo largo de la pared de la cueva.

—Olvidalo —gruñó Valiant—. Los establos están demasiado cerca de la entrada principal. Hay muchos guardias.

—¿Significa eso que pretendes atravesar las montañas a pie?

—¿Tienes un plan mejor? —le respondió el enano en voz baja.

No, no lo tenía. Y esta vez, cuando pasaran junto a los guardianes ciegos, solo contarían con el fusil de Valiant y el cuchillo que le había llevado a Jacob..., no sin antes exigirle un tálero de oro.

Junto a él, Zorro se transformó de nuevo en una zorra, y Clara se apoyó sobre uno de los pilares mirando hacia el abismo como si su mente estuviera en otra parte. Quizá volvía a estar detrás del espejo, sentada con Will en la lóbrega cafetería del hospital. Sería un largo viaje de regreso y a cada metro recordaría que Will no estaba con ellos.

Ventanas y puertas tras cortinas de piedra arenisca. Casas como nidos de golondrinas. Ojos de oro por doquier. Para no llamar demasiado la atención, Valiant se llevó primero a Clara, mientras Jacob se ocultaba con Zorro entre las casas. Después el enano fue en busca de los demás, en tanto que Clara se escondía en algún rincón oscuro. Para los humanos, bajar las escarpadas calles y escaleras resultaba aún más duro que subirlas.

Valiant había repasado la letra sobre la frente de Jacob y caminaba con orgullo junto a Clara como si exhibiera a su recién estrenada esposa ante los goyl. Al igual que en el camino de ida, se encontraron con muchos soldados, y cada vez que pasaban junto a uno de ellos, Jacob esperaba oír un grito fuerte o sentir una mano de piedra agarrándolo. Pero nadie los detuvo, y, tras varias horas interminables, alcanzaron por fin la apertura a través de la cual habían visto por primera vez el interior de la cueva. Sin embargo, la suerte los abandonó cuando hubieron pasado el túnel.

Estaban tan exhaustos que permanecieron juntos, Clara apoyándose en Jacob, aunque las miradas que Zorro le lanzaba no le pasaron inadvertidas. Los primeros goyl con los que se encontraron regresaban de una cacería. Eran seis y llevaban consigo una jauría de lobos mansos que les seguían incluso a las cuevas más profundas. Dos mozos de cuadra conducían los caballos cargados con las presas: tres lagartos grandes, cuyas púas adornaban los cascos de la caballería de los goyl, y seis murciélagos, cuyos sesos eran, al parecer, una exquisitez. Los cazadores se limitaron a lanzarle un rápido vistazo a Jacob cuando pasaron junto a él con sus caballos, pero la patrulla goyl que emergió de repente de uno de los túneles laterales sintió más curiosidad. Estaba formada por tres soldados. Uno de ellos era un goyl de alabastro..., un color de piel característico de muchos de sus espías.

Cuando Valiant nombró al comerciante al que Jacob supuestamente pertenecía, los soldados cruzaron una rápida mirada. El goyl de alabastro sacó su pistola mientras le hacía saber a Valiant que su socio había sido encarcelado por comercio ilegal de minerales. Pero el enano fue más

rápido. Disparó al goyl de alabastro, que cayó del caballo, y Jacob lanzó su cuchillo al pecho del segundo soldado. Valiant había comprado el cuchillo en una de las tiendas que se apiñaban en el puente del palacio, y la hoja atravesó su piel de citrino como si fuera mantequilla. Jacob se estremeció al ser consciente de lo mucho que deseaba matarlos a todos. Zorro dio un brinco entre las patas del caballo del tercero, pero el goyl consiguió zafarse y huyó al galope antes de que Jacob pudiera sacar un arma del cinturón de uno de los muertos.

Valiant soltó una maldición que ni siquiera Jacob conocía, y mientras los cascos del caballo resonaban en la oscuridad, oyeron un sonido que hizo enmudecer de golpe incluso al propio enano. Sonaba como el canto de miles de grillos mecánicos en las rocas. Las paredes de piedra que los rodeaban cobraron vida. De agujeros y grietas salieron escarabajos, milpiés, arañas, cucarachas. En la cara les zumbaron polillas, mosquitos, típulas, libélulas. Se enredaban en sus cabellos y se escurrían bajo su ropa.

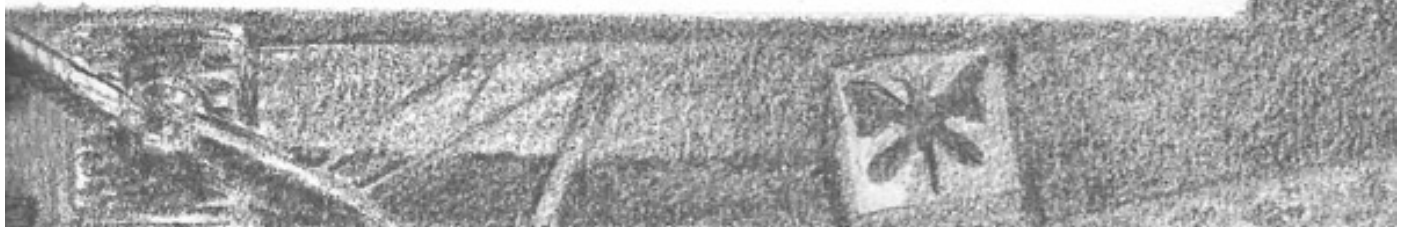
La alarma de los goyl había despertado a la tierra y su piel rocosa exhalaba vida..., una vida que se arrastraba, mordía y batía las alas.

Continuaron avanzando dando traspiés, casi ciegos en la oscuridad, agitando los brazos y pisando todo lo que se arrastraba hacia ellos. Ninguno recordaba de dónde habían llegado o adónde debían dirigirse. Las paredes que los rodeaban seguían chirriando y el haz de la linterna era un dedo de luz tanteador en la oscuridad. Jacob creyó oír cascos en la lejanía. Voces. Habían caído en una trampa, una trampa de infinitas ramas, y el miedo le hizo olvidar la desesperación que había sentido en la celda, despertando en él de nuevo las ganas de vivir. Solo vivir, nada más, salir a la luz y respirar.

Zorro aulló, y Jacob la vio desaparecer por una galería lateral. Una corriente de aire fresco le acarició el rostro cuando tiró de Clara. La luz caía sobre una escalera ancha, y allí estaban: los dragones sobre los que el barquero les había hablado. Pero estaban hechos de metal y madera, y eran los hermanos mayores de las maquetas que colgaban polvorientas sobre el escritorio de John Reckless.



41
Alas



La alarma todavía se escuchaba en la cuevahangar, pero al menos nada se arrastraba por sus paredes. Estaban pulidas y selladas, y un asomo de luz diurna brillaba a través de un ancho túnel. Dos goyl desarmados estaban de pie entre los aviones. Solo eran mecánicos, no soldados, y alzaron los brazos tan pronto como Valiant les apuntó con el fusil.

En sus rostros se evidenciaba el miedo a la muerte con la misma claridad que su mal afamada ira. Jacob los ató con cables que Clara encontró entre los aviones, pero uno se soltó y arremetió contra ellos con sus zarpas. Bajó las manos en cuanto Valiant amartilló el fusil, pero Jacob no podía dejar de pensar en las zarpas que habían desgarrado el cuello de Will. Nunca le había divertido matar, y ahora, la desesperación que le invadía desde que Will se había ido con el Hada Oscura le hacía sentir miedo de sus propias manos.

—No —susurró Clara quitándole el cuchillo de la mano.

Por un instante, este les unió con más fuerza que el agua de alondras, y ella comprendió la oscuridad que había en su interior.

Valiant se había olvidado de los goyl. Se había olvidado de todo. El enano no parecía ver ni oír nada, ni siquiera el chirrido de las paredes o las voces que atravesaban el túnel cada vez con más fuerza. Solo tenía ojos para los tres aviones.

—¡Oh, esto es maravilloso! —murmuró—. Mucho mejor que un dragón apestoso. Pero ¿cómo vuelan, y qué piensan hacer los goyl con ellos?

—Escupen fuego —respondió Jacob—. Como todos los dragones.

Se trataba de biplanos, similares a los que se habían construido a principios del siglo xx en Europa. Un gran salto hacia el futuro para el mundo del espejo..., mucho más sofisticado que lo que las fábricas de Schwanstein o los ingenieros de la emperatriz habían desarrollado. Dos de los aparatos parecían los monoplazas con que los pilotos de caza habían volado en la Primera Guerra Mundial, pero el tercero era una réplica del Junkers J4, un biplaza que había sido diseñado como bombardero y avión de reconocimiento. Jacob había hecho una maqueta del mismo avión con su padre.

Zorro no apartó la vista de él cuando se introdujo en la estrecha cabina del piloto.

—¡Baja! —le gritó—. Intentémoslo por el túnel. Nos llevará afuera. ¡Lo huelo!

Pero Jacob pasó la mano por los instrumentos de control y comprobó las válvulas. El Junkers era relativamente fácil de pilotar, pero difícil de maniobrar en tierra. *Lo sabes por un libro, Jacob, y por haber jugado con las maquetas de los aviones. No creerás en serio que eres capaz de hacerlo volar.* Había volado algunas veces con su padre, cuando John Reckless aún escapaba del otro mundo en avioneta y no a través del espejo, pero hacía tanto tiempo de aquello que le parecía tan irreal como el hecho de haber tenido alguna vez un padre.

La alarma resonaba de forma estridente en la cueva, como grillos espantados al despertar en un prado recién segado.

Jacob hizo subir la presión del combustible. ¿Dónde estaba el arranque?

Valiant lo miraba boquiabierto.

—¡Espera! ¿Puedes hacer volar esa cosa?

—¡Claro! —respondió Jacob con naturalidad, como si estuviera convenciéndose a sí mismo.

—Demonios. ¿Dónde has aprendido?

Zorro lanzó un aullido de advertencia a Jacob.

Las voces se hicieron más intensas en el exterior. Se acercaban.

Clara subió precipitadamente a Valiant a una de las alas. Zorro se apartó del avión, pero, sin pensárselo dos veces, Clara la agarró de la pata y subió con ella a la cabina del piloto.

Los dedos de Jacob encontraron el botón de arranque.

El motor se encendió. La hélice comenzó a girar, y mientras Jacob revisaba de nuevo los instrumentos de control, creyó ver las manos de su padre realizando las mismas maniobras. En otro mundo. En otra vida. *¡Fíjate, Jacob! Un fuselaje de aluminio en una estructura metálica. Únicamente el timón sigue siendo de madera.* John Reckless no había mostrado nunca tanta pasión como cuando hablaba de viejos aviones. O de armas.

Zorro saltó hacia delante junto a Jacob y se inclinó temblando detrás de sus piernas.

Máquinas. El sonido del metal. Movimientos de ingeniería. Magia mecánica para aquellos que no tenían pelaje ni alas.

Jacob pilotó el avión hacia el túnel. Sí, ciertamente era difícil de manejar en el suelo. Solo confiaba en que hacerlo volar resultara más fácil.

Cuando el aparato entró en el túnel rodando, sonaron disparos a sus espaldas. El ruido del motor resonaba entre las paredes rocosas. El aceite salpicó el rostro de Jacob y un ala estuvo a punto de rozar las rocas. *Más rápido, Jacob.* Aceleró, aunque no por ello fuera más fácil mantenerse alejado de las paredes del túnel, y respiró cuando el pesado aparato salió disparado sobre una pista de despegue cubierta de gravilla. Sobre ellos, un sol pálido emergió entre nubarrones. El ruido de los motores rompió el silencio, y una bandada de cornejas alzó el vuelo desde los árboles cercanos, aunque por suerte se mantuvieron alejadas de la hélice.

Asciende, Jacob. Zorro hace crecer su pelo, tu hermano tiene la piel de piedra y ahora tú tienes alas.

Magia ingeniera.

Su padre había llevado dragones metálicos a través del espejo. Y al igual que entonces, cuando Jacob había encontrado la hoja de papel en uno de sus libros, la idea de que John Reckless había vuelto a dejar algo a su hijo mayor no lo abandonó.

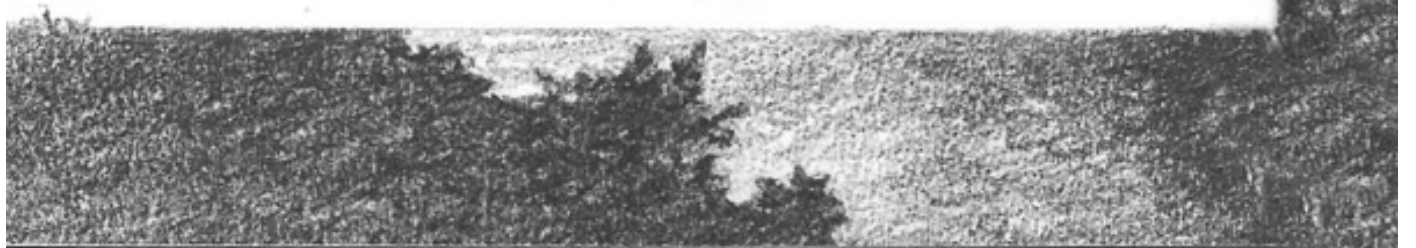
El avión subió cada vez más alto y Jacob vio a sus pies carreteras y vías de ferrocarril que desaparecían, a través de arcos de construcción maciza, en el interior de una montaña. Pocos años atrás, la entrada a la fortaleza de los goyl había sido una grieta natural al pie de la montaña. Ahora, lagartos de jade adornaban las puertas y el flanco de la montaña estaba engalanado con el escudo de armas del rey, que Kami'en había elegido tan solo un año atrás: la silueta de una polilla negra sobre una superficie de cornalina. El sol dibujó el contorno del avión bajo las alas de la polilla negra cuando Jacob pasó volando junto al escudo de armas.

Le había robado al rey de los goyl su dragón. Pero ni siquiera eso podría devolverle a su hermano.



42

Dos caminos



De vuelta. Sobrevolaron el río donde las loreleys habían estado a punto de devorarlos, las montañas donde Jacob había muerto, la tierra saqueada donde la princesa dormía entre rosas y la granja abandonada en la que Will había contemplado por primera vez a los goyl como a sus iguales... En escasas horas, el Junkers recorrió los kilómetros para los que habían necesitado más de una semana. A Jacob, sin embargo, el viaje le resultó igual de largo, pues cada kilómetro hacía más irrevocable la pérdida de su hermano.

«Jacob, ¿dónde está Will?». De niño, había perdido a Will más de una vez cuando iban de compras o al parque, porque le había dado vergüenza que lo vieran de la mano de su hermano menor. Tan pronto soltaba sus pequeños dedos, Will se iba tras una ardilla, un perro vagabundo o una corneja. Una vez Jacob lo buscó durante horas hasta que lo encontró a la puerta de una tienda, con los ojos hinchados de tanto llorar. Pero en esta ocasión ya no había sitios donde poder buscarlo, no había caminos que desandar para reparar su error: un descuido.

Jacob siguió las vías de ferrocarril que se dirigían hacia el este con la esperanza de que lo llevaran hasta Schwanstein. A pesar de que no volaba a demasiada altura, hacía un frío terrible en la cabina abierta del piloto, y el viento soplaba continuamente de un modo tan insidioso bajo las alas revestidas de aluminio que Jacob olvidó el remordimiento y se limitó a luchar con el balanceante aparato. A su espalda, el enano profería maldiciones cada vez que el avión perdía altura, aunque con seguridad se sentía feliz de compartir con Clara el estrecho asiento trasero, y Zorro emitía cada vez con más frecuencia un aullido lastimoso. Clara era la única que guardaba silencio; quizá dejaba que el viento se llevara flotando lo sucedido en los últimos días.

Volar.

Era como si ambos mundos se hubieran fundido. Como si el espejo hubiera dejado de existir. Si los dragones se convertían en aviones, ¿qué sería lo siguiente?

Esa clase de pensamientos no eran los más apropiados para controlar un biplano, en especial cuando se hacía por primera vez. El humo ascendente de una locomotora le impidió ver de pronto. Jacob elevó el avión demasiado rápido y el Junkers se precipitó sobre la tierra como si de golpe hubiera recordado que en realidad provenía de otro mundo. Zorro se encogió de miedo con un gemido, y el chisporroteo del motor apenas podía distinguirse entre las maldiciones de Valiant.

Por supuesto. ¿Cómo has podido confiar en algo que construyó tu padre, Jacob?

Sintió los dedos de Clara clavándose en sus hombros. ¿Cuál sería su último pensamiento? ¿El rostro de jade de Will o las alondras muertas?

No consiguió averiguarlo.

Una ráfaga de viento amortiguó la caída del gimiente aparato y Jacob pudo enderezarlo antes de que rozara las primeras copas de los árboles. El avión se balanceó como un pájaro herido, pero logró posar las ruedas sobre una ladera fangosa. El timón se rompió con el impacto. Una de las alas se hizo pedazos al chocar contra un árbol y el fuselaje se desgarró al deslizarse sobre el terreno rocoso, pero finalmente se detuvieron. El motor se extinguió emitiendo un último estertor..., si bien ellos seguían con vida.

Valiant bajó deprisa y gimiendo hasta el ala que quedaba y de inmediato vomitó a los pies de un árbol. El enano se había golpeado la nariz y una rama había herido la mano de Clara, pero, por lo demás, estaban sanos y salvos. Zorro se alegró tanto de sentir el suelo firme bajo sus patas que

se abalanzó sobre el primer conejo que alzó la cabeza entre la hierba.

La zorra lanzó a Jacob una mirada de alivio cuando a su izquierda divisó la colina con la ruina. Efectivamente, no se encontraban muy lejos de Schwanstein. Pero Jacob contempló las vías que se extendían como una costura férrea al pie de la ladera en dirección sur, no solo hasta Schwanstein, sino lejos, mucho más lejos..., hasta Vena, la capital de la emperatriz. Creyó ver ante sus ojos los cinco puentes, el palacio, las torres de la catedral...

—¡Reckless! ¿Me oyes? —preguntó Valiant limpiándose la sangre de la nariz con la manga—. ¿Cuánto queda?

—¿Qué? —dijo Jacob con la mirada fija aún en las vías.

—Hasta tu casa. ¡A mi árbol de oro!

Jacob no respondió. Miró hacia el este, donde, entre los cerros, emergió el tren que los había hecho estrellarse. Humo blanco y hierro negro.

—Zorro —dijo arrodillándose junto a ella. Su pelaje seguía desmelenado por el viento—. Quiero que lles a Clara de vuelta a la ruina. Regresaré en unos días.

No le preguntó adónde quería ir. Zorro lo miró como si lo supiera desde hacía tiempo. Siempre había sido así. Lo conocía mejor de lo que él mismo se conocía. Pero Jacob advirtió que estaba cansada de sentir temor por él. Y la ira regresó. No le había perdonado el agua de alondras ni el hecho de que hubiera entrado en la fortaleza sin ella. Y ahora volvía a dejarla atrás. *¡Ríndete de una vez!*, decían sus ojos.

Sabes que no puedo, Zorro.

Jacob se incorporó.

El tren creció devorando praderas y campos a su paso. Zorro contempló la locomotora como si la muerte estuviera sentada en ella.

Diez horas hasta Vena. *¿Y después qué, Jacob?* Ni siquiera sabía cuándo tendría lugar la boda, pero no quería pensar. Sus pensamientos eran de jade.

Descendió tambaleándose la ladera. Valiant le gritó algo, pero Jacob no se volvió. El aire se inundó del humo y el ruido del tren. Corrió más deprisa, sus manos se agarraron al metal, sus pies encontraron apoyo en un estribo.

Diez horas. Tiempo suficiente para dormir y olvidarlo todo. Salvo lo que el Hada Roja le había revelado acerca de su hermana oscura.



43

Perro y lobo



Tranvías, carruajes, carros, jinetes. Trabajadores, mendigos y burgueses. Criadas con delantales almidonados, soldados y enanos que se dejaban transportar por sus sirvientes humanos a través del gentío. Jacob no había visto nunca antes las calles de Vena tan concurridas, y necesitó casi una hora para desplazarse desde la estación de tren hasta el hotel en el que siempre se alojaba cuando visitaba la capital. Las habitaciones tenían más en común con las cámaras del tesoro de un Barbazul que con los modestos cuartos de la taberna de Chanute, pero de vez en cuando a Jacob le gustaba dormir en una cama con dosel. Además, solía pagar a una de las criadas para que le tuviera siempre lista y recién planchada ropa limpia que le serviría incluso para una audiencia en palacio. La muchacha no hizo ninguna mueca cuando le entregó sus prendas de vestir cubiertas de sangre y suciedad. Estaba acostumbrada a encontrar ese tipo de manchas en su ropa.

Las campanas de la ciudad dieron las doce cuando Jacob se puso en camino hacia el palacio. Las paredes de muchas de las casas estaban garabateadas con grafitis anti-goyl sobre los carteles con la foto de los novios. Rivalizaban con los pomposos titulares que los repartidores de periódicos anunciaban en cada esquina: «Paz eterna...», «Evento histórico...», «Dos ricos poderosos...», «Nuestros pueblos...». La misma predilección por las grandes palabras a ambos lados del espejo.

El propio Jacob había posado un año atrás para el fotógrafo de la corte que había inmortalizado a los novios. El hombre hacía bien su trabajo, pero la princesa no se lo ponía fácil. La belleza que había proporcionado el lirio de las hadas a Amalie von Austrien era fría como la porcelana, y su rostro, tan inexpresivo en vivo como en los carteles. El de su prometido, por el contrario, parecía de fuego pétreo incluso en las fotos.

La multitud que se agolpaba delante del palacio era tan numerosa que Jacob tuvo que forcejear para poder llegar hasta la puerta forjada. Los guardias imperiales le apuntaron con sus bayonetas tan pronto como se aproximó a ellos, pero afortunadamente descubrió entre uno de los yelmos con plumas un rostro conocido: Justus Kronsberg, el hijo más joven de unos aristócratas rurales. Su familia debía su riqueza a los enjambres de elfos que habitaban los prados de su padre, con cuyos hilos y cristales se adornaban tantos vestidos de la corte.

La emperatriz solo admitía en su guardia imperial a soldados que midieran al menos dos metros, y el joven hijo de Kronsberg no era una excepción. Justus Kronsberg sobrepasaba a Jacob en media cabeza, aparte del yelmo, pero su escaso bigote no podía ocultar que siguiera teniendo cara de niño.

Hacía muchos años, Jacob había protegido a uno de los hermanos de Justus de una bruja que se había enfadado mucho cuando este rechazó a su hija. Desde entonces, su padre le enviaba todos los años en agradecimiento suficiente cristal de elfo para los botones de toda su ropa, aunque el rumor de que el exquisito cristal protegiera contra los zancudos saltarines y los pulgarcitos no estaba demostrado.

—¡Jacob Reckless! —exclamó el más joven de los Kronsberg en el suave dialecto que se hablaba en los pueblos cercanos a la capital—. Precisamente ayer alguien me contó que los goyl te habían matado.

—¿En serio?

Jacob se tocó el pecho en un acto reflejo. La huella de la polilla aún le teñía la piel.

—¿Dónde han alojado al novio? —preguntó cuando Kronsberg le abrió la puerta—. ¿En el ala norte?

Los demás guardianes lo observaron desconfiados.

—¿Dónde si no? —respondió Kronsberg bajando la voz—. ¿Regresas de algún encargo? He oído que la emperatriz ha ofrecido treinta táleros de oro por un saco de deseos tras saber que el rey Pico de Tordo se ha jactado de poseer uno.

Un saco de deseos. Chanute poseía uno. Jacob le acompañaba el día en que se lo robó a un zancudo saltarín. Pero ni siquiera Chanute era lo suficientemente inconsciente como para dejar un objeto así en manos de una emperatriz. Bastaba con pronunciar el nombre de un enemigo para que el saco lo hiciera desaparecer sin dejar huella. El rey Pico de Tordo se había deshecho de ese modo de cientos de hombres.

Jacob dirigió su mirada al balcón donde la emperatriz presentaría la pareja de novios a sus súbditos al día siguiente.

—No, no estoy aquí por el saco de deseos —respondió—. Traigo un regalo para la novia. Saluda a tu hermano y a tu padre de mi parte.

Justus Kronsberg estaba visiblemente decepcionado con tan pocas noticias; sin embargo, abrió a Jacob la puerta que daba al primer patio del palacio. A fin de cuentas su hermano le debía no haber acabado convertido en sapo en el fondo de algún pozo, o, algo que muchas brujas preferían en los últimos tiempos, en un felpudo o una bandeja para su juego de té.

La última vez que Jacob había estado en palacio había sido tres meses atrás, cuando fue llamado para verificar la autenticidad de una nuez mágica en las salas con los tesoros de la emperatriz. Los amplios patios parecían sencillos comparados con lo que había visto en la fortaleza de los goyl, y los edificios que los circundaban tenían un aspecto apagado a pesar de sus balcones de cristal y sus caballetes dorados, en contraste con el palacio colgante. Pero la magnificencia del interior seguía siendo extraordinaria.

Los emperadores de Austrien no habían escatimado en gastos, especialmente en el ala norte. A fin de cuentas había sido construida para exhibir ante sus invitados la riqueza y el poder del imperio. Frutos y flores de oro trepaban por las columnas del vestíbulo. El suelo era de simple mármol blanco, los goyl sabían también más de mosaicos que sus enemigos, y las paredes estaban pintadas con frescos que descubrían las maravillas de Austrien: las montañas más altas, las ciudades más antiguas y los castillos más espectaculares. La ruina que albergaba el espejo estaba aún representada en todo su viejo esplendor, y Schwanstein era una estampa de ensueño a sus pies. Ni las carreteras ni las vías de ferrocarril surcaban las colinas pintadas. En su lugar, estas rebosaban de criaturas que los antepasados de la emperatriz habían cazado con pasión: gigantes y brujas, señores de las aguas y loreleys, unicornios y ogros.

A lo largo de la escalera que conducía a las plantas superiores colgaban cuadros menos pacíficos. El padre de la emperatriz los había mandado pintar: batallas navales y campales, batallas de estío y de invierno, batallas contra su hermano en Lorena, contra su primo en Albión, contra enanos rebeldes o los príncipes lobo en el este. Cualquier visitante, viniera de donde viniera, encontraba con seguridad un cuadro que representara a su nación en guerra con el imperio. Y, por supuesto, él era siempre el derrotado. Los goyl eran los primeros en subir las escaleras sin

tener que contemplar a sus antepasados aniquilados en guerra alguna, pues desde las primeras batallas libradas con los humanos habían sido los vencedores sin excepción.

Los dos guardianes que fueron al encuentro de Jacob en la escalera no lo detuvieron a pesar de que iba armado, y el sirviente que los seguía apresuradamente le saludó inclinando la cabeza con respeto. Todos los del ala norte conocían a Jacob Reckless, pues Therese von Austrien solía llamarlo para que condujera a los invitados insignes a través de las salas con los tesoros y les narrara historias reales e irreales a propósito de los allí expuestos.

Los goyl habían sido alojados en la segunda planta, la más espléndida. Jacob divisó a sus centinelas en cuanto acechó el primer pasillo. Lo miraron, pero Jacob se hizo el despistado y se dirigió a la izquierda, donde, junto a la escalera, había una sala en la que la emperatriz daba testimonio de su interés por el ancho mundo exhibiendo los recuerdos de viaje de su familia.

Como Jacob había supuesto, la sala estaba desierta. Los goyl no sentían curiosidad alguna por la gorra de piel de troll que el bisabuelo de la emperatriz había traído desde Jetland o las botas de leprechaun de Albión; y lo que los libros que cubrían las paredes contaran sobre sus iguales, con certeza no sería nada lisonjero.

El ala norte estaba bastante alejada de los aposentos en los que la emperatriz residía, lo que concedía a sus invitados la ilusión de no ser observados. Pero detrás de las paredes había una red de pasillos secretos desde los que se podía espiar cualquier habitación, y en algunos casos incluso entrar en ellas. Jacob había realizado de este modo algunas visitas nocturnas a la hija de un embajador. Se accedía a los pasillos a través de puertas camufladas, y una de ellas se ocultaba detrás de un recuerdo de Lorena. La cortina estaba adornada con perlas halladas en estómagos de pulgarcitos, y la puerta que ocultaba la pesada tela parecía formar parte del revestimiento de madera.

Jacob tropezó con el cuerpo de una rata muerta al entrar en el oscuro pasillo. La emperatriz ordenaba envenenarlas con frecuencia, pero los roedores adoraban sus pasadizos secretos. Cada tres metros había una mirilla en la pared, cada una del tamaño de la uña de un dedo pulgar, que habían sido disimuladas al otro lado con adornos de estuco o falsos espejos. En la primera habitación en la que Jacob miró, una criada limpiaba el polvo de los muebles. En la segunda y la tercera, los goyl habían instalado oficinas provisionales, y en un acto reflejo, Jacob contuvo la respiración al ver a Hentzau detrás de una de las mesas. Pero no había ido hasta allí por él.

En los oscuros corredores olía a cerrado, y el opresivo espacio le aceleró el corazón. El canto de una doncella y un tintineo de vajilla atravesaron las finas paredes, y Jacob apagó de inmediato la linterna cuando de repente oyó a alguien toser justo delante de él. Por supuesto. Therese von Austrien ordenaba espiar a todos sus invitados. ¿Por qué no iba a hacerlo con su mayor enemigo, aunque fuera a entregarle a su hija por esposa?

Una lámpara de gas resplandecía frente a él. Alumbraba a un hombre de tal palidez que parecía haber pasado toda su vida en los pasillos sin luz. Jacob se ocultó en la oscuridad conteniendo la respiración hasta que el espía imperial pasó junto a él arrastrando los pies y desapareció a través de la puerta camuflada. Si iba en busca de relevo, no le quedaba mucho tiempo.

El espía había estado observando la habitación que Jacob buscaba. Reconoció la voz del Hada Oscura antes de verla a través del diminuto agujero. Solo algunas velas iluminaban la estancia.

Las cortinas estaban corridas, pero la luz del sol se filtraba bajo el brocado oro pálido, y ella permanecía junto a una de las ventanas cubiertas, como queriendo proteger a su amado de la luz. Su piel resplandecía incluso en la habitación oscurecida, como piedra de luna convertida en carne.

No la mires, Jacob.

El rey de los goyl estaba en la puerta. Fuego en la oscuridad. Jacob creyó percibir su impaciencia a través de la pared.

—Me pides que crea en una leyenda.

Cada palabra llenaba la habitación. Su voz delataba su fuerza... y su capacidad para refrenarla.

—Debo admitir que me divierte que los que exigen que regresemos arrastrándonos al interior de la tierra crean en ella, pero no esperes que yo sea tan ingenuo. Ningún hombre puede lograr lo que el mejor ejército no es capaz de conseguir, únicamente por el color de su piel. Ni soy invencible ni ningún goyl de jade hará que lo sea. Ni siquiera esta boda me proporcionará la paz durante mucho tiempo.

El hada quiso responder algo pero él la interrumpió.

—Hay sublevaciones en el norte, y en el este solo hay tranquilidad porque prefieren matarse entre ellos. En el oeste, el rey Pico de Tordo se deja sobornar mientras rearma a sus tropas a mis espaldas, por no mencionar a su primo en la isla. Al goyl de ónix no le gusta el color de mi piel. Mis fábricas de municiones no producen a la misma velocidad con la que disparan mis soldados. Los hospitales militares están repletos y los partisanos han volado dos de mis raíles más importantes. Por lo que puedo recordar, no había nada de eso en los cuentos que me narraba mi madre. Deja que el pueblo crea en el goyl de jade y en piedras de la suerte. Pero entretanto el mundo está hecho de hierro.

Apoyó la mano en el picaporte y contempló las bisagras de oro que embellecían la hoja de la puerta.

—Los humanos hacen cosas magníficas —murmuró—. Solo me pregunto por qué están tan obsesionados con el oro. La plata es mucho más hermosa.

—Prométeme que estará a tu lado —dijo el hada levantando su mano y convirtiendo todo el oro de la oscura habitación en plata—. Incluso cuando le des el sí. ¡Por favor!

—¡Es un goyl humano! Por lo que respecta a mis oficiales, ni siquiera el jade puede engañarlos. Y es más inexperto que cualquiera de mis escoltas.

—¡Pero, en cualquier caso, los ha vencido a todos! Prométemelo.

La amaba. Jacob lo adivinó en su rostro. Tanto que sintió miedo.

—Tengo que irme —dijo volviéndose, pero cuando quiso abrir la puerta, esta no le obedeció—. ¡Déjalo! —le espetó al hada.

Ella bajó la mano y la puerta se abrió de golpe.

—Promételo —volvió a decir—. ¡Por favor!

Pero su amado se marchó sin responder, y ella se quedó sola.

¡Ahora, Jacob!

Buscó a tientas una puerta secreta, pero sus dedos no encontraron nada excepto una pared de madera, y el hada se dirigió a la puerta a través de la cual su amado la había abandonado. *Vamos, Jacob. Aún está sola. ¡Fuera habrá guardianes!* Quizá pudiera echar abajo la pared de una patada.

¿Y después? El simple ruido alertaría a una decena de goyl. Jacob seguía en el estrecho pasillo sin saber lo que debía hacer cuando un soldado goyl entró en la oscura habitación del hada.

Piel de jade.

Era la primera vez que Jacob veía a su hermano con el uniforme gris. Will lo llevaba puesto como si no hubiera usado nunca otra vestimenta. Nada en él recordaba que había sido humano. Quizá sus labios eran algo más voluminosos, y sus cabellos un poco más finos que los de los goyl, pero el propio cuerpo de su hermano hablaba otro lenguaje. Y miraba al hada como si ella fuera el principio y el fin del mundo.

—He oído que has desarmado al mejor escolta de Kami'en —dijo acariciando el rostro de Will. El rostro que su magia había convertido en jade.

—No es ni la mitad de bueno de lo que se cree.

Su hermano no había hablado nunca de aquella forma. Will nunca mostró ganas de pelear o de medir sus fuerzas con alguien. Ni siquiera con su hermano.

El Hada Oscura sonrió cuando Will envolvió casi con ternura el puño del sable con sus dedos. Dedos de piedra.

Te lo haré pagar, pensó Jacob mientras se ahogaba en odio y en un dolor impotente. *Y tu hermana ha establecido el precio.*

Se había olvidado por completo del espía. El hombre abrió espantado los ojos cuando la luz de su lámpara hizo visible la silueta de Jacob. Este le golpeó la sien con la linterna y sujetó el cuerpo desplomado, pero uno de sus escuálidos hombros rozó la pared de madera y la lámpara de gas cayó al suelo antes de que Jacob pudiera atraparla.

—¿Qué ha sido eso? —oyó preguntar al hada.

Jacob apagó la lámpara y contuvo la respiración.

Pasos.

Tanteó la pistola hasta que recordó quién se aproximaba a la pared de madera.

Will la derribó de una patada como si fuera de cartón, y Jacob no aguardó a que su hermano se abriera paso a través de la madera astillada. Retrocedió tambaleándose hasta la puerta camuflada mientras el Hada Oscura llamaba a los guardianes.

Detente, Jacob. Pero nada le hacía sentir tanto miedo como los pasos que lo seguían. Seguramente Will veía igual de bien en la oscuridad que Zorro. Y estaba armado.

Sal de la oscuridad, Jacob. En ella juega con ventaja. Arrancó la cortina al salir tambaleándose a través de la puerta camuflada.

La súbita luz cegó a Will, que levantó el brazo para protegerse el rostro. Jacob le golpeó la mano arrancándole el sable.

—¡Deja la espada donde está, Will!

Le apuntó con la pistola. Pero Will se agachó a recoger el sable. Jacob intentó pisarle la mano para que lo soltara, pero esta vez su hermano fue más rápido. *¡Te matará, Jacob! ¡Dispara!* Pero era incapaz. El rostro seguía siendo el mismo, aunque fuera de jade.

—¡Will, soy yo!

Will le golpeó la cara con la cabeza. La nariz de Jacob sangró, y solo a duras penas consiguió apartar el sable de su hermano a un lado antes de que la cuchilla le atravesara el pecho. El

siguiente golpe de Will le abrió el antebrazo. Peleaba como un goyl: sin vacilar, de una forma fría y precisa, el temor borrado por la cólera. «*He oído que has desarmado al mejor escolta de Kami'en*». «*No es tan bueno como se cree*». Un golpe más. *Defiéndete, Jacob*.

Hoja contra hoja, metal pulido en lugar de las espadas de juguete con las que habían luchado de niños. Cuánto tiempo. Sobre ellos la luz del sol prendía las flores de cristal de una lámpara de araña, y el motivo de la alfombra recogía la danza ritual de unas brujas celebrando la primavera. Will respiraba con dificultad. Ambos jadeaban con tal intensidad que solo se percataron de la llegada de la guardia imperial cuando esta ya les apuntaba con sus fusiles. Will se apartó de los uniformes blancos y Jacob se colocó delante de él en un gesto reflejo de protección, como siempre había hecho. Pero su hermano no necesitaba su ayuda. Los goyl también los habían encontrado. Llegaron a través de la puerta camuflada. Uniformes grises detrás, blancos frente a ellos. Will solo bajó el sable cuando uno de los goyl se lo ordenó con un tono estridente.

Hermanos.

—¡Este hombre ha intentado entrar en los aposentos del rey!

El oficial era un goyl de ónix y dominaba el lenguaje del imperio prácticamente sin acento. Will no apartó la mirada de Jacob mientras este se situaba a su lado. El mismo rostro, y, sin embargo, se parecía tan poco al de su hermano como un perro a un lobo. Jacob le volvió la espalda. No soportaba seguir mirándolo.

—Jacob Reckless —dijo tendiéndole el sable a la guardia imperial—. He de hablar con la emperatriz.

El guardia que cogió el sable susurró unas palabras al oficial. Quizá en alguno de los pasillos colgaba aún el retrato de Jacob que la emperatriz había encargado después de que este consiguiera para ella el zapato de cristal.

Will siguió a Jacob con la mirada cuando la guardia se lo llevó detenido. *Olvida que tenías un hermano, Jacob. Él también lo ha olvidado.*



44

La emperatriz



Hacia mucho tiempo que Jacob no visitaba la sala de audiencias de la emperatriz. Incluso cuando él o Chanute habían llevado los encargos que les había ordenado buscar durante años, casi siempre era uno de sus enanos el que negociaba el pago o les comunicaba una nueva petición. La emperatriz solo concedía audiencias en persona cuando el encargo, como en el caso del zapato de cristal o la ¡Mesita, ponte!, conllevaba un peligro especial y la historia que lo acompañaba contenía la suficiente sangre y angustia mortal. Therese von Austrien habría sido una buena cazadora de tesoros de no haber sido la hija de un emperador.

Estaba sentada tras su escritorio cuando la guardia hizo entrar a Jacob. La seda de su vestido estaba bordada con cristal de elfo, y tenía el mismo color amarillo oro que las rosas que había sobre su escritorio. Su belleza era legendaria, pero la guerra y la derrota estaban marcadas en su rostro. Las líneas de la frente se habían hecho más profundas, las ojeras más oscuras, y su mirada se había enfriado aún más.

Uno de sus generales y tres ministros estaban delante de las ventanas, a través de las cuales se podían contemplar los tejados y las torres de la ciudad, así como las montañas que los goyl ya habían conquistado. El ayudante, apoyado junto al busto del penúltimo emperador, reconoció a Jacob al darse la vuelta. Donnersmarck. Había acompañado a Jacob en tres expediciones de la emperatriz. Dos de ellas habían resultado un éxito y habían reportado a Jacob mucho dinero, y a Donnersmarck una condecoración. Eran amigos, aunque la mirada que le lanzó a Jacob no lo revelaba en absoluto. En su uniforme blanco pendían algunas condecoraciones más que en su último encuentro, y cuando se acercó al general, Jacob vio que arrastraba la pierna izquierda. En comparación con la guerra, la búsqueda de tesoros era un placer inofensivo.

—Has entrado sin autorización en palacio. Has amenazado a mis invitados. Has golpeado a mi espía y lo has dejado inconsciente —dijo la emperatriz dejando a un lado el portaplumas y haciéndole señas al enano que estaba junto a su escritorio para que se acercara.

Este no apartó la vista de Jacob mientras le retiraba la silla a la emperatriz. Los enanos del emperador de Austrien habían evitado a lo largo de los siglos más de una decena de atentados, y Therese von Austrien seguía teniendo al menos tres de ellos a su servicio. Por lo visto, podían competir incluso con los gigantones.

Auberon, el favorito de la emperatriz, le arregló el vestido antes de que diera la vuelta al escritorio. Seguía tan delgada como una muchacha.

—¿Qué significa todo esto, Jacob? ¿Acaso no recibiste el encargo de encontrar el reloj de arena? En su lugar, te bates en duelo en mi palacio con el escolta de mi futuro yerno.

Jacob bajó la cabeza. No le gustaba que la miraran a los ojos.

—No tenía elección. Me atacó y yo me defendí.

Su antebrazo seguía sangrando. La nueva firma de su hermano.

—¡Entregadlo, Majestad! —dijo uno de los ministros—. O mejor aún: mandadlo matar para demostrar vuestro deseo de paz.

—Qué disparate —respondió la emperatriz irritada—. Como si esta guerra no me hubiera costado ya bastante. ¡Es el mejor buscador de tesoros que tengo! Mejor aún que Chanute.

Se aproximó tanto a Jacob que este pudo oler su perfume. Al parecer lo mezclaba con amapola mágica. Quien inhalaba con demasiada intensidad el perfume acataba cualquier orden,

considerándola una decisión propia.

—¿Te ha pagado alguien? —preguntó ella—. ¿Alguien a quien no le agrada esta paz? Dale un recado de mi parte: a mí tampoco me gusta.

—¡Majestad! —exclamaron los ministros mirando alarmados hacia la puerta como si los goyl estuvieran escuchando detrás de ella.

—¡Oh, callaos! —espetó la emperatriz—. El precio de esta paz es mi hija.

Jacob miró a Donnersmarck, pero este evitó su mirada.

—Nadie me ha pagado —respondió—. Y mi presencia no guarda relación con vuestra paz. Estoy aquí por el hada.

El rostro de la emperatriz se volvió casi tan inexpresivo como el de su hija.

—¿El hada?

Intentó sonar indiferente, pero su voz la delató. Odio y aversión. Jacob percibió ambos sentimientos en su tono de voz. Y enfado. Enfado por temer tanto al hada.

—¿Qué quieres de ella?

—Conseguid que pueda reunirme con ella durante cinco minutos. No os arrepentiréis. ¿O acaso le agrada a vuestra hija que su novio haya traído a su amada oscura con él?

Cuidado, Jacob. Pero estaba demasiado desesperado para ser precavido. El hada le había robado a su hermano. Y quería recuperarlo.

La emperatriz cruzó una mirada con su general.

—Igual de irrespetuoso que su maestro —dijo—. Chanute hablaba a mi padre con ese mismo tono impertinente.

—Solo cinco minutos —repitió Jacob—. ¡Su maleficio os ha costado la victoria! ¡Y miles de súbditos!

Ella lo miró pensativa.

—¡Majestad! —dijo el general, pero enmudeció de golpe cuando ella le lanzó una mirada de advertencia.

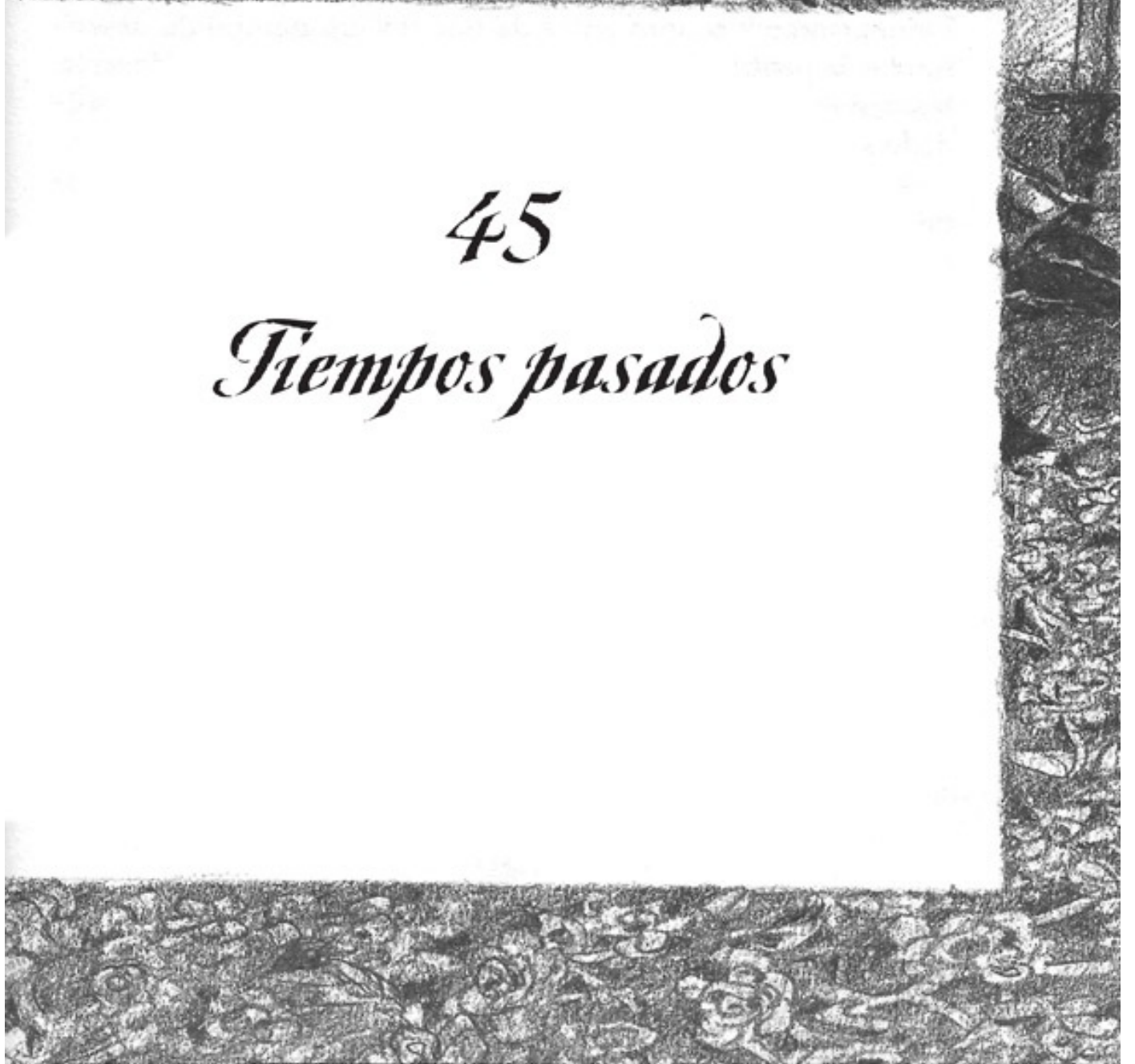
Se dio la vuelta y regresó a su escritorio.

—Llegas demasiado tarde —dijo a Jacob por encima del hombro—. Ya he firmado el acuerdo. Di a los goyl que ha inhalado polvo de elfo —ordenó mientras uno de los guardias agarraba el brazo de Jacob—. Llévalo a la puerta y da la orden de que no le vuelvan a permitir la entrada. Y Jacob... —gritó cuando los enanos abrieron las puertas—, olvida el reloj de arena. Quiero un saco de deseos.



45

Tiempos pasados



Jacob no sabía cómo encontrar el camino de regreso al hotel. En todos los escaparates por los que pasaba creía ver el rostro desfigurado de su hermano a causa del odio, y cada mujer con la que se cruzaba se transformaba en el Hada Oscura.

Era imposible que todo hubiera acabado. La encontraría. En la boda. O en la estación, cuando subiera con los recién casados a su tren negro ónix. O en el palacio colgante, a pesar de las serpientes.

Jacob ya no estaba seguro de lo que, ahora, le impulsaba: el deseo de venganza, la esperanza de poder recuperar aún a Will o simplemente su orgullo herido.

En el vestíbulo del hotel aguardaban, entre maletas y pajes presurosos, los huéspedes recién llegados. Todos habían acudido a la boda. Entre ellos había incluso algunos goyl. Atraían más miradas que la más joven de las hermanas de la emperatriz. Había viajado sin su esposo principesco desde el este y llevaba puesto un abrigo de piel negro, como si estuviera de luto por el matrimonio de su sobrina.

Por lo que sabía Jacob, la ceremonia se celebraría a la mañana siguiente en la catedral en la que Therese von Austrien también se había casado, y antes de ella su padre.

La camarera le había remendado y lavado la ropa, y Jacob la llevaba debajo del brazo cuando abrió la puerta de su habitación. Dejó caer el fardo tan pronto como vio al hombre delante de la ventana, pero Donnersmarck se volvió antes de que sacara la pistola. El blanco inmaculado de su uniforme parecía querer hacer olvidar que el lodo y la sangre eran los colores de un soldado.

—¿Existe alguna habitación a la que el ayudante de la emperatriz no tenga acceso? —preguntó Jacob mientras recogía la ropa y cerraba la puerta tras de sí.

—La habitación secreta de un Barbazul. En ella tus dones son más útiles que mi uniforme.

Donnersmarck se acercó a Jacob cojeando.

—¿Qué estás tramando contra el Hada Oscura?

No se habían visto desde hacía casi un año, pero haber logrado escapar juntos de un Barbazul o buscar el pelo de un diablo creaba un vínculo difícil de romper. Jacob había sobrevivido con Donnersmarck a todo ello y a algunas cosas más. Habían buscado en vano el pelo del diablo, pero Donnersmarck lo había protegido del lobo pardo que custodiaba el zapato de cristal, y Jacob lo había salvado del golpe de una ¡Estaca, fuera del saco!

—¿Qué le ha pasado a tu pierna?

Donnersmarck se detuvo frente a él.

—¿Tú qué crees? Ha habido una guerra.

A través de la ventana se oía el estruendo de los carruajes, el relinchar de los caballos y las maldiciones de los cocheros. No se diferenciaba tanto del otro mundo. Pero sobre un ramo de rosas que reposaba en la mesilla de noche junto a la cama zumbaban dos elfos del tamaño de un abejorro. Muchos hoteles los dejaban revolotear por las habitaciones porque su polvo proporcionaba dulces sueños.

—He venido a formularte una pregunta. Seguramente puedes imaginar quién me ha encomendado el encargo.

Donnersmarck espantó una mosca de su blanco uniforme.

—Si te concedieran esos cinco minutos, ¿seguiría el rey de los goyl teniendo a su amada?

Jacob necesitó varios segundos para asimilar lo que había escuchado.

—No —respondió finalmente—. No la volvería a ver jamás.

Donnersmarck lo examinó como si tratara de leerle el pensamiento. Finalmente señaló el cuello de Jacob.

—Ya no llevas colgado el medallón. ¿Has hecho las paces con su hermana roja?

—Sí. Y me ha desvelado lo que hace vulnerable al Hada Oscura.

Donnersmarck se ajustó el sable. Dominaba la esgrima, pero probablemente la pierna rígida le dificultaba ahora su práctica.

—Has hecho las paces con una de las hermanas para declararle la guerra a la otra. Así sucede siempre con la paz, ¿no es cierto? Siempre contra alguien, siempre sembrando la semilla para la siguiente guerra.

Se acercó cojeando hasta la cama y se acomodó en el borde del colchón.

—Entonces solo nos queda el porqué. Sé que esta guerra te es indiferente. Por tanto, ¿por qué quieres arriesgarte a que el Hada Oscura acabe contigo?

—El goyl de jade que custodia a su rey es mi hermano.

Estas palabras lo hacían parecer aún más real.

Donnersmarck se frotó la pierna herida.

—No sabía que tuvieras un hermano. Aunque, pensándolo bien..., desconozco muchas cosas de ti.

Miró hacia la ventana.

—Sin el hada habríamos ganado esta guerra.

No, no lo habríais hecho, pensó Jacob. Porque su rey sabe más de guerra que todos vosotros juntos. Porque mi padre le ha enseñado a construir los mejores fusiles. Porque ella ha convertido a los enanos en sus aliados. Y porque atizáis su ira desde hace siglos.

Donnersmarck también sabía todo aquello. Pero resultaba más cómodo culpar al hada. Se levantó y volvió a acercarse a la ventana.

—Todas las noches, después de la puesta de sol, visita los jardines imperiales. Kami'en los manda inspeccionar antes, pero sus hombres no lo hacen a fondo. Saben que nadie es capaz de hacerle daño.

Se dio la vuelta.

—¿Qué pasa si no hay nada que pueda ayudar a tu hermano? ¿Qué pasa si continúa siendo uno de ellos?

—Uno de ellos se casará pronto con la hija de tu emperatriz.

Donnersmarck no respondió. Fuera, en el pasillo, se oyeron voces. Donnersmarck aguardó a que se extinguieran.

—Te enviaré a dos de mis hombres tan pronto como oscurezca. Ellos te llevarán a los jardines.

Pasó cojeando junto a Jacob, pero se detuvo de nuevo en la puerta.

—¿Te la he llegado a enseñar? —preguntó acariciando una de las condecoraciones de su chaqueta, una estrella con el sello de la emperatriz en el centro—. Me la concedieron después de que encontráramos el zapato de cristal. Después de que *tú* lo encontraras.

Lanzó una mirada a Jacob.

—He venido con mi uniforme. Confío en que sepas lo que eso significa. Pero me considero tu amigo, aunque sé que no te gusta utilizar esa palabra. No importa lo que sepas sobre el Hada Oscura... Lo que planeas es un suicidio. Sé que huiste de su hermana y que sobreviviste a ello. Pero esta hada es distinta. Es más peligrosa que todo aquello con cuanto te has tropezado hasta ahora. Ve mejor en busca del saco de deseos o el árbol de la vida. El caballo de fuego, un hombre cisne..., lo que sea. Envíame de regreso al palacio con el mensaje de que has cambiado de parecer. Haz las paces. Como todos deberíamos hacer.

Jacob vio una advertencia en su mirada. Y un ruego, pero él sacudió la cabeza.

—Estaré aquí cuando oscurezca.

—Por supuesto que estarás —respondió Donnersmarck.

Y cruzó la puerta.



46

La hermana oscura



Había pasado una hora desde la puesta de sol, pero en el pasillo al que daba la habitación de Jacob reinaba el silencio, y ya temía que Donnersmarck estuviera intentando protegerlo de sí mismo cuando por fin llamaron a la puerta. Pero en ella no aparecieron soldados imperiales, sino una mujer.

Al principio Jacob apenas reconoció a Zorro. Llevaba puesto un abrigo negro sobre su vestido y se había recogido el cabello.

—Clara quería ver a tu hermano una última vez.

Su voz no sonaba a calles iluminadas sino a bosque y al pelaje de la zorra.

—Ha persuadido al enano para que la acompañe mañana a la boda —dijo pasándose la mano sobre el abrigo—. Estoy ridícula, ¿no es cierto?

Jacob tiró de ella hacia el interior de la habitación y cerró la puerta.

—¿Por qué no has disuadido a Clara?

—¿Por qué debería hacerlo?

Se sobresaltó cuando ella le tocó su brazo herido.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Clara dice que estás buscando al Hada Oscura. ¿Es así, Jacob? —le preguntó sujetándole el rostro entre sus manos; unas manos tan pequeñas como las de una niña—. ¿Es cierto?

Los ojos marrones lo miraron directamente al corazón. Zorro sabía siempre cuándo le estaba mintiendo, pero esa vez tenía que conseguir engañarla o lo seguiría, y Jacob sabía que podría perdonarse todo, salvo perderla por su culpa.

—Es cierto. Es lo que pensaba hacer —dijo—. Pero he visto a Will. Tenías razón. Se ha acabado.

Créeme, Zorro. Por favor.

Volviéron a llamar a la puerta. Esta vez eran los hombres de Donnersmarck.

—¿Jacob Reckless?

Los dos soldados que estaban frente a la puerta eran prácticamente de la misma edad que Will.

Jacob arrastró a Zorro hasta el pasillo.

—Me voy a emborrachar con Donnersmarck. Si quieres, puedes ir mañana con Clara a la boda. Yo tomaré el primer tren hacia Schwanstein.

Zorro lo miró a él y luego a los soldados. Con certeza el Hada Oscura estaba ya en los jardines imperiales.

No le creyó. Jacob lo adivinó en su rostro. ¿Cómo podía creerlo? Nadie lo conocía mejor. Ni siquiera él mismo. Parecía tan vulnerable vestida con aquella ropa humana..., pero lo seguiría. Daba igual lo que le contara.

Zorro no pronunció palabra alguna cuando siguieron a los soldados hasta el ascensor. Seguía irritada por el agua de alondras. Y su cólera aumentaría enseguida.

—No estás ridícula con ese abrigo —le dijo cuando se detuvieron delante del ascensor—. Estás muy guapa, pero preferiría que no hubieras venido.

—No debe seguirme —dijo a los soldados—. Uno de vosotros debe quedarse con ella.

Zorro intentó transformarse, pero Jacob la agarró del brazo. Piel con piel, esto detenía al

pelaje. Desesperada, intentó zafarse, pero Jacob no la soltó y le dio a uno de los soldados la llave de su habitación. A pesar de su rostro aniñado, era ancho como un armario, y con suerte la vigilaría bien.

—Procura que no abandone mi habitación antes de mañana —le encargó—. Y ten cuidado, es muy hábil transformando su figura.

El soldado no parecía especialmente feliz por el encargo recibido, pero asintió con la cabeza y agarró a Zorro del brazo. La desesperación en su mirada dolía, pero la simple idea de perderla resultaba aún más dolorosa.

—¡Te matará!

Sus ojos se ahogaron en rabia y lágrimas.

—¡Quizá! —respondió Jacob—. Pero no serviría de nada que hiciera lo mismo contigo.

El soldado la arrastró hasta la habitación. Ella se resistió como habría hecho la zorra, y estuvo a punto de zafarse una vez en la puerta.

—¡Jacob! ¡No vayas!

Aún seguía oyendo su voz cuando el ascensor se detuvo en el vestíbulo, y, de hecho, por un instante quiso volver a subir únicamente para borrarle la ira y el miedo del rostro.

• • •

El otro soldado se sentía visiblemente aliviado de que Jacob no le hubiera encomendado a él vigilar a Zorro, y Jacob se enteró, de camino al palacio, de que procedía de un pueblo del sur, continuaba encontrando excitante la vida de soldado y, al parecer, no tenía la menor idea de con quién deseaba encontrarse Jacob en los jardines imperiales.

La gran puerta que había en la parte trasera del palacio solo se abría al pueblo una vez al año. Su guía tardó una eternidad en descorrer el cerrojo y Jacob echó de menos la llave mágica y los otros objetos que había perdido en la fortaleza de los goyl. En cuanto Jacob hubo cruzado la puerta, el soldado volvió a echar la cadena, pero se quedó de espaldas al portón. A fin de cuentas, Donnersmarck querría saber si Jacob volvía a salir de los jardines.

A lo lejos se oían los ruidos de la ciudad: carruajes y caballos, borrachos, vendedores ambulantes y los gritos de los serenos. Pero tras los muros de los jardines solo se escuchaba el murmullo de las fuentes de la emperatriz y, en los árboles, el canto de los ruiseñores artificiales que Therese había recibido de una de sus hermanas en su último cumpleaños. Algunas ventanas del palacio seguían iluminadas, pero en los balcones y escaleras reinaba un silencio fantasmal a pesar de ser la víspera de una boda imperial, y Jacob intentaba no preguntarse dónde estaría Will en ese momento.

Era una noche fría. Sus botas dejaban oscuras huellas sobre la superficie de césped cubierta de escarcha, pero la hierba amortiguaba el ruido de sus pasos mejor que los caminos de guijarros. Jacob no tuvo que buscar las huellas del Hada Oscura. Sabía dónde estaba. En el corazón de los jardines imperiales había un estanque cuya superficie estaba tan densamente cubierta de lirios como el lago de las hadas, y, al igual que allí, los sauces se inclinaban sobre el agua oscura.

El hada se hallaba en la orilla y la luz de las estrellas se clavaba en su cabello. Las dos lunas

acariciaban su piel, y Jacob sintió que su odio se ahogaba en su belleza. Pero el recuerdo del rostro petrificado de Will hizo que volviera rápidamente en sí.

Ella se dio la vuelta al oír sus pasos, y él apartó el abrigo negro para que se viera la camisa blanca que había debajo, tal y como su hermana le había aconsejado. «*Blanco como la nieve. Rojo como la sangre. Negro como el ébano*». Aún faltaba un color.

El Hada Oscura soltó su cabello rápidamente y sus polillas salieron zumbando hacia él, pero Jacob se hizo un corte en el brazo con el cuchillo y se limpió la sangre sobre la camisa blanca. Las polillas regresaron vacilando, como si les hubiera quemado las alas.

—Blanco, rojo y negro... —dijo mientras limpiaba la hoja del cuchillo en la manga—. Los colores de Blancanieves. Mi hermano siempre se refería a ellos así. Le gustaba mucho el cuento. ¿Quién habría supuesto que poseían tanto poder?

—¿Cómo sabes lo de los tres colores? —preguntó el hada retrocediendo un paso.

—Tu hermana me lo ha desvelado.

—¿Te desvela nuestros secretos en pago por haberla abandonado?

No la mires, Jacob. Es demasiado hermosa.

El hada se quitó los zapatos y se acercó más al agua. Jacob sentía su poder tan claramente como el frío de la noche.

—Por lo visto, lo que has hecho tú es más difícil de perdonar —respondió él.

—Sí, siguen escandalizadas porque me fui —dijo riéndose en voz baja mientras las polillas volvían a deslizarse por su cabello—. Pero no puedo imaginar lo que mi hermana esperaba conseguir revelándote lo de los tres colores. Como si necesitara a las polillas para matarte.

Retrocedió hasta que el agua del estanque cubrió sus pies descalzos, y la noche comenzó a centellear y a zumbar como si el propio aire se transformara en agua negra.

Jacob tenía dificultades para respirar.

—Quiero recuperar a mi hermano.

—¿Por qué? Solo lo he convertido en lo que siempre debió ser —dijo el hada echándose el cabello hacia atrás—. ¿Sabes lo que pienso? Que mi hermana sigue demasiado enamorada de ti como para matarte ella misma. ¡Así que te ha enviado a mí!

Jacob percibía que su belleza le hacía olvidarlo todo, el odio que le había llevado hasta allí, el amor por su hermano, a sí mismo.

¡No la mires, Jacob!

Agarró su brazo herido para que el dolor lo protegiera. El dolor de la espada de su hermano. Apretó con fuerza hasta que la sangre corrió por su mano, y volvió a ver el rostro deformado por la ira de Will. Su hermano perdido.

El Hada Oscura se acercó a él.

Sí, acércate más.

—¿Eres realmente tan arrogante como para pensar que puedes venir a mí con exigencias? —preguntó sin apartarse de su lado—. ¿Crees que porque un hada no puede resistírsete estamos todas condenadas a enamorarnos de ti?

—No. No es eso —respondió Jacob.

Sus ojos se agrandaron cuando él la agarró de su blanco brazo. La noche comenzaba a tejer una

red alrededor de su boca, pero él pronunció su nombre antes de que ella pudiera paralizarle la lengua.

El Hada Oscura lo apartó y alzó las manos como si aún pudiera detener las fatales sílabas. Pero sus dedos ya empezaban a convertirse en ramas y sus pies echaban raíces. Su cabello se transformó en hojas, su piel en corteza, y su grito sonó como el viento entre las hojas de un sauce.

—Un hermoso nombre —dijo Jacob acercándose a las ramas colgantes—. Lástima que solo se pueda pronunciar en vuestro reino. ¿Se lo has desvelado alguna vez a tu amado?

El sauce gimió, y su tronco se inclinó sobre el estanque, como si llorara sobre su propio reflejo.

—Le diste a mi hermano una piel de piedra. Yo te doy una de corteza. Se trata de un trato justo, ¿no crees? —dijo Jacob cerrando el abrigo sobre la camisa manchada de sangre—. Ahora iré en busca de Will. Y si su piel sigue siendo de jade regresaré y quemaré tus raíces.

Jacob no podía decir de dónde provenía la voz del hada. Quizá solo estuviera en su mente, pero la oía tan claramente como si le estuviera susurrando cada palabra al oído:

—Libérame y le devolveré a tu hermano su piel humana.

—Tu hermana me dijo que harías esa promesa. Y que no debía creerte.

—¡Tráemelo y te lo demostraré!

—Tu hermana me aconsejó hacer otra cosa más.

Jacob metió la mano entre las ramas y cogió un puñado de hojas plateadas.

El sauce suspiró cuando las envolvió en su pañuelo.

—Debería llevarle estas hojas a tu hermana —dijo Jacob—, pero creo que las conservaré y las canjearé por la piel de mi hermano.

El estanque era un espejo de plata, y la mano con la que había tocado el brazo del hada parecía congelada.

—Te lo traeré —dijo—. Esta misma noche.

Un escalofrío recorrió el follaje del sauce.

—¡No! —susurraron las hojas—. ¡Kami'en lo necesita! Ha de permanecer a su lado hasta que la boda acabe.

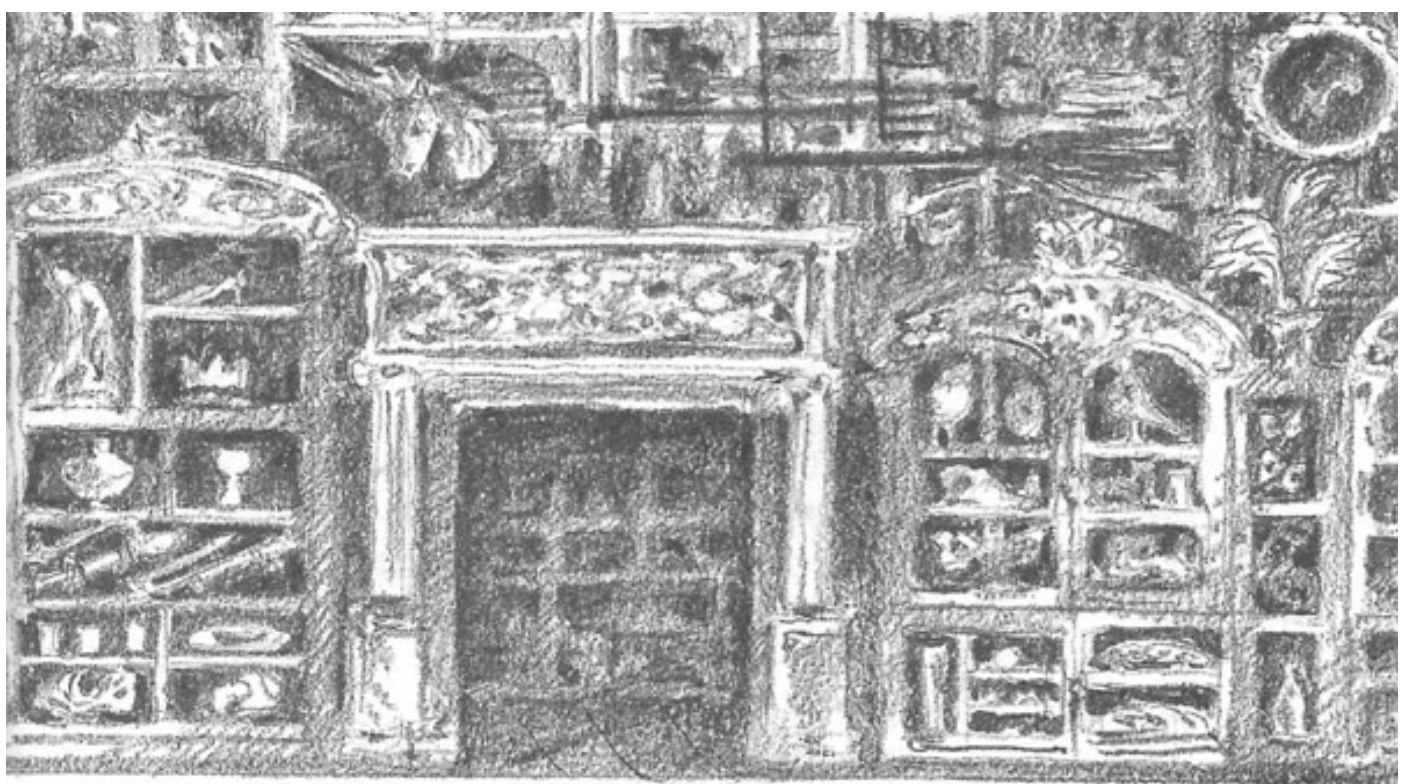
—¿Por qué?

—Prométemelo o no te ayudaré.

Jacob seguía oyendo su voz cuando el estanque desapareció tras una maraña de arbustos.

—¡Prométemelo!

Una y otra vez.



47

*Las salas con
los tesoros*



Te lo traeré. Pero ¿cómo? Durante al menos una hora, Jacob permaneció detrás de las cuadras que había entre los jardines y el palacio, con la mirada fija en las ventanas del ala norte. Allí seguía habiendo luz, luz de vela, tal como preferían los goyl. En un momento determinado creyó ver al rey detrás de una de las ventanas. Aguardando a su amada. En la víspera de su boda.

Te lo traeré. Pero ¿cómo, Jacob?

Un juego de niños le dio la respuesta.

Una bola sucia que había entre los cubos con los que los mozos de cuadra abrevaban a los caballos. *Por supuesto, Jacob. La bola de oro.*

Él mismo se la había vendido a la emperatriz tres años atrás. La bola era uno de sus tesoros favoritos y se encontraba en una de las salas que los guardaban. Pero ningún guardián le permitiría la entrada en palacio, y los goyl le habían arrebatado la baba invisible.

Le costó otra hora encontrar uno de los caracoles que producían aquella baba. Los jardineros imperiales mataban a todos los que se cruzaban en su camino, pero finalmente Jacob descubrió dos bajo el musgoso borde de una fuente. Sus conchas ya empezaban a ser visibles, y su baba actuó tan pronto como la frotó debajo de la nariz. No era mucha, pero suficiente para una o dos horas.

Ante la entrada que utilizaban los proveedores y mensajeros solo había un guardián apoyado en el muro, y Jacob logró deslizarse a hurtadillas en el interior sin despertarlo de su duermevela.

En las cocinas y en los lavaderos se trabajaba también de noche, y una de las fatigadas criadas se quedó petrificada cuando sus hombros invisibles la rozaron. Pero enseguida alcanzó la escalera que alejaba a los criados y conducía hasta los señores. Sintió cómo su piel se entumecía por haber utilizado la baba solo unos días antes, pero afortunadamente aún no sufría parálisis.

Las salas con los tesoros estaban ubicadas en el ala sur, la parte más nueva del palacio. Las seis dependencias que ocupaban estaban revestidas de lapislázuli, pues se decía que aquella piedra debilitaba la potencia mágica de los artilugios que en ellas se exhibían. La familia imperial había sentido siempre predilección por los objetos mágicos de aquel mundo, y había logrado poseer tantos como había podido. Pero fue el padre de la actual emperatriz quien finalmente decretó que la existencia de cualquier objeto, animal o humano con poderes mágicos debía comunicarse a las autoridades. A fin de cuentas, no resultaba sencillo gobernar un mundo en el que un árbol de oro convertía a los pordioseros en príncipes y en el que animales parlantes susurraban sentencias rebeldes a los obreros forestales.

No había guardias delante de las puertas doradas. El abuelo de la emperatriz había encargado su fabricación a un orfebre que había aprendido su oficio de una bruja. En los árboles, que extendían sus ramas de oro por las hojas de las puertas, había entremezcladas ramas de árboles de brujas, y quien abría las puertas sin conocer su secreto era atravesado por las ramas. Salían disparadas como lanzas apenas se rozaba el picaporte, y al igual que los árboles del Bosque Negro, apuntaban primero a los ojos. Pero Jacob sabía cómo abrirlas sin ponerse en peligro.

Se aproximó a las puertas sin rozar los picaportes. Entre las hojas forjadas, el orfebre había camuflado un pájaro carpintero. Tan pronto como Jacob vaheó el oro, su plumaje se volvió tan vistoso como las alas de un pájaro vivo y las puertas se abrieron de golpe de una forma tan silenciosa como si las hubiera empujado una ráfaga de viento.

Las salas con los tesoros de la emperatriz.

El primer salón estaba repleto, en su mayor parte, de animales mágicos que habían sido cazados por la familia imperial. Cuando Jacob recorrió las vitrinas que protegían los cuerpos disecados del polvo y las polillas, sus ojos de cristal parecieron seguirle. Un unicornio. Conejos alados. Un lobo pardo. Hombres cisne. Cornejas mágicas. Caballos parlantes. Por supuesto, también había una zorra. No era tan grácil como Zorro, pero, en cualquier caso, Jacob no fue capaz de mirarla.

La segunda sala contenía artilugios de brujas. Aquí no se diferenciaba a las sanadoras de las devoraniños. Cuchillos que habían desprendido la carne humana de los huesos yacían junto a una aguja que sanaba heridas con un pinchazo y plumas de búhos que devolvían la vista a los ciegos. Había dos escobas sobre las que las brujas volaban tan deprisa y alto como los pájaros, y galletas de las casitas mortales de sus hermanas devoraniños.

En las vitrinas del tercer salón se habían expuesto escamas de ninfas y de señores de las aguas; cuando se colocaban debajo de la lengua, permitían bucear larga y profundamente. Pero también había escamas de dragón de todos los tamaños y colores. Casi en cada rincón de aquel mundo existían rumores sobre supuestos ejemplares que aún seguían con vida. El propio Jacob había visto en el cielo del norte sombras que se parecían sospechosamente al cuerpo momificado que se mostraba en la cuarta sala. Solo la cola ocupaba media pared, y los inmensos dientes y garras hicieron que Jacob se sintiera agradecido de que la familia imperial hubiera exterminado la especie.

La bola de oro que buscaba reposaba sobre un cojín de terciopelo negro en la quinta sala. Jacob la había encontrado en la cueva de un señor de las aguas junto a la hija secuestrada de un panadero. Apenas era más grande que un huevo de gallina, y la descripción prendida al terciopelo evocaba el cuento del otro mundo que hablaba de una bola de oro: «Originalmente el juguete favorito de la hija menor de Leopoldo el Bondadoso, con el que encontró a su prometido (más tarde Wenceslao II) y lo liberó del embrujo que lo había convertido en sapo».

Pero aquella no era toda la verdad. La bola era una trampa. Todo aquel que la atrapaba era arrastrado a su interior y solo podía ser liberado cuando se abrillantaba el oro.

Jacob abrió la vitrina con el cuchillo, y por un instante estuvo tentado de llevarse algunos objetos más con el fin de rellenar el cofre que guardaba en su taberna Chanute, pero la emperatriz ya se disgustaría bastante solo con la bola. Jacob estaba metiéndosela en el bolsillo del abrigo cuando las luces de gas de la primera sala llamearon. Su cuerpo comenzaba a ser visible de nuevo, y se ocultó precipitadamente tras una vitrina en la que había una vieja bota de siete leguas de piel de salamandra que Chanute le había vendido al padre de la emperatriz (la otra estaba en las salas de los tesoros del rey de Albión). Resonaron pasos a través de las dependencias, y finalmente Jacob oyó que alguien intentaba abrir las vitrinas. Pero no podía ver de quién se trataba y tampoco se atrevía a moverse por miedo a que sus pasos lo delataran. Quienquiera que fuese, no permaneció mucho tiempo allí. La luz se apagó, las pesadas puertas se cerraron y Jacob volvió a quedarse solo en la oscuridad.

Sentía náuseas a causa de la baba, pero no pudo resistirse a recorrer todas las vitrinas para descubrir la razón por la que aquel otro visitante nocturno había llegado hasta allí. Faltaban la

aguja sanadora de la bruja, dos garras de dragón, que según decían protegían de las lesiones, y un trozo de piel de un señor de las aguas, a la que se atribuía el mismo efecto. Jacob no podía explicárselo, y finalmente se dio por satisfecho pensando que la emperatriz querría entregarle al novio como regalo de boda algunos objetos mágicos, para asegurarse de que no fuera sustituido pronto por un goyl menos dispuesto a la paz.

Cuando las puertas doradas volvieron a cerrarse a sus espaldas, Jacob tenía tantas náuseas que estuvo a punto de vomitar. Sufría calambres, los primeros indicios de la parálisis que la baba podía provocar, y los pasillos del palacio eran interminables. Jacob decidió seguirlos hacia los jardines. Los muros que los separaban de la calle eran elevados, pero el pelo de Ruiponce no lo dejó en la estacada tampoco esta vez. Al menos había conservado algo útil.

El hombre de Donnersmarck seguía delante de la puerta, pero no reparó en Jacob cuando este salió a hurtadillas de allí. Su cuerpo seguía siendo tan borroso como el de un espíritu, y un sereno que hacía su ronda nocturna por las calles dejó caer el farol del susto al verlo.

Por suerte se había vuelto lo suficientemente visible cuando alcanzó el hotel. Cada paso resultaba más agotador y apenas podía mover los dedos. Con esfuerzo, logró llegar hasta el ascensor, y únicamente cuando se detuvo ante la habitación se acordó de Zorro.

Tuvo que llamar con tal fuerza a la puerta que dos huéspedes asomaron sus cabezas desde sus habitaciones antes de que el soldado por fin la abriera. Jacob pasó junto a él tambaleándose, se dirigió al cuarto de baño y vomitó. No se veía a Zorro por ningún lado.

—¿Dónde está? —preguntó Jacob cuando regresó.

Tuvo que apoyarse en la pared para que las piernas no le fallaran.

—¡La he encerrado en el armario! —respondió el soldado, tendiéndole en un gesto de queja la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado—. ¡Me ha mordido!

Jacob lo empujó hacia el pasillo.

—Dile a Donnersmarck que he resuelto lo que le prometí.

Extenuado, se apoyó en la puerta. Uno de los elfos que seguía zumbando alrededor de la habitación le echó polvo plateado sobre su hombro. *Dulces sueños, Jacob.*

Zorro llevaba puesto su pelaje y mostró los dientes cuando abrió el armario. Si se sentía aliviada de verlo, lo disimulaba bien.

—¿Ha sido el hada? —preguntó al ver su camisa manchada de sangre mientras contemplaba con el rostro impasible cómo intentaba quitársela en vano.

Ahora, los dedos de Jacob se habían vuelto rígidos como la madera.

—Huelo a baba invisible —dijo Zorro lamiéndose el pelaje, como si siguiera sintiendo el lugar por donde el soldado la había sujetado.

Jacob aprovechó que aún podía, para sentarse en la cama. Sus rodillas también se iban poniendo rígidas.

—Ayúdame, Zorro. Mañana tengo que ir a la boda y apenas puedo moverme.

Ella lo examinó durante tanto tiempo que Jacob empezaba a sospechar que había perdido el habla.

—Un buen mordisco quizá podría ayudarte —dijo finalmente—. Y debo admitir que te lo daría con sumo gusto. Pero antes has de explicarme lo que te propones.



48

Planes de boda

La primera aurora asomó sobre los tejados de la ciudad. La emperatriz no había dormido. Había aguardado hora tras hora, pero cuando finalmente uno de los enanos condujo a Donnersmarck a su sala de audiencias, su rostro disimuló toda aquella espera y esperanza tras una máscara de polvo.

—Lo ha hecho. Kami'en ya ha ordenado buscarla, pero si Jacob dice la verdad no la encontrarán.

Donnersmarck no parecía muy feliz con las nuevas que traía, pero el corazón de Therese latió más deprisa, pues aquella era exactamente la noticia que había esperado.

—Bien —dijo pasándose la mano por el cabello.

Comenzaba a encanecer, pero se lo teñía de oro como el de su hija. Ahora podría conservarla. Al igual que su trono. Y su orgullo.

—Dad las órdenes previstas.

Donnersmarck hundió la cabeza como hacía siempre que desaprobaba una de sus órdenes.

—¿Qué?

—Podéis matar a su rey, pero sus ejércitos se encuentran a escasos veinte kilómetros.

—Sin Kami'en y el hada están perdidos.

—Uno de los goyl de ónix lo sustituirá.

—¡Y negociará la paz! Los goyl de ónix solo desean reinar bajo tierra.

Ella misma oía la impaciencia en su voz. No quería pensar, solo actuar. Antes de que pasara la oportunidad.

—Pero sus ciudades subterráneas están atestadas. Y su pueblo querrá vengarse. ¡Idolatan a su rey!

Era tan terco... Y estaba harto de la guerra. Pero ninguno era tan listo como él. Ni más incorruptible.

—No lo volveré a repetir. ¡Dad las órdenes previstas!

Le hizo señas al más joven de sus enanos para que se acercara.

—Tráeme el desayuno. Estoy hambrienta.

El enano desapareció a toda prisa y Donnersmarck permaneció en el mismo lugar.

—¿Qué pasa con su hermano?

—¿Qué ha de pasar con él? Es el escolta del rey. Confío, pues, en que muera con él. ¿Has traído los objetos para mi hija?

Donnersmarck lo colocó todo sobre la mesa en la que, de niña, había comido a menudo mientras observaba cómo su padre sellaba acuerdos y sentencias de muerte. Ahora, ella llevaba el anillo de sello.

Una aguja sanadora, una garra de dragón y la piel de un señor de las aguas. Therese von Austrien se acercó a la mesa y pasó la mano sobre las escamas verde mate que una vez habían cubierto la mano de un señor de las aguas.

—Haz que cosan la garra y la piel en el vestido de novia de mi hija —ordenó a la doncella que estaba esperando junto a la puerta—. Y dale la aguja al médico que aguarda en la sacristía.

Donnersmarck le alcanzó la otra garra.

—Esta es para vos.

Ejecutó un saludo militar y se volvió.

—¿Qué pasa con Jacob? ¿Lo has arrestado?

Donnersmarck se detuvo como si ella hubiera lanzado un cadáver en su camino. Pero cuando se dio la vuelta su rostro era tan inexpresivo como el de ella.

—El soldado que lo ha estado esperando delante de la puerta dice que no ha vuelto a salir. En el palacio tampoco lo hemos encontrado.

—¿Y? ¿Habéis vigilado su hotel?

La miró a los ojos, pero ella no pudo leer su mirada.

—Sí. Tampoco está allí.

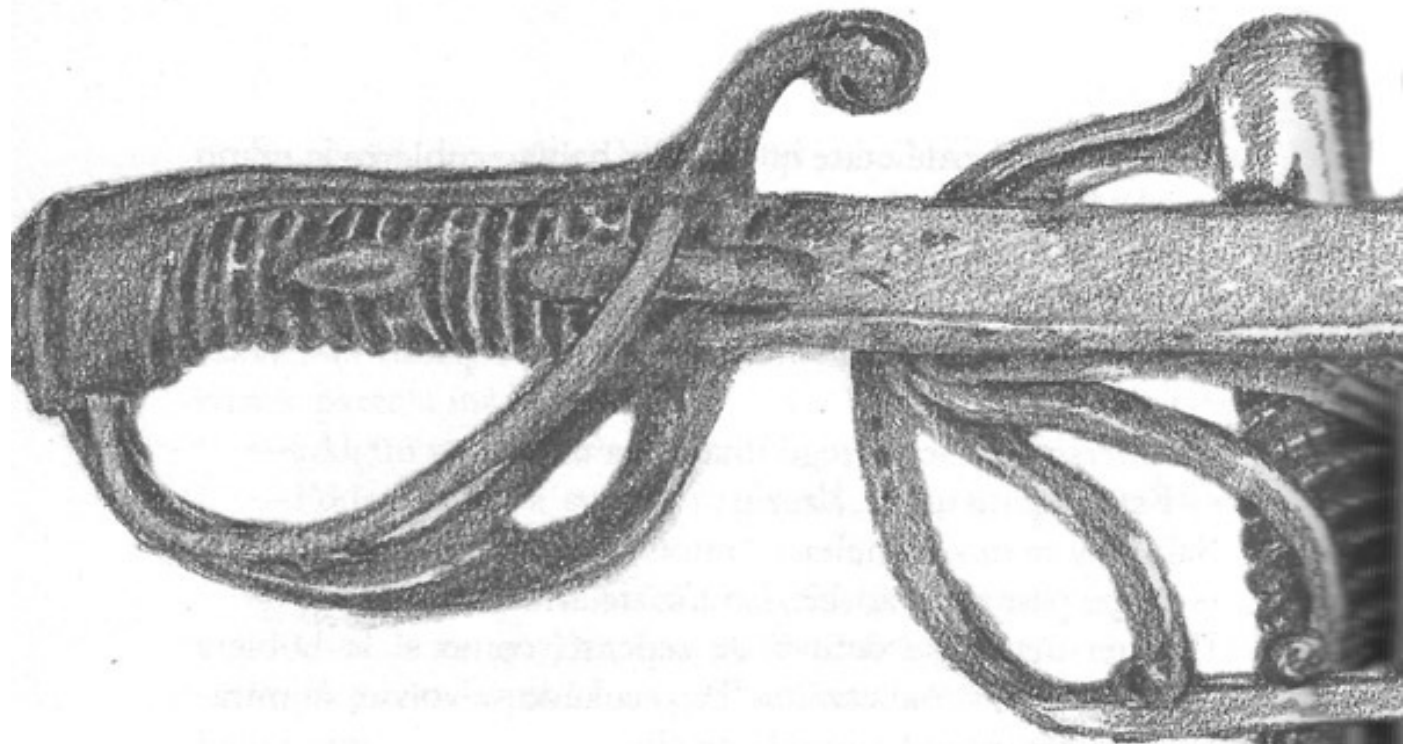
La emperatriz acarició la garra de dragón que tenía en su mano.

—Encuétralo. Tú sabes cómo es. Podrás liberarlo en cuanto la boda acabe.

—Será demasiado tarde para su hermano.

—Ya es demasiado tarde para él. Es un goyl.

El enano regresó con el desayuno. Fuera amanecía y la noche se había llevado consigo al Hada Oscura. Hora de reclamar lo que la magia del hada le había robado. ¿Quién desea la paz cuando se puede obtener la victoria?



49

Uno de ellos



Will intentaba no escuchar. Era la sombra del rey, y las sombras eran sordas y mudas. Pero Hentzau hablaba tan alto que resultaba difícil ignorarlo.

—Sin el hada no os puedo proteger. ¡Las tropas auxiliares que he pedido no podrán llegar antes de esta noche y la emperatriz lo sabe!

Kami'en se abotonó la chaqueta: ningún frac para el novio, simplemente el uniforme gris oscuro. Su segunda piel. Los había derrotado con él y desposaría a una de ellos con él. El primer goyl que tomaba una mujer humana por esposa.

—Majestad, ¿no es típico de ella desaparecer sin decir palabra!

En la voz de Hentzau se advertía algo que Will no había escuchado nunca en ella. Miedo.

—Al contrario. Es muy típico de ella —el rey dejó que Will le alcanzara el sable—. Odia nuestra costumbre de tomar varias esposas, aunque le he explicado muchas veces que ella tiene derecho también a tener tantos hombres como desee.

Se ciñó el sable al cinturón con adornos de plata y se acercó al espejo que pendía junto a la ventana. El reluciente cristal le recordó algo a Will. ¿Pero qué?

—Probablemente lo haya planeado así desde un principio y por eso te ordenó buscar el goyl de jade para mí. Y si está en lo cierto... —dijo el rey mirando a Will—, todo lo que necesito para estar seguro es tenerlo a mi lado.

«*No te apartes de su lado*». El hada lo había repetido tantas veces que Will oía las palabras en sus sueños. «*¡Incluso si te despide, no le obedezcas!*».

Era tan hermosa..., pero Hentzau la detestaba. A pesar de ello había entrenado a Will según sus órdenes, a veces tan duramente que parecía querer matarlo. Por suerte, la piel de goyl sanaba deprisa y el miedo solo lo había convertido en un luchador mejor. El día anterior había golpeado el sable de Hentzau arrancándoselo de la mano.

—¿Qué te he dicho? —le había susurrado el hada—. Has nacido para ser un ángel de la guarda. Quizá un día te haga crecer alas.

—Pero ¿qué era anteriormente? —había preguntado Will.

—¿Desde cuándo la mariposa pregunta por la oruga? —le había respondido—. Se olvida de ella. Y ama lo que es.

Y eso hizo. Will amaba la resistencia de su piel y la fuerza de sus infatigables miembros, que hacían que todos los goyl sobresalieran entre los piel blanda..., aunque sabía que había sido creado con su carne. Seguía reprochándose haber dejado escapar a uno que se había ocultado, como una rata, tras las paredes del rey. Will no podía olvidar su cara: los ojos grises sin el brillo del oro, el oscuro cabello tan fino como una tela de araña, la piel blanda que delataba toda su debilidad... Se acarició la mano de jade pulido y se estremeció.

—La verdad es que no deseas esta paz —el rey sonaba irritado y Hentzau bajó la cabeza como un viejo lobo frente al jefe de la manada—. Preferirías matarlos a todos. A cada uno de ellos. Hombres, mujeres y niños.

—Exacto —respondió Hentzau con voz ronca—. Mientras uno de ellos siga con vida, harán lo mismo con nosotros. Aplazad la boda un día. Hasta que lleguen refuerzos.

Kami'en se cubrió las garras con unos guantes. Habían sido hechos con la piel de serpientes que vivían tan profundamente bajo tierra que incluso a los propios goyl se les derretía la suya

cuando iban a cazarlas. El hada le había hablado a Will de las serpientes. Le había descrito muchas cosas: la avenida de los Muertos, las cascadas de piedra arenisca, los lagos subterráneos y los prados de amatista. No podía esperar a ver todas aquellas maravillas con sus propios ojos.

El rey cogió su yelmo y acarició las púas de lagarto que lo adornaban. Los humanos, penachos; los goyl, púas de lagarto.

—Sabes perfectamente lo que dirían: el goyl nos teme porque no puede ocultarse tras las faldas de su amada. Y: siempre hemos sabido que solo ha vencido esta guerra por ella.

Hentzau guardó silencio.

—¿Lo ves? Sabes que tengo razón.

El rey le volvió la espalda, y Will bajó bruscamente la cabeza cuando se acercó a él.

—Yo estaba con ella cuando soñó contigo —dijo—. Vi tu rostro en sus ojos. ¿Cómo es posible soñar con algo que aún no ha sucedido y ver a un hombre al que uno nunca ha visto antes? ¿O acaso es su sueño el que te ha traído? ¿Ha sembrado toda esa carne de piedra únicamente para recolectarte?

Will cerró los dedos alrededor del puño del sable.

—Creo que algo en nosotros conoce las respuestas, Majestad —respondió—, pero no pueden expresarse con palabras. No os decepcionaré. Eso es todo lo que sé. Os lo prometo.

El rey se volvió hacia Hentzau.

—¿Has oído eso? Mi sombra de jade no es muda después de todo. ¿Le has enseñado a hablar, además de a luchar? —preguntó sonriendo a Will—. ¿Qué te ha dicho el hada, que no te apartes de mi lado incluso cuando le dé el sí?

Will sintió la mirada lechosa de Hentzau como una escarcha sobre la piel.

—¿Ha dicho eso? —repitió el rey.

Will asintió con la cabeza.

—Entonces que así sea —dijo Kami'en volviéndose hacia Hentzau—. Engancha los caballos. El rey de los goyl va a tomar una esposa humana.



50
*La bella
y la bestia*



Boda. Una hija en pago y un vestido blanco para ocultar los sangrientos campos de batalla. Los vitrales teñían la luz matinal de azul, verde, rojo y oro, y Jacob estaba apostado tras una de las columnas enguirnaldadas, contemplando cómo se llenaban las filas de los bancos de la catedral. Llevaba puesto el uniforme de la guardia imperial. El soldado al que se lo había quitado estaba bien atado en una callejuela lateral detrás de la catedral, y entre sus columnas había tantos soldados que un rostro extraño no llamaría la atención. Sus uniformes eran manchas blancas en el mar de colores que arrastraba al interior a los invitados. En el caso de los goyl, por el contrario, era como si las piedras de la catedral hubieran adoptado forma humana. El aire frío de la gran iglesia probablemente no era de su agrado, pero la penumbra, que ni siquiera miles de velas goteando eran capaces de ahuyentar, parecía estar hecha para ellos. Will no tendría que ocultar sus ojos tras unas gafas de ónix para desempeñar su nuevo papel. El goyl de jade. *Tu hermano, Jacob.*

Tanteó la bola de oro en su bolsillo. *No antes de que la boda acabe.* Iba a resultar difícil esperar tanto tiempo. Jacob apenas había dormido durante las tres últimas noches, y su brazo le dolía a causa del mordisco con el que Zorro le había extraído de las venas el veneno de la baba invisible.

Esperar...

Vio a Valiant avanzar con Zorro y Clara por el pasillo central. El enano se había afeitado, y ni siquiera los propios ministros imperiales, que se apiñaban en las primeras filas de bancos, iban mejor vestidos que él. Zorro miró a su alrededor buscando algo y su rostro se iluminó al descubrir a Jacob entre las columnas. Pero la preocupación regresó al instante. A Zorro no le gustaba su plan. ¿Cómo iba a gustarle? Jacob tampoco confiaba demasiado en él, pero era su última oportunidad. Si Will seguía al rey y a su esposa hasta la fortaleza subterránea, el Hada Oscura nunca podría demostrar que era capaz de romper su propio maleficio.

Fuera, el ruido aumentó. Sonaba como si el viento hubiera agitado a la multitud que aguardaba desde hacía horas delante de la catedral.

Por fin. Allí estaban.

Goyl, enanos y humanos. Todos se volvieron y contemplaron la entrada repleta de flores.

El novio. Se quitó las gafas oscuras y se detuvo un instante en la puerta. Un murmullo creció cuando Will apareció a su lado. Cornalina y jade. Parecían estar hechos el uno para el otro, tanto que el propio Jacob tuvo que obligarse a recordar que su hermano no había tenido siempre un rostro de piedra.

Incluyendo a Will, seis escoltas acompañaban a Kami'en. Y a Hentzau.

El órgano, asentado en el coro alto, comenzó a tocar la marcha nupcial, y los goyl empezaron a caminar en dirección al altar. A pesar de la piel de piedra, con seguridad percibían el odio que los rodeaba, pero el novio tenía la mirada tan serena como si se encontrara en su palacio colgante y no en la capital de sus enemigos.

Will pasó tan cerca de Clara y de Zorro que casi lo habrían podido tocar, y el dolor volvió rígido el rostro de Clara. Zorro apoyó la mano sobre su hombro en un gesto de consuelo.

El novio había alcanzado los escalones del altar cuando la emperatriz apareció. Su traje color marfil habría honrado incluso a la propia novia. Los cuatro enanos que portaban la cola del vestido ignoraron al novio, pero la emperatriz le sonrió con benevolencia antes de subir los escalones y

tomar asiento detrás de la celosía de rosas talladas, que rodeaba la tribuna imperial a la izquierda del altar. Therese von Austrien había sido siempre una actriz de gran talento.

La siguiente en hacer su entrada sería la novia.

Érase una vez una emperatriz que había perdido una guerra. Pero tenía una hija.

Ni siquiera el órgano se distinguía entre los gritos que anunciaban la llegada de Amalie. No importaba lo que la multitud, que abarrotaba las calles, pensara del novio; la boda de la hija de una emperatriz era motivo para celebrar y soñar con tiempos mejores.

La princesa lucía como una máscara el hermoso rostro de muñeca que le había proporcionado el lirio de las hadas, pero, a pesar de todo, Jacob creyó identificar algo parecido a la alegría en sus facciones perfectas. Sus ojos se clavaban en el novio de piedra como si, en lugar de su madre, ella misma lo hubiera elegido.

Kami'en la esperaba con una sonrisa. Will continuaba a su lado. *No debe apartarse de él hasta que la boda acabe...* Camina más deprisa, quiso gritarle Jacob a la princesa. Acabad cuanto antes. Pero el general de más alto rango de su madre llevaba a la novia hacia el altar y no parecía tener prisa.

Jacob lanzó una mirada a la emperatriz. Cuatro de sus soldados rodeaban la tribuna. Donnersmarck le susurró algo a su soberana y alzó la mirada hasta el coro del órgano. Pero Jacob seguía sin comprender. *Ciego y sordo, Jacob.*

La princesa apenas había dado unos pocos pasos cuando se oyó el primer disparo. Provenía de uno de los tiradores ocultos en el coro del órgano, y obviamente se dirigía al rey, pero Will logró echarlo a un lado a tiempo. La segunda bala le pasó rozando a Will. La tercera alcanzó a Hentzau. Y el Hada Oscura estaba atrapada en una piel de corteza de sauce en los jardines imperiales. *Bien hecho, Jacob. Te han utilizado como un perro adiestrado.*

La emperatriz había ocultado sus planes de asesinato a su propia hija y a sus ministros, que, desesperados, buscaban protección tras los finos revestimientos de madera de sus bancos. La princesa se detuvo y contempló desconcertada a su madre. El general que la había acompañado quiso tirar de ella, pero ambos fueron arrastrados por los invitados, que abandonaron a gritos los bancos. ¿Adónde podían ir? El portón de la entrada había sido cerrado hacía rato. Al parecer la emperatriz confiaba en deshacerse no solo del rey de los goyl, sino también de algunos súbditos desagradables, durante aquella boda.

No se veía a Zorro ni a Clara por ninguna parte, tampoco a Valiant, pero Will seguía delante del rey en actitud protectora. Los escoltas habían formado un cinturón de uniformes grises alrededor de Kami'en. Los otros goyl intentaban abrirse paso hacia ellos, pero cayeron bajo los disparos de los soldados imperiales como conejos abatidos por un campesino en un campo recién segado.

Y tú les has quitado de en medio al hada, Jacob. Se abrió paso hacia los escalones del altar, pero nada más alcanzarlos uno de los enanos imperiales se abalanzó sobre él. Jacob le pegó un codazo en el rostro barbudo. Gritos, disparos. Sangre sobre seda y baldosas de mármol. Los

soldados imperiales estaban por todas partes. A pesar de ello, los goyl se mantenían firmes. Y comoquiera que fuera, Will y el rey seguían ilesos. Se decía que los goyl endurecían antes de las batallas aún más su piel con calor y con la ingesta de unas plantas que cultivaban expresamente para ello. Al parecer, habían tomado precauciones similares para la boda de su rey. El propio Hentzau volvió a ponerse en pie. Pero por cada goyl había al menos diez soldados imperiales.

Jacob apretó la bola de oro en su mano, pero era imposible lanzarla con puntería. Will estaba rodeado de uniformes blancos y Jacob apenas podía levantar el brazo sin que alguno de los luchadores tropezara con él. Estaban perdidos. Todos. Will. Clara. Zorro.

Otro goyl cayó. El siguiente fue Hentzau. Y finalmente solo quedaba Will junto al rey. Dos soldados imperiales atacaron a la vez a Kami'en. Will los mató a los dos, aunque uno de ellos le enterró el sable profundamente en el hombro. *Kami'en lo necesita*. El hada lo sabía. El goyl de jade. El escudo de su amado. Su hermano.

El uniforme de Will estaba húmedo por la sangre de los goyl y los humanos, y el rey luchaba con él, espalda con espalda, pero estaban rodeados de uniformes blancos. Pronto, ni siquiera la piel de goyl los ayudaría.

Haz algo, Jacob. ¡Cualquier cosa!

Jacob divisó una piel de zorro entre los bancos, y a Valiant, que se protegía en el pasillo delante de una silueta agachada. Clara. No podía distinguir si seguía con vida. Un goyl luchaba contra cuatro soldados imperiales justo al lado de ellos. Y Therese von Austrien estaba sentada detrás de las rosas talladas aguardando la muerte de sus enemigos.

Jacob se abrió paso y subió los escalones. Donnersmarck seguía al lado de la emperatriz. Sus ojos se encontraron. *Te lo advertí*, decía su mirada.

Will detuvo a tres soldados imperiales a la vez. La sangre le corría por el rostro. Sangre pálida de goyl.

Haz algo, Jacob.

Un soldado imperial se tropezó con él cuando sacaba el pañuelo, y las hojas de sauce cayeron sobre el pecho de uno de los numerosos muertos. Goyl y humanos.

¿En qué bando estás tú, Jacob?

Pero no podía pensar en bandos, solo en su hermano. Y en Zorro. Y en Clara. Logró reunir, una a una, las hojas que habían caído sobre el pecho del muerto y gritó el nombre del hada en medio del alboroto de la batalla.

La corteza de sus brazos aún estaba pelándose cuando de repente apareció al pie de los escalones del altar, y su largo cabello estaba entremezclado con hojas de sauce. Alzó las manos, y sarmientos de cristal crecieron alrededor de Will y de su amado. Las balas y los sables rebotaban como si fueran de juguete. Jacob vio cómo su hermano se desplomaba y el rey lo cogía en sus brazos. Pero el Hada Oscura comenzó a crecer como una llama atizada por el viento, y de sus cabellos salieron zumbando las polillas, miles de cuerpos negros que se posaron sobre la piel humana y la de los enanos, dondequiera que estuviesen.

La emperatriz intentó huir con sus enanos, pero estos, al igual que su guardia, se derrumbaron bajo el ataque de las polillas, y finalmente se posaron también en la piel de ella.

Piel humana. Zorro llevaba su pelaje, pero ¿dónde estaba Clara?

Jacob se puso en pie y saltó sobre los muertos y heridos, cuyos gritos y gemidos resonaban por toda la nave. Bajó los escalones del altar caminando dificultosamente. Zorro se había inclinado sobre la figura desplomada de Clara e intentaba atrapar desesperadamente las polillas. Valiant yacía a su lado.

El hada continuaba llameando. Jacob apretó las hojas en su mano con más fuerza y pasó junto a ella tambaleándose. Ella se volvió hacia él como si percibiera la fuerza de sus dedos en la piel.

—¡Haz que se marchen! —gritó mientras se postraba de rodillas junto a Clara y a Valiant.

El enano aún se movía, pero Clara parecía un cadáver. Blanco, rojo, negro. Jacob espantó a las polillas que había sobre su piel, y dejó caer las hojas para quitarse la chaqueta blanca del uniforme. Había suficiente sangre en ella para proporcionar el color rojo, pero ¿de dónde sacaría el negro? Las polillas descendieron hasta él cuando cubrió a Clara con la chaqueta en actitud protectora. Con sus últimas fuerzas, arrancó del cuello de un muerto un pañuelo negro y se lo ató alrededor del brazo. Alas revoloteando y agujones que perforaban la carne como si fueran espinas. Sembraban entumecimiento con sabor a muerte. Jacob se derrumbó junto al enano y sintió que unas patas se apoyaban en su pecho.

—¡Zorro!

Apenas podía hablar. Ella espantó las polillas de su rostro, pero eran demasiadas.

—Blanco, rojo, negro... —balbució, pero Zorro no sabía de lo que estaba hablando.

Las hojas... Jacob las buscó a tientas en el suelo; sus dedos eran pesados como el plomo.

—¡Basta ya!

Solo dos palabras, pero provenían del único al que el Hada Oscura seguía oyendo en su cólera. La voz del rey hizo que las polillas alzarán el vuelo. El veneno en las venas de Jacob pareció incluso disolverse, solo persistía un cansancio plomizo. El hada volvió a convertirse en mujer y todo su horror desapareció bajo su hermosura como un cuchillo en una vaina.

Valiant movió su cuerpo entre gemidos, pero Clara continuaba inmóvil. Solo abrió los ojos cuando Jacob se inclinó sobre ella. Apartó la cara para que no advirtiera lo aliviado que se sentía. Pero su mirada solo buscaba a su hermano.

Will volvía a estar en pie. Permanecía detrás de los sarmientos de cristal del hada. Se convirtieron en agua tan pronto como Kami'en se acercó a ella, y se derramaron sobre las baldosas como si quisieran limpiar la sangre de los escalones del altar.

Las polillas se posaron sobre los cuerpos de los goyl muertos y heridos, y muchos de ellos comenzaron a moverse de nuevo, mientras el Hada Oscura abrazaba a su amado y le limpiaba la pálida sangre del rostro.

Will levantó a la emperatriz por los pies y derribó a uno de sus enanos cuando este se interpuso dando tumbos en su camino. Otros tres goyl recogían a los supervivientes de los bancos. Jacob se volvió en busca de las hojas de sauce, pero uno de los goyl lo levantó y lo empujó junto con Clara hacia los escalones del altar. Zorro los siguió deslizándose rápidamente. Su pelaje seguía siendo la mejor protección. Valiant también se había incorporado, y en una de las últimas filas de bancos se elevó una figura esbelta. Seda blanca, salpicada de sangre, y un rostro de muñeca que, a pesar del miedo, seguía pareciendo una máscara.

La princesa avanzó con paso inseguro por el pasillo central. El velo estaba desgarrado. Se

recogió el vestido para pasar por encima del cuerpo del general que la había llevado a la iglesia, y se encaminó al altar como una sonámbula, con la larga cola húmeda y pesada por la sangre.

El novio la contempló como si estuviera sopesando si debía matarla él mismo o cederle ese placer al Hada Oscura. La ira de los goyl. En el caso de su rey, se había convertido en fuego frío.

—Traedme a uno de sus sacerdotes —ordenó a Will—. Seguro que alguno sigue con vida.

La emperatriz lo miró incrédula. Apenas podía mantenerse en pie, pero uno de sus enanos se tambaleaba a su lado sosteniéndola.

—¿Qué? —preguntó Kami'en acercándose a ella y empuñando el sable—. Habéis intentado asesinarme. ¿Cambia eso en algo nuestro acuerdo?

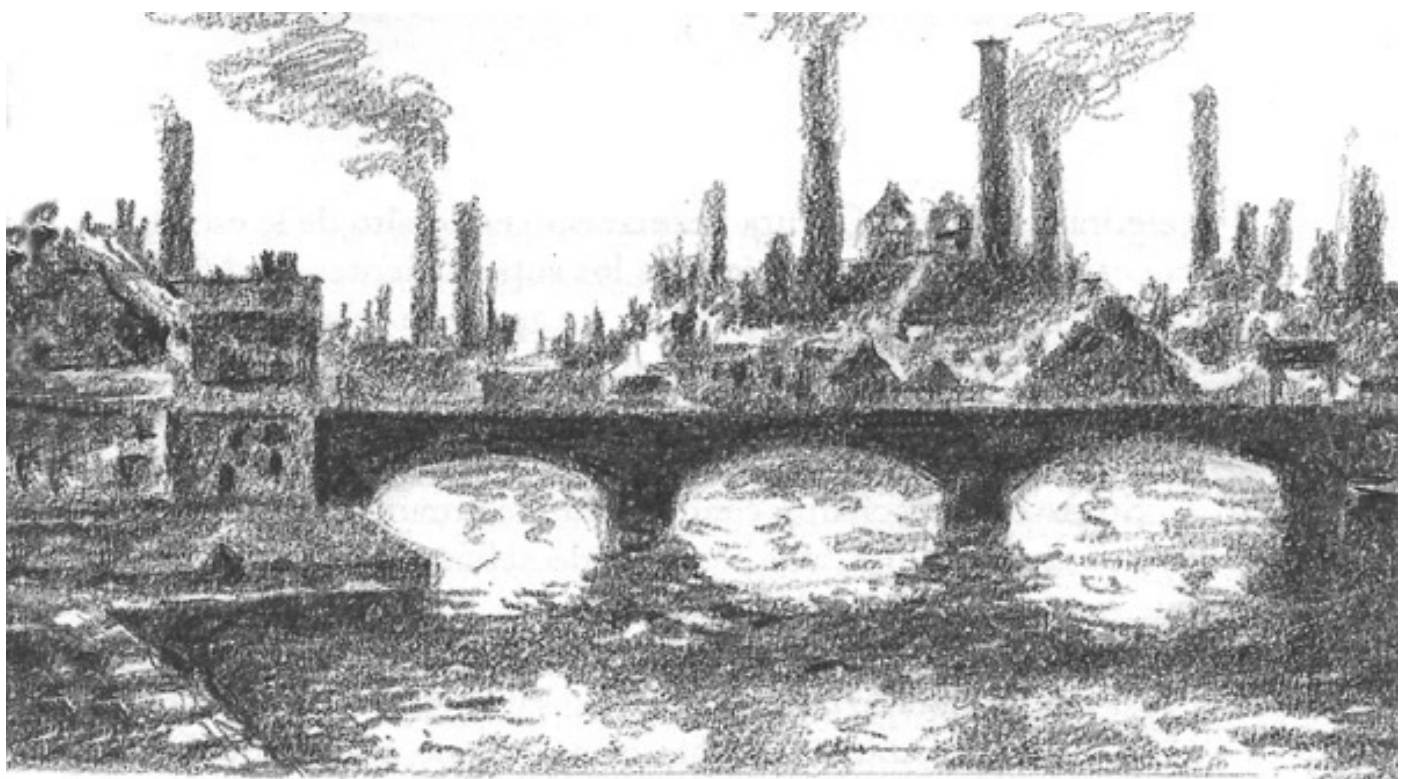
Su mirada recayó en la novia, que seguía al pie de la escalinata.

—No —respondió Amalie con voz entrecortada—. No cambia nada. El precio sigue siendo la paz.

Su madre quiso protestar, pero una mirada de Kami'en la hizo enmudecer.

—¿Paz? —repitió examinando a sus hombres muertos a los que las polillas no habían devuelto la vida—. Creo que he olvidado el significado de esa palabra. Pero, como regalo de boda, os dejaré a ti y a tu madre con vida.

El sacerdote que Will sacó a rastras de la sacristía caminó dificultosamente sobre los muertos. El rostro del Hada Oscura era aún más pálido que el vestido de la novia cuando la princesa subió los escalones hacia el altar. Y Kami'en, rey de los goyl, le dio el sí a Amalie von Austrien.



51
Traédmešo



Cuando la novia salió de la catedral, su vestido estaba cubierto de pétalos. El hada había convertido en rosas blancas la sangre de los goyl y en rosas rojas la de los humanos. Las manchas del uniforme del novio se habían transformado en rubíes y piedras de luna, y la multitud expectante gritó de júbilo. Quizá algunos se preguntarían por qué tan pocos invitados seguían a la pareja. O percibirían el miedo en sus rostros. Pero los disparos en la catedral no se habían distinguido entre el ruido que invadía las calles; los muertos guardaban silencio y el rey de los goyl subió con su novia humana al carruaje de oro, en el que, mucho tiempo atrás, la bisabuela de Amalie también había sido conducida a su boda.

Una interminable fila de carruajes aguardaba delante de la catedral, y el Hada Oscura permanecía clavada en la escalera como una amenaza mientras los goyl supervivientes formaban un cordón del que no era posible escapar. Ni uno solo de los soldados imperiales que vigilaban a la multitud expectante se dio cuenta de que los carruajes que tenían ante sus ojos se iban llenando de rehenes. Y de que uno de ellos era su emperatriz.

Esta se tambaleó cuando Donnersmarck, que había sobrevivido al baño de sangre al igual que dos de sus enanos, la ayudó a subir al carruaje. Uno de los supervivientes era Auberón, su favorito. Apenas podía caminar y su rostro barbudo estaba hinchado a causa del veneno de las polillas. Jacob sabía muy bien cómo se sentía el enano. Él mismo seguía un poco entumecido. Clara no estaba mejor, y Valiant se tropezaba con sus propios pies mientras bajaban la escalera de la catedral. Jacob llevaba a Zorro en brazos para que los goyl no la ahuyentaran. Eran rehenes al tiempo que un decorado humano, un séquito camuflado para el amado del hada, cuyas tropas estaban apenas a un día de marcha de allí.

¿Qué has hecho, Jacob?

Había protegido a su hermano. Y Will vivía. Con una piel de jade, pero vivía, y Jacob solo se arrepentía de una cosa: de haber perdido las hojas de sauce y con ellas toda esperanza de protegerse a sí mismo y a los demás del Hada Oscura. Ella lo contempló mientras él seguía a Clara y a Zorro hasta el carruaje. La ira del hada seguía quemándole la piel, y ahora se había enemistado también con la emperatriz y, con ella, con medio mundo del espejo. Todo por salvar a su hermano.

Antes de partir, un goyl se subió al pescante de cada carruaje junto al cochero, y tan pronto como fueron alcanzando cada uno de los puentes que conducían fuera de la ciudad, se fueron deshaciendo de los conductores de un empujón. La guardia imperial, que escoltaba a la pareja de novios, intentó detenerlos, pero el Hada Oscura soltó a sus polillas y los goyl dirigieron los carruajes al puente erigido por un antepasado de la novia, y, desde allí, entraron en una de las calles que había en la otra ribera del río.

Una docena de carruajes, cuarenta soldados. Un hada que protegía a su amado. Una princesa que se había casado entre cadáveres. Y un rey que había confiado en su enemiga y había sido traicionado por ella. Se vengaría por todo aquello. Pero Jacob solo se repetía una cosa mientras Valiant se maldecía por haber creído que era buena idea asistir a una boda imperial: *Tu hermano sigue con vida, Jacob. Todo lo demás no cuenta.*

El cielo estaba cubierto de nubarrones cuando los carruajes cruzaron la puerta detrás de la cual un grupo de edificios sencillos rodeaban un amplio patio. Cualquier habitante de Vena conocía la

antigua fábrica de municiones... y la evitaba. La fábrica estaba abandonada desde que el río se había desbordado unos años atrás y había llenado los edificios de agua y lodo pestilente. Durante la última epidemia de cólera, los enfermos habían sido llevados hasta allí para morir, pero a los goyl aquello no los intranquilizaba lo más mínimo. Eran inmunes a la mayoría de las enfermedades humanas.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —susurró Clara cuando los carruajes se detuvieron entre los muros rojos.

—No lo sé —respondió Jacob.

Pero Valiant se subió al asiento del carruaje y miró hacia el patio abandonado.

—Creo que yo sí... —gruñó.

Will fue el primero en bajar del carruaje de oro. Lo siguieron el rey y su esposa, mientras los goyl sacaban a rastras a los rehenes de los otros carruajes. Uno de ellos empujó a la emperatriz cuando esta intentó acercarse a su hija, y Donnersmarck la apartó a un lado en actitud protectora. El Hada Oscura caminó hasta el centro del patio y examinó los edificios vacíos. No volvería a permitir que su amado cayera en otra emboscada. Cinco polillas se desprendieron de su vestido y volaron hacia los edificios vacíos. Espías sigilosas. Muerte alada.

Los goyl, sin embargo, miraban expectantes a su rey. Cuarenta soldados que habían escapado de la muerte por los pelos en territorio enemigo. *¿Y ahora qué?*, parecían preguntar sus rostros. Ocultaban su miedo bajo su desamparada ira solo con gran esfuerzo. Kami'en hizo señas a uno de ellos para que se acercara. Tenía la piel de alabastro de sus espías.

—Comprueba que el túnel es seguro.

El rey sonaba sereno. Si tenía miedo, lo ocultaba mucho mejor que sus soldados.

—¡Me apuesto mi árbol de oro a que sé adónde tienen intención de ir! —murmuró Valiant cuando el goyl de alabastro desapareció entre los edificios abandonados—. Uno de nuestros ministros más estúpidos mandó construir dos túneles hasta Vena hace años porque no creía que el ferrocarril tuviera futuro. Uno debía abastecer esta fábrica. Se rumorea que los goyl lo han conectado con su fortaleza occidental y que sus espías lo utilizan.

Un túnel. *Otra vez bajo tierra, Jacob*. Si antes no les pegaban un tiro a los rehenes...

Los goyl los agruparon, y Jacob se agachó para coger a Zorro con el fin de que no se perdiera entre todos aquellos pies humanos espantados, pero uno de los soldados lo agarró y lo arrastró con rudeza fuera del grupo. Jaspe y amatista. Nesser. Jacob aún recordaba cómo le había colocado los escorpiones sobre el pecho. Zorro quiso seguirlo, pero Clara la cogió rápidamente en brazos cuando la goyl la apuntó con la pistola.

—¡Hentzau está más muerto que vivo! —le espetó a Jacob mientras lo arrastraba consigo—. ¿Cómo es que tú sigues con vida?

Lo empujó al patio, hasta el rey, que estaba con Will junto al carruaje y conversaba con los dos oficiales que habían sobrevivido a la masacre. A los goyl no les quedaba mucho tiempo. Entretanto, probablemente ya habían descubierto a los muertos en la catedral.

El Hada Oscura estaba al pie de la escalera que conducía al río. El brazo de piedra de un embarcadero sobresalía del agua, sobre la que los desechos de la ciudad flotaban como una piel sucia. Pero el hada miraba en su interior como si viera los lirios entre los que había nacido. *Te*

matará, Jacob.

—Déjame a solas con él, Nesser —dijo.

La goyl titubeó, pero finalmente lanzó una mirada llena de odio a Jacob y volvió a subir la escalera.

El hada se acarició el blanco brazo. Jacob vio en él los rastros de la corteza de árbol.

—Has jugado y has perdido.

—Mi hermano ha perdido —respondió Jacob.

Estaba tan cansado... ¿Cómo iba a matarlo? ¿Con sus polillas? ¿Por medio de un maleficio?

El Hada Oscura alzó la mirada hacia donde estaba Will. Seguía junto a Kami'en. Parecían pertenecer más que nunca el uno al otro.

—Él era todo lo que había esperado —dijo—. Míralo. Toda esa carne pétrea. Solo sembrada para él.

Se pasó la mano sobre la corteza de su brazo.

—Te lo devolveré —dijo—. Bajo una condición. Llévatelo lejos, muy lejos, tan lejos que no pueda encontrarlo jamás. De lo contrario lo mataré.

Jacob no podía creer lo que oía. Estaba soñando. Eso era. Un sueño febril. Probablemente seguía tendido en la catedral y sus polillas le inyectaban veneno en la piel.

—¿Por qué?

Le costó pronunciar esas dos palabras.

¿Para qué preguntas, Jacob? ¿Por qué quieres saber si se trata de un sueño? Si es así, se trata de uno bueno. Te devuelve a tu hermano.

En cualquier caso, el hada no le respondió.

—Llévalo al edificio que hay junto a la entrada —dijo volviéndose nuevamente hacia el agua—. Pero apresúrate. Y ten cuidado con Kami'en. No querrá perder a su sombra.

• • •

Jaspe, ónix, piedra de luna. Jacob maldijo su piel humana mientras cruzaba el patio con la cabeza gacha. Con certeza, ninguno de aquellos goyl supervivientes sabía que le debía a ella el seguir con vida. Afortunadamente la mayoría vigilaba a los rehenes o se ocupaba de los heridos, y Jacob alcanzó los carruajes sin que nadie lo detuviera.

Kami'en seguía con sus oficiales. El goyl de alabastro aún no había regresado. La princesa se acercó a su esposo y le dijo algo. Finalmente Kami'en se la llevó. Will siguió al rey con la mirada, pero no fue tras él.

Ahora, Jacob.

La mano de Will se acercó al sable tan pronto como Jacob apareció entre los carruajes.

¿Quieres jugar al Corre corre que te pillo, Will?

Su hermano apartó a dos goyl del camino y comenzó a correr. Sus heridas apenas parecían estorbarle. *No corras demasiado rápido, Jacob. Deja que se acerque, como hacíais cuando erais niños.* Rodearon los carruajes y pasaron de largo junto a la barraca en la que habían encerrado a los rehenes. El siguiente edificio estaba junto a la entrada. Jacob abrió la puerta de un empujón.

Un oscuro pasillo con ventanas entabladas. Las manchas de luz sobre el suelo sucio parecían leche derramada. En la otra habitación aún se podían ver las camas de las víctimas del cólera. Jacob se escondió detrás de la puerta abierta. Como entonces.

Will se volvió cuando Jacob cerró la puerta detrás de él, y por un instante su rostro mostró la misma sorpresa de antaño, cuando Jacob se escondía detrás de un árbol en el parque. Pero nada en su mirada indicaba que lo reconociera. El extraño con el rostro de su hermano. Aun así Will atrapó la bola de oro. Las manos tenían su propia memoria. *¡Pillado, Will!* La bola se lo tragó como una rana a una mosca mientras, en el patio, el rey de piedra buscaba en vano a su sombra.

Jacob cogió la bola y se sentó en una de las camas. Su propio rostro lo contemplaba desde el oro, desfigurado como en el espejo de su padre. No podía decir lo que le hacía pensar en Clara..., quizá el olor a hospital que seguía flotando entre los muros, tan distinto, y a la vez tan igual, al del otro mundo... Pero por un instante, solo durante un brevísimo instante, se sorprendió imaginando qué pasaría si simplemente se olvidara de la bola de oro. O la dejara en el cofre de la taberna de Chanute.

¿Qué pasa contigo, Jacob? ¿El agua de alondras sigue surtiendo efecto? ¿O tienes miedo de que tu hermano, aunque el hada mantenga su palabra, siga siendo el extraño del rostro desfigurado a causa de su odio por ti?

El hada apareció en la puerta tan de repente como si la hubiera convocado con sus pensamientos.

—Fíjate —dijo examinando la bola de oro en las manos de Jacob—. Yo conocí a la niña que jugó con esa bola, mucho tiempo antes de que tú o tu hermano hubierais nacido. No solo atrapó un novio con ella, sino también a su hermana mayor, a la que no dejó salir en diez años.

Su vestido barrió el suelo polvoriento cuando se acercó a Jacob.

Él titubeó, pero finalmente le dio la bola.

—Lástima —dijo ella alzándola hasta sus labios—. Tu hermano es mucho más atractivo con la piel de jade.

Después vaheó sobre la brillante superficie hasta que el oro se empañó, y le devolvió la bola a Jacob.

—¿Qué? —preguntó cuando él la miró dudoso—. Confías en el hada errónea.

El hada se acercó tanto a él que pudo sentir su respiración en su cara.

—¿Te dijo mi hermana que a todo aquel que pronuncia mi nombre le llega la muerte? Lentamente, como corresponde a la venganza de una inmortal. Quizá no te quede más de un año, pero pronto sentirás su presencia. Te lo mostraré.

Le colocó la mano sobre el pecho, y Jacob sintió un dolor punzante en el corazón. Su camisa se llenó de sangre, y cuando la abrió desgarrándola, vio que la polilla que había sobre su piel había resucitado. Jacob atrapó su hinchado cuerpo, pero esta había enterrado sus uñas tan profundamente en su carne que parecía que él mismo se estuviera arrancando el corazón.

—Dicen que para vosotros, los humanos, el amor es parecido a la muerte —dijo el hada—. ¿Es eso cierto?

Aplastó la polilla sobre el pecho de Jacob hasta que solo quedó una marca en su piel.

—Libera a tu hermano tan pronto como el oro se desempañe —dijo—. En la entrada hay un

carruaje que os aguarda a ti y a todos los que te han acompañado. Pero no olvides lo que te he dicho. Llévatelo lo más lejos que puedas de mí.



52

*Y vivieron felices
y comieron perdices*



La torre y los muros quemados. Las huellas recientes de los lobos. Parecía que acabaran de partir. Las ruedas del carruaje se hundieron en la nieve recién caída cuando Jacob detuvo a los caballos entre los árboles.

Zorro saltó del carruaje y se lamió el frío blanco de las patas mientras Jacob descendía del pescante y sacaba la bola de oro de su bolsillo. La superficie apenas estaba empañada, y el encapotado cielo matinal se reflejaba en ella. Durante el viaje, Jacob había mirado la bola tantas veces que Zorro probablemente había adivinado hacía tiempo lo que se ocultaba en su interior. Pero no le había dicho nada a Clara.

Habían necesitado dos días para regresar a la ruina, y en la última posta de carruajes los mozos de cuadra les habían contado que los goyl habían convertido la boda de su rey en una masacre y habían secuestrado a la emperatriz. Pero nadie sabía más.

Zorro se revolcó en la nieve como si intentara limpiar de su pelaje las últimas semanas, y Clara alzó la vista hacia la torre. El vaho blanco de su respiración flotaba ante su boca y tiritaba bajo el vestido que Valiant le había comprado para la boda. La seda azul pálido estaba desgarrada y sucia, pero su rostro le seguía recordando a Jacob las plumas húmedas, aunque en él solo existiera añoranza por su hermano.

—¿Una ruina? —preguntó Valiant bajando del carruaje y mirando a su alrededor boquiabierto—. ¿Qué significa esto? —le espetó a Jacob—. ¿Dónde está mi árbol?

Un duende salió de la sombra y recogió a toda prisa algunas bellotas de la nieve.

—Zorro, enséñale el árbol.

Valiant siguió a Zorro dando zancadas tan apresuradas que casi se tropezaba con sus propias piernas. Clara no les prestó atención.

Parecía haber transcurrido tanto tiempo que Jacob sintió que la veía por primera vez entre las columnas.

—Quieres que regrese, ¿verdad? —Ella lo miró como solo ella sabía hacerlo—. Puedes decírmelo. No volveré a ver a Will. No puedes cambiarlo. Sé que lo has intentado todo.

Jacob agarró su mano y dejó la bola en ella. La superficie estaba reluciente y el oro resplandecía como si el propio sol la hubiera creado.

Confías en el hada errónea.

—Tienes que abrillantarla —dijo—. Hasta que te veas en ella de forma tan clara como en un espejo.

Después la dejó a solas y caminó entre los muros derruidos. La primera cara que Will querría ver sería la de Clara. *Y vivieron felices hasta el fin de sus días.* Si el Hada Oscura no lo había engañado como había hecho su hermana...

Jacob apartó a un lado la hiedra que crecía delante de la puerta de la torre y alzó la mirada hacia los muros tiznados. Recordaba cómo los había bajado desde lo alto la primera vez, con una cuerda que había encontrado en el despacho de su padre. ¿Dónde si no?

La piel que le cubría el corazón seguía doliéndole y sentía la marca de la polilla como un estigma bajo la camisa. *Has pagado, Jacob, pero ¿qué has recibido a cambio?*

Oyó cómo Clara lanzaba un grito leve.

Y otra voz pronunciaba su nombre.

La voz de Will no había sonado tan suave en mucho tiempo.

Jacob oyó susurros. Carcajadas.

Apoyó la espalda sobre los muros, negros y húmedos a causa del hollín y el frío que sus piedras atrapaban.

Todo había acabado. Aquella hada había cumplido su promesa. Jacob lo supo antes de volver a apartar la hiedra a un lado. Antes de ver a Will junto a Clara. La piedra se había marchado y los ojos de su hermano eran azules, únicamente azules.

Vamos, Jacob, acércate.

Will soltó las manos de Clara y lo miró desconcertado cuando Jacob salió de entre los muros nevados. Pero no había ira en el rostro de su hermano. No había odio. El extraño con la piel de jade había desaparecido, aunque Will seguía llevando el uniforme gris.

Se dirigió a Jacob con la mirada fija en su pecho, como si únicamente siguiera viendo la sangre del disparo del goyl, y lo abrazó con la misma fuerza con que lo había hecho de niño.

—Creía que estabas muerto. ¡Sabía que era imposible!

Will.

Retrocedió y volvió a examinar a Jacob como si necesitara cerciorarse de que realmente estaba entero.

—¿Cómo lo has logrado? —preguntó subiéndose la manga del uniforme y pasándose la mano sobre la blanda piel—. ¡Ha desaparecido!

Se volvió hacia Clara.

—Te lo dije. Jacob lo conseguirá. No sé cómo. Pero siempre fue así.

—Lo sé —dijo Clara sonriendo.

Y Jacob evocó en su mirada todo lo sucedido.

Will se tocó el hombro donde el sable había abierto la tela gris. ¿Sabía que las manchas que la cubrían eran de su propia sangre? No. ¿Cómo iba a saberlo? Era pálida como la sangre de los goyl.

Había recuperado a su hermano.

—Cuéntamelo todo.

Will agarró la mano de Clara.

—Es una historia larga —respondió Jacob.

Y no se la contaría a Will.

Erase una vez un muchacho que decidió aprender el significado del miedo.

Por un momento, Jacob creyó ver un vestigio de oro en los ojos de su hermano, pero probablemente solo fuera el sol matinal en sus pupilas.

«*Llévatelo lejos, muy lejos*».

—¡Fijaos en esto! ¡Soy más rico que la emperatriz! Pero ¿qué digo? ¡Más rico que el rey de Albión!

Cabellos dorados. Hombros dorados. Ni siquiera Jacob reconoció a Valiant cuando salió dando tumbos de detrás de la ruina. El oro se había adherido a él como el polen maloliente con que el

árbol había cubierto a Jacob.

El enano pasó de largo junto a Will sin reparar siquiera en él.

—¡Está bien, lo confieso! —le gritó a Jacob—. Estaba convencido de que me engañarías. ¡Pero a cambio de este pago te volvería a llevar una vez más a la fortaleza de los goyl! ¿Tú qué crees? ¿Se estropeará el árbol si lo desentierro?

Zorro apareció detrás del enano. Incluso a ella le colgaban algunos copos de oro del pelaje. Pero se quedó de una pieza cuando vio a Will.

¿Tú qué dices, Zorro? ¿Sigue oliendo como ellos?

Will recogió de la nieve un pequeño montoncito de oro que el enano se había sacudido del cabello.

Valiant continuaba sin reparar en él. No notaba nada.

—No. ¡Lo desenterraré! —resolló—. ¿Qué sé yo? ¡Si lo dejo aquí a lo mejor sacudís todo el oro de las ramas! ¡No!

Estuvo a punto de caerse sobre Zorro cuando volvió a marcharse precipitadamente, y Will seguía allí limpiando de nieve el diminuto montoncito.

«Llévatelo lejos, muy lejos, tan lejos que no pueda encontrarlo jamás».

Clara lanzó a Jacob una mirada de preocupación.

—Vamos, Will —dijo—. Regresemos a casa.

Ella quiso cogerle de la mano, pero Will se acarició el brazo como si volviera a sentir crecer el jade bajo su piel.

Llévatelo de aquí, Jacob.

—Clara tiene razón, Will —dijo agarrándolo del brazo—. Ven.

Y Will lo siguió, aunque antes volvió la cabeza como si hubiese perdido algo.

Zorro fue tras ellos hasta la torre, pero se detuvo delante del hueco de la puerta.

—¡Volveré enseguida! —le dijo Jacob mientras Clara le acariciaba el pelaje en un gesto de despedida—. Cuida de que el enano recoja el oro antes de que lleguen los cuervos.

El oro mágico los atraía en bandadas, y los graznidos de los cuervos de oro podían hacerle a uno perder la razón. Zorro asintió con la cabeza, pero dudó antes de darse la vuelta, y su mirada de preocupación era para Clara, no para Will. Seguía sin olvidar el agua de alondras. ¿Cuándo la olvidaría Jacob?

Cuando se marchen, Jacob.

Él fue el primero en subir la escalera de cuerda. En el cuarto de la torre yacía un duende muerto entre cáscaras de bellota. Probablemente el zancudo saltarín lo había matado. Jacob ocultó el pequeño cuerpo debajo de algunas hojas antes de ayudar a Clara a subir.

El espejo los capturó a todos en su cristal, pero fue Will el que se dirigió a él y examinó su reflejo como el de un extraño. Clara se acercó a Will y le cogió de la mano, mientras Jacob retrocedía hasta que el oscuro cristal dejó de reflejarlo. Will lo miró con gesto interrogante.

—¿No vienes con nosotros?

No todo estaba olvidado, Jacob lo advertía en el rostro de Will. Pero había recuperado a su hermano. Quizá más que antes.

—No —respondió—: no dejaré sola a Zorro.

Will lo miró. ¿Qué veía? ¿Un oscuro pasillo? Su mano empuñando un sable...

—¿Sabes cuándo regresarás?

Jacob sonrió.

Vete ya, Will.

«*Tan lejos que no pueda encontrarlo jamás*».

Pero Will soltó la mano de Clara y se acercó a él.

—Gracias, hermano —susurró a Jacob abrazándolo.

Después se dio la vuelta..., y volvió a detenerse una vez más.

—¿Te has encontrado con él alguna vez? —preguntó.

Jacob creyó sentir la mirada de oro de Hentzau reconociendo en su rostro el de su padre.

—No —respondió—. No, nunca.

Will asintió con la cabeza y Clara le cogió de la mano, pero era a Jacob a quien miraba cuando su hermano presionó los dedos sobre el espejo.

Después desaparecieron. Jacob se quedó allí y únicamente se vio a sí mismo en el espejo irregular.

• • •

Zorro aguardaba donde la había dejado.

—¿Cuál fue el precio? —preguntó mientras lo acompañaba hasta el carruaje.

—¿El precio de qué?

Jacob desenganchó los caballos. Se los llevaría a Chanute en compensación por los que había perdido, aunque ninguno de ellos podría reemplazar a la yegua. Solo confiaba en que los goyl la cuidaran bien.

—¿Cuál fue el precio por tu hermano?

Zorro cambió de forma.

Volvía a llevar su propio vestido. Le sentaba mucho mejor que los vestidos que había llevado en la ciudad.

—Olvidalo. Ya está pagado.

—¿Con qué?

Simplemente lo conocía demasiado bien.

—Ya te lo he dicho. Está pagado. ¿Qué está haciendo el enano?

Zorro miró hacia los establos.

—Está recogiendo su oro. Necesitará varios días. Lo cierto es que ya me había hecho la ilusión de que el árbol lo cubriera con su polen maloliente.

Ella miró hacia el cielo. Volvía a nevar.

—Deberíamos ir hacia el sur.

—Quizá.

Jacob se metió la mano debajo de la camisa y palpó la marca de la polilla.

Quizá no te quede más de un año, Jacob.

¿Y qué? Un año era mucho tiempo y en aquel mundo existía un remedio para todo. Solo tenía

que encontrarlo.



CORNELIA CAROLINE FUNKE (Dorsten, Westfalia, 1958) es una escritora e ilustradora alemana de literatura infantil y juvenil, conocida principalmente por su trilogía del *Mundo de Tinta*.

Estudió en la Escuela de Diseño de Hamburgo y desarrolló su actividad profesional en los ámbitos de la pedagogía y la ilustración gráfica. En palabras de la propia autora, el aburrimiento que le provocaban los textos de las historias a las que tenía que dar vida en forma de ilustraciones la animó a escribir sus propios relatos. Fue así como, a los treinta y cinco años, vivió su bautismo como escritora.

La experiencia como ilustradora le resultó de gran utilidad en el inicio de su andadura literaria, ya que las historias que imaginaba se complementaban a la perfección con los dibujos que creaba. Así, después de variadas historias, en el año 2000 publicó *Herr der Diebe* (El señor de los ladrones), una obra juvenil que triunfó a nivel internacional y que sirvió como precedente al éxito que llegaría a obtener con su conocida serie. En el año 2003 se publicó *Tintenherz* (Corazón de tinta), libro que fue convertido a película el 2008, y lo siguieron *Tintenblut* (Sangre de tinta, 2005) y *Tintentod* (Muerte de tinta, 2007) para completar la trilogía.

El 2010 vio la llegada de la primera entrega de su nueva serie del *Mundo del Espejo*, la novela *Reckless. Steinernes Fleisch* (Reckless. Carne de piedra) y un par de años más tarde su continuación *Reckless. Lebendige Schatten* (Reckless. Sombras vivas, 2012). La tercera parte *Reckless. Teuflisches Silber* está programada para ser publicada en alemán en octubre del 2014.

En el ámbito personal, Cornelia se casó con Rolf Funke, en 1981, con quien tuvo dos hijos, pero este falleció de cáncer en el 2006.